

Contornos:

historias de vida y trabajo entre
Guatemala y México



Martha Luz Rojas Wiesner
Ailsa Winton
(editoras)



Región
Transfronteriza
México
Guatemala

Contornos:

historias de vida y trabajo entre Guatemala y México

Martha Luz Rojas Wiesner
y Ailsa Winton
(editoras)



cip. centrogeo. biblioteca ing. jorge l. tamayo
nombres: Rojas Wiesner, Martha Luz, ed. | Winton, Ailsa, ed.
título: Contornos: historias de vida y trabajo entre Guatemala y
México. | Martha Luz Rojas Wiesner, Ailsa Winton.
descripción: Primera edición | Ciudad de México : 2020
Centro de Investigación en Ciencias de Información Geoespacial, A.C. |
Serie: Colección Región Transfronteriza México-Guatemala. (RTMG)
palabras clave: Guatemala | México (Chiapas, Tabasco, Campeche) | Migración
| Trabajo | Asentamiento | Sociedad | Economía | Región transfronteriza.
clasificación: LC JV6091 R741c

PROYECTO APOYADO POR EL FORDECYT
Diseño de portada: Samuel Morales Hernández
Ilustraciones: Natanael Hernández Cedillo

Primera edición, 2020

D.R. © 2020, Centro de Investigación en
Ciencias de Información Geoespacial, A.C.
Contoy 137 Esq. Chemax, Col. Lomas de Padierna,
Alcaldía Tlalpan, C.P. 14240, Ciudad de México
www.centrogeo.org.mx
ISBN de la Colección: 978-607-98310-2-8
ISBN: 978-607-98310-4-2

D.R. © 2020, Centro de Investigaciones y
Estudios Superiores en Antropología Social
Juárez 87, Col. Tlalpan centro, Alcaldía Tlalpan
C.P.14000, Ciudad de México
www.ciesas.edu.mx
ISBN de la Colección: 978-607-486-570-7
ISBN: 978-607-486-572-1

D.R. © 2020, Centro de Investigación
y Docencia Económicas, A.C.
Carretera México-Toluca 3655, Lomas
de Santa Fe, Alcaldía Miguel Hidalgo,
C.P. 01210, Ciudad de México.
www.cide.edu
editorial@cide.edu
TW @LibrosCIDE
ISBN de la Colección: 978-607-8508-87-7
ISBN: 978-607-8508-89-1

D.R. © 2020, Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12,
Col. San Juan Mixcoac, Alcaldía Benito Juárez,
C.P. 03730, Ciudad de México
Conozca nuestro catálogo en
www.mora.edu.mx
ISBN de la Colección: 978-607-8611-72-0
ISBN: 978-607-8611-73-7

D.R. © 2020, El Colegio de la Frontera Sur
Av. Centenario km 5.5, C.P. 77014
Chetumal, Quintana Roo
www.ecosur.mx
ISBN de la Colección: 978-607-8767-04-5
ISBN: 978-607-8767-06-9

La presente publicación fue sometida a una
Evaluación de pertinencia que garantiza
su temática, originalidad y calidad.

Impreso en México
Printed in Mexico

Directorio de la Colección Editorial RTMG

Dr. José Ignacio Chapela Castañares

Director General, CentroGeo

Dr. Carlos Macías Richard

Director General, CIESAS

Dr. Sergio López Ayllón

Director General, CIDE

Dra. Diana L. Guillén Rodríguez

Directora General, Instituto Mora

Dra. María del Carmen Pozo de la Tijera

Directora General, Ecosur

Dra. Regina Martínez Casas

Coordinadora General de la edición

Dr. Tonatiuh Guillén López

Coordinador de contenidos

Dulce Mariana Gómez Salinas

Editora ejecutiva

Comisión Científica de la Colección Editorial RTMG

Dra. Regina Martínez Casas

Secretaria Técnica

CIESAS

Dra. Julieta Fuentes Carrera

CentroGeo

Dr. Carlos Antonio Heredia Zubieta

CIDE

Dra. Martha Luz Rojas Wiesner

Ecosur

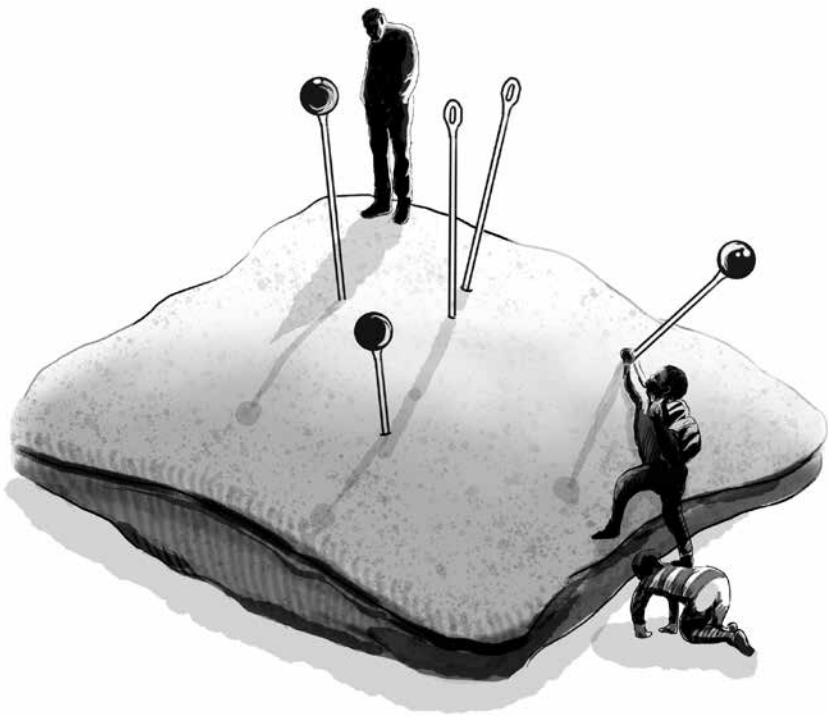
Dra. Mónica Toussaint Ribot

Instituto Mora

Índice

Prólogo	11
Vida y trabajo en Campeche y Tabasco	17
Introducción	19
Candelaria y Calakmul	21
Elvira	23
Nancy	31
Sandra	41
Campeche	49
Alicia	51
Julián	63
Tenosique y Balancán	77
Emmanuel	79
Aaron y Yolanda	89
Vida y trabajo en Chiapas	99
Introducción	101
La Trinitaria	103
Janet	105
Luis	117
Absalón	131
Frontera Comalapa	143
Artemio	145
Dolores	151
Carlos	173

Teresa	181
Soconusco	189
Brenda	191
Juan Antonio	199
Iris	215
David	225
Viñetas transfronterizas	237
Ernesto, Champotón	239
Magda, Champotón	243
Cecilia, Champotón	247
Fátima, Campeche	253
Clemencia, Campeche	257
Margarita, Campeche	259
Eleazar, Campeche	261
Epílogo	265
Siglas, acrónimos y abreviaciones	269
Mapa de ubicación de municipios	272
Directorio del subproyecto	273
Agradecimientos	275
Acerca de los autores	277



Prólogo

Por mucho que las fronteras marquen un límite, una demarcación que contiene y separa lo de “acá” de lo de “allá”, en realidad tienen más que ver con el movimiento que con la quietud. De hecho, la existencia misma de una frontera produce todo tipo de movimientos, tanto de personas como de capitales y bienes. Personas que cruzan la frontera en busca de un medio de vida o con la esperanza de sobrevivir y encontrar sustento para ellas y sus familias, o para escapar de la violencia, cargan la frontera como una otredad que marca sus cuerpos y que pareciera llevan consigo, como equipaje. En este sentido, la frontera también se mueve; está con ellas cuando a sus hijos se les niega el acceso a la escuela, cuando se les niega un permiso de trabajo, cuando tienen que soportar la xenofobia degradante. También, cargan la frontera mientras navegan la vida familiar, resolviendo el cuidado transfronterizo y lidiando con todas las emociones involucradas en vivir y trabajar a través de las fronteras.

Para quienes la habitan, la frontera que divide México de Guatemala y Belice genera experiencias de vida particulares y contradictorias: por un lado, se encuentran posibilidades de supervivencia, superación, intercambio, pero por el otro, se vive en una perpetua desigualdad y un pernicioso juego entre control y abandono a manos del Estado. Cuando la vida depende de estas dinámicas, de que el acto de cruzar la frontera sea la base para la propia existencia, entonces navegar y negociar estas dinámicas se vuelve cotidiano.

Los relatos presentados en este libro muestran una diversidad de experiencias vividas por personas de origen guatemalteco en distintos espacios de una región en la que no solo se registra interacción transfronteriza entre Guatemala y México, sino también otras modalidades de movilidad y de asentamiento.

A partir de un estudio sobre movilidades transfronterizas e inserción laboral de personas de origen guatemalteco en los tres estados de México que colindan con Guatemala: Chiapas, Tabasco y Campeche, con este libro nos interesa destacar esa diversidad y complejidad narrada por las propias personas, desde su experiencia, desde la evocación de sus condiciones de vida, de movilidad y de trabajo, no solo por el valor histórico de documentarlas, sino para identificar las situaciones de exclusión social, desigualdad y discriminación, y señalar las repercusiones de estas en la vida de personas y familias afectadas.

Con estos relatos, que editamos respetando al máximo la voz de las y los sujetos, buscamos ampliar la mirada a la presencia de personas de origen guatemalteco en distintas zonas de la frontera sur de México, pero también mostrar que necesitamos conocer y reconocer que esta presencia no es homogénea, no es un dato o un agregado, y que hay que acercarse a esos diferentes espacios y a sus historias de vida para superar estereotipos sociales y generalidades académicas. Aunque el número de personas de origen guatemalteco viviendo en México es muy bajo, su presencia, así como la de trabajadoras y trabajadores que van y vienen, o que viven por temporadas en este país, se inscribe tanto en la historia como en la cotidianidad de este territorio fronterizo en toda su complejidad.

A partir del conocimiento, aún fragmentario, que tenemos quienes participamos en este proyecto —la mayoría trabajando en instituciones mexicanas de estados fronterizos—, propusimos realizar entrevistas en contextos locales de siete zonas o subregiones, algunas estrictamente fronterizas y otras no, en las que trabajan o viven personas de origen guatemalteco. En Campeche, realizamos trabajo de campo en la colindancia con Guatemala, pero también en comunidades mexicano-guatemaltecas que no están cercanas al límite internacional; mientras que en Chiapas y Tabasco hicimos trabajo en localidades fronterizas. Cabe destacar que, aunque desde hace décadas, se ha documentado y reconocido la presencia de población guatemalteca en Chiapas, no ha sido así en los otros estados fronterizos con menor, pero no por esto menos importante, presencia.

Cada uno de estos estados tiene sus propias especificidades en cuanto a la movilidad y a la inserción laboral de personas de origen guatemalteco, que esbozamos más adelante en la introducción a las dos primeras secciones de

este libro. Aquí solo mencionaremos que, en el estado de Chiapas vive el mayor número de personas nacidas en Guatemala (naturalizadas y con o sin documentación migratoria), no solo de la región sino de México. En este estado, en particular en la región del Soconusco podemos distinguir claramente la mayor dinámica transfronteriza laboral de la frontera sur de México. En Campeche, hay menor presencia, aunque la población nacida en Guatemala ocupa uno de los primeros lugares entre las personas inmigrantes en este estado. La dinámica transfronteriza con Guatemala es mínima, pero podemos encontrar casos de trabajadores temporales. Al igual que Chiapas, tuvo un papel importante como zona de refugio en los años noventa, debido al conflicto armado en Guatemala. De los tres estados, Tabasco tiene la menor presencia de población guatemalteca, incluso menor a la de otras nacionalidades en dicho estado. Sin embargo, algunas de sus localidades limítrofes han cobrado importancia en años recientes debido a una nueva carretera que permite el tránsito transfronterizo y, aunque sí hay una presencia histórica de personas ya establecidas, se comienza a visibilizar la llegada de trabajadores temporales. En los tres estados, principalmente, trabajan en dos sectores: el primario, básicamente en agricultura, y el terciario, tanto en servicios como en comercio.

Entre 2018 y 2019, en las siete zonas o subregiones seleccionadas: Soconusco, Sierra Mariscal y Meseta Comiteca-Tojolabal, en Chiapas; franja Tenosique-Balancán, en Tabasco; y los municipios de Campeche, Champotón y franja Candelaria-Calakmul, en Campeche, realizamos 115 entrevistas, de las cuales escogimos 25 para editar como relatos, con casos por cada una de las zonas mencionadas. De este modo se buscaba que fueran ilustrativas de las distintas zonas, pero también de las diferentes ocupaciones. En la mayor parte de los casos, se lograron entrevistas largas, pero en otros no, en parte porque las condiciones para hacer las entrevistas no eran propicias, o bien porque el tiempo de que disponían algunas personas era breve y se hacía necesario enfocarse en algunas cuestiones clave. Pero, aún en esos relatos más cortos podemos destacar parte de historias que nos permiten comprender algunos aspectos del contexto y de la experiencia vivida. Los relatos más largos integran las dos primeras secciones del libro, dedicadas a los tres estados fronterizos. La primera

sección contiene los relatos de quienes viven o trabajan en Campeche y Tabasco; y la segunda de quienes viven o trabajan en Chiapas. Los relatos más cortos integran la última sección, que hemos denominado viñetas transfronterizas y que se refieren a experiencias en dos municipios de Campeche.

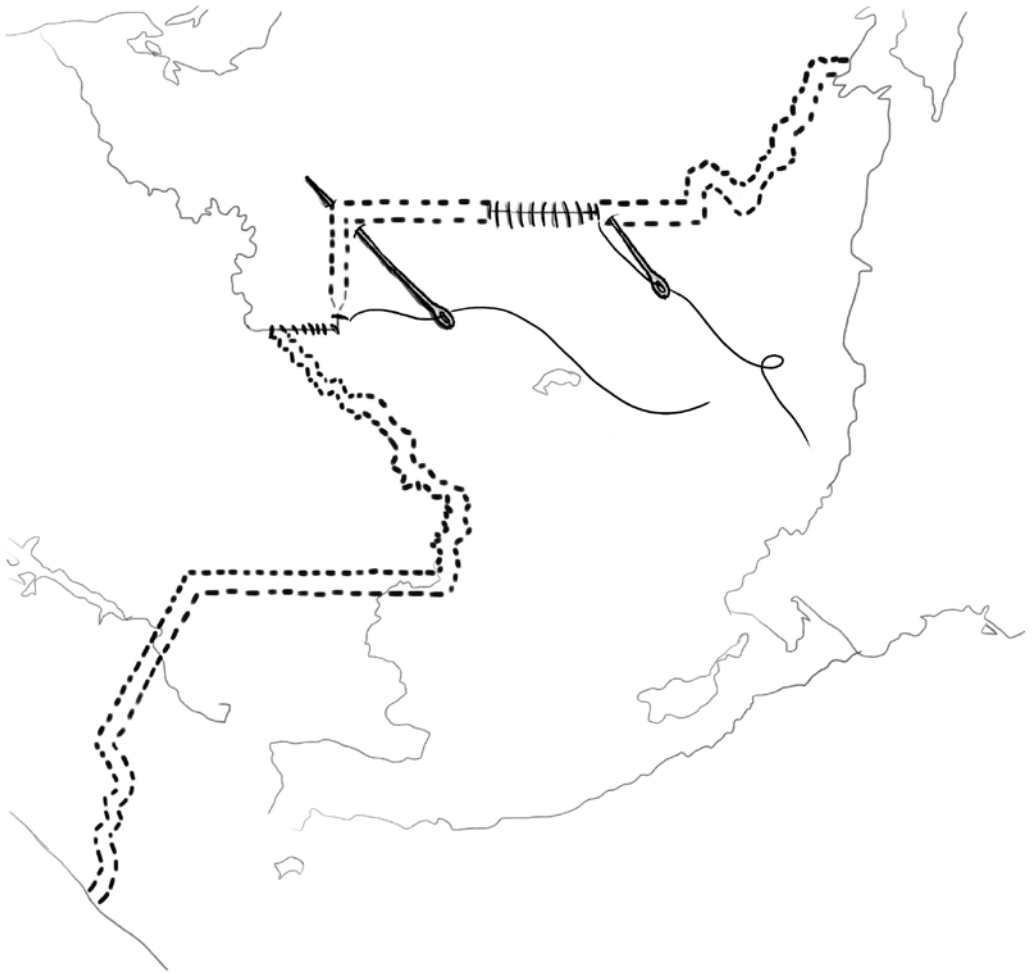
En todos los relatos, usamos seudónimos para resguardar el anonimato. Con el mismo sentido, también omitimos algunos nombres de ejidos y de barrios. Se trata de relatos de catorce mujeres y once hombres que, en promedio, tienen 42 años, con un rango de edades entre 26 y 73 años. Tres personas nacieron en México: Absalón, Luis y Cecilia, que comparten ser hijos e hija de familias que buscaron refugio en México en la década de 1980; cada familia con historias particulares, antes, durante y después de ese proceso de huida. Absalón y Luis se fueron cuando sus familias retornaron a Guatemala, pero desde hace algunos años regresan a trabajar a México con un permiso de residente regional porque no están registrados como mexicanos y no saben cómo hacerlo. Las otras veintidós personas nacieron en departamentos guatemaltecos colindantes con México, aunque entre las ciento quince que entrevistamos hay quienes nacieron en otros departamentos (ver mapa al final).

Entre los relatos, tenemos dos casos de personas que son trabajadoras temporales; una de ellas cruza cotidianamente desde su aldea a la localidad vecina, y otra reside temporalmente en México. Las demás personas ya están establecidas en México, algunas ya naturalizadas, otras con documento de residencia, otras con documento de visitante regional y otras sin documentación migratoria y con varios años viviendo en México. Varios obstáculos impiden que puedan tener un estatus regular, como sucede con Artemio, en Frontera Comalapa, que al momento de la entrevista llevaba diecisiete años viviendo en México, estaba casado con una mexicana y tenía cuatro hijos nacidos en México. Él aprendió “a ser grande desde la edad de ocho años”, cuando tuvo que empezar a trabajar; toda la vida lo ha hecho, pero no puede destinar dinero para sus documentos, pues dejaría de llevar dinero a su casa; lo que gana como jornalero no le alcanza para ese tipo de gastos.

Este relato, como los demás que integran este libro, son pequeñas historias de vida de sujetos sociales y políticos, cuyas voces, aún en la cotidianidad, deben

ser escuchadas. Entre el “acá” y el “allá”, entre el “ir” y “venir”, o simplemente en el permanecer y habitar cerca de la frontera, sus vivencias nos invitan a imaginar cómo se tejen y destejen esos límites y demarcaciones impuestos.

Vida y trabajo en Campeche y Tabasco



Introducción

Campeche y Tabasco, junto con Chiapas, comparten vecindad con Guatemala. A diferencia de Chiapas, estos dos estados no son reconocidos como territorios de fuerte interacción con el vecino país y pareciera que la presencia de personas de origen guatemalteco es poco significativa si se compara con esta última entidad del sur-sureste mexicano. Sin embargo, con sus propias particularidades, se evidencia una presencia que ha sido producto de esta relativa menor interacción fronteriza, pero también de su llegada desde Chiapas, Quintana Roo y Tabasco (en este último caso hacia Campeche)

En el estado de Campeche, hay población de origen guatemalteco concentrada en algunas localidades que se formaron por los reasentamientos de los campamentos de refugiados en la década de 1980; pero también hay en otras localidades, incluyendo fronterizas, en municipios caracterizados por la dispersión de su población. En general, se dedican a actividades de los sectores primario y terciario.

En los municipios de Candelaria y Calakmul que conforman la franja fronteriza con Guatemala, en el estado de Campeche, las personas de origen guatemalteco básicamente se dedican a actividades agropecuarias, a las que también se vincula la mayor parte de su población económicamente activa. Hay una escasa participación laboral transfronteriza. En las localidades no fronterizas y que se constituyeron a partir de los campamentos de refugiados, como Los Laureles, Quetzal-Edzná y La Libertad, en el municipio de Campeche, y Santo Domingo Kesté, en el municipio de Champotón, priman las actividades del sector primario, pero también hay actividad en el sector terciario y en menor número en la construcción que se clasifica como parte del sector secundario de la economía. Estas últimas actividades se desempeñan, en especial, fuera de estas comunidades, en centros urbanos y turísticos del mismo estado de Campeche o de la península de Yucatán.

En el estado de Tabasco, hay población de origen guatemalteco en distintas localidades, pero en especial en la franja fronteriza conformada por los municipios de Tenosique y Balancán, que es parte de la región tabasqueña de Los Ríos. La adecuación y pavimentación de la carretera El Naranjo-El Ceibo, en Guatemala, en conexión con la de Tenosique, en México, estimuló el establecimiento de actividades de comercio informal y la formación de un caserío fronterizo que se ha constituido en un centro de actividad comercial y de interacción con el municipio de Tenosique, con el que ya había un vínculo histórico. En este municipio, personas de origen guatemalteco se ocupan en actividades de los sectores primario y terciario. En Balancán, la población guatemalteca se ocupa en actividades del sector primario, como jornaleros en cultivos de chigua y chile, así como en actividad ganadera en los ejidos.

Candelaria y Calakmul

Elvira



Originaria del departamento de Petén en Guatemala, fue apenas hace ocho años que decidió venir a México. Había hecho su vida familiar y laboral en Guatemala; después de separarse de su esposo, siguió allí con su negocio de restaurante; pero cuando le pidieron el local, decidió arriesgarse y venir a México, con el apoyo de su hermano que ya vivía en Campeche. Poco a poco se fue estableciendo en Candelaria, donde actualmente vive. Ella es hija de padre mexicano y de madre guatemalteca, pero desconocía que su nacionalidad mexicana puede ser reconocida.



Yo tengo 47 años. Tengo tres hijos. La mayor es Julieta que tiene 25 años. Después está Mauricio, que tiene 23 años, y la menor que es Adalia y tiene 12. Los tres nacieron en San Benito, Petén, Guatemala. Yo nací en Carmelita, San Andrés, Petén, Guatemala. Ahí nací, en un pueblecito pequeño. Cuando yo tenía tres años ya nos fuimos a vivir para Petén porque mi papá quería que nosotros estudiáramos y en ese pueblecito no había facilidades de cómo nosotros estudiáramos, y habló con mi mamá y decidió que nos viniéramos a Petén para que pudiéramos estudiar nosotros, y fue que ya nos vinimos para ese lugar.

Entonces, ahí estudié la secundaria, pero en ese tiempo que yo estudié enfermería, con sexto que uno tuviera, ya podía estudiar enfermería. Y ahora no, ya le piden otro nivel de estudios, pero en ese tiempo, no. Bueno, trabajé de enfermera; estudié, gracias a Dios, enfermería y lo ejercí durante varios años, como siete. A los 18 años empecé a ser enfermera. Y ya ahí fue donde yo me casé.

Cuando me casé tenía 21 años, y de 22 años tuve a mi primera hija. Yo era enfermera y pues total es que tuve a mis tres hijos y todo, pero ya con el tiempo siempre surgen dificultades. Entonces, él andaba con otra muchacha y ya cuando yo me enteré se destruyó el hogar, por decirlo así. Entonces, yo me quedé con mis tres hijos. Me quedé como con tres semanas de embarazo de Adalia. Aproximadamente, como unos doce años, algo así estuve casada.

Me retiré de enfermería por motivos de salud, porque para tener un mejor sueldo yo tenía dos trabajos de enfermería. Entonces me dio un edema cerebral y tuve que dejar el trabajo porque me prohibieron el desvelo. En el trabajo de enfermera, pues tiene que hacer uno turnos de noche. Y pues eso se me dificultaba y como me gustaba el negocio, pues comencé a trabajar mi propio negocio; puse un restaurante, y ahí fue que comencé a trabajar. De hecho, como me quedé sola, pues, yo ese negocio tenía: un restaurante. Entonces, siempre he trabajado para poder sacar adelante a mis hijos.

Varios años tuve el restaurante ahí en El Petén, en Guatemala. Pero el lugar donde yo había puesto mi restaurante, por decirlo así, el solar, me lo rentaban; entonces los dueños de ese solar decidieron poner su propia empresa, que todavía la tienen y son amigos míos. Entonces, me comentaron que tenían un negocio en mente y, obviamente, yo tuve que desistir de seguir con mi negocio,



porque ellos iban a utilizar el pedazo del terreno que yo tenía. Ellos pusieron su negocio y yo, pues me quedé sin el mío. Pero, me dijo un mi hermano, el más chico, “mira, ¿qué dices si te vas a México conmigo”, y le digo yo “pero nunca he ido a ese lugar. ¿Y cómo se llama?”, le digo. “Miguel Hidalgo”, me dice, “y es muy bonito ese lugar”.

Mi hermano ya llevaba muchos años viviendo acá; no solo él, también mis otros hermanos, que ya tenían años de estar viviendo acá. Después, también se vinieron mi papá y mi mamá. Mi papá es mexicano; él nació allá en Balancán, Tabasco, pero mi mamá es guatemalteca. Mi mamá ya tiene como sus 68 años y mi papá tiene como 75, creo yo. Dice mi papá que ella tenía 18 años y él tenía 25, cuando se juntaron; siete años se llevan.

Entonces, me decidí venir; pero mi hija ese año salía, se iba a recibir de maestra. Entonces le dije yo “pues, mira hija, no me gustaría que dejes tu estudio a medias; lo que vamos a hacer es que me voy a ir yo allá; yo voy a ir a ver qué negocio pongo inmediatamente que yo llegue”, le digo, “entonces, te voy a mandar tu dinero para sostener tu estudio y todo y ya de ahí pues ya tú te vas allá conmigo”. Eso fue lo que platicamos, pero no se dio eso, porque ya de ahí siguió la universidad allá y todo; ya se hizo largo, y ya no fue, como se había pensado. Entonces, ella me dijo “yo digo que no me voy a hallar allá”. Vino, conoció el lugar, pero no se acopló acá y todo eso. Entonces le dije yo “mira hija, yo he tenido eso en mi corazón de respetar las decisiones de mis hijos ¿verdad? Entonces si tú tienes esa aspiración a seguir estudiando, yo te voy a apoyar siempre”, le digo, “en todo lo que a mí me sea posible, y si tú quieres seguir la universidad, échale ganas y yo te voy a ayudar”, le dije. Entonces, decidí que siguiera la universidad y apoyarla económicamente. Ella se recibió de licenciada en Trabajo Social. Ya cerró, ya cerró, gracias a Dios. Hace poquito apenas cerró.

A mi hijo Mauricio, a él no le gustó el estudio. Solo hasta sexto llegó. Entonces a mí me preocupaba esa situación de que él solamente estudió sexto y cómo iba a salir adelante en la vida; me preocupaba esa situación. Pero, como ante todo uno siempre le pide mucho a Dios, él llegó a aprender un oficio y fue que ya después, al aprender a arreglar motos y todo eso, ya puso su propio tallercito y todo, y ahí está trabajando gracias a Dios. Él arregla las motos y así. Siempre



Dios nos ha bendecido, tanto allá en Guatemala como acá; nos ha bendecido mucho. Adalia está en sexto. Ya va a pasar a la secundaria. Cuando yo llegué aquí, Adalia tenía apenas cinco añitos. Entonces, tiene ocho años que estoy acá. Acá estudió su kínder.

Nosotros llegamos por acá por el lado de El Ceibo, siempre. Por ahí venimos; por ahí yo pasé mi mudanza. Yo traje mis cosas que tenía allá. Mi hermano me trajo todo lo que yo tenía. En esos años estaba Migración, pero como era mudanza que se hacía, entonces, ahí pasamos, checaron todo lo que traíamos y nos dejaron pasar, pero nunca dijimos que veníamos para México; dijimos que íbamos para El Sacrificio,¹ para poder pasar sin dificultad. Y, como éramos guatemaltecos, pues nos creyeron. Pero en realidad nos quedamos a vivir acá, desde ese tiempo; casi ocho años, ocho años en realidad.

Cuando yo llegué, yo traía todas mis cosas de allá, y ya mi hermano pues, obviamente, tenía ya la casa donde íbamos a llegar y todo, para rentar. Y yo pensando en qué negocio iba a hacer, pero este negocio nunca lo había hecho yo antes. Y me dice mi hermano “¿y qué piensas?”; “pues lo que pienso es de que qué negocio voy a poner acá”, le digo, “porque no me gusta trabajarle a otro”. “Entonces, ¿en qué piensas?”, me preguntó. “Quiero que me hagas un fogón”, le dije yo, “porque voy a poner una tortillería hecha a mano porque yo miro que acá solo hay de fábrica”, le dije yo. “¿Estás segura?”, me dice. “Como que me llamo Elvira”, le dije yo. “Eso nunca lo has hecho”, me dijo. “No, pero yo soy de playa y ladera”, le dije, “todoterreno, así es de que eso voy a poner”, le dije. Y tenía yo una señora que era guatemalteca, que la había traído también; ella trabajaba conmigo allá y se vino.

Comencé el negocio de tortilla y fue un éxito; tortilla y masa. Pero inicié con un molinito de esos de manilleta que, como tenía yo como a nueve a mi cargo allá en la casa, me recuerdo que, por decirlo así, a las dos de la mañana se levantaba el primero a moler; bueno, era la primera molida que se hacía. De ahí consecutivamente, ya despertaba al otro que le tocaba la otra molida, y se enojaban, porque

¹ Comunidad ubicada en Guatemala cerca de la línea divisoria internacional y próxima a la localidad de Candelaria, Campeche, a donde llegó a vivir.



ya querían seguir durmiendo ¿no? y comenzaba ya a trabajar. Pero de ahí, me dijo mi hermano “ese tu molino te lo voy a hacer eléctrico”, me dijo. Y gracias a Dios lo hizo eléctrico. Él lo arregló. Entonces, se me facilitó un poco la molida y que también ya no era necesario que los otros se levantaran. Entonces todo bien.

Gracias a Dios, me abrí campo en ese sentido y ya como a los nueve meses o diez meses de estar acá fue que conocí a un señor que es mexicano; entonces me estuvo pretendiendo un tiempo y ya de ahí nos juntamos. Y siempre seguí el negocio de la tortilla, pero ya vendía pozol también; pozol, masa y la tortilla. Y fui juntando mi dinerito y ya de ahí le dije “voy a hacer otro tipo de negocio aparte de este”. Destazaba cerdo; yo los mataba. Me levantaba a las dos de la mañana a poner mi agua, los pelaba y los descuartizaba; hacía mis chicharrones y todo, dos veces por semana. Y así, pues gracias a Dios, ya fui juntando mi dinerito. Y ya cuando tenía mi dinerito junto ya fue que puse este otro tipo de negocito, la cocina, con los ahorros que tenía. Eso fue en escala.

El negocio acá tiene como de ocho a nueve meses que lo tengo acá. Pues, da para sobrevivir; tal vez no para enriquecerse, pero para tener la comida de todos los días y que lo necesario pues no le falte a uno. Y, pues, renté esta casa para la cocina, cerca de las oficinas, porque como ahora ya no es comisaría acá y, pues, pensando en que el negocio se va a mejorar más adelante. Entonces, fue la idea de poner acá mi negocito, porque antes en la casa tenía yo mi negocito. Pero ya de ahí, renté acá y pues ya lo puse acá y comencé a trabajar lo que es de noche; no trabajaba de día. De día solamente los sábados y los domingos, hacía el pollo asado y la costilla de cerdo. Pero de noche trabajaba lo que son los burritos de harina, que le decimos nosotros, las garnachas, los tacos y las hamburguesas, los *hot dogs*, todo eso lo vendía yo de noche.

Pero, ya no seguí en la noche; acabo de cambiar, porque me afecta eso de trabajar de noche; tal vez me quedó ese problema que tuve del cerebro. Había veces que a las 12, a las 12:30, a la una de mañana cerraba acá. Entonces, como que me comencé a poner mal de salud, y dije yo: “bueno, si Dios me bendice de noche, igual me va a bendecir de día”, y comencé a trabajar de día, mejor. Entonces ya ahora trabajo lo que es de día; siempre lo de la comida, y también vendo masa, vendo pozol y vendo tortilla y la que se consume acá mismo.



Tengo una señora que me ayuda. Ella es guatemalteca igual que yo, aunque ya me dice que ya no va a trabajar. Por eso vino la otra muchacha, porque la señora que me ayudaba tiene tres niños chicos todavía, y se le dificulta bastante prepararlos para que se vayan a estudiar, y recibirlos. Y, también, como que no está acostumbrado el esposo, creo que ella no ha trabajado antes.

Yo no voy con frecuencia a Candelaria; casi no salgo. Más que todo cuando voy es porque tengo que hacer mis compras para el mismo negocito que tengo, y nunca, nunca, me han pedido documentos. Yo siempre llevo la tarjeta. Yo la saqué desde el tiempo de que yo entré acá, hace ocho años. Yo entré con esa tarjeta, pero nos dijeron que había que renovarla, que nos iban a dar otra, que era una verde. Entonces esa la entregamos y nos dieron otra. Ya está actualizada; nos dieron otra actualizada. Pero el otro día, yo salí a hacer un mandado acá y nos sentamos con mis hijas a comer un helado ahí en el parque y dejé mi cartera, y ahí llevaba mis documentos. Entonces los perdí y nos fuimos a renovarlo y ya nos cobraron setecientos pesos para darnos el otro, porque habíamos perdido ese. Ahí en la aduana, en El Ceibo. Y lo tuvimos que pagar. La primera vez no pagamos, pero sí ahora.

Ahorita, todos tenemos nuestros documentos, porque yo pienso que uno debe de hacer las cosas bien y, pues sí, hay que hacer lo correcto ¿no?, porque así no tiene uno ningún tipo de problemas. Pero son documentos de visitantes. Todos tenemos esa tarjeta de visitante. Mi hija también; ella viene con su tarjeta de visitante, cuando tiene oportunidad de venir. Bueno ahora que el estudio ya lo cerró, por decirlo así, entonces ella siempre viene acá.

Mi mamá tiene sus documentos como guatemalteca y también su tarjeta de visitante. Mi mamá viaja, porque ella su apoyo lo recibe en Guatemala, por no tener sus documentos de acá. Entonces, mi papá recibe acá y ella lo recibe allá. Ella va a cobrar allá, y ya después que cobra se viene, y así está. Pero, ella ya está grande. Le digo yo que esa situación no puede seguir así, porque yo tengo que *ir* a esperar a El Ceibo; de allá me la trae mi hija a ahí. Y por los años, ya para estar haciendo trasbordos de una combi a otra, pues se caen. Si a veces se me ha caído a mí, que yo la llevo agarrada. Entonces, por todo ese tipo de cosas es que le digo yo “mire, usted se tiene que decidir a dejar ese apoyo que tenía”.



“Y ¿cómo me dices eso? ¡Sí, ese me sirve!” me dice. Pero, si ella lo pudiera hacer acá, pero, a veces por no tener uno conocimiento, se estanca uno y ahí se queda.

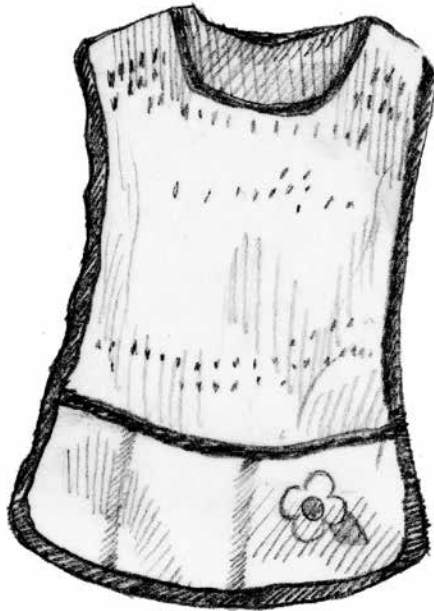
Se nos dificulta el hecho de no tener nuestros documentos como residentes acá, porque pues ya ve usted que vienen muchos apoyos y uno no lo puede recibir ¿por qué?, por no tener sus documentos. Aunque problemas acá, con autoridades y todo eso, no, porque pues gracias a Dios todo el mundo lo conoce a uno como una persona que trabaja y todo eso.

Uno no puede generalizar ni decir que todas las personas nos discriminan o nos tratan mal, porque sería uno mentiroso. En todos los países que uno vaya hay diferentes tipos de personas. En realidad, algunas personas sí lo hacen de menos a uno, o por lo menos, yo que dos años estuve en la cocina de la primaria como presidenta. El tercer año otra vez me eligieron, pero yo tuve que hacer una junta y entregar a las personas que estaban en discusión, porque decían que yo era guatemalteca y que cómo iba a ser que tanto tiempo yo estaba ahí de presidenta. Y para evitar ese tipo de problemas, sentí yo que era maduro, mejor hacer una reunión y ceder mi puesto a otra persona que lo quisiera, para no caer en conflictos.

Pero, gracias a Dios, yo me siento bien pues, porque sé que el tiempo que me dieron la oportunidad de estar ahí apoyando, pues lo hice de la mejor manera. De eso yo me siento bien, con satisfacción. Y lo entregué porque tampoco va a caer una en problemas. Y no es sano tampoco estar en un ambiente así. Pero eso fue, precisamente, porque ellos decían que yo era guatemalteca, por eso, porque no era yo de acá y aunque yo ya tenía muchos años, mucho tiempo acá. Eso es de las señoras del pueblo; de las autoridades no, ni un tipo de dificultades ha habido.

Entrevista realizada por Martha Luz Rojas Wiesner en el municipio de Candelaria, Campeche, el 14 de febrero de 2019.

Nancy



Nació en Retalhuleu, pero una parte de su vida la vivió en una comunidad de Petén, fronteriza con Campeche. Es la quinta de doce hermanos y desde los 10 años ha tenido que trabajar: en el campo, en hogares, en maquilas. Antes de venir a México, vivió en Ciudad de Guatemala, donde se había casado y tenía dos hijos. También vivió en casa de sus padres, después de que su esposo se separó de ella. En esa comunidad conoció a su actual esposo mexicano. Ahora vive en un ejido de Candelaria, donde apoya en actividades comunitarias y en la escuela primaria, en la que estudia su tercer hijo, que nació en México.



Yo tengo 31 años. Nací en El Asintal, Retalhuleu, en Guatemala. Mi esposo se llama Alfredo, tiene 34 años y nació acá en Miguel Hidalgo. Luego está mi hija Irene que tiene 13 años y nació en Libertad, Colomba Costa Cuca, en Guatemala. Después está mi hijo Omar de 12 años, que nació en la mera capital, en Guatemala. Y mi hijo Elías que nació acá en Candelaria. Mi esposo terminó la secundaria y yo la primaria. Mis hijos estudian, Irene está en primero de secundaria. Elías en tercero de primaria.

Yo, desde muy pequeña, empecé a trabajar cortando café, cardamomo, injertando café, haciendo todo lo que es cafetalera; fui a trabajar allá por Tecún Umán, en la empresa esa de las palmas; también trabajé ahí. Yo, desde los diez años, desde que yo tengo uso de razón, he trabajado. Teníamos que trabajar porque éramos muchos; éramos doce hermanos. Yo soy como la quinta. Seis hombres y seis mujeres. Después de salir de la escuela teníamos que trabajar, o los sábados y domingos, que no había. Teníamos que cortar café. Llegaban contratistas, y nos subíamos a los camiones a cortar café, a los lugares donde teníamos que ir a cortar café; nos levantábamos a las tres de la mañana y llegábamos como a las tres o a las cuatro de la tarde, ya de cortar café.

Me pagaban el jornal; lo que era, dependiendo de cuánto café hacía. Ya quizás como de 10 años me pagaban. Allá nos daban una cartillita, y el cheque, pues ya salía a nombre de uno. Sacábamos hasta quinientos, seiscientos quetzales cuando era corte de café. Depende del café que cortabas también. El café estaba bonito para cortar, a mí me gustaba, me rendía, lo que no me gustaba era cargarlo, porque yo cargaba mi café hasta el recibidero, donde teníamos que entregarlo. Lo que me pagaban, alcanzaba nada más para comer; para comer y unas cositas que nos comprábamos ahí, como pedazos de tela, que nos hacíamos nuestra ropa. Yo le decía a mi mamá que agarrara el dinero, porque yo miraba que mi papá trabajaba y no le daba, no alcanzaba. Estudiábamos también, nos pedían útiles, y no nos daba el dinero. Y mi mamá, pues como ella era *añera*, año tras año ella tenía sus bebés, y nosotros teníamos que llegar todavía, a cuidar a mis hermanos, a lavar ropa, así.

Como a los quince años dejé yo de trabajar en el campo y ya me fui a Guatemala a trabajar en casas, como dos años y cacho (fracción). Al mes nos



pagaban ochocientos quetzales. Era de planta, y ahí trabajábamos, y gracias a Dios me tocó buenos patrones, y me quisieron y yo le echaba ganas al trabajo; aunque fui y no sabía licuar. Mi mamá no tenía licuadora; nosotros molíamos el frijol en piedra de esa de moler masa en mano, y ahí molíamos todo el recado que nosotros ocupáramos. Y me acuerdo de que, cuando me dijo la patrona “me vas a licuar los frijoles”, yo salí brincando donde prendí eso, porque yo no sabía, ni lo había visto, porque nosotros no teníamos de eso, ni tele, nada. No nos daba para tener todo eso, más con varios hermanos.

La primera vez que vine a México, yo ya me había dejado con mi esposo, me dejó con mis dos hijos, con mi Irene y con mi Omar. Estábamos bien, trabajando allá, pero él se buscó otra mujer y me dejó. Mi hija tenía cuatro años, y mi marido me la peleaba. Él me dijo que me iba a seguir dando plata, pero que mi hija se iba a quedar con él. Y yo le dije que no, que lo sentía mucho, que yo prefería a mis hijos que el dinero. Así es que le dije “si eso es lo que piensas ¿sabes qué?, yo voy a seguir adelante con mis hijos, voy a trabajar; si no estoy mocha ni nunca he dejado de trabajar”; dijo “ah, bueno. ¿Te quedas con tus hijos? Bueno, está bien. Yo me quedo con mi dinero”. Pues así se quedó. No los buscó ni los peleó ni nada. Para él fue feliz de quedarse sin hijos.

En ese tiempo mi papá ya vivía acá, en El Sacrificio, que colinda con Miguel Hidalgo, ya vivía acá. Él se vino buscando, igual, tierras, porque no había ni dónde trabajar, y aquí encontró tierras y se puso a trabajar, a sembrar. Entonces va mi papá y me dice “hija, ¿qué vas a hacer? Porque estás sola acá”. Tenía a mis hermanas, pero ellas con sus esposos, y pues yo no podía ser más carga para ellas, porque ellas igual pagaban renta, o pagan renta, porque ahí viven. Y agarró mi papá y me dijo “vámonos; allá donde yo vivo hay parcelas; sembramos maíz, lo que podamos, yuca, lo que sea, pero allá no vas a sufrir tú y nosotros te vamos a ayudar”. Él me fue a buscar y nos vinimos. Yo vendí lo que pude y lo que no pude vender pues lo traje y me vine con mis hijos a El Sacrificio. Ahí le ayudaba a mi papá a sembrar chigua, maíz, al campo.

Nosotros vivíamos en una montañita ahí de El Sacrificio. Ahí es donde, al año, conozco yo al papá de mi hijo, el mexicano. Ahí hay mucho de cacería y todo eso, y él llegó a cacería y mi hermanito lo conocía a él, y ahí fue que nos



fuimos conociendo y ya él dijo que se quería juntar conmigo, y yo le dije “tienes dos ojos, y ya viste que tengo dos hijos, y luego no quiero que me vayas a echar en cara a mis hijos, porque no te los estoy escondiendo”. “Y si es así”, le digo, “pues habla con mi papá. Yo no quiero tener hijos de uno y de otro y de otro y de otro”, le digo. “Además, yo ahorita vengo de cortar maíz”, le digo; yo traía mi bulto de maíz aquí en el hombro; “tú no me vas a conocer ni en la calle ni en donde sea; aquí yo estoy en mi casa”, le dije. Y sí, dijo que sí, que iba a hablar con mi papá, y habló con mi papá y nos juntamos. Y ya que me junto y me vengo para acá a Miguel Hidalgo y salgo embarazada. Y ya nace Elías.

Yo acá, en Miguel Hidalgo, no trabajo. Yo acá ayudo en la cocina económica, porque la gente no quiere apoyar con eso y, pues, es una ayuda para los niños. Yo soy voluntaria. Si yo quiero ir voy, y si no, no. Yo voy, pero porque yo tengo a mi hijo en la escuela y porque yo quiero ir a ver a mi hijo, que coma, cómo le dan la comida. Tengo que estar pendiente de mis hijos.

Mi esposo está en Ciudad Juárez, Chihuahua, trabajando en una maquila, porque aquí no da mucho el sueldo. Se fue porque, la verdad, aquí no hay para mucho y, pues la verdad, tenemos tres hijos; quiera o no, pues sí son de él. Él me ha ayudado a salir adelante con mis dos hijos. Él me manda dos mil quinientos pesos, o algo así, a la quincena. Aquí no pagamos renta, porque esta casa es de mi esposo, es de nosotros. Yo le doy gracias a Dios que hasta hoy pues él nunca ha dicho “ay, pues yo nada más tengo un hijo”. No. Pues él dice: “los tres son mis hijos”. La más grande, ella dice: “yo lo quiero mucho a él, a mi padrastro, pero yo no le digo papá, me da pena”. Pero, si él dice “saben qué, no van a ir a tal lado”, no vamos. ¿Por qué? Porque nosotros nos acatamos pues a lo que él diga, por el respeto más que todo a él.

Y así vivimos aquí, pero él tuvo que irse para allá, más que todo por el jornal. Antes de irse a Juárez, él trabajaba en el campo, y días había trabajo, días no. Mi esposo emprestaba terreno para sembrar maíz, o si no se iba con mi papá a sembrar chigua en El Sacrificio (en Petén). Pero, en eso que matan a mi papá; matan a mi papá y matan a mi hermano, mucho más adelante de El Sacrificio. Tiene ya tres años que los mataron, va a cumplir ahorita en septiembre, tres años.

Mi papá fue a vender una su camioneta; él tenía una camionetita negra y dijo que la iba ya a vender, porque a un mi hermano, Pepe, le picó la avispa en



su ojo, y tiene aguijones en su ojo. A mi hermano le pasa ese accidente porque estaba trabajando y las avispas cayeron donde estaba trabajando. El patrón tumbó el palo y eran puras abejas africanas que cayeron encima de mi hermano. No había ni una parte donde esas abejas no le habían picado. Si le picaron quinientas quizás, fueron pocas; le picaron y le dejaron hinchadísimo. Y él de tanto dolor quizás, estaba así y se agarró los ojos, y yo creo que ahí fue donde le picaron, le picó. En un ojo le entró más el piquete de avispa.

Viene mi papá, agarra, y de la desesperación de ver a su hijo así que iba a quedar ciego pues dice que se fue a Campeche y fue, y dijo que él quería operar a su hijo; incluso lo llevaron a mi hermano Pepe para allá; incluso lo internaron y dijeron que estaba grave porque ya iba a perder su ojo si no le operaban. Le cobraban sesenta mil pesos por operarle el ojo. Se va mi papá de la desesperación y dice “yo voy a vender la camioneta, porque la camioneta la voy a recuperar quizás, pero el ojo de mi hijo no lo voy a recuperar”. Se va mi papá y vende la camioneta.

A la hora de venderla, no sé, creo que lo vendió con malas personas, no sé, pero ellos detectan que mi papá traía dinero. Y viene mi papá, se viene en un carro para acá, para El Sacrificio, con mi hermano Luis. Y resulta que pues a los dos los mataron; les quitaron el dinero, les quitaron todo y los mataron. En eso pues ya nos vienen a decir que mi papá ya estaba muerto. Pues, no se operó el ojo de mi hermano, se murió mi papá y mi hermano, y la camioneta se perdió.

Mi hermano tiene blanco su ojo. Ahí tiene los tres aguijones, y así trabaja. Él aquí trabaja. Y en eso pues decide mi mamá venirse para acá y yo decido traerme a mi mamá, porque mi mamá tenía un disco de la columna que no estaba bien, y luego el colesterol, el triglicérido y la tristeza; se le juntó todo. Y ellos tienen su terreno, tienen su parcela, su solar en El Sacrificio, pero si se necesita un doctor allá ¿a qué horas saco a mi mamá? y yo sin carro. Y luego mi esposo trabajando lejos, y ni cómo decir “voy a emprestar con el vecino, voy a buscar a mi mamá”. Por eso, mi mamá vive acá.

Mis hermanos también viven aquí, Pepe y Santiago, los dos más chicos, porque mis otros hermanos están allá, en Guatemala. Ellos viven en la mera capital. Los que están aquí, andan con mi mamá todavía. Uno tiene 26 y el



otro 30 o 35 (años). Aquí trabajan, en el jornal, en el campo. Les hablan para ir a limpiar, a *guardarrayar*,¹ a sacar maíz. Ellos hacen eso.

Todos tenemos el permiso de Migración, pero es de visitante. Mi mamá, mis hermanos y yo tenemos ese permiso. Yo tengo mi DPI de Guatemala y mi Tarjeta de Visitante Regional de México, vigente hasta 2021. Yo he querido tener mis papeles de acá. En Migración, en Escárcega, fui hace tres años, y me dijeron que no podía, aunque tenía a mi hijo nacido aquí. En Migración en Campeche, fui el año pasado, con puro mi pasaje nada más. Allí, mi esposo tiene una prima que me acompañó. Me dijeron “ocho mil pesos, y me va a traer esto y esto y esto...”. Y, bueno, empecé a anotar. Y eso solo por mí, porque a mis hijos no.

De ahí me dice la prima de mi esposo “vamos acá, a la Secretaría de Relaciones Exteriores”. Y sí, yo dije “tengo que averiguar”. Y ya nos fuimos a ver, a preguntar por la carta de naturalización. Y “sí”, dijeron, “sí le podemos dar porque usted está en unión libre con mexicano y tiene su hijo que es mexicano, así que sí se lo podemos dar, pero ahí cuando venga, apréndase el examen, y aquí lo subrayé”, dijo, “y se aprende el examen y me trae los cinco mil veinte pesos”. Nada es gratis, nada, nada. Y sobre eso tengo que pasar un examen. Pero todavía lo dicen así groseramente: “primero tiene que traer esta cantidad y saberse el examen y con eso”. Y no dicen “mire, señora, este es el trámite que va a hacer” y explicarnos ¿no? No, nada más “si usted quiere”.

Allí estaba una licenciada, estaba sentada así frente a mí; yo no sabía si era licenciada, y me dice “¿a qué vino usted acá?”. “Pues fíjese que yo soy guatemalteca”, le dije, “pero vine a ver lo de la naturalización”. Y, esta licenciada, de buena gente agarra y dice “¿sabe qué? Yo la voy a ayudar para que usted estudie eso. Yo le voy a bajar todo y ya se lo voy a mandar; usted apréndase el mensaje y ya cuando lo tenga y el dinero, pues ya se viene”. Y ya me dijo que todo eso lo voy a estudiar. Pues yo me espanté y le digo “¿usted cree que a mí se me va a quedar todo esto?”, le dije. “Ay, no, no es necesario todo eso; no, no, no... Hay un formato del examen, más o menos, con las preguntas”, me dijo. Y, entonces, le digo:

¹ Limpiar o hacer un lindero, un camino, que puede servir de límite entre terrenos o entre áreas de un terreno y que, entre otros usos, evita la propagación de incendios.



“¿Y usted cree que es todo eso? Si apenas se me queda un salmo, y eso que voy a la iglesia. Yo creo que ni mi viejo se sabe toda esa historia de México, menos me la voy a saber yo; y él que es mexicano. No, es mucho”, le digo yo, “¿cinco mil pesos y el examen? No, mejor me sigo así”.

Le digo a mi esposo “¿y cómo? Si con trabajo tenemos para comer, y para que nosotros hagamos esto, pues ya es mucho”. A mí me da pena estar aquí en este país y que un día me agarren porque no tengo los papeles. Yo ya llevo nueve años viviendo aquí. Y aquí nadie nos va a ayudar así, sin que haya un dinero de por medio. La otra vez aquí nos vinieron engañando que nos iban a ayudar, pero que pagáramos; tuvimos que pagar y mire, hasta el sol de hoy, esa licenciada Bertilda, hasta se lo dije al de Migración “mire, doña Selena llevó a esta licenciada, y dijo que esa licenciada nos iba a ayudar”. Y me dijo, “a ver, deme el número”, y le pasé el número. Y le dije: “Ella dijo que nos iba a ayudar con los papeles y nosotros le pagamos”; no solo yo, sino un montón de gente de allá que vino y le pagó. Esa mujer, bajita la mano, se llevó unos quince mil pesos en ese mismo rato. Éramos como treinta, ¿cuánto no pagamos ahí? Y esa licenciada no nos hizo nada, nada.

Ahorita me espantó este Medina, el presidente de la agencia. El otro día, yo le contaba a mi esposo por el celular: “¿tú crees, que ahorita este Medina ya dijo que guatemalteco que vea en la noche, la policía se lo va a llevar? Pues me da pena, porque imagínate que uno quizás salga por un mandado y que ande uno ahí y que cuando venga uno a ver se lo lleven, aunque uno no anda haciendo nada. Ya dijo que los guatemaltecos van a tener un horario de entrar y un horario de salir”. Incluso dijo que iba a traer a Migración.

Y entonces, le digo a mi esposo: “¿dónde quedamos nosotros? Está bien, yo lo acepto, para la gente que somos guatemaltecos, pero que andemos haciendo cosa mala; haciendo cosas indebidas en Miguel Hidalgo, o aquí en México, pero nosotros no andamos haciendo nada”, le digo, “y no vamos a poder salir libremente ahora ¿por qué? Porque ya dijeron que no vamos a estar en libertad; vamos a tener horario para venir a comprar e irnos otra vez, porque guatemaltecos aquí ya no quieren. Pues no sé qué vamos a hacer”, le digo, “pero necesito sacar mis papeles porque, pues ahorita ya no vamos a poder andar libremente acá”.



Yo le dije aquel día a Medina “yo no tengo nada; a mí, si me agarra la policía, pues que me agarre, yo tengo mi permiso. Y, en segundo lugar, no ando haciendo nada. Si salgo es porque voy a salir a comprar, pero ya entrando la noche yo ya me duermo con mis hijos”.

Sin papeles no podemos hacer nada; que si quieres ir a la clínica, tu seguro popular. No puedo hacer ningún trámite, nada; aquí vienen apoyos y nos preguntan: “¿Tiene Seguro Popular?”. “No”. “¿Tiene credencial?”. “No”. “¿Tiene CURP?”. “Pues tampoco”. No tenemos nada con que nos hagan caso. Nada más con el permiso de visitante.

Mi hijo, el que nació aquí, tiene todo: su acta, su CURP, todo eso. Mis otros hijos estudian con el acta de Guatemala. Sí, porque me dijo el director: “usted puede meter sus hijos acá; la educación no tiene fronteras; usted no tenga pena que porque su hijo es guatemalteco. No, su hijo va a estudiar”. Gente, igual de acá, me dijeron “no, que tú no le vas a poder meter en la secundaria; en la primaria ya te lo aceptaron, pero ya en la secundaria a tu hijo no te lo van a aceptar”. Y yo dije “Dios mío, pero si no andamos haciendo nada; pues si nada más quiero que mi hijo se supere ¿no?”. Me fui a la secundaria y, igual me dijeron, “no le haga caso usted a la gente. Acá sus hijos pueden estudiar; usted no se preocupe por eso”, dijo la directora, “usted acá puede meter sus hijos a estudiar; no porque sean de acá o porque sean de allá; no, de donde sean; la educación igual no tiene fronteras”. Y gracias a Dios, gracias a eso mi hija está estudiando.

Para ir al centro de salud, no nos piden documentos, pero nos preguntan “¿y de dónde es?”. “Pues de Guatemala”. “Ah...”, empieza. “Ahorita vamos a ver a ver si hay ficha todavía”. Y así nos hacen. A veces mejor lo que hacemos nosotros es pagar particular. Así ha sido. Con mi mamá igual, cuando se iba a tratar de su columna, le cobraban sesenta mil, pero gracias a Dios se recuperó, pues; con un huesero fue y le compusieron el disco otra vez y ya no tuvimos que pagar todo ese dinero. A mí me dan la consulta ahorita, ya no me piden nada, pero porque yo tengo el programa Prospera por mi hijo. Entonces, yo tengo el Seguro Popular; yo soy la que voy por delante.

Mi mamá, pues ella estaba alquilando aquí por donde está don Heriberto, pero le cobraban seiscientos pesos, y a veces no hay para pagar su renta, y una



señora, gracias a Dios, le emprestó allá a mi mamá una casita y allí está viviendo en esa casita. Pero, igual, dijo Medina que gente que le está dando alojamiento a los guatemaltecos, también va a tener como una sanción o algo así. No sé qué les va a hacer. Pero, bueno, como yo le digo a mi mamá “pues ya queda en Dios; porque él es el único que decide, pues. Él es el único que va a tocar su corazón de esa persona, si seguimos o no seguimos acá, porque ellos están en su razón, están en su país”, le digo, “y nosotros no estamos acá nada más así de colados”, digo. Sí, así está. Pues a ver qué dice Dios este año.

Entrevista realizada por Martha Luz Rojas Wiesner en el municipio de Candelaria, Campeche, el 14 de febrero de 2019.

Sandra



Originaria de Guatemala, en 2017 tuvo que salir por desalojo de Laguna Larga, comunidad de Guatemala próxima a la frontera con México, donde se había establecido con su esposo y seis hijos. Decidieron entrar a México por las condiciones en que estaban. Aunque los hijos más grandes y el esposo trabajan, la escasez económica sigue siendo una constante. Ella no puede trabajar porque su familia le dice que debe cuidar a los hijos pequeños que van a la escuela. A pesar de los retos de establecerse en México, los bajos ingresos y la discriminación, han subsistido en Candelaria, pues en Guatemala no consiguen trabajo y esperan volver al lugar de donde los sacaron.



Nosotros somos ocho por todos en mi familia. Mi esposo es el jefe de hogar. Él tiene 42 años, yo tengo 36 años. Luego siguen mis hijos. Tenemos seis. La mayor, que se llama Belinda, tiene 16 años, va para 17. Luego, mi hija Delia, que tiene 15, va para 16. Después sigue Eugenio, que tiene 14, va para 15. Después, están Julián y Darius que tienen ocho añitos cada uno, y la más chica, que es Eloísa y que tiene cinco años.

Mi esposo nació en San Juan Dolores, allá en Guatemala, en Izabal. Yo nací en San Luis Petén. Mis hijos nacieron en La Libertad, Petén, en Guatemala, menos la nena, que es mexicana; ella nació en Tenosique.

Mi esposo no fue a la escuela. Yo fui nada más; llegué a tercero de primaria nada más; de ahí ya no seguí. Ahora tampoco mis niños, los mayores. Solo estudiaron una primaria nada más; las dos hembritas llegaron a cuarto, y el varoncito nada más se quedó en primero de primaria, ya no quiso seguir estudiando. Julián y Darius están estudiando en primero de primaria y la nena está en el kínder.

Tenemos un año de estar acá en México. Llegamos como en el mes de agosto del año pasado. Pero nosotros ya habíamos venido antes a México porque la niña nació aquí. Como mi esposo es pastor; estuvimos pastoreando en una aldeíta de Guatemala, allá por Tenosique. Ahí estuvimos pastoreando y ya luego ahí estábamos viviendo, cuando di a luz a la nena, y ya me sacaron a Tenosique, y ahí fue donde la nena nació.

Y luego ya él no quería sacarle papeles mexicanos; dijo él “la niña es guatemalteca, y yo no le voy a sacar papeles mexicanos”. Pero, ya luego que nos vinimos a vivir acá dijo él “ya de todos modos nos vinimos a vivir acá y ella es mexicana, podemos sacarle sus papeles acá”; luego se los sacamos acá; como ya nos quedamos viviendo acá, le sacamos sus papeles a ella acá, como si hubiera nacido aquí en Candelaria.

La primerita vez que llegamos a México ya tiene seis años, porque la nena ya va a cumplir seis años. Llegamos por el nacimiento de ella nada más a Tenosique. Ahora, a vivir, así como estamos aquí, tenemos un año nada más. Ahora, de que conocemos México, que salíamos siempre aquí a pasear, como unos seis años. Solo a pasear veníamos.



Nosotros tenemos una historia grande. Nosotros estuvimos viviendo casi tres años acá en Laguna Larga, en Guatemala. Antes vivíamos por La Libertad, en Guatemala. De ahí de Laguna Larga nos sacaron. Somos de esa gente que sacaron; tendrá año y medio más o menos que nos sacaron. Ahí en la línea, la que divide México con Guatemala, ahí está toda la gente así tirada. Nosotros nomás aguantamos unos días. Estuvimos veinticuatro días viviendo ahí.

Yo me conocí con mi esposo en una actividad de la iglesia. Como nosotros desde jóvenes acudimos a una iglesia evangélica, nos conocimos en una actividad, en una campaña. Él todavía no pastoreaba. Ahí nos conocimos, y ya luego nos casamos. Yo tenía 16 años cuando me casé con él, y él tenía 23 años. Ya después, cuando se casó conmigo, empezamos a pastorear. Ya luego estábamos pastoreando ahí en La Libertad, y ya luego ya no quiso pastorear; dijo él que ya no quería pastorear allí, que mejor nos íbamos a ir a un lugar donde pudiera él conseguir tierra para que el día que falte, a mis hijos les quede, aunque sea un terreno.

Entonces fue que nos vinimos para acá, para Laguna Larga. Ahí estuvimos y ahí conseguimos terreno; dejamos terreno empastado, cercado; teníamos seis meses de haber cercado, empastado el terreno, cuando nos sacó el gobierno; dejamos toda nuestra casa. Seis meses tenía la casa de haberla hecho también; quedó todo tirado. Dicen que ya no nos dejan entrar ahí. Todas las personas están en *la línea*.

Nosotros decidimos venirnos de ahí para México, porque a mi esposo no le gusta ver sufrir a sus hijos. Ellos pateaban mucho lodo ahí en la línea, mucho lodo; luego había mucho mosquito; pues ya luego él dijo “yo me voy de aquí”. Echamos todo en un carro; nos vinimos a El Desengaño a vivir. Ahí en El Desengaño nos cobraban quinientos pesos mensuales, rentábamos una casa. La casa era de tierra, no tenía piso, era así de pura tierra. Luego él dijo que no le gustaba así.

Luego nosotros veníamos siempre aquí a Miguel Hidalgo; conocíamos a don Fer. Es un don de acá; tiene mucho dinero. Mi esposo vino a trabajar una vez con él; estuvimos un mes trabajando con él, y él ya nos conocía. Él se dio cuenta que nosotros estábamos allí rentando, y llegó a traernos: “¿qué hacen ustedes rentando aquí?”, dijo. “Yo tengo muchas casas solas”, dijo. “Ahí no van a pagar ni un centavo”, le dijo. “Váyanse para allá”. Luego él mismo nos fue a traer en su camioneta; nos trajo a vivir a Miguel Hidalgo. Esta casa es de un hijo de él.



Luego el señor ese mucho quería a mi hija, a la más grande, la que tiene 16 años; él mucho la quería, que si la quería para su nuera y se le concedió; se le concedió que fuera su nuera mi hija, porque ya estando aquí el hijo se enamoró de mi hija y ya se casaron; se casó él con mi hija, el muchacho. Y ya luego el muchacho le dio este pedazo a mi esposo; le dijo: “le voy a regalar este pedazo, suegro, para que haga su casa”. Ahí ya se ve que está cercado la división.

Luego la familia no quería a mi hija, porque era guatemalteca; no la querían y me la trataban mal, pero él sí la quería, porque él siempre la quiso desde un principio. Los hermanos, los hijos del don, son los que no la querían, no quieren a mi hija, ni la señora; mucho la trataban mal. Ya luego el muchacho siempre decía “no quieren a mi mujer, pero yo sí la quiero. Eso de que sea *chapina* no tiene que ver; iguales somos todos, somos seres humanos todos. Igual yo la quiero”. Ya luego hasta a él lo aborrecieron; ya ni a él lo querían, porque decían que vivía con una *chapina*, no lo querían. Ya luego él, mire, es una historia muy grande.

Él hace un mes se quitó la vida, y ahí murió ahorcado. Se quitó la vida porque dijo él que nadie lo quería. Ahí murió en su casa, no hace mucho; ahí se puso la sogá al buche y se ahorcó. Ya luego mi hija quedó sola; él dejó una parcela, dejó ganado y mi hija está embarazada, pero dicen que el hijo que tiene no es del muchacho, dicen que es de otro. Y no la quieren ayudar; le quitaron el ganado que él había dejado; no le dieron, no se lo dan, lo agarraron ellos.

Y ahora luego dicen que están esperando que el niño nazca, a ver si se parece al muchacho, para firmarle los papeles de la casa y de la parcela; no le quieren dar nada a mi hija. Están esperando a que el niño nazca, que le quieren hacer la prueba de ADN, a ver si es del muchacho. Entonces dice mi hija: “que se la hagan; yo sé que el niño es de él”, dice; “yo no ando con otro”, dice ella. El muchacho de decepción se mató; siempre lo decía él que se iba a matar.

Ya luego mi hija no quiere estar aquí; mejor se fue a trabajar. Ahí está en El Desengaño trabajando. Aquí solo lo pasa llorando, si no, está ahí sentada y no quiere comer ni nada. Le digo yo que coma, por el niño, le digo yo, porque ese niño va a nacer muy malnutrido. Y ya luego ahorita que vino el papá se fue a trabajar ahí con un hermano siempre de la religión de nosotros. Él le dio trabajo. Tiene cuatro meses de embarazo. Está empezando.



Mi esposo trabaja en un rancho en El Desengaño; está en la parcela, adentro; no está en el pueblo. Él nada más limpia potreros, eso es lo que hace. Mis hijos más grandecitos están trabajando. Mi hija mayor trabaja de limpieza de una casa, ahí mismo en El Desengaño, en el pueblo. Ella se queda a trabajar en la casa donde trabaja. Viene para acá los sábados, con mi esposo y con mi hijo Eugenio que trabaja con el papá. Y Delia trabaja aquí en una panadería. Yo no trabajo, me dedico a mis hijos nada más, a cuidar a mis hijos.

Yo estaba trabajando unos días con la señora de la cocina. Es que como somos del mismo país, somos de Guatemala, nos conocimos, y luego ella me dice “ven a ayudarme”. Y le digo: “voy a venir a ayudarle unos días nada más”. Luego, como le ayudaba a echar tortilla, ayer llegó mi hija y me halló torteando, me vio echando tortilla, y se enojó; me dijo “¿qué hace usted aquí, si para eso trabajo yo y mi papá”, me dice, “¿qué hace usted trabajando aquí?”, dice, “si allá en la casa tiene que hacer; ¿qué busca aquí?”, me regañó bien enojada; “desde ahorita le dice a la señora que ya no va a seguir trabajando; va a ir a cuidar los niños allá; si yo estoy trabajando, y no está tampoco aguantando hambre”. Me regañó y ya, ya luego le dije a la señora que ya no iba a seguir trabajando. Solamente le llegué a ayudar como ocho días nada más.

Lo que gana mi esposo y mis hijos, pues alcanza para ir comiendo pobremente, para eso alcanza con lo que se gana. Ahora ya para vestir a nuestros hijos ya cuesta; ya ahí los vamos vistiendo poco por poquito, ahí vamos comprando sus ropitas. Ya para vestir a unos niños así ganando los salarios muy mínimos cuesta. Y luego, pagamos el agua, la luz y todo; se paga ahí en la comisaría; pues de agua pagamos treinta pesos mensuales. Ahora, de luz, lo que se consuma en el contador; a veces cien, ciento cincuenta pesos.

Esta casa ya es de nosotros; mi esposo la hizo. El terreno fue el que le dio el muchacho a mi esposo y ya luego la casa la construyó él. No tiene escrituras. Un hermano del muchacho —que según que es pastor, pero veo yo que no, porque alguien que reconozca a Dios no hace eso— nos ha querido sacar ya dos veces, tirarnos a la calle. Cuando el muchacho estaba en vida, el hermano ya nos intentó sacar. Ya luego, ahorita que él murió, dice que ya le dijo al papá que qué esperaba, que ya el hermano había muerto, que nos echara a la calle a



nosotros. Pero, ya luego, dicen que le dijo el papá “tú no te metas. Yo en lo que mi hijo le regaló al suegro, yo no me meto”, le dijo. “Yo ya te di lo tuyo; en lo de tu hermano no te metas”, dice que le dijo. “Yo no lo voy a sacar de ahí porque él es un buen hombre, nunca hace nada ni se mete con nadie; yo nada más no lo voy a sacar solamente así porque tú lo dices. Él ahí va a estar viviendo”, dice. Pues, entonces, un su hermano sí ya nos ha intentado sacar.

Nosotros no tenemos papeles para estar en México. Todavía no hemos sacado. Mi esposo lo que tiene es nomás una tarjeta que dan allá en la aduana. Él sí tiene una tarjetita para estar viviendo acá en México, se la dieron en El Ceibo. Con esa tarjeta puede ir no sé hasta dónde, con esa tarjeta, que no lo detienen. Es de visitante. Nosotros tenemos derecho de sacarla, pero solamente él la tiene. A él trescientos pesos le cobraron por dársela. Y dijo: “les iba a sacar a todos, pero no pude, porque no me alcanzó el dinero para sacarles a todos”. De la niña, sí tengo papeles. Él ya fue allá a Migración a ver si nos daban para vivir aquí, pero le cobran no sé si doce mil por sacárselos. Doce mil pesos nos cobran por sacar los papeles para todos. Él gana muy poco. Lo único que le pagan aquí diario son ciento treinta.

La niña es mexicana. Yo creo que a ella le puede venir su Prospera que pagan acá. Hace como unos ocho o nueve meses pasó un muchacho, siempre a entrevistarnos y luego me dijo que si tenía algún hijo mexicano y le dije yo que tenía a la niña; me dijo que sí, que ese dinero me iba a venir a mí por la nena. Y me dijo que me iban a llamar ahí cuando sea, siempre, pero nunca me llamó.

Aquí en México, no tenemos seguro. Mi esposo se agravó una vez; lo llevé al hospital aquí a Candelaria y no me lo atendieron porque no tenía seguro; no me lo quisieron atender. Aquí, en Miguel Hidalgo, hay una clínica y vamos aquí a la clínica, pero así, solo cuando están enfermos ellos de calentura o algo, los llevamos ahí a la clínica. También fuimos, por lo del programa de la malaria. Pero, de ahí no vamos a otros servicios. A mi hija, ahorita no la hemos llevado, la íbamos a llevar a hacerle el ultrasonido, pero no fuimos, y ya hasta ahorita que ella venga la vamos a llevar. Tenemos que ir a Candelaria. Bueno, más que todo a ella la lleva el suegro. Él la lleva a clínica privada, el suegro. El don sí la quiere. Ahí los que no la quieren son los cuñados ni la suegra.



A mis niños, como tengo dos en la escuela, y hay uno más chiquito y uno más grandecito, el niño más grandecito dejó de ir unos días a la escuela porque que se mete una estaca en el pie cuando iba a la escuela. Entonces, ya el otro no quería ir porque dice que le pegan. Como es bien humildito, donde lo tratan, él se agacha. Ya el otro es más listo y ya el otro lo defiende donde le quieren pegar. Y decía él: “si no va él, no voy yo”, decía, “porque a mí me pegan”. Dice que le dicen “ustedes son *chapines*, ustedes no tienen que venir aquí; ustedes son *chapines*, ustedes váyanse para allá para su... Guatemala; nosotros no los queremos aquí”, dice que los tratan mal. Y ahora el grande no se deja; el grande dice “si me quieren pegar, les digo: ‘soy *chapín*, pero soy igual que ustedes; no tienen más ustedes que yo’, les digo yo”, dice. “Y yo no me dejo”, dice él. Ahora él, el Darius, sí se deja que le peguen. Al chiquito sí le pegan, cuando no va el grande.

Aquí a la iglesia no vamos. Aquí está la iglesia, ahí enfrente. Es iglesia evangélica, pero no toda la gente nos quiere ahí, porque somos *chapines* también; no nos quieren, porque somos guatemaltecos. No sé, porque aquí es mucha división que tienen; no nos quieren; vamos a la iglesia, nos tratan mal, dentro de la iglesia, así nos mal miran. Pero ya dijo mi esposo, “para ir a ver caras a la iglesia, hija, mejor no vamos a ir. Lo que vamos a hacer es que mejor vamos a pedirle a Dios en la casa”, dice. “Creo que se lleva más bien la gente en la iglesia católica,” me dice, “que en la religión nuestra. Yo miro que en la católica se llevan bien mucho los hermanos y en la iglesia evangélica no, todo solo pleito”. Y eso es con todos los de Guatemala que viven aquí. Nancy, con la gente que vive enfrente, dice que la han intentado a sacar también, que le dicen “¡sos una *chapina!*, que no tienes que estar aquí”, y la pobre Nancy ha sufrido también ahí.

Aquí, en México, mi esposo no ha pastoreado; solo en Guatemala, porque, la verdad, aquí no lo apoyan los pastores a él. Aquí hay gente de Guatemala, pero por aquí no tanta, porque los de aquí del ejido no admiten a gente guatemalteca; muchos nos mal miran, que dicen que nosotros somos guatemaltecos ¡Cómo nos mal miran! Nosotros no sufrimos aquí, por decir en la comida, en todo, porque siempre hay gente buena que a él le dan trabajo, pero de que sufrimos de maltrato de la gente, sí. La gente mucho nos dice “esos son guatemaltecos, esos”. Mucho nos dicen.



Nosotros pensamos irnos a otra parte. Nos fuimos, pero mejor nos regresamos. Nos fuimos a Guatemala, que según él iba a pastorear allá; dijo que quería estar allá, por si lo ponían a pastorear allá. Entonces, le dijo el presbítero de las iglesias a mi esposo que tenía que perseverar seis meses nada más sin pastorear. Entonces, dijo él que seis meses era mucho, porque de qué iba a vivir él, de qué iba a mantener a sus hijos. Y le dijo él que seis meses no se esperaba, “si yo ya tengo mi trabajo en México”, le dijo, “y aquí no voy a estar yo esperando seis meses, mejor me voy”. Y ya fue que nos vinimos de vuelta y ya no hicimos eso.

Yo miro que aquí en México les hacen casa a los mexicanos; les están haciendo un cuartito de material a todos, y digo yo: “¿será que así, como a uno, no le pudieran hacer algo así, una su casita, así más o menos a uno?”. Porque eso de que seamos guatemaltecos no tiene que ver ¿verdad? Siempre digo yo que las ayudas tienen que venir siempre, aunque seamos guatemaltecos, ¿o será que no...?

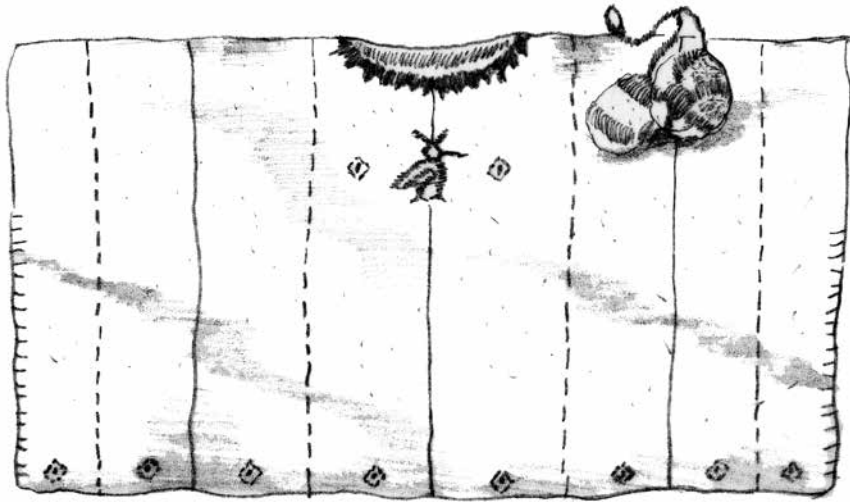
Nosotros estamos aquí por necesidad, porque nos sacaron de nuestro país; por eso estamos aquí, por necesidad, viviendo, porque todos tenemos derecho a vivir en un país, y mientras no andemos haciendo cosas fuera del orden tenemos derecho de vivir acá; no tienen que mirarnos mal pues, mientras no les estemos haciendo daño a nadie, tenemos derecho a vivir a donde sea, porque todos tenemos necesidad de vivir. Y porque nos sacaron de allá de nuestro país estamos acá viviendo, si no allá estuviéramos en nuestro país. Como el gobierno nos sacó, mi esposo decidió que nos viniéramos para acá, y ya él dijo: “ya que el gobierno nos sacó de nuestro país, pues es que no nos quieren, pues vamos a ir a probar a vivir a México”. Y fue que nos vinimos para acá; y ahora parece que nos quieren, pero...

Hay mucha gente contra nosotros y mucha gente a favor de nosotros. Pero, por decir, que se pongan la mano en la conciencia, que todos somos los mismos. Todos somos hijos de un mismo Dios. Dios no mira a nadie con división; él a todos nos mira igual, porque él nos creó a todos, iguales. Los que miramos a veces mal a las personas somos los seres humanos, pero Dios no ve a nadie con diferencia. Él a todos nos ve iguales; sea que tengan dinero, sean pobres, para él son igual.

Entrevista realizada por Martha Luz Rojas Wiesner en el municipio de Candelaria, Campeche, el 14 de febrero de 2019.

Campeche

Alicia



Nació en Chajul, en el departamento de Quiché, Guatemala, en 1966. Tenía 16 años cuando toda su familia se vio forzada a huir de Guatemala, debido al conflicto armado. Se movieron entre campamentos como refugiados en México, hasta asentarse en terrenos prestados en Chiapas. Vivieron así durante diez años. Retornaron a Guatemala en los años noventa, pero sus hijos nacidos en México, no se acostumbraron porque tenían muchas dificultades para estudiar. Se regresaron a México, pero se fueron a vivir a Campeche. Allí trabajan en terrenos propios. Ella, además, hace artesanía. Ha participado en el comité para buscar su naturalización.



Yo nací en Guatemala en el año 1966, en un pueblo que se llama Chajul, en el departamento de Quiché. Yo hablo la lengua ixil y vivo aquí en Laureles. En Guatemala, no tuve oportunidad de estudiar. En Chiapas estudié la primaria, pero ya tenía a mi hijo cargado en la espalda, dándole de mamar, lo tenía cargado y me puse a estudiar. De hecho, ese fue uno de mis deseos cuando estuve en Guatemala y tenía 10 años; fui a primer grado, pero cuando vino dura la situación ya no hubo esa posibilidad de estudiar.

Yo siempre me pongo a pensar y digo: “el gobierno mejor nos hubiera ofrecido un estudio”. En lugar de guerra, hubiera yo estudiado; nos hubiera dado una beca como ofrece el gobierno mexicano acá, que dan beca y te dicen que estudies. Nunca hubo eso en Guatemala. Yo estoy muy alegre de estar acá, que veo que el gobierno tiene mucho apoyo a la gente y eso lo aprecio de México. Esa es la diferencia con Guatemala, que nos ofreció balas. O sea, nosotros venimos acá, no salimos de Guatemala porque queríamos trabajar, sino por la situación violenta de nuestro país, por la guerra. Por eso, estamos acá.

Cuando vine a México tenía 16 años; cruzamos la frontera huyendo, porque por todos lados estaban controlando. Ya no queríamos estar más en la montaña, venimos desde Guatemala así caminando bajo la montaña con otras personas y sus hijos. Y, entonces, el único refugio que sentíamos seguro era estando en el lado mexicano. Ya cruzando cien metros en territorio mexicano, ya nos sentíamos seguros. Pero nos persiguieron. Siempre los soldados guatemaltecos trataban de capturarnos, y violaron la frontera, y entraron en algunos lugares de México y quisieron agarrar a la gente.

Entramos por el lado de Nentón, Huehuetenango, por un lugar que le dicen El Chupadero, un campamento donde estuvo toda la gente. Allí estuvimos como un año. Después nos volvimos a mover, buscando lugar, porque se estaba moviendo la gente; la gente que se iba y entraban más personas. Quedamos un tiempo ahí y nos trasladaron en otro campamento y fui a vivir hasta allá en Santo Domingo. Estuve en San Mateo Zapotal y después me fui en Maravillas, en Chiapas, porque ahí decían ya pueden sembrar, ya pueden trabajar. O sea, íbamos buscando donde nos daban terreno para sembrar. Entonces, ahí sí era más fértil y había más trabajo: cosechar cardamomo, limpiar plátanos.



Trabajábamos ahí con los mexicanos; nos buscaban para cortar café y todo eso. Nos daban un pedazo de lugar en el mismo solar de los mexicanos. Te decían “te doy un pedazo de lugar acá y haga tu casita”, y qué bueno, porque ya cambió los pensamientos; hasta pueden llegar a quitar el solar de alguien. Pero, en ese tiempo no había eso. Los mexicanos decían “si quieres te doy un pedazo aquí para que hagas tu casa, no hay problema; puedes vivir con tu familia”. Nos sentíamos alegres. Ya íbamos a trabajar para mantener a nuestras familias.

Cuando vine a México, todavía no estaba casada. Vine con mis tíos y mis primos. Mi tío regresó a Guatemala y está viviendo ahí. En Chiapas, en el camino ya encontré a mi esposo, estoy en unión libre, y empecé a tener mis hijos: tres hombres y una mujer. Ahí nacieron en San Mateo Zapotal, en Las Margaritas. Ahí vivimos como diez años, en terreno de los mexicanos. Nos salimos de los campamentos. Primero estábamos en los campamentos, pero ya no nos gustó porque no tienes dónde ir; el trabajo no alcanza para todos. Mejor la gente lo que hicieron fue buscar donde meterse en los ejidos para que tuvieran más acceso al trabajo. Nos sentíamos más libres así.

Ya llegó el momento en que nos dijeron “ustedes van a regresar”. En ese tiempo ya dieron las actas de nacimiento a los niños. Ya algunos tenían cinco años, seis años, y había unos grandes ya que no tenían acta de nacimiento. Entonces, dijeron que iban a dar acta de nacimiento a todos los niños que nacieron en México. Ya les dieron sus actas de nacimiento. Y después ya comenzaron a organizar las “comisiones permanentes”, para decirnos que “si ustedes quieren regresar, tienen derecho”. La gente se volvió loca, “sí, vamos a regresar”, pero otros dijeron “no”. Así estaba. Siempre decía yo que no quería regresar. Dije “yo no voy a ir a Guatemala, ya me acostumbré acá”. Pero, hay quienes tenían sus terrenos y dicen “tengo mi terreno ni modos que lo voy a perder”. Yo sí no tenía terreno. En cambio, los demás señores sí tenían los grandes terrenos. Y, así, se empieza a organizar el primer retorno.

Entonces, yo vivía en Santo Domingo. Antes estaba en San Mateo, pero como está muy retirado y no había carretera nos venimos a Santo Domingo. Ahí sí está buena la carretera. Ahí nos quedamos, en terrenos de mexicanos. Vivimos allí tal vez otros cinco años porque allí nacieron dos niños.



Estando en Santo Domingo, ya organizaron la gente. Allí había un campamento. Había un grupo de ixtahuacanes o de mames, que hablaban la lengua mam. Entonces, era el centro de reunión para quienes veníamos de todos lados, que estábamos dispersos entre las colonias. Había de Santo Domingo, de Maravillas Tenejapa, de Poza Rica. Todos esos se juntaban y hacían una asamblea ya para organizar los retornos. Había líderes que encabezaron todo eso. Se anotaron quienes querían voluntariamente el primer retorno.

En ese tiempo, yo tenía como 26 años. Y sí nos regresamos a Guatemala, como ocho años. Ya no llegamos al mismo lugar de donde salimos. Ya era muy diferente; eran otras tierras, en Cobán y yo era de Quiché. Llegamos en Copala, Cobán, en Alta Verapaz, a la orilla de un río que se llama Chixoy. Mi esposo siempre ha trabajado de agricultor. Ahí nos dieron tierras para trabajar. Pero, ahí la tierra es pura pendiente, barranco y en medio de los cerros. Bueno, ahí yo me acostumbraba porque ahí pusimos un negocio y se vendía bien, pura verdura y todo eso. Sembré mi cardamomo, iba a cortar el cardamomo para vender. Mis hijos iban a cortar cardamomo también. Pero, la verdad, dicen que no les gustó. Desde un principio que llegué tampoco me gustó estar al pie del cerro. No me gustó para nada. Pero, ya ni modos.

Empecé a trabajar; tenía que dar de comer a mis hijos. Empezamos a trabajar, pero mis hijos no se acostumbraban. Y luego querían estudiar. Entonces, ya vimos que, comida sí teníamos porque la tierra allá no necesita abono, no se necesita foliar. Siembras, limpias y ya tienes tu comida. Pero, realmente, para la medicina, para el estudio, no tienes dinero. Entonces, dicen mis hijos “yo quiero estudiar”. Y dije “pero, si nada más nos alcanza para comer; para pagar el estudio, no.”

Mi hijo, el grande, empezó a estudiar. Tenía mis primos allá en Guatemala y me dicen “te echo la mano. Consigue el dinero para pagar la colegiatura y yo te doy el hospedaje aquí para que estudien”. Y así empecé. Luego hay un padre de allá de Guatemala que tenía un lugar donde tener los niños ahí, que tenían necesidad de estudiar y que eran de pocos recursos. Eso era internar a los muchachos, y entonces lo fui a internar a mi hijo para que él estudiara. Y así, salieron un poco adelante con su estudio, porque no había de otra. Y



después dicen “nosotros no podemos seguir así”. Dos estaban internados, pero ya venían otros dos que dicen: “yo también voy a estudiar, pero yo no me voy a quedar acá”. Y dice uno de los grandes: “ya me voy a México, ya no quiero estar acá. Yo me voy porque no nos alcanza el dinero para estudiar. Y yo voy a ir, voy a trabajar; voy a trabajar en Cancún”.

Esa era la amenaza que pusieron ellos. Y dice mi esposo “si van ellos es porque se van a ir todos, y van a ir porque ellos tienen papeles. ¿Sabes qué? Voy a ir a Estados Unidos. Voy a ir y vamos a ver cómo sacar a ustedes, porque sí se van. Y no me quiero quedar aquí solo, sin hijos. Qué voy a estar cuidando acá y mis hijos allá. Mejor se va allá y que vayan ellos y darles su gusto y que estudien allá. Tienen más posibilidades allá”. Y así es como volvimos a regresar, todos. Pero, no venimos de regreso a México porque nos hacía falta comida, sino porque ellos no se acostumbraban.

Entonces, comencé a venir a sacar información. Fui a Margaritas porque allí estaban registrados todos los papeles. Entonces, dicen “vaya a sacar nuevamente...”, porque tenía un acta, pero hay actas que se actualizan cada cierto tiempo. Y mi esposo decía “te voy a mandar dinero para que vayas a actualizar todas las actas”. Y vine a actualizar todas las actas de ellos en Margaritas, porque ahí estaban sus registros. Y me los dieron. Y dice un mexicano de Margaritas “¿qué, estás en Guatemala?”, le digo “sí”; “¡regrésate!” me dice “¿Qué estás haciendo allá? Tus hijos son mexicanos, así que ¿qué esperas? Aquí puedes venir a vivir, ya de plano”. “Sí”, dije, “yo voy a venir. Eso ya lo tenía pensado”. Y así, me fui a apostillarlo en la embajada porque es lo que me habían dicho.

Me asesoré con un abogado y me dijo “tú tienes que hacer estos pasos para que tú llegues bien; y para que comiencen tus hijos otra vez a estudiar, tienes que ir al apostillado; pagar en el Ministerio de Educación todo esto de autenticar las actas; de ahí te vas a que te pongan el sello de la apostilla y ya vente con tus papeles”. Y así lo hice.

Entonces, ya había sacado toda la información, ya había ido a Chiapas, para ver si yo regresaba a Chiapas. Estuve dando vueltas. Como tenía mi dinero en dólares, me fui a andar allá, y empecé a dar vueltas: “me quedo en Margaritas”, “me quedo en Comitán”. Entonces, voy a ver mi gente, cómo están, y no me



gustó porque pues es muy seco, aunque sí está bonito Comitán, pero, bueno. Me decían los familiares de acá, de Laureles, “aquí está mejor, hay transporte para los estudiantes, está cerca donde estudian, e incluso hay becas”. Bueno, con eso saqué todas las informaciones. Me dijo mi familiar “aquí vas a venir, llegas aquí”. Así ya traía todo. Entonces, dije, “yo me voy a Campeche, me voy en tal camión, llego allá, rento una casa y ahí me quedo con mis hijos”.

Yo nunca había venido aquí a Laureles. De una vez me traje todo. Mi esposo estaba en Estados Unidos. Él estuvo allá como ocho años. Él me mandaba dinero para vivir con mis hijos. Tiene como diez, doce años que me vine para acá. Como en 2006 estuve arreglando los papeles en Chiapas. Y de una vez me vine para acá con mis hijos. Traje lo más necesario: mi ropa y algunas cositas. Y como yo tengo familia allá en Guatemala, igual dejé recomendadas las cosas. Regresé como tres veces a traer cosas, así en bolsas. Y me decían “¿para dónde vas mujer? ¿qué tantas cosas llevas?”. “No, pues, estoy llevando mis cosas”. “Vas a pagar unos doscientos pesos”. “Está bien”. Y daba yo los doscientos pesos, a la entrada de México.

Cuando yo vine a México, de una vez hice los trámites de todos. Yo me presenté, fui a Migración y dije “yo me vine aquí con mis hijos” y me dijeron “está bien”. “Aquí están todas las actas, las CURP de mis hijos”, les dije. Me pidieron todos los requisitos y como yo le di seguimiento, los tenía. Ahí me preguntaron “¿tienes algún documento?”. “No tengo”. Me dijeron: “cuidado mujer, porque tus hijos son mexicanos, pero te puede levantar la Migración en cualquier momento”. Me espantó. “¡Yo no quiero que me levanten! Aquí tengo mis hijos”. Y como fui a hacer los trámites, pregunté: “¿qué puedo hacer?”. “Trae esto, haga esto, haga lo otro”. Bueno, lo llevé. Primero me dieron F1, F2,¹ “tienes que renovarlo”. Así que, a apuntar, porque si te pasas, o sea, es un poco difícil estar pendiente y también estar buscando el dinero para pagar la multa si te pasas. Mucha gente quedó sin residencia porque no cumplieron de renovarlo y tuvieron que pagar la multa de tres mil pesos. Ese era el temor que yo tenía y, por eso, tenía

¹ Se refiere a las “formas migratorias” (FM), denominación que se usaba antes de entrar en vigor la Ley de Migración de 2011 para los permisos de estancia en México, a las que se hacía referencia como FM2 y FM3 (ver, al final, la sección de Siglas, acrónimos y abreviaciones).



que estar pendiente de cuándo vaya a vencer y a renovar, y a renovar y, al fin, me dieron la residencia permanente, y ya no iba a estar volteando porque ya cumpliste. Y aquí estoy.

Llegando aquí renté una casa, porque dije yo: “nadie me va a dar ¿y dónde voy a vivir con mis hijos?”. Llegué acá y renté una casa y rápido lo conseguí la casa. Y viene otra mi amiga y me dice: “¿de dónde vienes mujer?”. “Yo vengo de Chiapas”, dije, “y aquí voy a vivir”. “Ay”, dice, “¿y cuánto estás pagando de renta?”. “Estoy pagando trescientos”, le dije. “Estás pagando muy caro. Te voy a conseguir una casa. Tu traes tus hijos. No debes pagar eso”. Yo no esperaba nada. Me lleva ella, la señora, y me dice: “vamos a ir a ver una casa por allá”. “Ah bueno”, dije yo. Y llegó y dice “esta es la dueña de la casa”. Y la señora dice: “nada más vas a pagar agua y la luz que consumes y lo limpias”. “Ah, bueno, para mi es mejor que lo limpie, no voy a pagar la renta. Ah, está bien.” Y ahí estuve como un año. Después dice la señora: “me va a desocupar la casa”. “Ah, sí”, le digo. Ya no me gustaba porque había que caminar.

Después fui a buscar otra casa, y me dicen igual: “¿sabes qué hermana? yo entiendo tu situación; estás procurando por tus hijos y estás sufriendo. Y son unos buenos muchachos, no tienen vicios. Yo te rento mi casa”, dice. “Yo voy a ir en Estados Unidos y nadie va a quedar aquí. Te rento”. Estaba grande la casa, cuatro cuartos. “Límpialo todo, pagas el agua, pagas la luz y me sacas turno de la clínica”. “Ah, bueno. No hay problema, yo lo hago”. Y me quedé en la casa y con el turno de la clínica. Yo saqué el turno de representante, de promotor de salud, de la limpieza, y así fue. Tengo que estar limpiando el solar, porque obvio ahí vivo yo. Ahorita ya no soy representante de esa persona. Tengo mi turno. Tenemos obligación como familia de ir a hacer una limpieza a la clínica, tal vez dos veces al año. Ahora, el de promotor sí, porque todos los que tienen un solar y están en una manzana, les toca el turno de ser promotor y representante.

Mientras, mi esposo estaba acumulando un poquito de dinero, porque mientras yo hice todo ese trámite de los papeles tampoco ahorra. Y ya me dice él “vaya viendo ya un solar, porque así no podemos estar rentando. No puedes hacer nada porque no es tuyo. Simplemente estás rentando”. Y así, comencé a buscar mi solar, pero no me gustaban. “Ese se inunda, ese se inunda” y, así. Yo tal



vez tengo esa idea, aunque nunca he visto la inundación, pero yo dije que iba a buscar así un lugar más seguro, más altito. Y puse aviso, me llaman, pero no me gustaban los solares. De repente cayó este solar y ya lo compré. Está a nombre de mi hijo. Él ya era mayor de 18 años y a él puse su nombre. Entonces, compramos este solar y compramos otras tres hectáreas por allá, para empezar. Mi esposo regresó hace como cinco años, pero esas tres hectáreas no alcanzaban; rentábamos para sembrar la chigua. Y ahí, también, tengo un poquito de borrego.

En el terreno de tres hectáreas, ahí siembro maíz. Tengo mis nueve borregos ahí. Empezamos a comprar tres hembras y ya han estado pariendo. El año pasado sembró mi esposo tres hectáreas de maíz, pero ya lo rentó por aquí, por San Miguel, porque las otras tres hectáreas tienen piedra. Así que rentó y lo sembró con máquina. Creo que sacó sus cinco, seis toneladas de maíz, y lo vendió. Agarramos una buena parte porque teníamos veinte puercos y, entonces, agarramos una parte para la comida de los puercos. De ahí, ya se vendieron los puercos, entonces, dejó un poco más. Agarramos dos toneladas, una tonelada para los puercos y un poco para nuestro consumo y de los pollos, de la casa. El maíz se vende a los coyotes que vienen acá. No es mucho lo que se gana; pero no lo pierdo, es como un ahorro.

Para sembrar, rentamos y está muy cara la renta; está como a dos mil pesos. Solo en renta de tres hectáreas, tengo que pagar seis mil pesos, más la mecanizada, más el abono, más el fertilizante, más los foliares. Se lleva como diez mil, doce mil pesos nada más de inversión. Vuelves a sacar y deja un poco más. No mucho, pero sí deja, en lugar de estar descansando, o que lo compras ¿Dónde va a estar el dinero para que lo compres? Se siembra maíz, se siembra chigua. El año pasado se sembró chigua; igual, tres hectáreas.

Yo trabajo junto con mi esposo. Pero, bueno, yo hago mi artesanía, en mi telar. Yo hago bolsas, rebozos, manteles, lo que me piden. De hecho, estuve en una “expo” en Campeche de artesanías. Ahorita en eso estoy. Yo fui como representante de pueblos indígenas. Con mi artesanía empecé a sacar adelante a mis hijos. Eso no lo voy a dejar de hacer hasta que me muera. Yo le vendo a la gente de acá, o voy afuera y como ya conocen mi trabajo. Una artesanía, una blusa vale dos mil pesos, mil quinientos pesos, mil pesos, ochocientos pesos;



eso depende de la calidad y el tamaño. El telar, pues nosotros lo trajimos. Yo desde chiquita me enseñaron a tejer y ya nuestra gente de acá sabe cómo es. De hecho, hay un carpintero de acá que sabe. Mi esposo también sabe hacerlo, pero hay un carpintero que le digo “me va a hacer este”. “Ah, está bien”. En tres días ya lo tiene hecho mi telar, pero ese es de cintura.

Mi esposo ya está naturalizado, yo no. Él ya tiene su papel. Yo lo busqué, yo lo conseguí. ¿Qué podíamos hacer? No avanzó nada desde que él regreso de los Estados Unidos. ¿Dónde va a trabajar? Y le dije: “vamos a arriesgarnos. No te vas a presentar a la asociación”. Y me lo ofrecieron, y como muchos así lo tienen, le dije “¿sabes qué? voy a conseguir el papel”. Por eso está a nombre de él el otro solar. Ese solar es para mis hijos. La verdad era un riesgo, porque yo no desconfío de mis hijos, pero cualquier cosa puede pasar y se queda con el terreno y yo me quedo sin nada. Tenemos dos solares. Tengo tres varones, y son cuatro con mi hija. De hecho, ya lo hicimos la mitad; la mitad cada uno, porque dónde van a ir. Ya en el otro solar están haciendo casa. Mi hermana se quedó con el terreno de mi papá allá en Guatemala. Yo nunca lo peleé, porque ella estuvo allí. Mi mamá está muerta y mi papá está muerto.

No sé cuántos años, desde el periodo del presidente Felipe Calderón, había un comité, que yo no sabía que existía, había un grupo grande como de cien personas, aquí en Los Laureles, que estaba buscando la naturalización, y dicen “vamos a tramitar los papeles, vénganse”. Pues sí, se oye bonito y todo. “Van a cooperar, hacer su comité, su tesorero”; todo eso. Y dicen “van a dar cincuenta, van a dar cien, va a dar tanto”. Y lo damos, cada mes, cada mes. Y venía la gente de CDI y decían también “vamos a preparar una comida” y pedían cooperación y hacíamos comida, tamales. Después dijo “no, vamos a nombrar un comité porque nosotros no tenemos papeles”. ¿Y qué vamos a hacer entre nosotros mismos? No podemos ayudar. “Vamos a nombrar un comité que nos respalde que tengan credencial”. Ah bueno, se nombraron como a cinco, siete personas con credencial. “Y son los que nos van a ayudar a bajar proyecto para que nosotros podamos tener beneficio”, dicen.

Como digo, muy bonito se oye. Se nombraron a siete personas que tienen credenciales, naturalizados. Y vamos a firmar papeles; que va a venir borrego, que



va a venir vivienda, que va a venir abeja, que va a venir el otro, que pollos. Está bien. Solo estamos firmando, y cooperando. Y nunca llegó nada. Lo mismo con: “ya van a llegar sus cartas de naturalización, y va a llegar más cooperación”. ¡Oh! Me cansé. Y ya después viene mi esposo y dice: “ya tanta cooperación. Hoy si ya no te voy a dar dinero, que nada más están cooperando”. “¡Pero, sí va a haber los papeles!”, le digo. Pero ya la gente, ya empezaron a molestarse: “muchos estamos cooperando. A ver ¿dónde está nuestra vivienda? ¿Dónde están nuestros baños? ¿Dónde están las abejas? ¿Dónde están los borregos que nos prometieron?”. No, pura mentira. “Nomás están sacando dinero, y nosotros ¿qué papel tenemos para decir que sí nos van a dar? Creo que nomás estamos tonteando nosotros”, decíamos. Y ya, bueno, por eso, les dije: “hasta aquí nosotros cooperamos”.

En eso, me meto yo en la CDI. Tenía como un año, y me doy cuenta de que no hay nada de naturalización. Pura mentira. Y “¿qué?”, dije, “yo sí no voy a hacer eso: engañar a mi propia gente, que apenas visten, no tienen papel, ¿y yo voy a estar sacando dinero? No puede ser. Pues, ya lo entendí yo”, les dije “que es difícil, pero tampoco hay que echarles mentira”. No podemos echar la culpa al gobierno. El gobierno ahorita te da tus papeles, y ya fuéramos mexicanos. Pero, el gobierno de Guatemala no nos echa la mano. Hay gentes que se quemó el libro de sus actas de nacimiento, y no tienen acta de nacimiento, no están registrados, no tienen nada. Pero el gobierno no pone de su parte: “ah, pues sí, ustedes se fueron por la guerra, yo les voy a dar”; pero no, el gobierno no está interesado; no le interesa. Y esa es la barrera que tenemos, porque si el gobierno dijera: “guatemaltecos, saben qué, ustedes nomás están batallando, aquí están sus papeles...”.

Lo que esperamos del gobierno mexicano es que ojalá nos va a considerar, porque somos muchos y ya tenemos hijos, ya tenemos terrenos. Por ejemplo, la mayoría de mis hijos son mexicanos y solo yo soy la que estoy sin papeles. Para mí, eso no tiene sentido. “¿Cuál es el problema?”, digo yo. Pero por la ley, hay que cumplir, ni modo, digo yo, no fue porque nosotros no queremos. Y creo que también es necesario que alguien nos asesore; algún defensor de los pueblos indígenas. Nosotros solos no lo podemos hacer, sino alguien que haga legal las cosas. Yo quiero que nos organicemos, que se haga eso, porque lo necesitamos, hasta para un muerto.

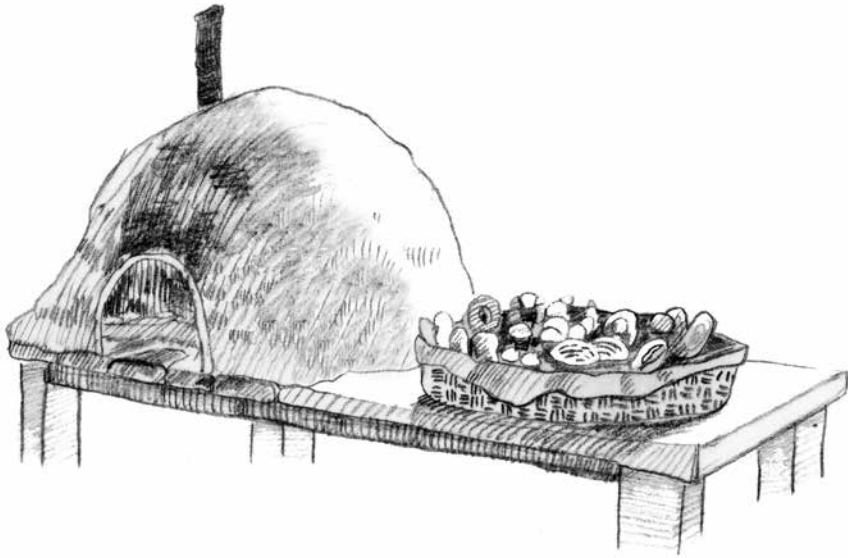


Migración nos apoyó con el registro civil, pero solamente los niños que nacieron acá. Migración apoya, por ejemplo, porque hay muchos que están llegando, los nuevos, porque hay personas todavía que tienen hijos mexicanos que están en Guatemala. Eso sí los está apoyando Migración para regularizarse, por ejemplo, si no tiene ni un permiso, si no tiene la residencia o no tiene su pasaporte. Pero menos a los que ya quieren naturalizarse. Allí estamos estancados. Solo están dando nada más la de residente, menos la naturalización. Y mucha gente está esperando la naturalización. Ya queremos un documento mexicano. Ya no queremos estar comprando pasaporte porque es una gastadera de dinero. Bueno, los que están llegando, pues obvio que tienen que cumplir con ese requisito para estar acá: pero, nosotros ya lo hicimos. Yo tengo mi pasaporte. Tengo mi residencia permanente, pero no valen para la naturalización, para tener los papeles.

Yo he sufrido mucho la discriminación. Te hacen de menos. Te ven que eres una persona que eres baja de recursos, que no tienes dinero, ¡claro que te discriminan! Y no solo mexicanos, también la misma gente de nosotros te hace menos y que “de dónde vienes y ya quieren mandar”, o sea dicen muchas cosas. Por ejemplo, como yo estoy de representante de pueblos indígenas, me dice uno: “tú ayer viniste y ya quieres mandar acá; tú agradece que estás acá”, me dice, “agradece que estás acá”. “¿Qué voy a agradecer? Yo estoy agradecida con México. Debemos estar agradecidos con México porque nos recibió. Usted no tiene que pedir cuenta conmigo”, le dije, “porque lo que yo tengo lo compré, con mi sudor. Yo no vine a quitar ni un pedazo de tierra a ustedes. Yo reconozco que mi gente que estuvo acá, o ustedes que son mis paisanos, como guatemaltecos, pues les regalaron el terreno. Pero gracias, por ustedes vine a vivir acá, pero ni por eso vine a quitarle su pedazo. Yo si quisiera, donde quiera compro y ahí me van a dar”. Yo no me voy a dejar manipular, yo lo voy a hacer como las leyes me marcan, como mis derechos me marcan. Nadie me va a tapar la boca. Y eso siempre, me trataron de discriminar. Donde quiera hay discriminación.

Entrevista realizada por Oscar Alfredo López Chan y Guadalupe Gallegos Pampillón en el municipio de Campeche, Campeche, el 26 de agosto de 2018.

Julián



Nacido en departamento de Quiché, Guatemala, en el año 1956, como muchos pobladores, Julián tuvo que huir con su familia a principios de los años ochenta debido al conflicto armado y a la persecución del Ejército. Vivieron un año escondidos en la montaña, pero decidieron mejor buscar refugio en México. De un campamento para refugiados en Chiapas, fueron reubicados a Campeche. Ahí formó parte de las Comisiones Permanentes de Representantes de los Refugiados Guatemaltecos en México, en apoyo a personas que ya querían regresar a vivir en Guatemala. Desde entonces ha vivido sus propios ires y venires, entre lugares y terrenos en ambos lados de la frontera. Sigue luchando por conseguir la naturalización prometida a un grupo de personas en la localidad en la que vive, para poder asentarse bien en México.



Yo nací en una finca en el municipio de Chajul, en el departamento de Quiché, en el año 1956. Allí crecí, allí llegué a los 16 años, cuando nosotros llegamos a enterarnos que había un terreno nacional que estaban repartiendo por parte del Ixcán, que es cuando decidí con mi papá y mis hermanos para ir a vivirnos en el Ixcán. De ese tiempo, como en el año 73 a 74, entonces, ahí vivimos, pero hay muchas otras cosas que vimos en nuestra vida.

Antes de venirnos por primera vez a México, en ese tiempo nosotros trabajábamos en la agricultura. En el parcelamiento de Ixcán donde estuve viviendo, se trabajaba mucho el cardamomo, el maíz, café, frijol, la piña, el plátano, es un terreno que produce mucho cualquier producto que uno se decide trabajar. Entonces yo era parcelista, estábamos dedicados a trabajar en nuestras parcelas. En eso estábamos cuando surgió la guerra, por la guerrilla y el Ejército. Toda la población se vio involucrada en ese problema y tuvimos que abandonar nuestra tierra y cosecha.

Nosotros llegamos a conocer a México por ese problema de la guerra que surgió en Guatemala. En el año 1980-1981, se empeoró la guerra en Guatemala en el tiempo del general Romeo Lucas García, que era un gobierno militar. Estaba duro el enfrentamiento entre ellos, entre el Ejército y la guerrilla, pues ese general, él pensaba que los que estaban combatiendo contra el Ejército eran los pobladores. Entonces, lo que él decidió fue terminar, masacrar a toda la población para que se termine la guerra, para que mueran los guerrilleros.

Entonces, por esa decisión que ellos tomaron, fue cuando empezaron ellos a masacrar a la población en el año 1980, en el año 1981. En el año 1982, cuando el general Efraín Ríos Montt hizo un golpe de Estado, las cosas se cambian; empeoró más. Él es el que hizo más masacre a la población, todavía más que el otro. Entonces, por eso, es que ya la mayoría de las poblaciones, la comunidad donde yo vivía —yo vivía en un parcelamiento que era una cooperativa también— nos decidimos buscar dónde defendernos.

Fuimos a la montaña; vivimos más de un año entre la montaña, con la familia, porque el Ejército andaba rastreando toda la montaña, buscando los campamentos donde hay pobladores para masacrarlos, para matarlos. Y ya los helicópteros, los aviones de guerra ya ellos andan en el aire, sobre la montaña, checando donde hay humo, donde hay campamentos y empiezan a bombardear también. Entonces,



ni se puede vivir ya ni un lado ni a otro, mejor decidimos refugiarnos a México. Pues, como también los guerrilleros estaban entre la montaña, había hombres armados que andaban también a la par de las poblaciones, entonces cuando ellos se dieron cuenta que ya no se podía, que las poblaciones no podían ni para un lado ni para otro, entonces ellos también guiaron más a la gente para refugiarnos en México.

Cuando llegó la orientación de parte de ellos, de los guerrilleros, empezaron a refugiarse en México. Así fue que comenzamos a refugiarnos en México, en el año 1983. Casi en el fin de 1982 a 1983, llegamos nosotros a México. Entramos caminando bajo la montaña, por la selva para cruzar la frontera de México, de Chiapas. Entramos por el Mollejón, Chajul, se llama ese ejido. Llegamos en una finca de un señor que solo conocimos por su apellido; llegamos en su rancho de él que colinda con Guatemala. Él se organizó con vecinos y nos encaminaron al campamento.

Ya estando en Chiapas, ya nos fuimos ubicando en el campamento donde estuvimos. En Chiapas, no solo hubo un campamento, sino que ya fue un gran número de campamentos por toda la frontera. Aproximadamente éramos como unos sesenta mil refugiados, sí.

Entonces, ya la Comar, Acnur, la Iglesia católica, ya ellos empezaron a trabajar por las poblaciones, los refugiados. Todo cambió. Ya estando en el refugio en Chiapas, todo era diferente. No teníamos tierras para trabajar. Aquí en México solo teníamos un solar que nos daban. Ahí hicimos nuestra casita. Hubo apoyo de Comar, nosotros construimos, nos dieron materiales, pero no era de nosotros. Nos dedicamos a obras diferentes, pequeños proyectos. Por ejemplo, en Chiapas por parte de la Iglesia católica, empezaron a organizar a grupos para tejer morrales, trajes típicos, y empezaron a darle estudios de alfabetización. Cambió todo. Nos empezaron a dar apoyos, alimentación, ropas, y todo lo que necesitamos, medicinas, atención médica; todo eso nos dieron.

Cuando estábamos ahí en Chiapas, el Ejército de Guatemala intentó masacrar los campamentos dentro de la frontera de México; se metieron a un campamento, pero lo bueno que Migración luego intervino y también el Ejército mexicano. Creo que hubo como dos o tres heridos. Entonces, por esa causa el presidente en turno en México, el señor Miguel de la Madrid, decidió mejor



reubicarnos a Campeche y a Quintana Roo; pero muchos no quisieron venir, muchos no quisieron, que “no, no nos vamos, que no nos están llevando a Campeche, a Quintana Roo; nos están llevando al destacamento de Playa Grande, en Guatemala”. Tenían miedo. Mucha gente nos decidimos venir y muchos también no quisieron venir. Así fue como nosotros nos movimos, pero antes de nosotros mucha gente se fueron a Quintana Roo, y después nos venimos nosotros; somos los que llegamos aquí en Campeche en el año 1984.

Para ubicarnos aquí en Campeche, ya de parte del gobierno, pues ya nos trasladaron en autobuses; pusieron una caravana de autobuses para traernos. Hay quienes quedaron en las bodegas de Hecelchakán; hay quienes bajamos aquí en Chiná. Nosotros nos *embodegamos* tres meses aquí en la bodega de Chiná; y otros quedaron *embodegados* en Hecelchakán meses para que la Comar y Acnur empezaran a ver los lugares dónde hacer el campamento. Entonces, ya empezó la Comar a ubicar el terreno donde fuimos ubicándonos, porque había dos espacios. Nos reuníamos con ellos y nos decían: “hay dos lugares de asentamiento para ustedes. Quiénes quieren ir a vivir en Pich —no se llamaba Quetzal-Edzná en ese tiempo—, hay un terreno en Pich que se va a dar para ustedes. Y quién quiere ir en Kanasayab” —así se llamaba antes Maya Tecún. Entonces, la gente empezó a pensar de dónde ir: “yo me quiero a Pich”, “yo a Kanasayab”. Así, poco a poco, se fue organizando la gente para ponerlos en el lugar.

La idea no era venirnos a vivir definitivamente, sino que era venir a refugiarnos una temporada y regresar otra vez a nuestro país. Esa era la idea de la Comar, Acnur, Migración, y también casi era la idea de nosotros también los refugiados. Pero más después, cuando ya estamos reubicados en Quetzal-Edzná y otros que se fueron a vivir en Maya Tecún, pues poco a poco se tomaron otras decisiones, y mientras, en Guatemala se fue cambiando la situación igual.

Desde que nos quitamos de Chiapas para reubicarnos en Campeche, ya fue diferente porque nos dieron un solar la Comar y la Acnur. La Comar apenas repartió como dos o tres mecates¹ de tierra a cada uno, como del tamaño del solar; era el

¹ Mecate, del náhuatl, *mecatli*: cuerda, cordel, lazo, que también se usa como medida de longitud (20 lineales), o de superficie (20 m²).



terreno que teníamos para trabajar, para sembrar un poco de maíz. Y la gente estaba acostumbrada a trabajar. Quería la gente trabajar, pero no podía; no había permiso para salir a trabajar también afuera, porque estábamos controlados por Migración.

En el solar construimos nuestra casa y, en el caso mío, quedé trabajando del año 1984 en la Comar. Yo fui el encargado de las bodegas de materiales de construcción en Quetzal-Edzná, Módulo 1 y 2, y se hizo después un Módulo 3 que fue anulado. Quedé trabajando como empleado en la construcción de las viviendas con la Comar. Trabajé seis años, pero creo que trabajé más de un año sin un sueldo, solo era colaborador. Pero, me puse a pensar que no estaba ganando nada, y hablé con el ingeniero, le pregunté en qué me podían ayudar, que solo tenía el solarcito, y hablamos con el asesor jurídico de la delegada; entonces, él me dijo “platica con la doctora, y nosotros le vamos a exponer igual este problema”. Me vine a Campeche, solicité una reunión con ella, con la delegada, y planteé mi necesidad y, entonces, me dijo que sí me iban a dar una *recompensación* de mi trabajo, pero que no iba a ser solo yo, porque éramos varios.

En Maya Tecún, hay un vocero permanente, un encargado de construcción permanente, y me dijo que no me iban a dar un salario, sino una ayuda: “le tenemos que dar a los demás, porque no se puede apoyar a uno y a los otros no, porque el mismo trabajo hacen”. Y yo le dije que eso ya era decisión de ella, de la doctora, que yo estaba hablando por mí, no por ellos. Y así fue como me empezaron a dar una recompensa mensual; me daban siete mil quinientos pesos, de los viejos pesos, aproximadamente, en el año 1985. Solo era un apoyo familiar, pero porque lo peleé. Creo que en los primeros apoyos nos empezaron a dar cuatro mil de los antiguos pesos. Total, que al final de los seis años terminamos con siete mil quinientos pesos, pero se fue el licenciado y la doctora, y llegó un coordinador de la Comar, y dijo que ya no había trabajo para nosotros. Entonces, nos fuimos cada quien por su lado.

En ese tiempo, la doctora llegó a ser secretaria del presidente Salinas de Gortari (1988-1994), y no estoy seguro, porque ella dice que comentó con un diputado del Distrito Federal que necesitaba una familia que trabajara por ahí en Tamaulipas. Entonces, yo estaba en Quetzal-Edzná pensando qué hacer, sin trabajo, sin dinero, cuando se asoma un ingeniero, como a las cuatro de la tarde, a buscarme,



y me dijo que traía una propuesta de trabajo para mí, que la doctora me había recomendado. Si te vas, nos vamos mañana. Le dije que tenía que hablar con mi familia; fuimos a mi casa, hablé con mi esposa y mi hijita, y dijo mi esposa que lo que yo decidiera. Tuvimos como ocho días para prepararnos y nos fuimos. Trabajé ahí más de un año. En ese entonces, me pagaban veinticinco mil pesos (antiguos) quincenal. Entonces era bien pagado. Fui a vivir con mi familia, a trabajar en un rancho. Hay luz, radiocomunicación, ganado, es grandísimo el rancho.

Como unos catorce meses estuvimos ahí, pero nos fuimos preocupando, porque no podíamos comunicarnos a Quetzal y ahí estaban mi mamá y mis hermanos. Mandé dos cartas, pero nunca llegaron, me las regresaron. Pedí tres, cuatro meses de permiso para ir a visitar a mi mamá. En ese entonces no teníamos documentos, estábamos en calidad de refugiados, solo teníamos el FM3 que nos había dado Migración y solo tenía validez para trabajar dentro del estado de Campeche, pero aun así nos fuimos; no nos pidieron papeles. Despedí al licenciado amistosamente, le pedí disculpas.

El ingeniero cada mes me daba una parte del dinero y me guardaba una parte. Me decía que cuando lo necesitara le dijera y me daba todo mi dinero. Y sí, al final, en total el dinero que me dio fueron tres millones setecientos mil de los viejos pesos. Era mucho dinero. Me vine, llegué a Quetzal y tenía un problema, estaba en el vicio del alcohol, y como al año ya no tenía dinero. No se podía comprar propiedad, tampoco puse negocio. Estaba muy metido en el vicio.

De repente, me salió una oferta de trabajo en Cancún, por un amigo que trabajaba en la construcción del Hotel Ritz. Ya solo faltaba levantar los paneles del aire acondicionado. Ese amigo me llevó un mes a trabajar como chalán. Yo le pedí que me enseñara a soldar. Entonces, trabajé dos, tres meses como chalán y luego me pasaron como maestro de plomero y trabajé como un año en eso. En ese tiempo nos pagaban como dos mil pesos a la semana. Por los documentos que teníamos, nos pagaban como a todos, pero no teníamos seguro. Yo fui a vivir un año ahí con mi familia y nos regresamos ya en el año 1990.

Entonces, en ese año, ya estaban empezando a construir Laureles. Por eso, yo llegué a vivir en Laureles. Estaba yo trabajando ahí, cuando llegó un ingeniero de Mérida; me encontró en el mercado y me preguntó si no sabía quién quería



ir a trabajar en un rancho en Uxmal, que necesitaba de doscientas a trescientas personas. Le dije que era cuestión de hablar con la gente y darle información. Querían trabajadores. Nos pagaban normal, como a todos los trabajadores. Me dio la oportunidad de ser contratista. Empecé a *conquistar*² a la gente, trabajé como unos veinte días, un mes. Conseguí cuarenta y cinco personas. Pedí un autobús y nos fuimos para Uxmal a trabajar. Estuve ahí como seis meses como contratista. Cada quincena venía la gente y quienes querían regresar se iban.

En ese año 1990, cuando llegué a Laureles, ya estaban formando las “Comisiones permanentes de representantes de los refugiados guatemaltecos en México” para el diálogo con el gobierno de Guatemala para el retorno. Mucha gente en Quetzal-Edzná éramos del mismo parcelamiento que teníamos en Guatemala, y me invitaron a la reunión para formar las Comisiones. Me pidieron apoyo y fui a escuchar la reunión. Me nombraron miembro de esa Comisión. Entonces, ya no seguí trabajando en Uxmal; me quedé trabajando ahí, con la Comisión.

Se instaló una oficina y yo me vine a trabajar a esa oficina. Nos pagaban, no un sueldo, pero sí un apoyo familiar. Trabajé como cuatro años en esa oficina de Campeche, como desde el año 1990, 1991, organizando a la gente que se estaba regresando a Guatemala, y así fue como nos regresamos nosotros también. Trabajando en la Comisión, íbamos a Guatemala; nos financiaba Acnur, y Migración nos daba un pase para un término de tiempo de quince, veinte días para estar ahí en Guatemala. Al regresar nos presentábamos a Migración para entregar el informe. Yo iba a Guatemala a negociaciones con el presidente Vinicio Cerezo.

Cuando el licenciado Vinicio Cerezo, un civil, llegó a ser presidente de Guatemala en 1986, vino la esposa de él a visitarnos en los campamentos. Ella nos decía que “ya se pueden regresar en Guatemala, que la guerra ya se terminó, que ya la garantía para ustedes ya hay, que el presidente ya es un presidente civil, no es un militar”; bueno, decía muchas cosas. Mucha gente ya estaba desesperada, porque en ese tiempo aquí en Quetzal estaba muy reducido, no teníamos tierra dónde trabajar.

² Se refiere al proceso de reclutamiento o enganche de trabajadores/as.



Entonces, la gente decía “pues si es así, pues nos vamos”, incluso antes de eso, se organizó un grupo y se fue así de repatriación. Solo decidieron que “nos vamos”, y se pusieron de acuerdo con Migración y Comar, y se fueron a sus propios lugares, así sin ni una garantía para ir. Pero ya los que nos organizamos para el retorno en 1990, pues ya hubo otra situación. Como se formaron las Comisiones de representantes de los refugiados, pues, comenzamos a viajar a Guatemala para investigar con el gobierno qué condiciones hay para regresar, qué condiciones están sobre las tierras, porque todos teníamos tierra. Teníamos tierra, teníamos parcela; éramos parcelistas.

Entonces, algunas cooperativas, algunos parcelamientos estaban desocupados y otros ya estaban ocupados por otras familias, por los que fueron los expatrulleros civil, PAC que le dicen allá en Guatemala. Ellos fueron organizados por el Ejército y habían tomado nuestras tierras. Eran parte del gobierno, los que estaban con el Ejército. Ellos se tomaron las parcelas. Entonces, se pensó a ver qué se va a hacer. Una cooperativa logró la desocupación de su tierra; pagaron un incentivo a todos los patrulleros que estaban ocupando la tierra, sus trabajos, lo que habían ya hecho, para desocupar y el gobierno dispuso otro terreno para ellos, para ir a vivir. Esa cooperativa sí recuperó su tierra. Pero ya lo demás ya no se pudo, lo de nosotros ya no.

Se organizaron también la gente, como en todo, se organizaron comunidades con comunidades, se agarraron de las manos, hicieron una cadena de fuerza y que “no vamos a aceptar los refugiados, y no vamos a aceptar los refugiados, sí nosotros somos dueños”. Se pusieron ahí y pues se iba a formar ahí otra guerra entre los refugiados y los expatrulleros que estaban ocupando la tierra.

Entonces, en ese tiempo, yo estaba incluido dentro de esa Comisión que estábamos viendo el problema de la tierra. De Campeche nos íbamos en Guatemala, nos íbamos a las reuniones con los nuevos ocupantes. Y bajaba el Ministro del Ejército de Guatemala, bajaba también en helicóptero a las poblaciones, también acompañado por los de Derechos Humanos, por Acnur, por Minugua. Se hizo mucho trabajo, mucho diálogo, muchas propuestas, muchas promesas del gobierno, pero costó mucho para resolver muchos problemas. Pues, últimamente, muchos cooperativistas, muchos parcelistas, ya no logramos la recuperación



de nuestras tierras. En el caso de mi cooperativa, ya no logramos recuperar la tierra, no nos dejaron ya los expatrulleros recuperar nuestra tierra.

Entonces, llegamos a un acuerdo con el gobierno, de buscar una finca ya para la reposición de nuestra tierra, sea donde sea, en Ixcán, en Petén, o en la costa sur, o donde sea que consiguiéramos una finca. Y el gobierno prometió comprar la finca para que nos den el lugar de nuestros parcelamientos. Cuando llegamos aquí en Campeche nuevamente, lo planteamos a los socios, a los interesados, y sí, muchos aceptaron: “si conseguimos una buena tierra, lo aceptamos la reposición de la tierra”. Pues, nos fuimos, nos salió una oferta de una finca de Petén —entonces nos ofrecieron una finca— y fuimos a ver la finca; no había carretera, nomás un *trocopás*³ donde entraba un tractor, pero carretera normal no hay.

La finca está bonita, es como aquí en Campeche, explanada, está grande, tienes dos ríos. Lo informamos a la población cómo está la condición del terreno y me dijeron la gente que sí: “nos vamos y nos vamos, la carretera como sea llega algún día, pero vamos”. Se formó una comisión y se fueron como unas treinta o treinta y cinco personas a ver la finca, y pues todos los que fueron a la visita de la finca dijeron que sí estaba muy bien. Así fue que se compró la finca allá en Petén, por haber perdido nuestros parcelamientos de San Juan Ixcán. Y nos fuimos para Guatemala, en el 94.

Ya en Guatemala, me quedé trabajando seis años en la capital, en la misma oficina de las “Comisiones permanentes de los representantes de los refugiados guatemaltecos” en las que estuve trabajando en Campeche. Cuando estábamos trabajando allí, en Guatemala, recibimos varios cursos de capacitación e incluso tengo unos reconocimientos firmados por las instituciones que nos dieron esos cursos. Tuvimos varios cursos: de desarrollo social y otros. Trabajé seis años y cuando acabó el proyecto cada quien se fue a su casa.

Mientras, en Petén, por el problema del acceso a la finca, no hubo garantía del gobierno para cumplir con el acuerdo de meter la carretera. El gobierno hizo actas, convenios firmados con sus proyectos y presupuesto de meter la carretera inmediatamente a nuestra comunidad y nunca lo cumplió. Pues, hicieron una brecha,

³ Del inglés *truck pass*, se refiere a un antiguo camino para camiones de madera.



metieron una medio balastra. Había un río que no podían cruzar los carros; total que muchos problemas. Entonces, muchas familias, mucha gente, se fueron disgustando y fue que, poco a poco, se fueron regresando la gente aquí a Campeche. No se vinieron todos, se quedaron buena parte, pero muchas familias se vinieron.

La misma cantidad de las parcelas que teníamos en Ixcán, nos dieron por familia. Son cuarenta y dos hectáreas. El problema que sucedió en Petén, en la finca “Entre ríos” es que las cuarenta y dos hectáreas ya no se les dio en un lugar, porque el terreno es extenso, grande. Entonces, primero, ya como nuevos acuerdos de los nuevos asociados, ya hubo nuevas opiniones: “si vamos a parcelar de cuarenta y dos hectáreas para cada quien, los que van a quedar cerca se van a aprovechar de que están cerca, pero los que nos vamos lejos, cómo vamos a hacer para trabajar”. Entonces decían unos, empezaron a analizar y, entonces, lo que decidieron fue: “no, hay que hacer el terreno de tres partes”. Entonces, en una parte que se nos entregan cinco hectáreas, como decir aquí al contorno de la comunidad, donde cayó; si le quedó cerca o lejos, pero aquí en el contorno. En otro lugar, que nos tocara otras cuatro hectáreas, pero que nos tocara un poco más retirado. Bueno, ya se están yendo las nueve hectáreas. Entonces, ya para las parcelas hay un terreno como de aquí hasta Pich, el terreno más grande, entonces, ya allí fue el parcelamiento normal, de treinta y tres hectáreas ya cada parcela. Pero para ir a trabajar allá, no había carreteras; nos íbamos a caballo y los que quedaron un poco más cerca, pues llegan en una hora, hora y media, o dos horas y otros a tres horas.

Total, que se hizo un desorden; todo eso fue el desorden, la desmoralización de la gente y ya no se pudo trabajar exactamente como trabajamos en nuestra propia parcela, porque en nuestra propia tierra en Ixcán, aunque lejos, a como quedó nadie se quejaba porque el que le tocó le tocó. Y ahí es otro clima, el terreno de Ixcán es otro clima que en Petén. Allí, en Ixcán, sembrábamos el cardamomo, el café, sembrábamos cacao, plátano —ese es el mejor producto—, el maíz, el frijol, el arroz, lo que uno quiere sembrar; pero en el Petén, no. El Petén es como Campeche; muy garantizado para un potrero, pero también no todo lado hay agua, solo dos ríos pasan, ya los demás terrenos no tenían agua. Entonces, ya la milpa es como aquí, da muy poco la milpa. Ya el café, el cardamomo, no da. El frijol da un poco, pero muy poco.



En Guatemala, pues muchas cosas se nos dificultaron en la vida, pues ya no es igual como cuando empezamos a hacer nuestra vida, nuestra juventud. Es por eso, que nos regresamos a México, a fines de 2003. La tierra en Guatemala se quedó; se quedó la tierra. No se puede más, no se puede trabajar la tierra. No hay dinero y no hay acceso para movilizarse. Ese es un problema, mucha crisis; mucho un problema. Entonces, las tierras se quedaron con los que se quedaron de la cooperativa. Fueron nueve años que estuvimos en Guatemala.

Cuando regresamos a Campeche, pues lógicamente ya nadie caminó en la montaña. Nosotros en avión salimos aquí de Campeche cuando nos retornamos, en un vuelo especial. Nos bajamos en Petén. Y ya cuando regresamos, nosotros venimos solos; venimos por Palenque. Nosotros entramos por San Francisco, por Tres Cruces, por las cooperativas ya para llegarnos a la Técnica. La Técnica es la frontera de Guatemala con México. Nos entramos por Corozal, Benemérito, Chiapas, luego Palenque. Ya de Palenque rumbo para Campeche.

En estos tiempos cuando regresé a Campeche, ya me dediqué a otra actividad. Ahora lo que trabajo es la venta de helados. Yo hago helados, los proceso y salgo a vender. Ya casi va a tener un año que pensé construir mi horno; también hago pan, hago un pan natural. Aquí en Campeche no hay quien lo trabaje, es un pan que no lleva ningún tipo de grasa y ha salido muy rico, muy suave. Lo trabajo uno o dos días a la semana. Ayer hicimos pan, ayer estuve vendiendo. Cuando llueve no puedo salir a vender helado, entonces me pongo a hacer pan para vender en la tarde. No me está dejando una gran ganancia, pero tengo para conseguir la comida. Empecé a trabajar los helados desde el año 2007. Antes de irnos al retorno, empezamos a hacer un poco de helado. Me enseñó mi compadre que vivió en Kesté; él fue heladero. Él me dio la instrucción y ya se fue mejorando un poco. El trabajo es mío y de mi esposa. Yo salgo a vender en triciclo.

Aquí, estando en Campeche nuevamente, nos organizamos, nos presentamos. Muchos de nosotros todavía no tenemos carta de naturalización, entonces, nos organizamos, nos presentamos con CDI, que supuestamente CDI son los que representan a los pueblos indígenas mayas. Entonces levantamos un censo de todos los que venimos de Guatemala, los de aquí de la comunidad de Los Laureles, y nos presentamos con CDI. Y CDI nos prometió, desde el año 2006,



2007, solicitar nuestra carta de naturalización directamente ya como ciudadanos: “van a hacer esto, traen su pasaporte”. Se empezó una comunicación con el cónsul de Guatemala, ellos venían a dar los pasaportes cada tres años, cada dos años aquí, cada vez que vienen a renovar nuestro pasaporte.

Muchos están comprando carta de naturalización, o sea acta de nacimiento “compremos acta de nacimiento, es más fácil, aunque caro, pero está seguro”. Pero, yo soy de la idea de que no, que estamos contra la ley y si llegan a investigar que estamos ilegal con nuestro documento, pues nos van a meter a la cárcel. Hay quienes compran actas de nacimiento de mexicano. En ese tiempo, todavía estaban consiguiendo a cuatro mil, cinco mil pesos. Ahorita puede ser que ya esté a ocho mil, diez mil pesos. Yo, en mi caso, nunca lo he intentado, porque yo estoy más o menos entendido que no es fácil falsificar un documento. Entonces, yo le digo a la gente que “no, no vamos a meternos en problemas”. Ciertamente comprar un acta de nacimiento es rápido y ya, pero somos falsos delante de la ley. Entonces, lo que yo decía es que mejor negociemos, así legalmente, nuestra carta de naturalización y así no hay ley en contra de nosotros.

No tenemos carta de naturalización, porque hasta que la gente se terminó de ir en Guatemala fue cuando dieron la carta de naturalización, a los que no se quisieron ir, a los que se quedaron. Lo único, lo mucho que tenemos los que nos regresamos es la carta de residencia. Yo tengo credencial de residencia permanente en México. Con la carta de residencia podemos quedarnos el tiempo que queramos, hasta donde lleguemos; pero no se puede tener una propiedad, porque no tenemos credencial de elector. No podemos comprar, no podemos vender, no podemos hacer un negocio, no podemos buscar una propiedad, y hasta no se puede depositar un dinero en el banco, no se puede cobrar un dinero en el banco. Entonces, tenemos mucho problema.

Cada término de meses, siempre CDI dice que sí, que sí, que traen documentos, que traen documentos. Yo creo que tienen ellos toneladas de documentos que nunca nos han entregado. Nunca se ha visto un resultado. Hasta ahorita no tenemos documento. Desde el 2006-2007 estamos en ese trámite. También hemos hablado con los de Migración, pero lo mismo. Hay un gran problema que tenemos. Primero tienes que solicitar tu renuncia a Guatemala y traer tu



acta apostillada, firmada por el cónsul de Guatemala, firmada por un montón de autoridades y luego presentar una solicitud con el cónsul de México en Guatemala, si él te autorice vivir en México, ya sacar el antecedente penal. Venir aquí, presentar los documentos con la Secretaría de Relaciones Exteriores. Entonces, ellos ya lo vean, lo estudian y ya te mandan a México a sacar un antecedente penal allá en el Distrito Federal. Entonces, ese es lo que le dificulta a la gente. Entonces nadie ha podido hacer el trámite.

Ya últimamente, ya en noviembre de 2016 tuvimos una reunión aquí en la CDI con el representante del gobernador, con la Secretaría de Relaciones Exteriores, con Migración, con CDI con una comisión que se vino de México. Entonces, lo planteamos con ellos, que nos quite esos requisitos, porque qué más requisito quiere el gobierno mexicano de nosotros si no somos desconocidos, si nosotros somos conocidos desde que nos refugiamos en Chiapas en el año 1980, 82, 83. Y hasta hoy, ciertamente, nos fuimos en Guatemala, pero tampoco nos fuimos de escondido. Nos fuimos declaradamente delante de ellos y nos regresamos otra vez y ya nos presentamos otra vez ante la autoridad para querer que nos legalicen nuestros documentos, por la justa razón que traemos que ya no vamos a vivir en Guatemala, porque ya no queremos estar allá, más queremos vivir aquí.

Entonces, ¿para qué nos ponen tanto requisito? Si fuéramos desobedientes, si fuéramos gentes así ignorantes, pues ¿qué nos cuesta poner los cinco mil, diez mil pesos? ;Nos dan un acta de nacimiento falso y ya somos mexicanos! Pero no queremos hacer esa falsedad; por eso, precisamente con ellos negociamos, queremos que ellos nos echen la mano con su buena voluntad política, como gobierno. Entonces, ¿qué quiere? Bueno, nombraron un abogado federal; él es el que está viendo esos documentos; pero hasta ahorita, no nos han dado ni un resultado. Pero ya no vamos a vivir en Guatemala. Aquí queremos vivir.

Entrevista realizada por Oscar Alfredo López Chan en el municipio de Campeche, Campeche, el 22 de julio de 2018.

Tenosique y Balancán

Emmanuel



De ascendencia guatemalteca, libanesa, mexicana y española, Emmanuel nació en Petén, Guatemala, en 1962. A los 17 años entró a la universidad para estudiar medicina, pero eso fue en pleno conflicto armado en Guatemala y su familia empezó a enfrentar persecución política. Por esta situación, en 1980 la familia entera tuvo que huir a México, dejando todo atrás. Aunque después de la huida salió a trabajar a diferentes lugares, finalmente se casó e hizo su vida en Tenosique.



Nací en San Benito, Petén, Guatemala, en 1962, un 19 de agosto. Allá en San Benito los parientes eran por parte de mi mamá. Mi mamá es hija única, de un señor español, de aquí de Comalcalco, Tabasco. En el tiempo del gobernador Tomás Garrido Canabal, su papá se fue a Guatemala, porque enfrentó al gobernador; entonces, mi mamá nació en San Andrés, Petén, Guatemala. Por parte de mi papá, mi abuelo era libanés; emigró de México a Guatemala, no sabemos muy bien cómo fue. Dicen que mi abuelo fue alcalde de Sayaxché, Petén, durante un periodo posiblemente de treinta años. Él era cacique, era de los pudientes; tenían madererías, aserraderos, uno está en La Libertad, otro aquí en Tenosique. Pero esas son otras historias. Él llega a Sayaxché por el río Usumacinta; ahí fallece, pero deja descendencia de la cual venimos nosotros, trece hijas y un varón: mi papá.

Yo estudié la primaria y la secundaria en San Benito; estudié mi bachillerato en la Antigua, Guatemala, en un colegio militar, y entré a estudiar medicina en la Universidad San Carlos de Guatemala, a la edad de 17 años. En ese tiempo las cosas no estaban bien, políticamente hablando, en Guatemala. Y mi madre era una mujer muy activa, entonces muchos partidos políticos la buscaban. Mi mamá todavía es escritora, poetisa, hace canciones, fue locutora de radio, fue maestra; tiene muchas facetas en su vida cotidiana. Nosotros tuvimos que emigrar por ciertas amenazas, amenazas de muerte y todo esto, porque ella nunca aceptó ser de la política; entonces emigramos a México. Yo llegué en 1980. Llegamos huyendo, se puede decir.

Hay ciertas cosas que no deben de salir a la luz. Ahorita ya tiene tiempo que pasó todo esto, pero sí son cosas que te traen recuerdos muy burdos, muy crudos. Cuando yo estudié mi bachillerato en un colegio militar, estaba de directora la hija de un mariscal de campo. Entonces, su papá era militar; era muy fuerte, una mujer muy amarga, de trato muy duro. Nosotros estábamos internos en el colegio; éramos dieciséis personas internas. Se creía que mandaban ahí a este tipo de muchachos porque no se les podía componer. Entonces, mi mamá nos mete ahí, no porque fuéramos tan canijos, sino por la seguridad, ella decía: “si están seguros en un lugar donde no los dejen salir, donde hay disciplina, pues están seguros”, pero no.



Para poder ser bachiller tienes que hacer una tesis y, en ese entonces, el grupo era nada más de ocho estudiantes de sexto semestre. Entonces, nosotros hicimos la tesis sobre un estudio socioeconómico de una comunidad ahí, y en realidad nos tildaron de que éramos subversivos. Yo con mis ideales y lo demás —porque es uno chamaco y en ese entonces el boom de la subversión y todo—, pues empezamos a llevar ayuda, tanto económica como alimenticia a las personas de la comunidad, y ahí nos matan a un amigo; el Ejército nos mata a un amigo, la policía. No me acuerdo ahorita cómo se llamaba la comunidad; sí me acuerdo de mi amigo, pero voy a omitir el nombre por cuestiones de respeto. En 1981, yo hago un libro, recopilo todos mis datos, lo escribo, y mi mamá lo ve y me lo quema.

El acoso hacia nosotros era del Ejército, no era de la guerrilla. Voy a omitir muchas cosas, pero sí, vinieron a buscarnos para matarnos pues. Yo salgo de Ciudad de Guatemala al Petén en avión; me sacan porque matan a unos de mis parientes, en la antigua Universidad de Medicina que era el Paraninfo. Los matan por subversión; se cree que estaban pegando propaganda subversiva contra el gobierno. Y eso fue lo que dijeron: que los habían matado por equivocación, ¡mentira! ¡A una persona que le pegan cuarenta y tres impactos de bala, no es una equivocación! Y en la calle mataron al hermano, en ese mismo evento. Con todo eso teníamos que lidiar.

Entonces, regreso de la capital a San Benito un día, para salir en la noche para acá, para México. Llego al Petén en avión; cuando yo ahí llego, me estaba esperando la policía, venía yo pelón y toda la cosa. Y mi mamá opta por buscar a uno de sus parientes, para que nos sacara de San Benito al Naranjo. En ese entonces, esa carretera que hay ahora, esa carretera no existía, era una brecha, donde se atascaba todo el mundo. Y era uno de los lugares donde operaba la guerrilla, la zona del Petén. Entonces, nos saca un tío de mi mamá al Naranjo, a donde había una zona militar. Y en la noche ¡nos echaron plomo! Allí en El Naranjo. Ese mismo día, a las nueve de la noche, una persona que se llama Marco nos sacó en lancha. El Ejército nos persiguió en lancha, pero Marco es un experto, a pesar de nada más tener un solo ojo, era un experto en el río; lo conocía tan bien como la palma de su mano. Ese río tiene muchos recovecos y piedras y todo, y nos sacó hasta La Palma.



El trayecto del Naranjo a La Palma fue de noche, todo de noche. En la frontera estaba un puesto militar, El Martillo que le dicen, pero nosotros pasamos de noche; ya eran soldados mexicanos, y ese muchacho, Marco, pasó de largo. Los soldados creo que nunca se esperaron que viniera una lancha a esa hora de la noche, pues no había tanta comunicación, y como se conocían. Marco al otro día regresó a Guatemala y no tuvo ningún problema. Él es guatemalteco, pero su patrón era mexicano; Marco era su lanchero, y se dedicaban a mover turismo. En ese entonces el turismo que llegaba a Guatemala por aquí por La Palma nada más llegaba por medio de río, no llegaba de otra forma; por tierra no se podía circular, no había cómo. Y, en ese entonces, pues la guerrilla estaba muy de la fregada; meterte al monte y todo eso, pues era un problema; era un riesgo muy grande. El centro fronterizo que había antes aquí, en El Ceibo, estaba un poquito más arriba de El Martillo; arriba estaban los soldados de Guatemala, en la orilla del río. Nosotros pasamos, pero nunca se enteraron de que por ahí pasamos.

Nosotros, bendito sea Dios, llegamos a La Palma. Samuel, mi hermano mayor, yo, mi hermano Pablo y mi hermano Cristian. Veníamos cuatro varones nada más, venimos juntos. Mi papá llegó como tres meses después de nosotros. Mi mamá vino un poquito después con mis otros hermanos, porque tenía que sacar a todos sus hijos. Mi mamá tratando de salvar lo que es su familia, dejó botado todo, dejamos botado todo: ranchos, casas, carros, lanchas; todo se quedó allá. Como al mes y medio o dos meses de que mi tío Foncho nos sacó, al tío de mi mamá lo mataron; lo llegaron a matar ahí, a su tienda.

Mi mamá era una persona muy conocida en todos lados. En La Palma, hay habitantes que son de Guatemala; mucha gente aquí en la frontera. Posiblemente no sean de Guatemala, son mexicanos que se fueron a Guatemala, hicieron familia, y hay cierta comunicación entre ellos. Entonces, cuando nosotros llegamos, allá en La Palma dicen: "Ah, son los hijos de la Anita"; agarran y nos trajeron para acá, a Tenosique. Yo tenía 18 años cuando llegué aquí, a México. Llegamos aquí a Tenosique a la casa de un tío, de un primo hermano mío, un sobrino de mi papá; ahí estuvimos viviendo como tres meses. De ahí pudimos alquilar una casa y nos fuimos a vivir a la colonia de Pueblo Nuevo. De ahí nos venimos a vivir aquí en una casa de dos pisos.



Yo me dediqué a trabajar. Empezamos a trabajar. Trabajamos muy duro; muy, muy duro. Nosotros no estábamos acostumbrados a echar pala ni nada por el estilo, pero las condiciones..., y como no éramos gente que no podía estar sin hacer nada, empezamos a trabajar. Cargábamos un camión de grava cinco veces en el día, yo y mis hermanos, con un camión que tenía mi tío. Le digo tío, pues porque era mucho mayor que yo, pero en realidad era mi primo hermano. Entonces, él tenía un chofer, con el camión, a eso se dedicaba, y cuando no había forma de cargar, allá nosotros íbamos a cargar grava y arena y todo, y se hacía el trabajo. Y el ingenio azucarero de aquí de Tenosique nos apoyó mucho con el trabajo. Mi papá era mecánico y también se empezó a dedicar aquí a la mecánica, y nosotros también. Se dio mantenimiento a todos los camiones que tenía la pequeña propiedad del ingenio, a los camiones que tenía el patrón, y así empezamos a trabajar.

Después, yo me deslindé de la familia, empecé a trabajar en ranchos. Bueno, antes me fui de andariego; dije: “bueno, voy a salir a ver qué hago”. Me fui hasta Costa Rica, pasé por Guatemala, fui a El Salvador, a Honduras. Conozco todo eso, así de paso, trabajando. Regresé, y pasé todo México y llegué hasta Baja California, La Paz, trabajando. Me fui sin un solo centavo, y yo dije: “voy a ver de qué soy capaz”. Después estuve en Cancún, cuando Cancún no tenía más que dos discotecas. Playa del Carmen no existía. Había nada más un aeropuerto, una pista de aterrizaje en la arena, donde te subías a la avioneta y te pasaba a Cozumel, y también había un *ferrí* para pasar y regresar. Estuve en Cozumel viviendo como un mes.

En total, me fui un año. Trabajaba como albañil, carpintero, ayudaba en cualquier cosa y me daban dinero, ganaba mi comida, y ya juntaba algo y agarraba un autobús y me iba. Cuando regresé de La Paz me quedé en Villahermosa con un tío, un hombre de mucho dinero; me dijo “hijo, necesito que estés aquí conmigo, te voy a dar trabajo; necesito que me cheques los hoteles y que me cheques los moteles porque me están robando mucho”, “bueno, pues si tú quieres, lo hacemos”. Allí estuve con él como nueve meses, le dejé los moteles con clima, alfombrado y toda la cosa. Y mientras, mis hermanos estaban aquí en Tenosique con mi papá; ellos trabajaban aquí con mi papá. Nunca se salieron



de la familia; yo sí fui más *pata de perro*, pero todo esto me sirvió, porque luego me volví guía de turistas, manejando turismo europeo. Hice tours de veintidós días con turismo europeo, de aquí a Guatemala.

En 1990 y tantos, se acabó lo de la guerrilla; firmaron lo del tratado de paz y todo esto, pero el daño estaba hecho, aunque para nosotros fue un bien; daño hubiese sido que nosotros hubiésemos agarrado otro camino. De lo que nos pasó antes, tenemos nombres, tenemos todo; de las personas y de los oficiales. Es más, nosotros teníamos un pariente en el Ejército allá en Guatemala, que en ese entonces fue jefe, cuando nosotros fuimos acosados. Y él no podía hacer nada porque para el soldado la mamá, el papá, la familia es la patria y a la chingada lo demás; ese es el principio. Él es mi primo hermano, pero a él lo criaron mi papá y mi mamá. Y entró al Ejército a los 15 años; entró barriendo, y llegó a ser general de división. Y él fue uno de los primeros kaibiles en Guatemala.

Nos topamos con ellos una vez, aquí en Piedras Negras, en Guatemala. Tiene como dos años. Llevé a una persona a Piedras Negras a hacer un programa de televisión, me hablaron a mí para llevarlo, y yo lo llevé. El comandante que estaba ahí, el que estaba de jefe militar, era un kaibil, cuando me vio me saludó, y me saludó de saludo oficial, y todos los soldados llegaron y se pararon. Me reconoció nada más con el nombre cuando yo me presenté; da la casualidad de que el general tiene mis apellidos.

Nosotros no entramos a México como asilados políticos, sino que entramos como inmigrantes, y en ese entonces era un problema. Fue demasiado dinero, mucho dinero que se pagaba mensualmente al jefe de Migración. Y no se pagaba al banco; se depositaba ahí con ellos, por tener el permiso, aunque teníamos pasaporte. Al principio fue así por la extorsión. Después ya sacamos la FM3. Pero son las cosas que pasan; en la burocracia siempre ha existido la corrupción y antes se arreglaba todo con dinero. Cuando yo me casé, tuve que ir a pedir permiso hasta México, para que me pudieran dar el permiso para casarme. Eso fue en 1986. Pero, como también soy mexicano, porque mi mamá es hija de mexicanos, la Secretaría de Relaciones Exteriores me dio el permiso y me dio también la naturalización; me dieron la carta de que soy mexicano por nacimiento. De ahí ya dejamos de pagar a Migración, porque estuvimos



pagando lo que sería como tres mil pesos ahorita, cada dos meses. Yo, después de casado, todavía estuve pagando como tres o cuatro años más.

Después, me seguí dedicando a la mecánica. Bendito sea Dios, hice turismo, hice mecánica, hice de operador de tractores, de maquinaria pesada, de maquinaria liviana, la hice de vaquero, de todo la hice. Bendito sea Dios, puedo hacer cualquier cosa. Ahorita soy administrativo en la prepa; tengo ahorita el cargo de secretario del subdirector. Tengo 18 años trabajando ahí; siete años trabajé sin cobrar un solo centavo, más que nada fue un servicio que le di a la comunidad, ahí en la prepa. Tengo también un barco en el río Usumacinta donde he andado con personalidades. Estuvo aquí *Discovery Channel* conmigo, *National Geographic*. Hice un recorrido de acá, de Boca del Cerro, desde Chunchejé, hasta la Barra de San Pedro.

El barco tiene su historia. En aquel entonces, cuando todavía no era mío, fue un consultorio, era “mensajero de la salud”. Se hicieron eventos en el barco, de títeres, llevándole a la comunidad cultura, a las comunidades del río. El barco se paraba, por ejemplo, en Canitzán, y se hacían los eventos de títeres y toda la cosa, teatro de guiñol. Ya murió ese amigo, murió en África; también un alma de esas indomables que ha recorrido todo el mundo; ahí andaba conmigo para todos lados y yo con él. Se hizo todo eso...; de biblioteca también, ¡el barco fue biblioteca! Es más, los libros se donaron a una biblioteca, no me acuerdo en dónde, aquí en la ribera del río, pero aquí en Tenosique. Y ahí el barco quedó. Luego se le cambió el motor, se cambiaron otras cosas, y ya el barco lo agarramos para turismo. Venían turistas y les dábamos un paseo por el cañón del Usumacinta. El barco todavía está ahí. Ya tiene como unos seis o siete años que el barco no se usa, por falta de recursos no lo he compuesto, pero estoy pensando componerlo.

Después de casado quise revalidar mis estudios acá; me pidieron todos mis papeles y yo tuve que regresar a Guatemala a buscarlos. En aquel entonces no podía regresar, por los problemas que había. Pero ya después mi mamá me dice: “hijo, te traje tus papeles; anda a revalidar tus estudios para que puedas estudiar”; “mamá, yo tengo hasta hijos, ¿qué voy a estar estudiando? Yo necesito tener dinero para mantener a mis hijos, no para otra cosa”. En realidad, sí



revalidé mis estudios, y sí podía yo seguir estudiando medicina aquí en México, pero no se dio, porque cuando yo me casé, mi esposa estaba estudiando preparatoria y dejó de estudiar después de tener su primer hijo. Ella deja de estudiar, y hasta los diez años después empieza a estudiar, después de casada, y yo tenía que hacerla de papá, mamá, marido y todo. Y el que trabajaba era yo y ella también trabajaba.

Aquí en México, yo no tengo ninguna queja de nadie. A mis hermanos los trataron muy mal cuando acabábamos de llegar; sí, había discriminaciones, de mexicanos hacia nosotros. Pues a mi hermano Elías le pegaron; a mi hermano Cristian y a Pablo los molestaban mucho en la escuela; es más, Pablo dejó de estudiar; Cristian también dejó de estudiar, precisamente por eso. En ese entonces casi no había gente de Guatemala aquí. Posiblemente unos de los primeros que llegaron aquí a vivir fuimos nosotros. Entonces, creo que todo esto que nos pasó era cuestión de que “¿por qué viene un gallo a cantar a nuestro gallinero?”. Yo creo que a todos los que llegan de fuera nos pasa; uno no es moneda de oro para caerle bien a nadie.

Yo he regresado a Petén, por San Benito. Ya después de que se acabó la guerrilla, después de que firmaron el tratado de paz, iba dos veces al año a visitar Guatemala, pero nunca he ido a mi casa, o sea, lo que fue mi casa, nunca. Son cosas que ya superé; pensar en todo esto sería como volver a regresar. Sí, había parientes consanguíneos, más que nada hay parientes sentimentales, mis amigos. Mi papá ya murió, tiene siete años de muerto. Un hombre muy trabajador, se quedó aquí en México, aquí lo enterramos. Nunca quiso regresar. Tuvo mucho coraje porque se truncó todo; todo lo de una vida se truncó por eventos en los que no tienes nada que ver. Él no quiso regresar a Guatemala. Lo llevé un año antes de que muriera; le dije: “vamos, para que veas tu país por última vez, tu lugar donde naciste y toda la cosa”. Lo llevamos y ahí tengo la fotografía; fue un amigo, fue mi mamá, fueron mis hermanos, todos fuimos. Como al año que fuimos, murió.

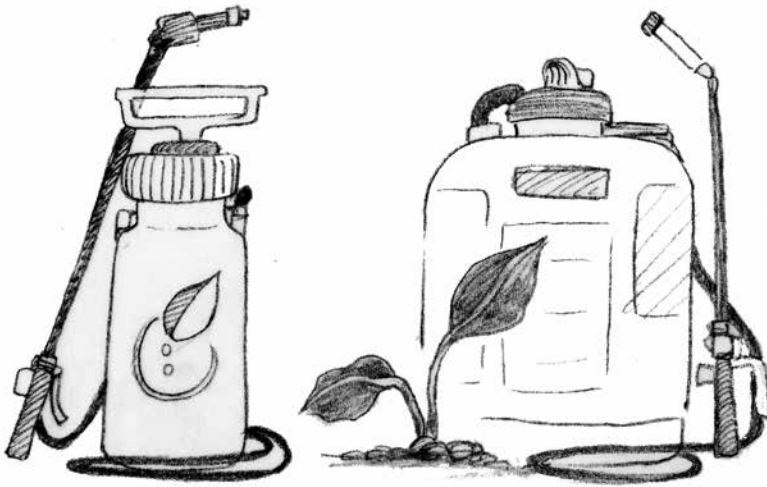
Me pregunta un niño ahí en la prepa: “si usted”, me dice, “pudiera regresar en el tiempo, ¿a qué edad le gustaría regresar?”, y le contesto: “yo tengo cosas muy bonitas de la vida; tengo sabores en el paladar de mi niñez y de mi adolescencia



y, ahorita hijo, tengo hasta sabores de viejo; pero el sabor de mañana no lo he probado. No me gustaría regresar a ningún lado, me gustaría terminar mi ciclo; a ver hasta dónde llego...”.

Entrevista realizada por Miguel Ángel Díaz Perera en el municipio de Tenosique, Tabasco, el 19 de enero de 2019.

Aaron y Yolanda



Aaron es originario de Petén, Guatemala. Llegó a Tenosique para conocer y acompañar a su padre que participaba en la construcción de la carretera transfronteriza El Ceibo-El Naranjo. Ahí conoció a su actual esposa, Yolanda, cuando él tenía 19 años. Aaron terminó la preparatoria en Guatemala, estudió su carrera en Honduras y, después, se casó y se fue a vivir a Tenosique, en 2014. Allí vive con su esposa y sus dos hijas. Yolanda, oriunda de Tenosique, participó en la entrevista a su esposo (texto en cursiva).



Yo soy Aaron, nací en Poptún, Petén, Guatemala, pero me crecí en el municipio de Sayaxché, Petén. Fue hasta el año 2008 que vine por primera vez a México y ahí fue cuando conocí a Yolanda; fue porque mi papá trabajó en la construcción de la carretera Tenosique-Lagunitas, conocida como la carretera a El Ceibo. Pero antes de esto, mi papá ya había estado en México porque él se dedica a la compraventa de productos agrícolas y veterinarios. Como hay empresas mexicanas que venden productos allá, en Guatemala, él había ganado viajes para conocer las empresas o para estar en México, más que todo en Quintana Roo y, en otra ocasión, en la Ciudad de México; pero eso más por cuestiones de trabajo. Él es ingeniero ambiental, y por intercambios culturales de las escuelas de Ingeniería Ambiental de allá, también venía acá, pero no a esta zona, a otras partes de México.

Luego fue que mi papá se involucró en la construcción de la carretera de El Ceibo. La compañía Rubio,¹ de México, construyó la carretera del lado de Guatemala, para unirla a la internacional que eran veinte kilómetros más o menos. Entonces, mi papá tenía camiones de volteo y ocupaba documentación de este lado, y el ingeniero a cargo, que es referencia de mi ahora suegra, le podía ayudar con ese trámite. A raíz de eso, mi papá ya estableció conexión con ellos, con los de la compañía, y ya venía más seguido, porque venía a ver los camiones. Ya en septiembre de 2008, para las fiestas patrias, 14 y 15, me dijo mi papá: “vamos, pues, para allá, para que conozcas”. Ya fue que nos vinimos y así fue como nos conocimos; era la primera vez que venía a México.

Yo soy Yolanda, soy originaria de Tenosique, Tabasco. Al principio, nos conocimos por el trabajo que se tenía. En el tiempo que se tenía que abrir la carretera a El Ceibo, a Lagunitas, le tocaba una participación a Guatemala y una participación a México. Entonces, en la participación de México, mi papá-abuelo tenía camiones de volteo y ahí es donde le toca trabajar una parte a ellos, y ahí es donde empieza igual una relación de amistad, más que nada mi mamá con su papá. Fue por la carretera, más que nada, y a raíz de que tenía que venir a México a hacer muchos trámites el papá de él, entonces ahí es cuando empieza más la amistad y ya mi mamá a hacerle, por así decirlo, favores de sus camiones, porque está retirado de donde ellos viven hasta acá. A El Ceibo, son aproximadamente tres horas.

¹ Compañía Rubio Solís, de Francisco Rubio Ruiz.



Sí, en ese tiempo vinieron ellos para las fiestas patrias, y empezamos a convivir todos. Ellos llegaron a un hotel, todavía no había tanta confianza en venir a la casa; ya de ahí los invitamos otra vez en diciembre, y ya así desde entonces vienen a pasar igual Navidad. Y ellos, así mismo, invitan a mi mamá a que se vayan a pasar Año Nuevo con ellos, y ya se va mi mamá con mi hermana a pasar Año Nuevo ya con ellos.

Nosotros nos conocimos en 2008, nos llevábamos bien, pero hasta en el 2012 fue que empezamos a tener una relación. En el 2008 que nos conocimos yo estaba estudiando, terminando la preparatoria. Bueno, nosotros le llamamos bachillerato o perito, lo que era Perito Agrónomo. Lo estudié en Bárcena, Guatemala, en el departamento de Guatemala, en un municipio que está pegado a la capital. Yo allá estudié tres años en un internado, en una escuela agrícola. Se trabajaba en las mañanas, y se estudiaba en las tardes, con laboratorios y clases, se rotaba. Allí estudié tres años. De ahí opté a una beca para la Escuela Agrícola Panamericana en Honduras, gané la beca y ya me fui cuatro años a estudiar allá en Honduras la licenciatura. Ya de allá, platicábamos y todo, a distancia: ¡el poder de las redes sociales! Pero más que todo, del 2008 al 2011, nuestra relación era más de amistad. Pero sí venía de vez en cuando, por ejemplo, veníamos acá para la feria, o tenía mi semana de descanso en la universidad y venía a echar la vuelta. Ya en el 2012, ella fue a mi graduación.

El papá me invita a que vaya con ellos a la graduación. Y entonces digo que sí. El señor no muy me creía que sí iba a ir, y me preguntaba, así como que cada quince días: “¿Ya tramitaste el pasaporte?; “¡Ya voy a ir!” le decía. Y ya, cuando renové mi pasaporte que estaba super vencido, ¡ya le tomé una foto y ya se la mandé por las redes sociales! Y me dice: “Hoy sí le creo que se va a venir con nosotros”, y sí. Todavía un día antes de venir a buscarme me preguntó: “¿Y sí va a ir? Porque la voy a ir a buscar mañana”, y le digo: “Sí, sí voy”. Y sí, me vino a buscar al día siguiente, para que yo me fuera con ellos a Honduras.

Luego después ya formalizamos la relación, en 2012; y al año más o menos, nos casamos, aquí en México. Nuestra hija nació en el 2013, pero yo me vine a vivir acá hasta finales de 2014 ya que para la beca que me gané para la universidad era un compromiso con el gobierno de Guatemala que, al egresar (al concluir los



estudios), yo tenía que trabajar para el gobierno dos años, para que yo saldara mi convenio. Entonces, finalizados los dos años ya podía venirme a vivir a acá.

Antes de esto, cuando empezamos a venir, tramitamos un pase fronterizo y te daban tres días para estar acá, máximo hasta Tenosique, así que comenzamos con ese pase. Por lo general teníamos nosotros dos días, tres días acá. Antes era sencillo el proceso, era más rápido, por ejemplo, presentábamos una copia de nuestra identificación oficial, una fotografía, casualmente en El Ceibo ya había módulos para tomar las fotografías, y ya nos acercábamos a las ventanillas, llenábamos un formato con nuestra información: edad, origen, razón de la visita. Y el trámite era relativamente rápido; yo le llamo rápido porque eran unas cuatro horas, y te entregaban tu carnet. Como, al inicio, mayormente era destinado a guatemaltecos que fueran originarios del “estado” o departamento, como nosotros le llamamos, colindante con México, era rápido; pero, ya últimamente, veo que lo han ampliado, y ahora ya hay gente que llega a veces a las cinco de la mañana a ver si alcanza ficha, y si no, pues se tienen que quedar al otro día.

Ahora ya es un proceso más largo. Ya la mayoría de la gente se viene un día antes para que madrugue tres, cuatro de la mañana y le repartan las fichas, porque creo que nada más dan veinticinco fichas. Ya las limitaron. Antes daban más. Ahorita ya es un determinado número de personas que nada más van a atender al día, por ejemplo, a veinticinco, y mañana a veinticinco, y así sucesivamente.

En ese entonces, ya estaban las dos aduanas; de hecho, tengo entendido que la de Guatemala la construyó México también, porque esa es pequeña, no es como la de México; México tiene una más grande, y Guatemala es una casitita prácticamente, como de cinco por cinco metros; es pequeña.

Las personas que atienden en Migración de México, no todas, pero la mayoría tiene muy mala actitud. Yo me siento meramente como mexicano en Estados Unidos. Es un trato como muy simple, como que no les han inculcado a ellos el trato al turista, porque al final venimos siendo extranjeros, somos turistas. Por ejemplo, hasta para llenar documentación, dicen: “no lo vayas a manchar porque solo es uno...”, “no hay lapicero...”. O, aunque no hay nadie haciendo cola, hacen que te salgas de la oficina para que lo llenes afuera.



Hasta con los mismos mexicanos el trato es muy pesado. Al menos conmigo, la garita de Guatemala es muy accesible, la verdad. No son tantos trámites como aquí en México, por ejemplo, hasta una como mexicana tienes que llenar un formato, “a dónde vas...”, “qué tipo de transporte utilizas...”, “cuánto tiempo vas a estar y con quién viajas...”. Eso es aquí en México. Allá en Guatemala, ni siquiera te preguntan nada; nada más entregas tu pasaporte —en este caso porque yo entro con pasaporte— y ya me preguntan hacia dónde voy, ya le digo hacia dónde y... “bueno, bienvenida”. Y me ponen el sello, y no tengo que rellenar nada, ni me hacen tantas preguntas. En cambio, aquí en México para que yo salga, sí me preguntan cuántos días voy a estar, con quién voy, a dónde voy y todo; ya casi me preguntan hasta qué voy a hacer.

Cuando yo me vine ya definitivamente a vivir a este lado, a México, yo entré con visa americana, entré como turista. Nuestra hija ya había nacido. Tenía esta visa desde antes de que viniera; la primera vez que vine, ya la tenía, pero aún no estaba aprobado ese acuerdo de que podían ingresar extranjeros con visa americana, era solo con visa mexicana. Entonces, ya que aprobaron eso, ya utilizaba yo mi visa americana para ingresar, porque me permitía más días y llegar a lugares más lejanos que con el pase fronterizo, para Villahermosa, por ejemplo; antes no podía ir a Villahermosa.

Actualmente, ya tengo entendido que puede llegar uno hasta Villahermosa con un pase regional y puede ser hasta por siete días, ya no solo tres. Ya es un poco más flexible esa cuestión. Pero sí, entré con esa visa y me dieron visa de turista en México.

Estando yo acá, por internet me asesoré meramente y ya fui a Migración a hacer el trámite; fue por unión familiar, se llama, porque ya había nacido mi hija que era nacida acá, y que era de madre mexicana, entonces ya tengo residencia permanente. La visa americana me ha servido; cuando entré y que mi intención era quedarme, me ayudó porque entré como turista; ya estando acá hice mi trámite normal.

Si yo no hubiera tenido la visa americana, tenía que haber pedido una visa mexicana, y creo que al pedirla tengo que especificar a qué vengo, y si ya digo que ya voy a empezar a vivir acá, pues hubiera sido un poco más difícil.



Aquí en Migración fue un poco rápido porque meramente anduve encima de tal papel, tal documento, y todos los documentos que me hacían falta, acá en el ayuntamiento me los proporcionaban rápido; porque hay gente que por ejemplo tarda seis meses para que se lo den o un año, y a mí me lo dieron en un mes. Fue rápido, la verdad. Pero también porque estuve encima.

Ya de ahí, para legalizar el matrimonio en Guatemala, llevamos al cónsul nuestra acta de matrimonio que nos dieron aquí, y ya ellos se encargaron de hacer todo el trámite, al igual que con nuestras hijas; tenemos ya dos hijas, y tienen la doble nacionalidad, son mexicanas y guatemaltecas.

Cuando vamos para allá, yo solamente con mi pasaporte, que es con lo que entro a Guatemala y nada más. Las niñas igual pueden pasar sin pasaporte; sí, allá como son guatemaltecas, no necesitan documentación. Hasta para tramitar el pasaporte; ahora que nos tocó ir juntos a tramitar el pasaporte de la niña más grande, alguien me dijo que en Guatemala es mucho más rápido tramitar el pasaporte que aquí en México.

A mí, mi pasaporte igual se me había vencido, entonces yo fui a renovar, y me preguntan que, si soy casada; le pongo que sí, porque cuando renové mi pasaporte la vez anterior todavía no estaba casada y me dice: “¿Quieres usar el apellido de casada?”. Y le digo: “bueno, y si me lo pongo, ¿en cuánto tiempo me lo entregan?”; “no, pues como dentro de quince días”. Le digo “¿y a fuerzas le tengo que poner el apellido de casada?”, y me dice “no, si gustas solamente el tuyo”. Y le digo “bueno, y si no le pongo el apellido de casada, ¿cuánto tarda?”; “pues te lo entregamos en dos horas”, me dice. “Pues no le pongas”, le digo. O sea, vengo de Tenosique, tengo que venir temprano por la distancia que hay hacia Villahermosa y el tiempo que nos vamos a llevar por hacer el trámite. “No, pues no le pongas el apellido de casada...”.

El hecho de que yo tenga una condición de residente, a veces en algunos trámites veo que me ponen peros, o por ejemplo cuando hay que hacer una cuenta de banco. Fue muy complicado. Hubo un banco donde prácticamente me dijeron que no, y en otro banco pues sí me hicieron el trámite. O, por ejemplo, cuando voy conduciendo y me paran, como los permisos de residente se parecen al de trabajador fronterizo o al de visitante regional, ya empiezan a



decirme que qué hago tan lejos y les tengo que explicar, cuando ahí mismo lo dice, residente permanente. Más que todo con la autoridad, con policía de tránsito, historias de ese tipo.

Hay paisanos de allá, por ejemplo, que han venido acá, se han establecido, pero no han tenido la oportunidad de arreglar su situación, porque no hay información así accesible, o no está actualizada, entonces, al inicio, eso les pone algunas trabas. Pienso que eso sí sería bueno que la información esté más actualizada, más clara y precisa.

Algo que en algún momento sí quise buscar en internet, por lo menos, o preguntar, pero no me supieron dar muchas razones en Migración eran mis derechos y obligaciones. Derechos, me refiero, de trabajar, cuentas de banco, comprar bienes, terrenos, vehículos; saber si yo puedo hacerlo, o si no me afecta en otra cosa. Porque según tenía entendido yo, por ejemplo, por ser área fronteriza hay una ley que prohíbe que un extranjero compre del cruce de cien kilómetros de la frontera para adentro. Pero he visto gente que es hondureña y ha comprado un terreno acá; teóricamente la ley lo prohíbe, pero hay mucha ambigüedad.

Mi única experiencia de trabajo acá en México como empleado ha sido en el Ayuntamiento; cuando recién vine empecé a trabajar ahí, hasta octubre del año pasado, en la Dirección de Desarrollo. Primero fui auxiliar del coordinador de Desarrollo Agropecuario, después fui jefe de maquinaria agrícola, por tres años, más o menos. Actualmente, no tengo trabajo formal, pero ayudo en el rancho de la familia de mi esposa.

En Guatemala, solamente trabajé dos años con el gobierno, como asistente del supervisor departamental del Fondo Nacional de Desarrollo, el cual entregaba insumos agrícolas a agricultores: fertilizantes, insecticidas, fungicidas, equipo de campo, herramientas; eso era parte de mi convenio. Bueno, también como mi papá tiene desde hace más de veinte años un negocio de compraventa de productos agrícolas y pecuarios, trabajé con él en lo que es el negocio familiar: atención al cliente en mostrador, recomendaciones técnicas, uso de productos, trabajar animales en campo, ganadería, vacunar, desparasitar, todo eso.

A veces he tenido problemas de discriminación. Yo tuve una experiencia así laboral. Como yo era jefe de área, entonces tenía gente a mi cargo: “mira,



tienes que hacer esto...”, con todo respeto ¿verdad? Hubo una persona que se quejó, pero me lo dijeron otros amigos. Al final, él no hizo el trabajo que yo le encomendé, porque dijo que a él “...un pinche guatemalteco no le iba a venir a mandar”; por poner un ejemplo. También, cuando iba saliendo del carro, hubo uno que me gritó: “¡pinche guatemalteco!”. Yo ni lo conocía; vio la placa del carro y me gritó. Igual, muchas veces mi carro me lo rayan; por ejemplo, hoy me tumbaron el espejo por segunda vez.

No quiero generalizar, pero sí existe discriminación. Me da cólera, hay cosas que sí me disgustan, porque yo no ando haciendo nada malo. Es cierta gente, porque la verdad hay mucha gente que he conocido que se identifica con uno: “oye, conozco allá. ¡Qué bueno! ¿Qué haces acá?”.

En mi experiencia de estar viniendo a México y de vivir aquí, he visto cambios en la región. Para este lado de la frontera, pues he visto que ha aumentado la población; ha habido más casitas, y mejores materiales.

Del lado de Guatemala, por ejemplo, si hablamos del área fronteriza que es El Ceibo, ha crecido bastante también. De hecho, me platicaban ellos que, en sus inicios, en el mercado de El Ceibo —que tiene muchas cosas, mercancías, ropa, zapatos de venta y que mayormente la gente de este lado es la que compra— que al principio las calles eran de tierra, y ahora pues la mayoría, el noventa por ciento son ya de cemento, están pavimentadas, o hubo una media arregladita que les han dado con cemento. Ha habido más comercio, más construcciones; ya hay hoteles, comedores, antes no había nada, antes no había ni luz. Ahora ya llegó la energía eléctrica.

Tenemos varios amigos que radican acá, en México. Los conoció mi papá allá, en Guatemala, pero migraron para acá; aquí hicieron su vida, y de vez en cuando pues van a dar la vuelta por allá. De hecho, el municipio de donde yo vengo prácticamente colinda con Benemérito de las Américas, Chiapas. Entonces, siempre hay cierta interacción de gente, tanto de aquí como de allá. Hay gente que, por ejemplo, ha comprado allá y viceversa, hay gente que va a comprar cosas que no hay acá o van por el precio; sí, siempre ha existido eso. Hay mucha influencia de este lado a allá; de hecho, incluso la moneda, cuando alguien dice “préstame cincuenta pesos”, le dicen “¡nuestra moneda es el quetzal!”.

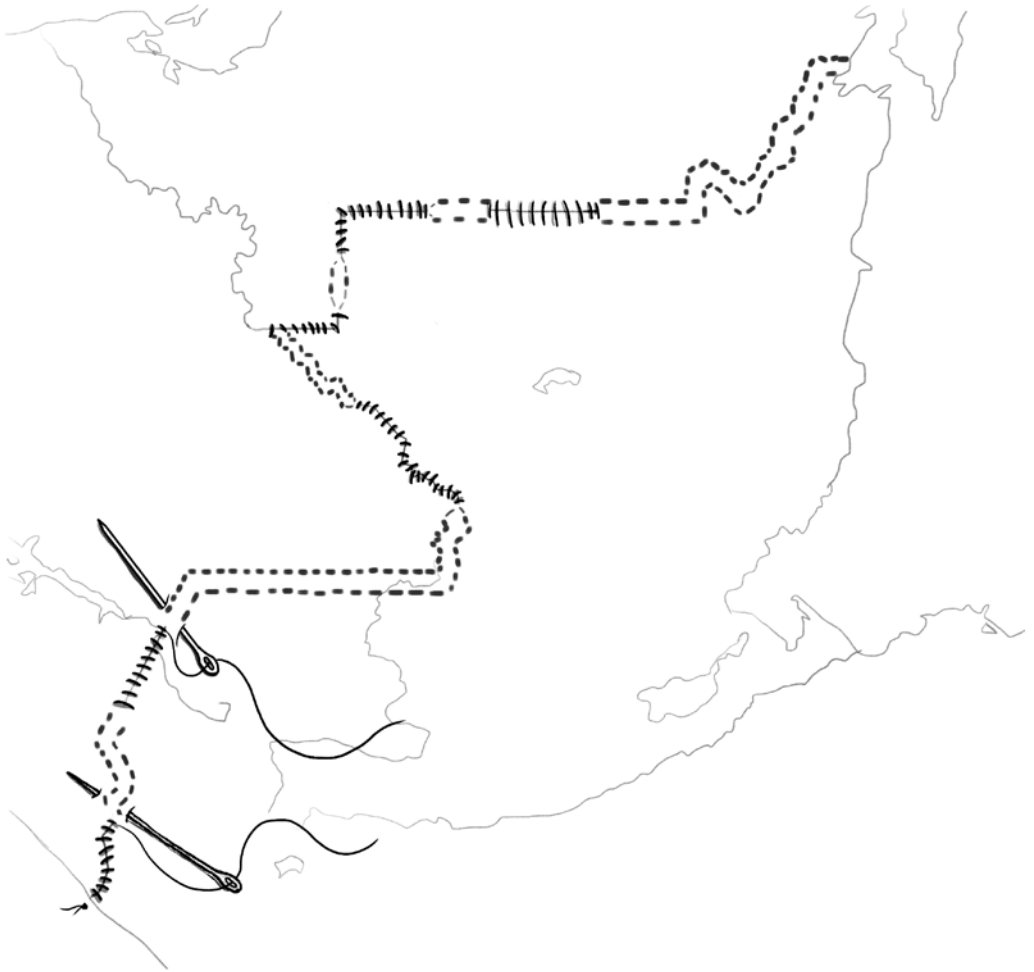


Tenemos mucha interacción con la familia en Guatemala. Mi cuñado, el hermano de mi esposo, se vino a estudiar acá, y vive con nosotros. Vino a estudiar a la Universidad Politécnica Mesoamericana, la UPM, Ingeniería Petrolera y hace quince días fue su examen final. También, nosotros vamos a visitarlos por lo menos tres veces al año: los dos o tres días de Semana Santa que nos dan nos las pasamos allá; vacaciones de julio a agosto, una semana completa nos la pasamos allá; y diciembre, pues, estamos manejando que una fecha aquí y otra fecha allá, nos estamos compartiendo las fechas decembrinas.

De irnos a Guatemala a vivir, bueno, lo hemos platicado; solo que sea algo muy forzoso nos iríamos allá, pero, sinceramente, no nos llama la atención irnos para allá. Para mí Tenosique, aunque la gente a veces no me lo cree, para mí es un pueblo muy tranquilo. Claro, hay partes peligrosas, delincuencia; y hay lugares en Guatemala que son muy tranquilos, y aparte otros muy conflictivos. Donde yo vivía es un lugar donde hay narcotráfico; estamos ahorita y de repente, como a veinte metros escuchas descargas al aire de armas de fuego. Eso era normal. Yo escuchaba eso y yo no me mosqueaba. En cambio, aquí es muy tranquilo, además hay muchos apoyos del gobierno; allá no hay tanto apoyo como esos, y en salud, aquí están mejor equipados que nosotros. Veo más potencial de desarrollo personal acá.

Entrevista realizada por Miguel Ángel Díaz Perera en el municipio de Tenosique, Tabasco, el 20 de enero de 2019.

Vida y trabajo en Chiapas



Introducción

Chiapas es la entidad mexicana con mayor presencia de personas de origen guatemalteco en territorio mexicano, no solo por su colindancia, sino por factores históricos asociados al tipo de colonización de las regiones fronterizas, a los requerimientos de fuerza laboral guatemalteca en ciertas regiones y para determinadas actividades económicas, a la dinámica comercial entre municipios colindantes, al papel de acogida de algunas localidades chiapanecas al desplazamiento forzado en Guatemala, en especial al de la década de 1980, pero también a otras formas de movilidad forzada más individuales o familiares que se han registrado en diferentes momentos; así como a los lazos familiares y sociales que se fueron construyendo desde que se estableció la delimitación fronteriza, algunos de los cuales ya existían cuando dicha demarcación separó territorios.

Los relatos en esta sección ilustran algunas experiencias en tres zonas fronterizas de México, en las que parece haber una mayor presencia e interacción con población de Guatemala, pero esa mirada puede ser relativa: Soconusco, Frontera Comalapa (región Sierra Mariscal) y La Trinitaria (región Meseta Comiteca-Tojolabal).

El Soconusco es una región económicamente dinámica en el contexto del mercado laboral de la región colindante en el suroccidente de Guatemala y, en comparación con el centro y norte de Chiapas. Tradicionalmente, ha sido receptora de fuerza laboral proveniente de Guatemala. En esta región conformada por quince municipios, en los que hay presencia de población nacida en Guatemala, que vive y/o trabaja en distintas actividades de los sectores primario y terciario. En los últimos años evidenciamos un cambio de actividades de jóvenes que laboraban en actividades del sector primario hacia actividades del terciario.

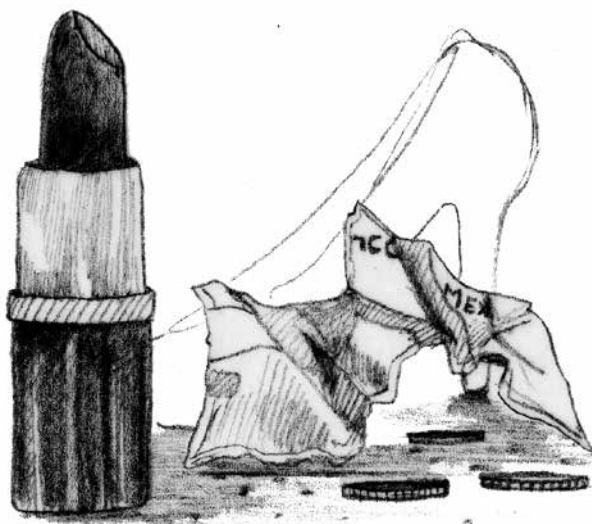
Estos cambios pueden estar influyendo en la llegada de trabajadores y trabajadoras de Guatemala a otras zonas fronterizas, como sucede con Frontera Comalapa y La Trinitaria en el mismo estado de Chiapas.

Frontera Comalapa es un punto de llegada para dirigirse a otras localidades o ejidos, aunque también es destino laboral. Su cabecera constituye lugar de entrada al tramo carretero hacia Tapachula, por el que se llega a distintas unidades productivas ubicadas entre otros municipios, en Amatenango de la Frontera, El Porvenir, Motozintla, Tuzantán y Huixtla. En esta misma cabecera hay presencia de trabajadores y trabajadoras de Guatemala, ya sea residentes o que llegan a laborar por temporadas, en el comercio y, en menor medida, en servicios. En otras localidades, por ejemplo, en la proximidad del puerto fronterizo del Instituto Nacional de Migración en Ciudad Cuauhtémoc-La Mesilla, se ocupan en el comercio informal. En otras, donde prevalecen actividades agropecuarias, trabajan como jornaleros/as agrícolas.

El municipio de La Trinitaria constituye el tercer lugar de destino de trabajadores y trabajadoras de Guatemala. Este municipio, junto con los de La Independencia y Las Margaritas, acogieron refugiados guatemaltecos durante la década de 1980, por lo que encontramos personas de Guatemala que viven y trabajan en distintas actividades del sector primario y terciario. En actividades temporales, se vinculan preponderantemente al sector primario. En esta zona destaca la interacción con Comitán de Domínguez, en donde se ocupan en el sector terciario.

La Trinitaria

Janet



Originaria de la ciudad capital de Guatemala, vino a México con su hermana cuando tenía 14 años para trabajar y poder ayudar económicamente a su mamá. Aparentemente, les habían ofrecido trabajo en un restaurante, pero fueron engañadas y forzadas al trabajo sexual para pagar ocho mil pesos, que le cobraron a cada una por gastos de traslado. En Ciudad de México se casó y tuvo un hijo, pero era maltratada. Se fue a Chiapas a trabajar en bares. Ahora vive en Comitán con su segundo esposo mexicano y el hijo de 12 años de su primer matrimonio. Con lo que ha ahorrado, ya va a terminar de construir su propia casa.



Yo nací en la capital de Guatemala. Tengo 31 años. Hace casi diecisiete años me vine a México. Desde que salí de Guatemala, he estado la mayor parte en Chiapas. Estuve viviendo en la Ciudad de México cinco años. Después viví en Ocosingo y, ahora, vivo en Comitán. Ya tengo como ocho años de trabajar acá en Chiapas. Aquí vivimos en una casa en renta. Vivo con mi esposo y con mi hijo. Yo me casé hace seis años, pero él no es el papá de mi hijo. Mi hijo nació en la Ciudad de México, tiene 12 años y está en la primaria; ya va a ir a la secundaria.

Tengo dos hermanos y una hermana. Tenía tres hermanos, pero uno lo mataron en Guatemala. También tengo a mis padres. Los dos están vivos. Mi papá es maestro de obras y mi mamá pues ahora es de hogar, se mantiene en su casa. Yo viví con los dos hasta los 12 años. Dos años solo viví con mi mamá, porque mi papá nos abandonó; decidió buscar otros rumbos y otras mujeres. Mi mamá se las veía duras cuando mi papá nos abandonó. Yo tenía 12 años cuando él se fue. Entonces la vida se volvió más dura, y pues en mi familia, mi hermana y yo decidimos irnos de la casa. Salimos juntas la primera vez.

En ese tiempo, una señora que conocemos cerca de la casa le hizo el comentario a mi hermana que podíamos venir a trabajar a México. Pero, a nosotras no nos dejaban hablarle a la señora, porque ella tiene una casa de citas. Entonces, de repente ella le dijo a mi hermana: “no, es que allá les va a ir mejor”. Y, pues, a base de lo que mi mamá tenía para poder mantenernos, veíamos que, pues, no alcanzaba. Entonces, mi hermana y yo decidimos venirnos para acá, para empezarle a ayudar económicamente. No le dijimos a mi mamá y nos escapamos. Yo tenía 14 años cuando nos fuimos.

Me vine para acá, porque a veces eres mujer y no te gusta ver sufrir a la mujer que más amas. Fue más por eso, porque a veces los papás quieren ser fuertes y no quieren que uno los mire. Pero a base de que vas creciendo, vas sintiendo el mismo dolor, porque vas pasando lo mismo pues, porque yo sufrí un matrimonio donde el papá de mi hijo me abandonó y empecé a sentir lo mismo que mi mamá. Entonces, a veces te das cuenta de que los papás quieren ser fuertes por darte una mejor educación, porque no sufras o llores por la persona, como ella, que no lloró porque mi papá se fue.



Por esa misma señora de la casa de citas, nos fueron a traer a Guatemala, de acá de México, y ya nos pasaron. Tuvimos que pagar el viaje de allá para acá. Tuvimos que pagar ocho mil pesos, por cada una. Entonces, ya cuando nosotros venimos aquí, al darnos cuenta del sistema de trabajo, porque a nosotras nos dijeron que veníamos a un restaurante y que “vas a despachar cerveza”, pero nunca nos dijeron que teníamos que estar acostándonos con hombres. Entonces, al día siguiente que ya salimos a trabajar, mi hermana se dio cuenta de lo que era el trabajo pues, y me dice: “si quieres nos regresamos”. Ya teníamos intenciones de regresarnos en la noche, o al otro día temprano, pero no nos dejaban salir, nos ponían candado, porque teníamos que pagar los ocho mil pesos. Pues, entonces, tuvimos que entrarle al trabajo.

Nosotras entramos por La Mesilla, pero cuando veníamos, como nunca habíamos salido de este lado, a México, el señor que nos trajo nos decía: “miren, cuando ustedes decidan regresarse y ustedes ya vengan con su dinero, ya pueden venir por acá y ya van a hacer el cambio [de moneda]”. Y ahí venía yo captando cómo nos íbamos a regresar.

Mi primer trabajo fue en la Ciudad de México. Allá me enamoré del papá de mi hijo y me salí de trabajar. De ahí me vine para Ocosingo y trabajé en un *night club*. Ahí yo le ayudaba a la señora, yo era la encargada del negocio y solo fichaba. En Ocosingo tardé como unos siete años, viví allí un tiempo, pero después, iba y venía, iba y venía a ese trabajo. Un tiempo me venía para acá, para Comitán, porque aquí tenía al niño con mi hermana, y me volvía a ir. Cuando hacía esos viajes, no tenía mis papeles todavía.

Aquí en *la zona* llevo como tres años. Me voy, vengo, regreso; voy, vengo, porque hay tiempos que me aburre. Aquí te aburres de la vida diaria, porque vienes, trabajas y a veces te toca tomar. A veces los patrones pues obviamente todo el tiempo quieren ganar, entonces tienes que estar tomando, y a base de eso pues te aburres de estar tomando, y haciendo lo mismo. Entonces, a veces me retiro dos o tres meses y vuelvo regresar. Desde que mi hijo comenzó a vivir conmigo, pues yo ya no tengo la rutina del diario; ya no vengo a trabajar del diario; a veces llego cuando quiero, a veces cuando no quiero me quedo en mi casa.



Desde que entré aquí, pues yo hablé con la dueña. Yo me llevo muy bien con la patrona, y le dije “yo tengo una familia, tengo un hijo al que darle educación, pues”. No solo es trabajo toda la vida, uno tiene que apoyar a los hijos. Que hay que llevarlos, para que no digan que uno nunca estuvo, porque si yo no tuve un papá que estuviera al lado mío, pues tampoco con él va a ser así.

Cuando viví en la Ciudad de México, con el papá de mi hijo no pudimos tener una vida normal, me golpeaba mucho, demasiado. Cuando yo me peleaba con él, realmente le decía que, si yo el día de mañana le dejara al niño, tenía yo que estar muerta. Con él era una vida de perros porque realmente algo que no le gustaba me lo aventaba. Me tenía amenazada de que si yo me iba para otra parte que me quitaba el niño y me deportaban, por eso nunca tuve el impulso de salirme de su casa, hasta que por último hizo lo que realmente nunca pensamos que iba a hacer, se fue y se robó el niño. Se fue hasta Acapulco y hasta allá tenía el niño.

Ya tenía como dos meses de no ver al niño, y ya cuando me lo entregó, el niño estaba a punto de desnutrición. Lo seguimos hasta Acapulco, porque llamó un familiar de mi suegra y dijo que fuéramos porque allá estaban, y mi suegra no quería porque como ya se habían dado cuenta de que yo había empezado a hacer carteleros y todo; yo había entregado papeles por todas partes. Entonces ella se dio cuenta que el Ministerio Público me estaba ayudando; por eso ella no quería porque no quería que su hijo fuera a parar preso. Pero, yo la conquisté y le dije que fuéramos y que no le iba yo hacer nada a él, pero ya luego yo sí actué porque, la verdad, yo creo que ya era lo último que él me pudo haber hecho. Entonces, allá en la Ciudad de México, los del Ministerio Público, lo que nunca, me pagaron mi pasaje para que yo me viniera a Comitán con el niño.

En Comitán, ya vivía mi hermana, por eso yo decidí venirme con ella. Mi hermana se enamoró de un militar y se casó con él. Ya tiene 16 años con su esposo. Por eso, se retiró de este trabajo. Ella se regresó a Guatemala un tiempo y estuvo viviendo con mi mamá, pero, después, se vino a México. Ahora, vivimos cerca, pero ella en su hogar y yo en el mío.

En esos dos meses de no ver al niño, yo no comí casi absolutamente, porque él ha sido mi primer hijo y ha sido mi único hijo; no he tenido más. El papá de mi hijo moralmente fue matando mi yo interno. Cuando yo llegué aquí a Comitán,



mi hermana me decía: “¡sal, mira, diviértete!”, pero mi yo interno me recordaba “no, si tú eres fea”. Me fue matando moralmente. Desde ahí empecé una vida que otros no tienen idea. A mí me valía todo. Por eso, yo le dejé mi hijo a mi hermana y me dediqué a trabajar. Entonces ya trabajaba, tomaba, trabajaba, me dedicaba solo al vicio, a estar tomando. Me decaí demasiado. Entonces cuando yo conocí a esa persona con la cual hoy vivo, yo no llegué a creerle absolutamente nada, porque yo estaba mal. Pero, pues, él ya me dijo “mira, intentemos una vida”. Y ya tiene seis años que nos casamos.

Mi esposo trabajaba en el Ejército, pero a mí me deportaron y como no quería dejarme sola se quedó sin trabajo. Veníamos de Tapachula porque él pertenecía al Ejército; veníamos a Tuxtla, pero por ahí por Pijijiapan nos dijeron que teníamos que poner el dedo y me registraron la huella y directamente se dirigieron a mí, porque mi huella no aparecía, y me bajaron. Fui detenida ahí en Pijijiapan.

Mi esposo no me quería dejar sola porque ahí en Migración estaban detenidos noventa hombres y cuatro mujeres. Entonces, le pregunté al de Migración que a qué hora nos iban a llevar a Tapachula. Nos dijeron “como a las nueve de la noche las vamos a llevar”, y qué, ya se dieron las diez, dieron las once, y nada. Entonces, empezamos a escuchar entre las mujeres que los hombres decían que iban a romper el candado, y que nos iban a violar.

Entonces, yo empecé a decirle al de Migración que si hacía favor de llevarnos, porque ahí en Tapachula nos decían que, ahí, aparte estaban mujeres y aparte están los hombres; y sí, cuando yo llegué a Tapachula me di cuenta de que sí, que así era. Pero no, y no, y no nos trasladaban, hasta que me puse agresiva con el de Migración y le dije que si no nos trasladaban esa noche yo iba a quemar todos los colchones de ahí adentro de Migración. Entonces, como a la una de la mañana nos trasladaron porque ya los hombres se estaban poniendo de acuerdo para violarnos.

Ya ahí, en Migración, mi esposo pidió que mi hermana le escaneara el papel de donde nos casamos y la constancia del niño, de su acta de nacimiento, de que yo era su mamá y todo. Les mostramos a los de Migración la constancia de matrimonio y el acta del niño, pero no, no quisieron dejarme salir. Me dijeron que no, que tenía yo que ser deportada, que eso lo hubiéramos presentado



en el momento y no ya cuando yo estaba detenida porque ya habían llamado al vicecónsul. De hecho, llegó el vicecónsul, y el vicecónsul de Honduras me peleaba porque decía que yo no era de Guatemala. Y como no tenía yo ningún documento que hiciera constar que yo sí era de Guatemala, entonces me empezaron a interrogar, me empezaron a hacer un montón de preguntas y como yo ya di el nombre de mis papás, el nombre de mi mamá, con eso ya me dijeron: “ah, entonces, sí eres de Guatemala” y me deportaron con los de Guatemala; pero, hasta eso, porque me iban a mandar a Honduras.

Ahí en Migración conocí a una señora que me dijo “mira chaparrita, te voy a hacer un favor”, “¿cuál?”, le digo yo. “Si me pagas mis pasajes, porque yo voy sin nada”, porque la habían sacado de la cárcel y venía sin dinero y como mi esposo me había dejado dinero a mí, entonces me dijo “si me pagas mis pasajes, te traigo de regreso a México”. Yo dudé, porque la verdad como uno no conoce a la gente, entonces le dije yo: “bueno, pero cuando ya esté yo del otro lado, yo le voy a dar a usted lo de los pasajes”. Entonces, ahí nos encontramos a un policía de la marina, a un militar, y nos dijo “ustedes no pueden pasar por aquí”; “solo vamos a ir a traer unos refrescos”, le dijimos. Y fuimos y ya iba yo con miedo, pero sí, ya a la media hora ya estaba en la casa de mi esposo, porque mi esposo vivía en Tapachula por su trabajo.

Cuando a mí me deportaron, pues pasaron ocho días, y mi esposo solo tenía tres días de vacaciones. Él me decía: “busquemos la manera de que cuando te deporten, te regreses”. En el Ejército, a él ya lo dieron por desertado, por ese mismo sistema que tienen. Decidimos presentarnos en el Ejército, pero ya no quisieron volverlo a agarrar por el mismo sistema porque él se había tardado nueve días que es casi lo que nos tardamos para regresar. Él presentó algunos papeles de Migración y todo, pero ya el Ejército no quiso tampoco, no quisieron aceptarlo.

Entonces, lo dejaron sin trabajo. Así que él busca trabajo del diario. Además, lo dejaron sin papeles. Por eso, él no puede ir y decir “tengo mi prepa”, porque él tiene su prepa terminada y no puede ir y decir “tengo mi prepa”, porque lo dejaron sin papeles. Ahora si él quiere los papeles, tiene que presentarse a una cárcel del Ejército y estar ocho meses en la cárcel para que le entreguen sus papeles. Por eso, él, mejor, busca trabajo; a veces le dan, a veces no le dan.



Esa deportación ha sido mi única experiencia en Migración, porque una vez llegó una redada aquí, en *la zona*, cuando no existía el portón, y yo estaba aquí, y de hecho me llevó Migración, pero hasta eso mi hermana les dijo: “si se van a llevar a mi hermana, pues, llévense de una vez este chamaco, porque yo tengo cómo constar que ustedes se están llevando a un mexicano y a la mamá de un mexicano. Si se la van a llevar, llévensela a ella, pero se la llevan con todo y el hijo porque yo no puedo mantenerse”, porque mi hermana me cuidaba al niño.

Entonces, ya fue que los de Migración me dejaron salir; solo me tuvieron como tres horas ahí. Me dieron una hoja del banco, que yo tenía que pagar, pero yo no pagué nada, porque si ellos son inteligentes hay que ser uno más. Por eso, tuve que esperar todavía como tres años para que se borrara esa historia, para yo poder volver a ingresar mis papeles, porque fui a Migración y presentamos una constancia de que estamos casados con mi esposo y me dieron una cantidad de papelería: que traiga la constancia de matrimonio, que hace cuánto se juntaron, que hace... Y montón de papeles que nos dieron.

Entonces, volví a esperar dos años más para que se borrara de que yo había ido a solicitar mis papeles. Y metí los papeles, por el niño, y ya de ahí nada más me dieron cuatro hojas, pero ya no fui yo sola. Entonces, ya me dijeron, váyase usted al consulado de Guatemala porque ustedes tienen quien los ampare. Entonces, yo fui al consulado de Guatemala y ya me empezó a ayudar el vicecónsul de Guatemala. Ya fue que a mí en Migración me dijeron que el estudio socioeconómico no me lo iban a aceptar y el vicecónsul dijo: “cómo que no te lo van a aceptar, si yo te lo estoy mandando es porque te lo deben de aceptar”. Entonces ya fue que el vicecónsul me apoyó y ya no pagué los cuatro mil ochocientos pesos que me decían que tenía que pagar.

Hace cuatro años fui a Guatemala a tramitar mi pasaporte. Tenía casi diez años sin ir y, ahorita, ya tiene cuatro que no voy. Yo tenía mi DPI, pero como hubo una racha aquí en la central de abastos, que robaban mucho, entonces el 14 de febrero me asaltaron y me robaron mi DPI. Entonces, yo fui a “ayuda a migrantes”, porque no vayan a hacer uso de mi identidad. Y, desde eso, empecé a tramitar mis papeles. Yo tengo el pasaporte de Guatemala y mi nacionalidad.



Entre pasajes y las vueltas, y que aquí cuando uno no viene del diario a trabajar uno tiene que pagar, entonces me salió como en unos cinco mil pesos.

Aquí en México, la única vez que me he enfermado fue la vez que fui a tener el niño. Fui a un hospital particular. Mi suegra tuvo que pagar y de ahí pues yo tuve que pagarle con trabajo porque como ellos vendían fruta, vendían verdura, se iban a los tianguis, pues yo desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche trabajaba con ellos. Ella era más como una mamá, ella me protegía, ella me daba lo que necesitaba. Si a mí me bajaba mi mes, ella me compraba las toallas. Ellos lo hacían por el niño, lo hacían porque el niño no se fuera de su casa, era su primer nieto. Entonces, no querían que su nieto anduviera de aquí para allá. Pero solo fue al principio porque si hubieran querido el bien para el nieto, hubieran seguido siempre, pero ellos desde que yo me traje el niño, de un tajo me cortaron. De hecho, las tías me lo piden, que lo quieren venir a ver o que se lo quieren llevar para la Ciudad de México, pero no, después de lo que pasó no quiero que se lo lleven.

Cuando estaba allá en Ocosingo, como pasábamos a revisión médica, y como el encargado del hospital de salud siempre se llevó muy bien con nosotras, nos miraban en emergencias, y ya rapidito nos metían. Nunca, nunca, nos pidieron algún papel para que nosotras ingresáramos o algo. Él siempre ha sido así, por eso él siempre ha estado en el hospital; nunca lo han sacado porque ha sido muy amable. Desde que yo tengo 24 años lo conozco y él ha sido muy buena gente.

Aquí, a veces he ido al centro de salud, o he ido al hospital, pero tengo que pagar la consulta, más bien tenía yo que pagar la consulta, pero ahora ya no, ya tengo seguro. Mi hijo también tiene seguro. Todos tenemos seguro en la casa. Cuando a veces me sentía mal y ya estaba aquí y, si era “día de salud”, pues la doctora nos atendía. Eso sí, la doctora de acá siempre está al tanto de lo que a una le pasa, si uno no se siente bien, si le va a tocar inyección para planificar, así.

En México, yo no me he sentido discriminada por ser de Guatemala; pero algo que acabo de vivir, la verdad, a mí me sacó de onda, porque a veces cuando los hombres van a buscar trabajo, no tienen por qué preguntarles dónde trabaja la esposa, porque, realmente, el trabajo se lo están dando a él, no a mí. Entonces,



mi esposo fue a conseguir trabajo en un hotel y le dijeron que el lunes se presentara a trabajar, y le dieron trabajo; pero el día martes le dijeron que ya no se presentara a trabajar porque habían averiguado en dónde trabajaba su esposa y que, pues así, no le podían dar el trabajo.

Entonces, yo le dije: “retírate del trabajo, porque realmente tú ni me discriminas donde yo trabajo y, pues, ni modos que venga otra gente de fuera a discriminar lo que yo hago”, porque si a él le dan un trabajo, yo no voy a ir a molestarlo a su hora de trabajo; el trabajo se lo están dando él, no me lo están dando a mí. Le dijeron que por el tipo de trabajo que yo tenía. Entonces, le dije “retírate; si no te quieren pagar, que no te paguen tu día de trabajo, pero la verdad tú no tienes por qué sentirte menos que nadie, ni nadie tiene que sentirse más que yo, porque yo la verdad no molesto a nadie con mi trabajo, yo vengo a trabajar”. A mí el que me hable: “buenos días”, “buenas tardes”.

La verdad, en donde vivo, no tengo amigos, porque no me ven de casa en casa, no me ven chismoseando. La verdad yo tengo una vida cerrada, porque a mí no me gusta andar por ahí; yo no conozco a nadie ahí más que a la señora que me renta. No me gusta estar socializando con nadie porque luego te dicen cosas y, la verdad, yo lo hago más por mi hijo, porque uno no quiere que los hijos se enteren dónde uno trabaja. Pero yo, gracias a Dios, tengo muy buena conversación con mi hijo y, así, poco a poco, yo le digo “mira, voy a hacer esto, voy a hacer lo otro”.

Como hay gente que se encarga de andar haciendo daño y como ya la mayoría de mis vecinos conocen que yo trabajo en eso, por eso le digo “si algún día te llegan a decir algo, tú no te sientas mal, tú dile que ‘yo ya lo sabía’, y ya”. Tenemos una amistad muy abierta con mi hijo, y yo le digo “el día de mañana, tú no tienes por qué avergonzarte; tienes que sentirte contento, porque yo día a día vengo a trabajar, no por mí, porque yo cualquier cosa como, sino por ti, porque yo quiero que seas una persona inteligente; no porque yo me quedé un grado bajo, yo quiero que tú te quedes en un grado bajo, no; yo quiero que tú salgas adelante”.

Yo pienso que a una de mujer donde quiera le dan trabajo. No importa de dónde uno es, si uno es de Guatemala o de otro lado. Depende de cómo te ganes a las personas y cómo quieras trabajar porque si eres una persona que eres



haragán en todo, pues no vas a conseguir trabajo en ninguna parte, en ninguna parte del mundo. Aunque así te vayas a Nicaragua, te vayas a Honduras, o te vayas a donde quieras, la gente se gana su trabajo, porque si quieres venir a hacer todo de la noche a la mañana no se puede, no se puede. A base de mi trabajo, ahorita a nosotros ya el año que viene nos van a entregar nuestra casa, gracias a Dios. Nosotros estamos construyendo, pero así, poco a poco; no voy a decir que de la noche a la mañana; a veces tiene uno que sufrir para llegar a algo. Son las cosas que algún día vas valorando porque todo lo que te cae del cielo no lo valoras nunca.

Desde que yo me salí de mi casa, jamás he regresado para ponerle un cargo a mis padres, porque ellos ya están grandes; tampoco he regresado para que mi mamá me mantenga o para que mi mamá me dé un techo. Al contrario, yo la apoyo económicamente. Entonces, no regreso para eso. Yo tengo una casa allá en Guatemala, pero no tengo por qué ir a hacer y deshacer lo que no he construido. Les ha costado a ellos, y yo siento que lo que es de ellos es de ellos y lo que es de uno es de uno. Todos los días le hablo a mi mamá. Cuando estuve viviendo en la Ciudad de México nunca hablé por teléfono. Por eso, pues mi mamá decía que yo ya no vivía; ya me daban por muerta. Pero ahora, no, yo le hablo diario.

Yo soy muy realista, si yo no tuviera una herencia allá en Guatemala, yo ya hubiera renunciado a mi país; yo ya hubiera ido a Relaciones Exteriores a renunciar a mi país, pero tengo una herencia allá, la cual no puedo dejar. Mi mamá no quiere que yo renuncie a mi país todavía; por eso, me dice: “cuando quieras recibes lo tuyo, y ya renuncias al país”, porque yo ya no tengo nada que ir a hacer allá. Yo no extraño, para nada, a Guatemala. Si voy es porque ellos dos están vivos, porque me llevo super bien con mi papá, él sabe todo lo que pasó. Mi papá regresó a la casa. Convivo bien con ellos, me llevo bien con ellos. Como digo, no somos quiénes para juzgar los errores de los padres, ni los padres nos empujaron a cometer los errores que nosotros cometemos. Nosotros sabemos bien, que si los cometemos es muy por nuestra propia voluntad.

A veces, los papás no pueden, o a veces, como una vez se lo dije a mi mamá, no porque mi papá se haya ido de la casa, él no se ocupó para que nosotras nos fuéramos y pasáramos todo lo que nosotras tuvimos que vivir o todo lo que

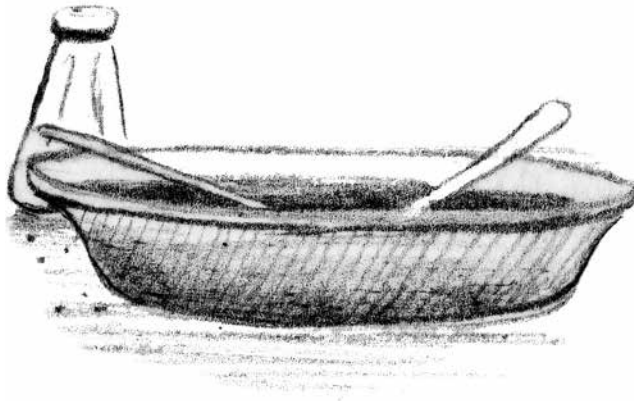


hemos pasado aquí en este país. Nadie nos aventó ni nos arrojó para que nosotras lo hiciéramos; nosotras lo hicimos por nuestra propia voluntad. Entonces, nosotras no tenemos por qué venir a cargar las consecuencias que uno mismo hace a los demás seres humanos, porque los errores fueron nuestros, no fueron de ellos, porque él, mi papá, bien o mal, daba para que nosotros comiéramos en la casa; pero como a veces las personas no nos saciamos con lo poco que nos dan, sino que nosotras siempre queríamos más y más; por eso, nosotras tuvimos que salir. Y como le digo yo a mi hijo “tu abuela nunca me arrojó y me dijo ‘mira, vete a trabajar’ donde yo estoy trabajando; nunca me arrojó a que yo trabajara de eso”. Uno es acto de sus propios errores. Entonces, así, así ha sido mi vida.

Cuando yo termine mi casa, ya voy a retirarme. No he pensado trabajar en otra parte, porque nunca me ha gustado tener patrón, siempre me ha gustado tener lo mío y luchar por lo mío. Con mi esposo, nuestro sueño es más que nada tener una casa, tener una tienda. Le digo a mi esposo: “poco a poco; ya teniendo la casa y teniendo la tienda ya de ahí viviríamos”. Entonces mi sueño es tener eso, para mientras. Pues, después, Dios siempre decide el futuro de uno, no es uno, porque ahora estoy diciendo que quiero tener mi casa, que ya me la van a entregar, pero si tal vez el día de mañana salgo de aquí y me muero de un tropezón, ya no logramos nada. Solo Dios es el único que sabe cómo vamos a salir, cómo vamos a seguir; uno puede disponer, pero nadie sabe.

Entrevista realizada por Anaí Argüello Pastrana en el municipio de Comitán, Chiapas, el 20 de julio de 2018.

Luis



Tiene 27 años y es uno de los catorce hijos de sus padres guatemaltecos. Nació en la frontera, en Tziscaco, Chiapas, cuando su familia se refugió en México durante la intensificación del conflicto armado en Guatemala en los años ochenta. No tuvo oportunidad de estudiar; empezó a trabajar desde niño en la agricultura. Desde entonces, ha trabajado principalmente en México en distintos oficios. Hace poco encontró trabajo en un restaurante en Quetzal, del lado guatemalteco de la frontera, donde actualmente vive con su hijo de cuatro años, su esposa, su hermano y cuñada. Su meta es construir una casa más grande y que su hijo tenga más oportunidades de vida y de trabajo.



Nací en el estado de Chiapas, en la Colonia Tziscaco, pero mis padres son guatemaltecos y pues me asentaron acá en nuestro municipio de Nentón. Vivo en Quetzal, aquí en Guatemala, pegado de la colonia Tziscaco de Chiapas. Tengo 27 años. Soy juntado, por así decirlo; tengo mi pareja. Todavía no estamos casados. Creo que para el otro mes nos vamos a casar. Yo estoy empezando a asistir con los Testigos de Jehová, y ahí hay reglas también. Entonces ahí tiene uno que estar casado por la ley, porque si no pues está fornicando. Y ahí ya la fornicación pues es un pecado.

Ahorita estoy con mi esposa, mi cuñada y mi hermano, en una sola casa. Compartimos la cocina, la casa para dormir, el cuarto para cada quién. Es una casa muy sencillita, muy reducida, pero tengo la meta de seguir trabajando, conseguir para hacer una casa mejorcita, pues; con el tiempo, poco a poco, porque de la noche a la mañana no se hacen las cosas. Mi papá ya me donó el terreno. Ahorita no he construido mi casa propia.

Mi familia es una familia grande porque mis papás son padres de catorce hijos, y ya con los nietos y biznietos, pues ya llegamos como a treinta y cinco. Una gran familia que tengo. Yo soy el octavo hijo. Mis hermanos y mis papás están acá en el mismo lugar, en la Aldea Quetzal, municipio de Nentón.

Tres de los hermanos nacimos en el estado de Chiapas porque en el 86, 85, cuando aquí en Guatemala estaba el conflicto armado, mis papás y mis hermanos mayores se fueron para allá. Estuvieron como refugiados en Chiapas. Y, pues ahí, mi papá cuenta que allí les dieron un trato no muy agradable porque les ignoraban por ser guatemaltecos. Las autoridades de acá de Tziscaco, no los trataron bien, hasta les dieron tareas de sembrar árboles a cambio de que vivan ahí.

Acnur y Comar, en aquel entonces, apoyaban a los refugiados y, por eso, les venía alimento; lo que es pollo, cosas enlatadas y así. Pero, lo que son los empleados de Tziscaco, pues “de ley” les pedían una parte a los refugiados, o sea, una mitad de sus cosas les pedían a ellos. Así es como vivían, y con tal de estar viviendo ahí, pues ellos accedían. Entonces, en esa época nací yo en Tziscaco, igual mi hermano Néstor y mi hermano Josué; pero nuestros padres nos asentaron acá en el municipio de Nentón, en Guatemala.



Yo tengo un niño de cuatro años, pero él vive con mi mamá. Él se encariñó mucho con la abuela, y mi mamá lo quiere bastante. Y pues él dice que quiere estar con ella, quiere estar con mi mamá. Y pues yo no le voy a decir “pues vente conmigo”, obligado; si quiere estar con ella, pues que esté ahí; hasta duermen ahí juntitos. Entonces, ya se encariñaron mucho y, por eso, no está con nosotros. Por eso, podemos trabajar los dos.

También tuve una niña, pero perdí a la nena de cuatro meses y por lo mismo ya no regresé a mi trabajo en la panadería la Lolita, en Comitán. Eso fue en 2018. En marzo yo me regresé de Comitán porque había nacido mi nena, pero de repente la niña empezó con la enfermedad, estuvo en el hospital de Comitán quince días, y pues de repente se nos fue, dijéramos, se murió la niña.

Para poder entrar al hospital, y que atendieran a la niña, pues fue con una mentira sabia, dijera. Lo que pasa es que tengo cuñadas que son de Tzisco, y ellas tienen documentos: tienen CURP, credencial y Seguro Popular. Y pues con tal de apoyarnos, de echarme la mano, pues como estaba complicado para un guatemalteco ingresar allá, me prestaron su copia de Seguro Popular, sí. Entonces ya con eso pude ingresar. Mi esposa Renata se hizo pasar como Maribel. De esa forma no le cobran tanto, porque como uno está escaso de recursos, para ahorrarnos unos pesitos. De esa manera nos pudieron atender, la metieron a Pediatría y pues, la verdad, no nos cobraron absolutamente nada. Gracias a Dios, pues, fueron muy amables, trataron bien a mi niña, pero así fue como pasó eso. Entonces salimos de esa, pero lamentablemente pues no logramos la niña, se murió.

Aquí crecimos en la agricultura. De hecho, de eso nacimos. Desde pequeños éramos agricultores; desde 11, 12, 13 años ya éramos agricultores, ya sabíamos qué era agarrar un machete, un azadón, y entonces nacimos en eso. Y ya estábamos acostumbrados también al trabajo, porque de hecho ya desde pequeños, desde los ocho años ya estábamos agarrando el machetito.

Yo tenía como 13 años cuando empecé a trabajar. Eso fue aquí en Tzisco, ayudando a mi papá a sacar *la cuerda*, que le llaman acá y que son veintidós metros cuadrados. Como mi papá hacía contratos de huerta o potreros, entonces tenía que llevar a los hijos, para avanzar, dijera. Entonces, yo me meto a ayudar



a mi papá y el otro mi hermanito, de 11 años. Yo tenía 12, 13 años, y él tenía de 11, 12 años, y a darle con el machete. De ahí ya empezamos a trabajar y a ayudar.

Me iba cada día con mi papá y cuando se culminaba la jornada pues daban la paguita, y ya con eso pues compraba mi papá, lo suficiente como para sobrevivir una quincena y luego nos manteníamos siempre trabajando, casi todos los días. Como vivimos en Quetzal, siempre en esta área, ya estábamos como acostumbrados que cada día llegábamos con mi papá a Tziscoao.

Anteriormente acá se trabajaba mucho lo que es la agricultura, se sembraba maíz, frijol y, pues, nos veníamos más a trabajar acá en el estado de Chiapas, en Tziscoao, en esta colonia vecina. No nos quedaba de otra, dijera, porque en Guatemala no hay mucha oportunidad de trabajo. Y en Tziscoao, sí.

Anteriormente, el sueldo no era, dijera, muy normal; era muy bajo el precio. Pero, ultimadamente ya nos pagan cien pesos el día, de las siete de la mañana a la una de la tarde. Por eso, nos conviene venir acá a Tziscoao, porque nos pagan cien pesos una cuerda. Y pues, a las doce, si ya tienes dos cuerdas, pues serían doscientos pesos; entonces, nos conviene ganar doscientos pesos hasta las doce o la una de la tarde; eso sí, maltrataditos, pero la intención es ganar un poquito más.

Ahorita, actualmente, están trabajando mucho el café ahí en Tziscoao. Entonces, se llenan bolsitas, o se siembra café, o se limpia el café. También lo que es la milpa: se roza el monte, hay que botar el monte; luego siembran la milpa, y ya cuando va creciendo pues hay que fumigar, abonar y luego la cosecha. Todo lleva un proceso. Hacemos esas labores, pues, porque estamos acostumbrados.

Como somos fronterizos, pues ya sabemos sobre los trabajos, ya sabemos los tiempos. Tenemos mucha amistad y ya nos llegan a avisar para que trabajemos; nos buscan en casa o por teléfono. Nos avisan: “pues, mañana necesito seis muchachos, por favor. Los quiero para unos cuatro o cinco días”. Y vamos, y así ganamos el pan de cada día, dijera. Pero sí, todo el trabajo aquí lo tenemos en Tziscoao, aunque actualmente ahorita pues es la primera vez que estoy trabajando acá en este restaurante de Quetzal. Apenas el día nueve de este mismo mes de julio comencé a trabajar aquí. Acá, ahora es una zona de negocios, de locales, por el turismo.



Antes de entrar en este restaurante, estuve trabajando en Comitán. Allá trabajaba yo de nueve de la mañana a diez de la noche. Me daban mil pesos a la semana. Trabajé en la panadería Lolita, como siete meses; ya no seguí allí porque mi esposa se enfermó, y tuve que regresar y pues ya me quedé hasta acá trabajando, y ahora donde estoy. En la Lolita yo tenía mi sueldo mensual. En Comitán, pagaba yo renta, un cuartito pequeñito, reducido, pero era económico; me cobraban quinientos pesos al mes.

En temporadas que son recias, como la de octubre, ahí en la panadería sí se trabaja más horas, hasta las diez u once de la noche. También en enero, cuando es la rosca de reyes, se trabaja prácticamente toda la noche; salía yo a las tres de la mañana. Me pagaban las horas extras. Esa semana que trabajé hasta las tres de la mañana, que fueron tres días así y tres noches, me dieron mil quinientos pesos por esa semana. Trabajé de las nueve de la mañana a las tres de la mañana. Eso sí, la señora, la propietaria, siempre era cumplidora.

No tenía seguro, nada, nada. Uno entraba y pues si se enfermaba nada más avisaba que no iba a poder llegar y ya, pues, pero no le corrían el día pues, porque no tiene ningún seguro. Para entrar a trabajar ahí, no me pidieron ningún requisito. De hecho, supieron que era yo guatemalteco. Y hasta incluso la señora tuvo como desconfianza: “bueno, te voy a dar la oportunidad”, dice, “pero vamos a ver cómo te vas portando, porque la otra vez vino un guatemalteco y de repente, se llevó las camisolas de los chavos, se llevó los zapatos y se fue”. “Ah, ¿y será que era guatemalteco, le pidió sus documentos?”, le dije. “Bueno, eso dijo, que era guatemalteco”. Pero en realidad no se supo si era guatemalteco.

Entonces, ya por eso, la señora se me quedaba viendo, como con desconfianza. No, y pues yo les demostré que no. Trabajaba yo primero de carguero; entregaba, en todos los locales que tenía, en todo Comitán, que son varios. Y después, pues a la quincena vio que le echaba yo ganas, y ya me dijo: “vas a ser horneador”. Entonces, ya me metieron de horneador con el otro muchacho. Entonces, ya me enseñó y, a la semana, pues ya era yo horneador. Ya ganaba los mil pesos porque de normal me daban cien pesos el día, diario, de carguero. Pero ya de horneador me subieron un poquito más, me dieron mil pesos a la semana, trabajando las ocho horas. No me pidieron requisitos, nada. Nada por el estilo.



Ya no pienso regresar a la panadería, ya no, porque son muchas horas de trabajo; es pesado, estar allá hasta el fondo con tres hornos eléctricos, ese calor, esa temperatura, el humo... Y mis pulmones me empezaron a dar dolores. Entonces, por lo mismo, le bajé un poco, y dije: “no, mejor me voy a ir”. De repente, se enfermó mi esposa, y mejor me regresé.

Entonces, estuve en la casa trabajando el campo, en construcción. Mi cuñado estaba construyendo una casa de mi sobrino que está en Estados Unidos. Él tuvo la oportunidad de pasar, y construyó una casa y entonces estuve ahí trabajando un mes y medio como ayudante de albañil.

Después de ahí ya me contrataron para acá, en el restaurante. Me llegó esta oportunidad de trabajo y aquí estoy. El muchacho me avisó, me dijo: “¿sabes qué, Luis? Voy a abrir un restaurante y me gustaría que tú me ayudaras de mesero”; así me dijo, “porque me gustas; tienes carácter y todo para este trabajo”. Le dije que bien, y acepté el trabajo. Está cómodo. Ahorita, por lo menos no hay mucha gente. Para la hora del almuerzo sí cae gente y para la cena es menos. La cena solo es de las seis, siete hasta las ocho de la noche, tres horas, más o menos.

A las siete de la noche todavía hay varios turistas acá, pero casi los turistas no muy entran acá, en Quetzal, porque este trabajo de turistas ya es puro dinero. Ya el guía pues ya sabe dónde meter su turista, porque ahí le dan su comisión, entonces ya son voluntarios los que entran al restaurante, los que vienen solos, digamos. O si viene uno y se escapa y ve y dice “pues, quiero comer algo aquí”, y pues ya se mete. La mayoría de los que vienen son gente local, que consume aquí. Todos los de los locales, los que tienen ahí sus puestecitos de artesanía, ellos son los que más consumen aquí de lo que es el comedor.

El muchacho me va dando cien pesos, de las siete de la mañana a las seis de la tarde. Y ya de ahí para las ocho de la noche, si me quedo dos o tres horas, pues ya son trabajos extras. Nada más soy mesero. Yo me dedico a servir los platillos y trapeo. Atiendo a los clientes y ya, es todo. Ahorita, por el momento estoy cómodo acá. Como ellos son Testigos de Jehová, tienen una gran amabilidad, tratan bien a uno, con mucho respeto. Sí, me siento cómodo con ellos y pues aquí estoy.



Ahí estamos en esa vida pues, hay que entrarle al trabajo; así era la vida antes y hasta ahora es igual. También le seguimos trabajando a la agricultura; trabajamos, chambeamos, como se dice acá; chambeamos acá para sostener la familia. Mi esposa y yo estamos trabajando y luchando por el pan de cada día. Ahora, como mi niño está con mi mamá, pues estamos los dos solos, por eso trabajamos los dos. Así, también aportamos, le compramos ropa al niño, zapatos.

Mis hermanos trabajan en la agricultura: maíz, frijol. Actualmente, ya también tienen su negocio de artesanías. Algunos han viajado a México, a la Ciudad de México, con tal de buscar un poquito más de paga para sobrevivir. Sí han viajado. Pero como somos guatemaltecos, nos complican la pasada porque la otra vez fueron mis hermanitos, y llevaban el pase que les dan acá en Carmen Xhan, el pase local. Pero ahí en el pase dice para tres estados: Chiapas, Quintana Roo y Campeche, parece. Ya más allá, las autoridades de más allá de Chiapas ven y dicen: “¿de dónde eres?”. “De Guatemala”. “A ver, tus papeles”. Presentas y dicen: “este pase no es válido”. “Pero si me lo dieron en la aduana mexicana”. “Sí, pero eso no vale; así que bájate”. Se tienen que bajar. Entonces mis hermanitos tuvieron que dar doscientos o trescientos pesos: “bueno, súbete y pasa”, le dijeron.

Para llegar a México tiene que llevar uno dos mil pesos más porque hay que dar mordida para que lleguen hasta México y a trabajar. Los que no quieren dar dinero, porque no sueltan nada, como dicen aquí, por lo mismo pues le detienen. Y el que da doscientos o trescientos pesos: “Sí, pásale, súbete al camión”. Y así es, complicada la situación porque no respetan ese pase, dijéramos. Pero eso ya es conciencia de cada uno que soborna a las personas; se ve mal, pero bueno, así es como se vive. Y pues para el guatemalteco es complicado viajar a México.

En cambio, acá nosotros, para ir a Comitán casi no nos piden documentos, porque estamos cerquita, somos vecinos y tenemos una frontera que está libre. Acá, no hay Migración ni aduana; entonces sí podemos llegar hasta Comitán sin papeles, se podría decir.

A Comitán vamos a comprar, nada más. Bueno, casi no voy seguido, voy cada fin de año o de vez en cuando. Compró, así, como jabón, azúcar porque en las bodegas está un poco más bajo, dijéramos, como en Chedraui. Entonces, está un poco más económico, porque actualmente el cambio, si comparamos



el peso con el quetzal, pues el quetzal ahorita está valiendo más que el peso. Ahorita el cambio que cambian los “peseros”¹ dan cuarenta quetzales por cien pesos; sí, así está valuado el quetzal. Entonces, pues nos conviene venir a comprar a Comitán, a Tziscaco.

Normalmente ahorita ya no utilizan mucho el quetzal en esta área; más el peso; solo peso mexicano utilizamos para comprar, porque la mayor parte de cosas lo compramos acá en Tziscaco, entonces utilizamos más el peso. Pero no hay problema, aquí en la Aldea Quetzal, reciben peso y quetzal; en Tziscaco algunos son los que reciben el quetzal, algunas tiendas, para luego cambiarlo por pesos.

De aquí de Quetzal también hemos ido a otras partes de México, pero cerca. Lo más lejos que he ido es a Comitán. Allí fui a trabajar a la Lolita, la panadería. También he ido a Lázaro Cárdenas aquí en la Trinitaria, a Las Margaritas y he llegado a La Mesilla, pero acá por La Trinitaria. Esos son los lugares que conozco, pues. No he viajado más allá. Por Frontera Comalapa, por decir, no conozco; algunas otras colonias no conozco. Nada más acá en Quetzal me he pasado la vida. Pero gracias a Dios tenemos trabajito.

En Las Margaritas conocimos porque hemos ido a tocar en aniversarios. Cuatro años seguidamente fuimos a tocar en Las Margaritas. Mi papá cuenta con marimba, y mis hermanitos también ejecutan; o sea, sabemos tocar marimba. Nos han llevado para allá, cuatro años fuimos, y de repente ya no nos llega la invitación. Es que una vez nos invitaron y no fuimos. Entonces, seguro dijeron: “estos ya no van a venir” y ya no nos llamaron. También conozco La Independencia.

De acá abajo, por acá en Guatemala, conozco Amatitlán, La Democracia y Río Azul. Desde cuando fuimos a Las Margaritas nos conocieron también por acá. Eso fue por la radio, porque como es una radiodifusora, y pues se extendió. Ahí escucharon que tocábamos y, pues tal vez tocábamos bien, y por lo mismo también nos llevaron para allá, por Maravilla Tenejapa, hasta Guadalupe Miramar, a tocar en una clausura. Nos llevaron como músicos; yo y mis hermanitos fuimos a tocar. Doce horas fuimos a tocar ahí. También fuimos hasta Agua

¹ Las personas que cambian pesos por quetzales o viceversa.



Perla, que es uno de esos lugares muy bonitos porque tiene bosques naturales, áreas vírgenes, muy bonito. Entonces conozco todo por allá; tengo unos amigos por allá por Agua Perla; está un rato retirado.

Para México, más arriba, no he viajado, por lo mismo, porque no quiero darle mordida a las autoridades. Entonces, si algún día me iría, tendría yo que legalizar mis documentos primero, para luego ir. Y luego, estudiar para tener ya oportunidad de trabajo o un trabajo más cómodo, donde no esté muy pesado, sino ya un trabajo más cómodo.

A mí me da como lástima y tristeza, que aquí no hay oportunidades de trabajo. Es una pena, pero no hay de otra, tener que sacrificarse e irse. Hasta muchos, pues, se han quedado y creo que los que han tenido el sueño americano, pues, se han quedado en el desierto, con intención de viajar y lograr hacer algo. A mí nunca se me ha pasado por ir al norte, porque igual en una de esas no me va bien y me quedo, ¿y qué hay de mi hijo?, ¿qué hay de mi familia? Entonces, no se me ha pasado por la mente jamás ir al norte, sino que, si algún día obtengo mis documentos, me voy a México. México es grandísimo; ahí podría yo encontrar oportunidades de trabajo.

Da lástima por los guatemaltecos que se van y a veces no les tratan bien, a veces les ignoran por ser *chapín*. Les discriminan, por lo de siempre, porque a veces hay mucho racismo por ser guatemalteco, les dicen: “*chapín, chapín*”. Eso siempre se ha visto; hasta incluso acá. Siempre los de acá, vecinos de acá dicen: “los *chapines*, los guatemaltecos..., malentendidos, son indios...”. En fin, eso siempre lo dicen. Hay racismo.

Ellos no saben que, como hijos de Dios, todos valemos iguales. Yo siempre tengo esta mentalidad de que la frontera, bien dice Ricardo Arjona, son para los países, no para nosotros. Como hijos de Dios todos somos humanos y vivimos en este mundo, solos. Para Dios no hay fronteras, estamos en un solo mundo. Pero para que nos metiéramos en la mentalidad de todos es cosa muy difícil porque cada cabeza es un mundo y cada quién piensa su propia idea.

Después ya de aquí quién sabe qué trabajos vengan, pero por ahora estoy cerca de mi familia. Esa es la ventaja. Si me voy a la Ciudad de México, pues tengo que pagar renta, comida, pasaje, y que los domingos una escapadita por



ahí a la vuelta, pues no resulta. Algunos se han ido, ganan mil quinientos pesos a la semana, pero dicen que el domingo se lo gastan todo. Y ya el lunes dicen: “¡Hey! Empréstame cien pesos para mi comida”. Se lo echaron todo en no sé qué. Como los domingos se dan su escapadita, pues se acaban el dinero.

Por allá hay mucha distracción; lo que aquí no hay. Aquí vivimos en un lugar muy tranquilo, para mí. Me encanta mi lugar, porque las gentes son pacíficas, tenemos una naturaleza muy bonita, respiramos un aire puro, es una chulada, una bendición estar acá. Y allá en la Ciudad de México, pues no; hay mucha contaminación. Me han contado que es todo humo, bastante desagradable, porque uno no respira aire natural.

Muchos de aquí se han ido a la Ciudad de México, y para que vuelvan les tienen que mandar pasaje de aquí los familiares. Entonces, mi primo dice que le llamaban: “¿cuándo vas a venir, hijo?”. “Ah, no, yo nunca. Si quieren que yo vaya, manden mi pasaje”, les decía. Tuvieron que mandar mil pesos cada quien y así volvieron a verlo. Ahí está hoy, y ahora ya trabaja ya en la agricultura. Y no venía porque no tenía dinero, y eso que estando en México donde hay trabajo. Pero, pues hay mucha diversión, mucho que ver, y ahí gastan, y más la renta, la comida, el pasaje y todo. En cambio, acá, pues estoy con mi familia. Regreso a las ocho de la noche, llego, ceno, me duermo, y estoy con mi familia, los veo. Incluso mi esposa igual también está trabajando ahí en Tziscaco, tenemos la oportunidad de trabajar. La verdad sí me siento cómodo acá así también.

Yo tengo mi DPI de Guatemala y mi acta de Guatemala. En mi acta dice: “Lugar de nacimiento: Colonia Tziscaco. Municipio La Trinitaria, Chiapas”. Entonces, me decía un amigo de Comitán que tengo la oportunidad, por mi nacionalidad, de asentarme en La Trinitaria y tener mis documentos. Pero no lo he podido hacer por lo mismo que también se necesita dinero para viajar, para un trámite y luego tal vez licenciado. Pero, quiero buscar ahí un amigo de mi papá en La Trinitaria, y tal vez nos pueda ayudar a llegar allí al municipio y hablar con el del Registro que si nos pudiera asentar; pues si nos cobran unos quinientos o mil pesos, pues lo daríamos porque es importante tener los documentos.

Pues ya si tengo mi credencial, ya puedo asentar a mi hijo a mi nombre y, entonces, con eso ya pudiera estudiar acá en Tziscaco. Eso también me llama



la atención, pero bueno, estoy tratando de ver eso de mis documentos, porque por mi nacionalidad me dan como la oportunidad de poder asentarme en La Trinitaria, porque dice: “Nacionalidad: mexicana”; o sea, por mi nacionalidad soy mexicano. Pero, como dijera Cantinflas: “ahí está el detalle” porque me asentaron acá en Quetzal, municipio de Nentón, pero en el lugar de nacimiento dice Colonia Tziscaco, municipio La Trinitaria, Chiapas.

Estando en Comitán, cuando trabajé allá en la panadería, se me dio por decir: “bueno, y estando aquí ¿qué?”. Encontré un señor que trabaja allá en la Presidencia y me dice: “y tú cómo te llamas? ¿Y qué haces acá?”. “Ah, pues trabajando en la Lolita”. “¿Y con qué documentos entraste?”. “No, es que yo soy guatemalteco”, o sea, yo no niego mi nacionalidad pues, mi identidad. “Ah, ¿y no te quieres hacer mexicano?”. “Sí, pero lo que pasa es que no puedo porque no tengo documentos”. “Se puede”, dice. “¿Cómo que no te puedes asentar? si quieres sí, nomás que con unos dos mil pesos te podemos asentar aquí, en Comitán”, me dijo. “Híjole...”, dije. “Ahora sí, pues, te voy a dar también otra opción, dependiendo de cómo diga tu acta”, me dijo. Y entonces ya le expliqué: “mi acta dice que nací en la colonia Tziscaco”. “Ah, es facilísimo. Pregunta con el Consulado de Guatemala que tienen acá y a ver qué te dicen”. “Ah, bueno”, le dije.

Y ya al otro día tempranito me salí de mi renta y fui hasta el Consulado de Guatemala, que está en Comitán. Y, “¿en qué te puedo ayudar, hijo?”. “Viera que yo vengo por este documento, por mi acta, que dice...”, y le comenté. “Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Usted qué orientación me da o qué sugerencia?”. Se quedó mirando y me dice: “no, a vos no te puedo ayudar porque eres mexicano. ¿Sabes qué? Ve con Relaciones Exteriores y pregunta qué requisitos tienes que llenar para que te asienten”, dice. “Pero ve, si puedes, hoy o mañana. No te podemos ayudar, hijo, porque eres mexicano; si fueras guatemalteco, con gusto”. Así me dijo. “Bueno”, dije, “no sé si se va a poder”.

Entonces, me vine a Relaciones Exteriores al otro día y entré con la licenciada y ya le platicué lo que me dijeron en el Consulado que tenemos “y ellos me mandaron aquí con ustedes. ¿Qué puedo hacer y cuáles son los requisitos para que pueda yo asentarme?”. “Ahorita te digo”. Y se fue y preguntó con el jefe. Y al ratito vino y me preguntó: “¿la comadrona que asistió al parto vive?”. “No”, le dije; “ya



está muerta porque ya estaba viejita”. “Ah, bueno. Sí, mira, no tienes problemas”, dice, “nada más tienes que ir al Registro Civil en Trinitaria y asentarte”. “¿Y cuáles son los requisitos?”. “Pues aquí los tienes; tu acta. Acá dice colonia Tziscaco, municipio La Trinitaria, Chiapas. Con esto te pueden asentar. En caso de que te pidan testigos pues hablas con dos testigos de ahí de Tziscaco, y ya te puedes asentar; así de fácil”. “¿Entonces es todo?”. “Sí, es todo, hijo. Nada más”. Y me salí.

Desde ahí ya no he querido picarle; ahí la dejé, pero sí, ya me dijeron que sí puedo asentarme como mexicano, por mi nacionalidad. Por falta de tiempo y dinero, no lo he hecho, porque también se necesita dinero para viajar. Pero, terminando acá, pues ya quiero apartarme unos quinientos pesos e ir a Trinitaria, al Registro Civil, llevar mi acta y preguntar si se necesita requisito alguno, pues lo puedo obtener acá en Tziscaco, con las autoridades, si quieren un respaldo o una constancia.

Aquí en México, en Chiapas, pues el beneficio es que hay ayuda: la escuela, los apoyos de programas, que las señoras reciben sus apoyos; es un aliviane. Entonces, sí tengo esa esperanza que podría obtener mis documentos mexicanos. Somos tres hermanos que también igual dice nuestra misma acta; en nuestra acta pues de cada uno, porque nacimos aquí. Hasta dicen mis hermanos “por nosotros fuera ya hubiéramos sacado nuestra credencial”; pero solo lo dicen porque al final a veces no hay cómo. Entonces en eso estoy de ver mis documentos para que así ya pueda sacar el acta de mi hijo y ya con eso lo puedo dar que estoy acá en Tziscaco. Esa es una de mis metas, dijera, por el momento.

A mí me encantaría que mi hijo tuviera más experiencia que la que yo tuve, que cuando llegue a ser grande conozca un poco más, y tal vez tenga oportunidades de trabajo mejores. Pero carecemos de eso, de escuela. Mi esposa y yo estamos pendientes de la educación de nuestro niño, porque a un niño hay que educarlo desde la infancia, porque por no hacerlo es que hay mucha delincuencia; hay niños que crecen así, sin educación, y de repente se hacen delincuentes y ya tienen un cuchillo en la cintura a los 12 años, y eso depende mucho de la educación que le damos a los hijos.

Aquí en Quetzal, ultimadamente estamos gestionando una escuela, pero las autoridades de acá del municipio de Nentón no hacen algo. Las autoridades



trabajan para beneficio propio. Aunque dinero sí hay en el municipio, yo sé que hay, pero todo se lo llevan para sus bolsas, o pues donde les conviene dar un proyecto y ya.

En Quetzal, no hay un kínder. Entran directo a la primaria. Comienzan de cero; o sea, les vamos a enseñar con dibujitos, así con vocales, así exclusivamente se van para arriba. En esta comunidad de Quetzal 1, sí hay una escuela, la solicitó hace años. Y pues como es una comunidad más grande, pues les dieron ya la escuela, pero como Quetzal 2, donde yo vivo, está separada, pues ahí sí que cada quien luche por su escuela. Entonces en ese proceso estamos. Nada más de que no nos aprueban, no nos ayudan.

En Quetzal 2, por todos los niños son como unos ciento veinticinco o ciento veinte. En Quetzal 1, ya son como cuatrocientos o trescientos en total. Es una comunidad más grande y, por eso, es que tienen escuela. Siempre hay eso, divisiones, de que “no, porque no trabajaron acá” y, si queremos pagar un ingreso: “no, búsquense su escuela”. Entonces, es lo de siempre, o sea, que el racismo, el egoísmo en todas partes está.

Entonces estamos en ese proceso. Pues ya creo que una licenciada de la Ciudad de México trabaja para una organización y pues ya nos vino a prometer que nos va a dar maestro. La otra vez vino y se reunió con las señoras de allá, y los niños se emocionaron bastante de que por fin iban a tener un maestro. Pero la señora y la organización va a pagar dos maestros por contratos. Y como mi papá tiene una casa como de unos doce metros, largos, sin divisiones, por el momento van a usar esa casa para dar educación. Ya habiendo eso, pues tal vez ya se les abra el ojo a los de acá y digan: “bueno, ¿y por qué los de México están apoyando y nosotros no?”. Y, pues, eso es bonito porque por fin va a haber un maestro y va a dar educación a los niños.

Tiene como diez días que vino la señora. Yo no asistí a esa junta porque estaba yo trabajando, pero me decía mi hermano que iba a venir para otra junta, pero que ya los de aquí se encargan de buscar los maestros, para que ya ella hable con ellos y haga ya el contrato. Y ya ella solo va a aportar en el pago mensual o anual, como ellos lo decidan o les convenga a los profesores. Entonces, pues eso es una noticia buena, para los niños de Quetzal 2, que ya con el tiempo ya puedan estudiar.



Hay muchas cosas por hacer. Uno quisiera hacer todas de una sola vez. Pero, lo que me gustaría es que me enseñaran a leer bien y escribir bien todo, saber bien, porque yo cero grados. Ni un grado estudié, porque no tuve la oportunidad de estudiar, no tuve educación; hasta incluso mis letras no las hago con acento, con nada, normal. Pero sí, gracias a Dios sé escribir. Entonces, es una gran necesidad. Yo he aprendido gracias a la vida, que me ha enseñado cosas, y todo lo he aprendido acá, en la vida. Igual mis hermanos, todos saben leer y escribir, pero todos lo han aprendido con su puro esfuerzo. Entonces, nunca estudié, y ninguno de mis hermanos. Todos hemos aprendido a nuestro puro esfuerzo.

Actualmente, también, hay niños de allá de la comunidad que no estudian porque carecemos de escuela. No hay ningún apoyo, o sea, no tenemos escuela. Hay como treinta y cinco niños sin educación. A mí me gustaría buscar a un grupo de niños y enseñarles y que ya no estén como estamos nosotros hasta el momento. Por eso, me gustaría saber todo; capacitarme en eso, en educación, para que yo pueda educar así a los niños de Quetzal 2. Tal vez pueda haber más comunidades que también están con esa misma necesidad de aprender a leer, a escribir, para poder tener oportunidades de trabajo con el tiempo. Entonces me gustaría eso.

Entrevista realizada por Lucero del Carmen Paniagua Barrios en el municipio La Trinitaria, Chiapas, el 26 de julio de 2018.

Absalón



De padres guatemaltecos, nació en México en 1987, cuando su familia se encontraba en Quintana Roo refugiada debido al conflicto armado en Guatemala. Unos años después, sus padres decidieron regresar a Guatemala, donde él creció. Allí tuvo varios trabajos, incluyendo un tiempo de servicio en el Ejército. Con casi 30 años de edad, se vino a México con la idea de poder arreglar sus papeles como mexicano, pero no ha podido. Con su esposa, trabajan cuidando un rancho en La Trinitaria, Chiapas. Él sigue buscando oportunidades de un mejor trabajo, ya sea en México o en Guatemala.



Yo nací en 1987. Originalmente, mi lugar de nacimiento es en Quintana Roo. Como hubo el conflicto en Guatemala allá en la zona del Ixcán, que fue un lugar que fue zona de guerra, entonces, mis padres fueron a vivir unos años allá por Quintana Roo, no sé exactamente cuánto tiempo; creo que cinco años, diez años, estuvo mi papá ahí. Allá fui a nacer. El lugar donde nací es en Othón P. o Piedras Blancas, algo así,¹ por Maya Vinic, hasta allá fui a nacer. Unos mis hermanos también nacieron allá en Quintana Roo, y de una vez se quedaron ahí.² Ahí tiene mi papá sus documentos de ellos.

Yo tengo siete hermanos, cuatro hermanas y cuatro hermanos, incluyéndome somos cuatro hermanos. Ocho somos pues. Tengo un hermano que está en los Estados Unidos; hace diez años que se fue a vivir allá, y una mi hermana hace un año que se fue ahorita, ya llegó allá con una su nena. Ahí está ahorita, ya se legalizaron allá en Estados Unidos. Tienen sus documentos; están muy bien. Mis padres, ellos están totalmente viviendo en Guatemala. Ahí estamos llegando a visitarlos. Ellos son agricultores.

Cuando empezó la guerra en Guatemala, en el 82, al principio, llegó un comandante a decir a la gente: “sálganse de aquí, váyanse”, “córranse, porque vamos a empezar otro... Váyanse, no sé cómo van a hacer”. Entonces, se vinieron mucha gente, llegaron con los marineros mexicanos; no sé qué hicieron ellos. Y otros comandantes no avisaron; simplemente solo llegaron y mucha gente murió. En un lugar que se llama Cuarto Pueblo, ahí está una iglesia grande, ahí se encerraron bastante gente, ahí pues. Mucha gente murió.

Mis papás vinieron cinco o diez años a México, pero de ahí regresaron a Guatemala y me llevaron ya en tiempo. Mi papá se regresó porque él pensó que la guerra ya se terminó: “no hay nada ahorita ya; me voy”, dice mi papá. Regresó y ahí está todavía. Pero, cuando regresó todavía estaban guerreando en Guatemala. Regresa, entra y lo agarran a mi papá. Pero ¡ah! ¿Cómo le dijeron? “Subversivo” o “refugiado”. No recuerdo cómo le dijeron. “No, yo salí legalmente”, dijo mi papá. “Ahí está mi papel”. Entonces, él no salió así huyéndose nomás;

¹ Se refiere al municipio fronterizo Othón P. Blanco, en Quintana Roo, donde se asentaron en 1985 dos campamentos de refugiados guatemaltecos.

² Hace referencia a que fallecieron allí, en Quintana Roo.



él salió con permiso. No le hicieron nada, no le complicaron bastante allá. Ahí trabajó con ellos. Firmaron la paz y todo, y todavía siguieron; pero ya mi papá ya no siguió con ellos, se salió.

Ellos, mis papás, no perdieron familiares en la guerra, pero sí tuvieron problemas psicológicos, que tuvieron por el conflicto. En México llegaron, murió una mi abuelita, su mamá de mi papá. Y por el problema, por el sentimiento, no sé qué problema tuvo mi mamá con mi papá, y todo eso, y por la pobreza, murieron dos mis hermanitos. Ellos son mayores que yo, uno se llama Samuel y otro se llama Joel. Murieron allá en Quintana Roo; allá se quedaron. Dijeron mis padres que sufrieron ellos sus vidas; sufrimiento todo el tiempo.

Ya casi me iba yo también, pero mis padres lo bueno que ahí estaban, pues. Lo que hizo ahí fue hablar con el comandante, ahí en Guatemala, ahí donde está el destacamento, “¿qué vamos a hacer?, ¿lo vamos a dejar morir a ese o lo vamos a curar?”. No sé qué le dijeron a mi papá. “Si vas a ir, vete pues, súbete. Va a venir el helicóptero”. Me llevaron en helicóptero hasta un lugar que se llama Cobán o Playa Grande, no sé cómo se llama donde me dejaron; después hasta Guatemala, un lugar que se llama San Juan de Dios. Ahí, nos esperaron. “¿Qué tiene pues? ¿Qué está pasando? ¿Por qué se vinieron ustedes?”, “por el sufrimiento”. Pero, no sé qué problemas tuvo mi papá sentimentalmente; por el conflicto tal vez sufrió demencia. Sí, eso sí, ellos sí sufrieron, sufrieron. Los sufrimientos que tuvieron mis padres, sí lo viví.

En 1994, ya estábamos en Guatemala en un pueblecito, pegado a la línea, cuando ahí donde entregaban todas las armas, ¡qué! ¡sí hubo bombardeo todavía! Yo casi me decidí de irme solo a traer un poquito de elote; ya tenía mi papá un lotecito. “Mamá, le dije, “¡voy a traer tu elote!”; “está bien” dijo. Como ya era tarde, miré, y le dije: “ya es tarde mamá, no quiero ir”. “Hijito ya es tarde”, me dijo. Sentí algo como que me iba a pasar, “mejor mañana me voy o a ver qué día”, “está bien”, dice mi mamá, “no es obligación; pues yo no te estoy obligando”, dijo mi mamá. Yo mismo me negué, y al buen rato ¡ajá! Pero eso sí, ¡bombas! Bombas y tiros. No me fui, no me fui. Sentí un frío.

Yo me crecí en el municipio Ixcán, en Playa Grande, en Quiché. Ya después cuando yo ya soy grande y entré a estudiar en el diversificado, me contaron cómo empezó el conflicto, que los pobres, que los ricos. Bueno y como yo entré a



estudiar en un instituto maya de un padre que dicen que lo mataron y todo eso. También todo esto lo llegué a saber hasta cuando ya estaba grande. Pregunté que por qué así, por qué, por qué, yo pregunté. A saber, por qué, ¿no se entiende!

Allá en Quintana Roo solo se quedaron unos mis tíos que ya se nacionalizaron. De mis hermanos, nadie se quedó, solo esos mis tíos, y ¡el nombre del pueblo! Solo el nombre del pueblo. Bueno, llegó mi papá otra vez allá en Guatemala, pero mis padres lo dejaron perdido un mi documento mexicano en la municipalidad. Creo que la municipalidad lo vendió o no sé. Tal vez lo tienen archivado ahí, pero por el nombre no aparece, dicen. Yo creo que lo robaron, y lo vendieron a otro, para que pasen a los Estados Unidos. Entonces, yo le dije “papá yo me voy a ir otra vez”. “Ahí si tú te quieres reconocer”, me dijo. “Sí, voy a tratar de ver bien cómo está el trabajo; yo me voy a legalizar también”, le dije. Pero no, no he buscado. No he llegado hasta allá, en Chetumal, donde mero hicieron un registro provisional; no he ido. “¡Váyase allá!”, me dijo mi papá.

Bueno, y fui a Tulum, y fui a ver en el sistema si aparece mi nombre en el registro, y no aparece. No está registrado. “Entonces, ¿cómo están esos papeles, pues, papá? ¿Por qué dice este Othón o P. Blanco?”; “no es que fue provisionalmente que fuistes inscrito. Yo creo que está tu nombre si es que lo registraron en el libro de actas, de allá en Chetumal. Vaya a Chetumal”, me dijo. Parece que no, no me registraron allá, porque en Tulum yo fui a preguntar, primero con la Policía Federal, después me fui con el Ministerio Público y después con el registro civil. Y no, que “no aparece, usted tiene que ir hasta allá en Chetumal; ahí donde le hicieron este registro provisional tiene que ir. Si quiere, va a quedar legalizado, ahora si no, ya es cosa suya”. “Está bien”, y ya no me fui.

Ahí en Tulum, me hablaron varios: la federal, Migración, la policía. Ahí mostré mi documento y todo, quién era. Aquí yo tengo mi DPI y tengo un pase nomás, un pase credencial³ que da la Migración, pero eso simplemente no es, cómo dijera yo, no es permanente. De estar en esta área, es para tres días, algo así. Ese documento que nos tienen dado es para cinco años, pero solo nos permite para venir, supongamos si yo voy aquí para Comitán; más es aquí en la frontera. Más adelante no lo permiten

³ Se refiere a la Tarjeta de Visitante Regional o TVR.



por ese documento; no permiten pongamos si yo voy por Oaxaca. Nosotros estamos aquí como por decir “bajo de agua”. De todas maneras, estamos en mano del patrón; él está viendo, está haciéndose cargo de nosotros. Si estuviéramos haciendo cosas malas, nos mandaría él hasta allá, a nuestro territorio, nuestro país.

En diferentes lados he vivido. He vivido tantos años por allá y tantos años aquí. Depende donde encuentro trabajo. Bueno, también allá donde vive mi papá, estuve estudiando más allá de donde vivíamos. En México vine, suponemos hace dos años, ahorita, tres. Sí, de 2016 para 2017, y ahorita estamos ya en 2018. Un año estuve en Tulum. Y aquí otro año, ya casi dos años. En el mero pueblo de Tulum estuve trabajando. Fui porque sucede que tenía información que venden los documentos. Fui a preguntar si aparece mi registro, pero me accidenté por allá y me vine.

Allá en Tulum, había una señora que está trabajando en el palacio municipal, que es una tirana. Me dijo “¿me puedes traer un poco de leña?”. “Está bien”, dije yo, “pero, me presta el triciclo, lo voy a llevar”. “Ahí está”, dijo. Y sí, como a las cuatro me vine con el triciclo. A las cinco, a una hora de andar así en el triciclo, en eso venía un coche de color rojo, que no se estaba fijando de su camino. ¡Ah! Cuando este señor se vino y yo estoy ya en mi camino para cruzar; yo pensé que sí había enfrenado y qué, lo dobló mi llanta de adelante. Ahí está la policía municipal y me dice: “¿qué te pasó? ¿Por qué así?”. Lo fueron a buscar al señor; lo encontraron. ¡Ya había avanzado sus cinco kilómetros! Tuvo que pagar toda la multa, o no sé, ahí tengo el papel, pero a mí nada; sí me lastimé. Como no sentí nada de dolor en ese ratito, pero al buen rato ¡ay! Me llegó el dolor así, fuerte. Yo pensé que sí, que no me paso nada ¡Ay! ¿qué? Al otro día, el dolor.

“Vamos por allá”, dijo mi esposa. No tengo cómo, para darle de comer. En Guatemala, yo no tengo terreno, nada. No tengo terreno, ni tan siquiera otro poquito de siembra ahí, para frijol. No hay, nada. Mi papá tiene. Esa es mi lucha que yo hice, que dice mi papá “tienes que luchar”; “¿cómo?”, dije. “Si no conseguís, ni modo. ¿Qué vas a hacer? Ni modo, tenés que tratar de ver dónde vivir”, dijo. Él me tiene dicho que: “sí, acá está tu terrenito; te voy a dar un poquito”, pero no me resulta, digo yo. “Yo me voy”, le dije, y me salí con mi esposa. Yo me fui a Tulum, pero cuando el accidente, dice mi esposa: “vamos a trabajar en Comitán”.



Ahí en Comitán está una su amiga de ella, entonces, mi esposa me dice: “vamos allá y ella sí conoce dónde podemos conseguir trabajo; vamos allá. ¡Ven-gase usted!”, me dice. Así hice. Y de ahí me dijo mi esposa que se venía conmigo, y nos venimos aquí. Y su amiga de mi esposa es la que nos hizo conocer aquí: “tienen allá para vivir”. Por eso que nosotros nos venimos aquí. Y pues aquí estamos todavía. Solo yo y mi esposa somos los que estamos aquí. No tenemos hijos. Apenas hace cinco años que nos casamos en la ley y directamente allá en Guatemala. Estamos luchando como para vivir pues. Es estar luchando por trabajo y porque no tenemos tierra.

Cuando vinimos para Comitán, cruzamos por Carmen Xhan. O sea que mi esposa estaba allí cerca de Carmen Xhan; ahí estaba mientras fui en Tulum. Adelante de Carmen Xhan, ahí vive la familia de mi esposa. Ella conoce bien Comitán, conoce algunos lugares por aquí. Ahí en Carmen Xhan está la Migra-ción. Nada nos preguntan. Se cruza en moto taxi. Ya en pasaje del Carmen hasta aquí son ciento cuarenta pesos mexicanos. Ya ahorita conozco todo: Margaritas, Comitán, Nuevo Huixtán, todo eso. Hasta he pasado aquí, cuando estuve traba-jando en Huehuetenango; de Guatemala a aquí por La Mesilla pasé. También, por Cuauhtémoc, pasé. Me fui a Comitán; ya conozco bien Comitán. Toda esa ruta aquí para Nuevo Huixtán conozco; hasta allá conozco.

En Guatemala, estuve allá trabajando en la vida militar. Fui a causar alta allá en Huehuetenango, para trabajar, así como están los comandos ahí hoy. Tal vez como 27 años, 26 años tenía yo cuando trabajé ahí; treinta y tres meses trabajé allá en Guatemala. Ahí en Huehuetenango, ahí estuve. Me llevaron en comisión hasta en Guatemala, de ahí de seguridad, en el gobierno. Tengo mi documento ahí guardado, o sea, no el mero diploma. El presupuesto era de tres mil quinientos, pero no todo eso daban, sino la mitad y quedaba tanto para mi comida. Cumplí con mi tiempo de servicio ahí y me fui. Sí, porque 30 años tenía yo, cuando estuve hasta ya en Quintana Roo.

En Tulum, trabajaba de cuidar animales, pollos, limpiando terreno, limpiando siembras allá y trabajé también de ayudante de albañil, como peón, allá. De ahí me vine para acá, a Santa Rita, a Trinitaria. Aquí solo estamos llevando productos en diferentes lugares, lo que es el fertilizante, a repartir a



los que estén interesados. Vamos a Carranza en carro. Solo voy ahí para cargar y descargar. También, estamos cuidando rancho, los animales, tanto de pollos, ganado. Hay que ir a dejar el ganado. La movilización la comenzamos a hacer desde las cinco. Ya aquí estoy ya viendo dónde ir a dejar los animalitos. En la tarde tengo que ir por el ganado y sacar lo que dejan tirado ellos.

Yo trabajo aquí sin contrato. El horario que el patrón tiene puesto es de las ocho para las cuatro. El día domingo descansamos, el sábado medio día. Simplemente ya solo descansamos, no hay paga. Nos pagan mil doscientos pesos a la semana. Esa es planta semanal, por decir. Si nosotros nos queremos ir, tenemos que ir. No tenemos lo del servicio de salud. No lo hemos planteado, no hemos hablado al respecto de eso. Cuando nos enfermamos, vamos con nuestro propio dinero; ya vamos a ver dónde conseguimos algún remedio, o nosotros mismos medicamos; traemos botiquín, las pastillas. En Guatemala, tampoco hay; bueno apenas están llegando doctores por allá, pero no hay medicamento.

Aquí en el rancho nos quedamos en dos cuartos, uno es cocina y donde se duerme. Hay luz y agua. Ahí es donde este trabajo ya lo pongo yo en mi mente. No estoy pagando luz, no estoy pagando cuarto. En otras partes pagan más, pero... Así me queda en mi conciencia, pero ya comparando con mi estudio ya estoy desfavorecido, ¿qué voy a ser?, tengo que soportar. Yo hice estudio; pasé en el diversificado en el Ministerio, aquí le dicen preparatoria; iba para educador.

Ya me estoy decidiendo de cambiar mis papeles y todo eso, o sacar otro estudio donde pueda ganar, pero tengo que pensarlo. Es difícil. No soy tan cualquiera, soporto cualquier trabajo, lo hago el trabajo; pero también depende de los papeles, pero si nomás chingándome y no hay paga, ¡no me conviene trabajar! Me tengo que conformar, estoy tratando la manera cómo le hago para vivir. Es un poco duro. “¡Déjalo!”, digo yo; “es por ratos”, digo yo, “lo soporto”. Tratamos siempre la manera para que nos alcance el dinero. Es solo para nosotros, para nosotros, pero nosotros miramos de nuestros padres, nos da lástima, pobres; mandamos un su poquito.

Estoy conociendo un poquito cómo está. Aquí mil doscientos (pesos) están pagando a nosotros. Allá en Comitán hay otros trabajando y les están pagando los mil ochocientos. Pagan más, pero es en otro... en esto mismo, pero en



productos. Según dicen eso. A veces no llega uno a saber exactamente. No he llegado a saber exactamente qué trabajos puede haber, o depende mi capacidad también en qué trabajo, tiene que ver la capacidad de uno. Supongamos de cuidar animal, trabajar aquí con albañil, vender productos. He pensado ir a otra parte a trabajar, pero no estoy seguro. Acá en México, estoy pensando de ir hasta allá a conocer Veracruz; pero sí voy a legalizarme también, porque si voy a vivir aquí, voy a legalizar.

Ahorita estamos viendo si aquí hay posibilidades, y aquí vamos a quedar. Ahora, si no hay dónde vivir, pues vamos a buscar. Yo tengo entregado solicitudes de trabajo con el gobierno, en Guatemala, hasta con los alcaldes municipales, ahí tengo los comprobantes. En Guatemala, nunca me han contestado, así que ellos te preguntan, pero no lo aseguran: “mirá Absalón, ahí está, veníte aquí a trabajar, ahí está”. Mucho lo vi como que a molestar voy. Hay unos que yo he visto que dicen: “mirá, búscame una plaza, te voy a dar...”. No lo demuestran, pero sí dan; yo no, nada que ver, pero otros lo hacen, así muchos están trabajando ahí. No tienen buenas calificaciones y están trabajando; hay otros que tienen buenos punteos y tienen puesto. Entonces, yo con una palabra que digan: “aquí está tu trabajo”, ¡qué de ahuevo!⁴

Todo depende de las condiciones, porque también los gobiernos, ¡ay, Dios! Si uno no sabe bien cómo están ellos. Y hasta yo estoy pensando: “voy a registrar mis documentos para estar permanente aquí”, porque ya me han sacado, por decir, dinero; los guatemaltecos me han sacado dinero, para estudiar, siempre hay comisiones que piden para esto, para el otro. ¡Por eso me vengo aquí!

De repente, pienso que sí voy a comprar terreno por acá; me voy a legalizar. De repente vamos a empezar otra vez a pelear en Guatemala, por los proyectos. Creo que aparece mi nombre en lo que es un proyecto de vivienda; yo lo fui a *tantear*, porque no me vaya a tocar porque nunca he recibido nada. Si hay cómo para vivir allá, en Guatemala, pues yo me voy. De repente pienso irme a Guatemala, pero no, tengo comprometido, dicho con el don Daniel; “¿cuántos años piensas estar aquí pues de trabajar?”, me dice. “Dos años tengo comprometido y ya me voy, o a ver cómo está”, le digo yo.

⁴ Expresión usada para referirse a algo muy bueno.



Antes fui a un rancho, con un señor que me dijo “vente a trabajar unos sus cuantos meses, o a ver”. Después le llegó otro aviso, no que el patrón va a traer un tanto de gente y ellos van a terminar el terreno, el chapeo⁵ y me dice “¿por qué no buscas tu trabajo en otro lado? Ahí sí que queda fijo tu trabajo, y aquí no. Hay poco trabajo”. “Ah, bueno”, le dije. Por eso, hablé con don Daniel.

Para mí está bien el trabajo que tengo ahorita. No he conocido otros más, o que haya facilidades para trabajar. No he llegado a saber exactamente qué otros trabajos hay, que yo quisiera saber. Con el tiempo de repente, uno se desespera y todo eso y ya quedarse sin trabajo, llevaría a la gente a la pobreza, que no tenga una actividad como para beneficiarse. Yo tengo varios pensamientos. Estoy pensando dónde y cómo conseguir ayuda y conseguir dinero y así sacar a la gente adelante. Yo tengo hermanos que son más chicos, pero no les he dicho que vengan. Bueno, hay unos conocidos que como ya saben que hay unos que pagan cien pesos y otros doscientos pesos al día, dicen: “¿cuánto me van a pagar?”. Yo le avise a uno: “cien pesos”. “No, no, vale más que un comer tortilla con sal”, dice.

Donde viví yo, donde viven mis padres, antes le pagaban veinte quetzales, después subió a cuarenta, ahorita están pagando cincuenta quetzales, y lo que es la construcción setenta y cinco al día, pero es de las ocho para las dos o tres de la tarde. Si hay unos que son duros para trabajar, hasta las cuatro; depende el trabajo, sí es muy duro. ¡Ahora el quetzal vale más que el peso!

En Guatemala, hay menos trabajo, porque allá donde yo vivo, pues, no hay. Bueno, trabajo hay, dicen, paga no hay. “¿Dónde vamos a traer dinero? Hay que vender un mi chivo para que pueda pagar”. Creo que está bien el trabajo aquí. En Guatemala está un poco pesado ahí, está pesado. Aquí no. Bueno sí, hay ratos que sí se nos complica, pero eso es normal. Tranquilo. Todos los patrones han pagado. No he tenido problemas para que me paguen.

Estoy recordando de aquí abajo, con una señora que se llama doña Trudy, que son gentes que hacen provocar cosas que no, no traen cuenta. Un día, a eso de las seis, ya entrando la noche, llegamos a verla y ¡señor! Ya le habían robado todo en su tienda, ya la habían golpeado en la cabeza. Luego, en tres días ella

⁵ De chapear: limpiar terreno con machete, quitar malezas y hierbas.



no podía ver que estuve trabajando, y no me quiso pagar. Agarré mis cosas y “¡vámonos mujer!”, le dije yo a mi esposa, “que se quede eso”. No nos quería pagar. Fue por eso que nos salimos nosotros.

Mi vida no ha cambiado mucho desde que estoy en México, no mucho, porque no hemos tenido beneficios. Aquí no he aprendido mayor cosa, no. Cuando ya tenga casa, terreno, mi empresa o algo así, ahí sí ya. Ahora, yo no podría decir exactamente si me gusta o no me gusta México, pero yo diría a los guatemaltecos que, si ellos quieren venir por acá, depende de la ley si lo permite. Necesitan saber bien cómo está, para que no tengan serios problemas, sí.

Los domingos, voy a la iglesia o a veces pasar a comprar unas mis cositas. A la iglesia, voy en Santa Rita y a veces voy en Zapata. Ellos vienen a buscar “¿por qué no llegan a la iglesia? ¿Por qué no llegan, pues?”, preguntan. “No, es que estamos cuidando el rancho”, le decimos. Aquí no hay nada, pero hay que estar; digo yo, si vamos allá, nos vamos a distraer porque no, no estamos inscritos allá o no aparece nadie. No es obligación, es voluntario.

En Guatemala, estoy en una listada de una organización cristiana que se llama Iglesia Evangélica Nacional, que viene desde la cabecera departamental de Huehuetenango. Me tienen nombrado ahí como en comité de glosa, de investigar actas, ver todo cómo esta. Estamos en el comité regional. Pero yo, por venirme a aquí, ya no tengo nada que ver. Ya no puedo estar. Yo lo dije de una vez hasta allá con ellos: “no voy a poder estar, yo me voy”, le dije. “Bueno, aunque solo vas a venir en la asamblea,” me dicen. ¡Y yo, ni voy!

Aquí no conozco exactamente si hay mucha gente de Guatemala que está por acá. Solo he escuchado que sí hay varios; no los he conocido dónde están. Hay varios. Tantos ranchos por allá, hay varios guatemaltecos, y otros tantos por aquí ¡Saber! no los he conocido. Allá en Cancún igual, o sea en Quintana Roo, también escuché que hay más, hasta ya se registraron los guatemaltecos.

Allá en mi comunidad, en Guatemala, ahorita pues hay gente que busca problemas. Querían subir a todos los jóvenes para trabajar al cumplir sus 18 años; bueno, todos al trabajo. Pero, yo hablé ahí en la asamblea: “está bien, háganlo. Pero mientras no le están dando sus beneficios, pobres los jóvenes, pues no”. Entonces, ahí los jóvenes rechazaron, y ya no trabajaron los jóvenes obligados.



Cuando hay necesidad, pues sí, inmediatamente, pues. Pero ¡ah! ¡qué coraje que tienen porque quieren que entren los jóvenes a trabajar. “Aquí no estamos en esclavitud,” les dije yo. No sé cómo fue esta otra asamblea que pasó. Se da este tipo de conflicto, pues. Le dije yo a mi esposa: “vete a saber si ya no aparece mi nombre allá, si no aparece en la listada, porque yo ya no estoy viviendo ahí”, le dije yo. Se fue mi esposa la otra vez y me dijo “no aparece tu nombre”.

Bueno, a veces tiene uno ciertos sentimientos. Yo le tengo encomendado, primeramente, a Dios, a ver cómo Dios me va a permitir la vida. Si todo me va a ir bien, voy a buscar la manera cómo conseguir dinero y todo eso. Es difícil, tengo que dar de comer y así; pero si no hay, yo mismo tengo que buscar donde vivir. Un montón de cosas estoy hablando con mi esposa, a ver cómo quisiera ir hasta allá, a Estados Unidos; cómo quisiera ir en otro lado.

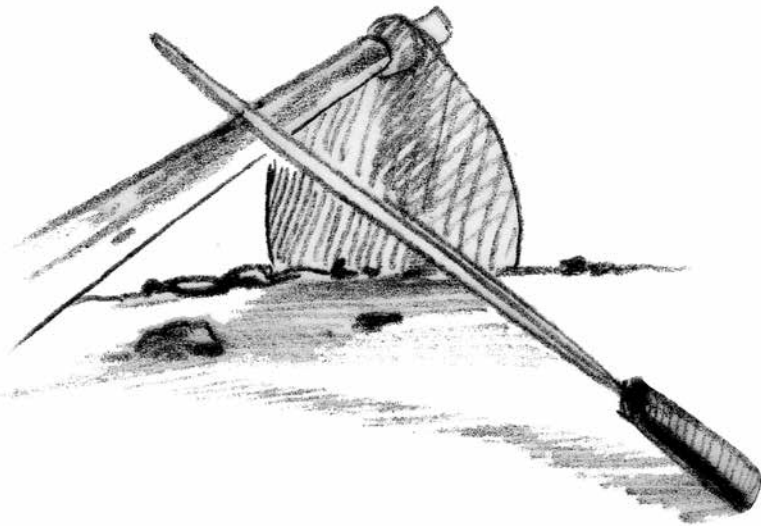
Aquí me he sentido un poco diferente, en mis emociones. Cuando uno sale, digamos, ir a otro pueblo, viendo cómo nos trata la gente; viendo que nosotros hablamos diferente. Yo hablo el idioma mam, del pueblo de Todos Santos Cuchumatán. Yo lo hablo bien. Aquí no sé exactamente si hay personas que hablan en mam. Es otro idioma que tienen aquí, otro dialecto. Yo hablaría mam si hay uno por acá, pero no, no encuentro algunos por acá. Por eso, solo español hablo aquí. Puro español. Hay unos que llegan con palabras nuevas, diferentes, con sus hablados. Aquí no es igual que allá, hay algunas palabras que se me dificulta entender y ahorita hay que preguntar, pero parece que es molesto. Le digo: “disculpe, no le entendí bien”; y ahí se explica, entonces es cuando llego a entender. Poco a poco, llego a entender ciertas diferencias por decirlo así.

Ahora, que yo diga que tengo un trato, por decir diferente aquí, no, no he sentido nada así. Y si tuviera un problema, pues, no sé dónde ir, pero aquí cerca están mis suegros. Ellos vienen a visitarnos, más mi suegra y unos mis cuñados. Ella viene cuando tiene ganas de venir a visitar. Vienen, vienen raro, ¿quién va a venir con nosotros? ¡Nadie!

Entrevista realizada por Iván Francisco Porraz Gómez, en el municipio de La Trinitaria, Chiapas, el 25 de agosto de 2018.

Frontera Comalapa

Artemio



De origen chortí, nació en Chiquimula, en el oriente de Guatemala. Tiene 44 años y vive en México desde hace diecisiete años. Cuando tenía ocho años empezó a trabajar. Después se fue a diferentes fincas cafetaleras como jornalero y más tarde se fue a Ciudad de Guatemala. Decidió venir a México a trabajar cuando conoció en Guatemala a personas que ya habían venido a Chiapas. Llegó a Comalapa y se quedó. Se casó con una mexicana y formó su familia. Sigue trabajando en el campo.



Soy originario de Chiquimula, en Guatemala. Ahí nací, ahí crecí. Ya mi tipo de vida pues fue un tipo de vida marginal, no conocí lo que es amor de padre más que los golpes porque la costumbre de los padres de mi edad era esa, pues. Gracias a Dios, ahorita en la actualidad ya cambió un poco ese sistema de vida. Toda la vida que yo tuve, eso me enseñó a madurar desde niño, a ser grande desde la edad de ocho años.

De esa edad empecé a trabajar, así en trabajos duros hasta la fecha. Entonces, seguida esa vida, estuve como migrante en mí mismo país, porque viajaba a las fincas, me iba a otros lugares. Ya siendo adolescente de 16, 17 años trabajé en la capital de Guatemala; después, me desplacé a una finca en un lugar llamado Santo Domingo Suchitepéquez. Ya de ahí conocí compañeros que retornaron de acá de México, especialmente de acá de Chiapas, Comalapa y, por amistad con ellos, entonces decidí venir a conocer acá a México y me quedé trabajando desde entonces, hasta ahorita en mi vida actual aquí en México.

Yo soy de origen chortí. Ya no hablo el idioma, pero sí me identifico. No aprendí a hablarlo, porque nunca tuve tiempo de platicar con mis abuelos. Todo el tiempo estaba trabajado. El machete y el azadón, esos son mis maestros. Ya solo estudié hasta medio año de segundo de primaria.

Yo tenía 27 años cuando vine a Comalapa. Desde esa edad, estoy trabajando aquí en Comalapa. Ahorita ya cuento con 44 años; o sea, de forma permanente llevo diecisiete años viviendo en México. Ya tengo familia. Mi esposa es de acá; mis hijos también. Tengo un hijo de 13, uno de nueve, otro de siete y una niña de año y medio. A ellos ya los tengo registrados, ya tienen sus actas y van a la escuela. Mi esposa se queda con ellos. Ese es el acuerdo que hay, que yo voy a trabajar y ella se va a encargar de cuidar a los niños. Nosotros vivimos en la mitad de un lote que le donó el papá de mi esposa a mi esposa. O sea, es prácticamente de nosotros. Ahí tenemos la casa.

Aquí ya no pensé seguir estudiando. Ya no, nada más me dediqué a trabajar. Aquí sí lo que hice fue que tomé un curso, una capacitación de lo que es implementación de alimentación ganadera en alguno de los trabajos que he tenido. Ahí aprendí muchas cosas acerca de lo que es asistencia en el manejo de animales. Y sí, me ha funcionado bastante, porque ahorita gracias a eso en



donde yo vivo soy muy buscado. Me llegan a buscar para ir a ver un caballo, una vaca, un becerro; no sé cómo se dieron cuenta, pero ya me conocen.

Mi venida a México fue por trabajar, porque allá no tenemos tierra. Eso es lo que precisamente nos hace migrar, la falta de donde trabajar y que no tenemos tierra. Y si hay, es rentado y para rentar se necesita de recursos, y es lo que no hay. Bueno, en mi tiempo, pues en el que yo crecí, no había recurso, nada más me acuerdo de que allá a lo lejos de vez en cuando nos daban una tortillita, un taco con manteca de carne nada más, pero eran contados los días, por lo mismo pues porque no había dónde trabajar. Entonces eso fue lo que me hizo salir a trabajar, y a corta edad, a la edad de ocho años. Me pagaban veinticinco quetzales a la semana, o sea cinco quetzales diarios. Era poco.

Cuando me vine a México, crucé por La Mesilla, prácticamente solo, sin compañía alguna. Una mi tía me hizo un préstamo de dos mil quetzales. Con eso viajé y con eso ingresé acá y desde ahí ya me quedé trabajando acá. Mi trabajo aquí es el mismo trabajo de campesino, o sea de peón, que tenía en Guatemala. Yo siempre he trabajado en el campo, en el chapeo, componer corrales, fumigaciones, siembra de cultivo. Y sigo haciendo el mismo trabajo; trabajo de campo. No tengo un trabajo fijo por así decirlo, sino que de repente me hablan para ir a trabajar dos, tres días. No es un trabajo de largo tiempo con los patrones, a veces son tres días, cuatro días, una semana, y así. Y así he vivido aquí en México. En ese sentido, no he tenido dificultad.

La ventaja acá es que hay trabajo; la desventaja es que es muy mal pagado porque si estuviera allá en Guatemala, estuviera ganando entre cincuenta a setenta quetzales. Aquí gano cien pesos que serían cuarenta quetzales diarios aproximadamente; eso es lo que estoy ganando, o sea está más barato el sueldo acá que allá. Solo porque el trabajo aquí es continuo, más que nada. Allá es muy escaso. El trabajo que se consigue allá solo es principalmente en las ciudades, pero lo que necesitan pues es lo que no tengo, documentos de estudio. Eso es un problema para laborar en Guatemala

Yo tengo mi DPI y mi acta de nacimiento. No tengo papeles de acá, por la economía pues, porque siempre tal vez en algunas partes te apoyan, pero siempre es dinero que no hay, porque lo que gano es para mantenerlos a ellos.



Por la vida que yo viví, no quiero que ellos sufran esa misma vida. Aunque sea el frijol, pero que no les falte en su comida, algo que yo no lo pude ni disfrutar en mi infancia. Entonces, por eso me detengo a querer arreglar documentos porque es un gasto que yo estaría dando de más pues y que, después, me va a hacer falta en mi familia. Hasta ahora, tampoco me han pedido papeles; nunca. He escuchado que ahora está la credencial, como le dicen ellos, para un año, con la que vienen a laborar y que aparte está la de visitante. Pero a mí no me sirven esas credenciales.

Solo en una ocasión quise hacer lo que le llaman la naturalización a través de las oficinas del consul, y me dieron toda la documentación y la requisición, pero a la hora, pues eran tres mil quinientos pesos, y eso era lo que no tenía. Entonces, por ahí quedó, eso es lo único que he tramitado a través de una dependencia. Pagué mi pasaje para ir a sacar la constancia de origen a Comitán, con el consul de Comitán. Entonces, lo que es la economía nada más, ese es el problema; eso es lo que me ha detenido.

Como en cualquier parte, los patrones siempre se aprovechan de la persona. Cuando tuve mi primer trabajo acá en México me pagaban veinticinco pesos el día. ¿Y cuál era la excusa? Que porque me daban comida y hospedaje; solo por eso me pagaban veinticinco pesos. Ya de ahí salí, fui a trabajar con otro patrón y ya me pagaban cincuenta y así hasta que llegué a los cien pesos. De ahí ya no ha subido.

Aquí, en México, yo no conozco qué derechos tengo; pero últimamente se escucha mucho de que sí tenemos nuestros derechos como emigrantes acá en México, pero no los conozco todavía. Yo solo conozco que la Iglesia católica apoya a los migrantes, pero como no tengo movilidad de donde estoy, por eso a veces me aguanto pues, porque, o sea, no tengo fluidez que diga que voy a viajar fuera de donde vivo, por la falta de papeles. Y, luego, siempre se gasta algún recurso.

En varios lugares te piden los papeles, como cuando uno llega al hospital o alguna dependencia lo primero que piden es la credencial, o el seguro popular. Y por ser migrante, pues no, no lo tengo, solo mis hijos sí están en ese programa. Mi esposa también. Sí, solo yo no estoy, solo yo no puedo ingresar por no tener



documento mexicano. Sí me han negado el servicio. Preguntan de dónde es y ya; sin explicación, nada más lo miran a uno y ya ni le hacen caso a uno, aunque esté uno ahí parado muriéndose, no lo voltean a ver.

Últimamente, tuve un caso así, pero, como dicen, por palanca sí me atendieron. En el hospital trabaja un hermano de mi esposa, entonces a través de él me atendieron. Ya al final, ya fue cuando ya pidieron los documentos y, pues ahí ya como dijo él, ya no pudieron decirme nada porque ya me habían hecho todo, más que rellenar documentos y hasta ahí nada más. Gracias a Dios no muy me he enfermado.

A mí me gusta vivir acá. Aquí está muy bonito, pues, en la forma de vida. Pero ya en lo que es social no, porque se escuchan muchas cosas; saber si será verdad o será mentira, pero se escucha que hay mucha delincuencia. Pero donde yo vivo, gracias a Dios, no, no pasa nada de eso, o si pasa no nos damos cuenta; pero no creo, porque es un barrio unido y ahí todos nos cuidamos. Por eso, de México no tengo nada que hablar; nada más de los que no nos quieren por el simple hecho de ser guatemaltecos ¡cómo nos ponen sobrenombres! Eso es lo único que no me gusta; pero de México nada tengo que hablar, solo de los diferentes pensamientos que hay.

Yo he intentado inculcar algo de las costumbres de mi comunidad, pero donde estoy viviendo no me lo permiten. Me han dicho que Guatemala es Guatemala y México es México y no es lo mismo allá que acá. Y, por respeto, pues tengo que aceptar esa decisión porque estoy consciente pues que no soy de acá. Eso es lo que dicen en el barrio donde vivimos. Interiormente en mi familia, también, porque ellos tienen otras costumbres. Entonces, ya en lo íntimo, sí lo practico, pero ya en mi persona.

Si yo pudiera, le diría a alguna gente de aquí, pues que no nos traten como delincuentes porque no lo somos, somos personas que andamos buscando una forma de vida, buscando trabajo, pero por el simple hecho de ser de otro lugar, pues se le acusa a la persona de lo que no es. Aunque hay que tener siempre cuidado porque, desafortunadamente, hay personas que vienen especialmente a eso. Y ahí sí, como dice el dicho, por culpa de pecadores pagan los justos. Entonces, acá, ya nos mencionan a los guatemaltecos en general, pero no, pues,



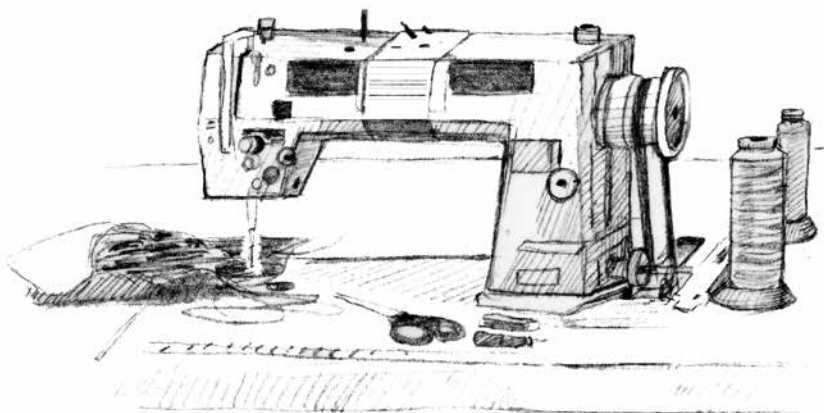
no son los guatemaltecos. Eso es lo único que no me gusta. Quisiera que no nos traten como que si fuéramos delincuentes; somos seres humanos y lo que buscamos es trabajo, nada más.

Aquí, solamente extraño a mi familia. Yo he querido regresar a Guatemala, pero ahorita ya no me dejan pues porque ya tengo raíces aquí en México. Ya estoy enraizado, entonces ya no me dejan ir para allá. Ya de ahí sí he querido ir, no toda una temporada, nada más para ver si me vuelvo adaptar o no. Ya regresar al lugar de donde uno es de origen, como que ya cuesta otra vez; es como empezar de nuevo, de cero. Y si alguna vez yo necesitara un apoyo, pues, tengo mis familiares, pero, prácticamente aquí no tengo a nadie más que a la familia de mi esposa.

Yo tengo hermanos. Unos viven en Guatemala todavía y uno tengo nada más que logró cruzar como ilegal a Estados Unidos. Allá está trabajando él ahorita, pero bueno, pues como no sé usar mucho esa tecnología no tengo mucha comunicación con ellos. Es raro cuando logro hablar con todos, pero sí estamos un poco conectados en ese sentido. Cada quien creció como pudo. Gracias a Dios, ellos, los dos mayores de mí y los dos menores de mí, pues se lograron establecer y son profesionistas, lograron estudiar. Yo me alegro por ellos, pues porque por alguna razón pasó lo que pasó.

Entrevista realizada por Rusbel Gutiérrez González en el municipio de Frontera Comalapa, Chiapas, el 13 de julio de 2018.

Dolores



Originaria de una aldea del municipio La Democracia, en límites con el municipio fronterizo de Frontera Comalapa, en Chiapas, desde cuando ella tenía solo unos meses de vida, su familia ya la traía a México, a donde venían a trabajar en el corte de café. Vivían en una situación de extrema pobreza, pero a principios de la década de 1980, cuando comenzaron a llegar a la zona personas desplazadas de Guatemala que buscaban refugio en México, su familia se integró a los campos de refugiados. En México, se casó con un guatemalteco y lograron sacar adelante a su familia gracias a su trabajo en Frontera Comalapa y, por algunas temporadas, en Estados Unidos.



Yo nací en 1977, en una aldea del municipio de La Democracia, caminando de Santa Teresa Llano Grande para adentro. A pocos kilómetros, anteriormente, ahí vivían mis papás y se les hacía muy fácil cruzar la frontera y venir a trabajar por acá, como mucha gente que viene a cortar café, a trabajar con la gente de acá. Entonces, ellos se dedicaban prácticamente a eso.

Toda mi familia trabajaba en el campo; mis hermanos mayores también. A mí me traían de chiquita a México, cuando venían ellos a trabajar. El trabajo que hacían era corte de café, que es lo que más se da por esta zona. Se iban a trabajar a Pacayalito, a los terrenos de la gente de Bella Vista del Norte; a eso se dedicaban. Cruzábamos para acá mucho; es lo que mis papás me contaban. Nos veníamos para acá temporadas, y luego regresaban allá. Según me contaban mis papás, allá en Guatemala no tenían terrenos, casa, sino que igual vivían con patrón; vivían posando una casita así pobre; ellos vivían así. Entonces pasábamos mucho tiempo de este lado, a México, luego nos íbamos para allá.

Mi mamá tuvo dieciséis hijos, y yo estoy ubicada en el número doce. Después de mí todavía tengo cuatro hermanos: tres varones y una mujer. De los dieciséis hijos que tuvo mi mamá, se le murieron como cinco, los anteriores a mí. Nada más habían quedado los más mayores y una del medio; se le murieron la mayoría. Yo tenía hermanas grandes, creo que algunas ya estaban casadas. Cuando vinimos para acá algunos de ellos ya habían hecho su vida y obviamente agarraron caminos diferentes. De los que vivíamos con mi papá y mi mamá, pues nada más era una hermana mayor. Ya cuando nos quedamos a vivir en México, mi mamá tuvo a los menores.

Yo le cuento mi historia a mis hijos, que mi vida acá era extremadamente pobre; de por sí lo era en Guatemala. Hay gente que se vino por la guerra y que sufrió; dejó sus cosas, tenían carros, terrenos, *casononas*, y tuvieron que salir por la guerra, porque la presión fue contra ellos, o no sé. Nosotros nos salimos, pero de por sí éramos extremadamente pobres; vinimos acá, y no perdimos nada en Guatemala. Mi familia era muy pobre; mi papá campesino, mi mamá, igual, con dieciséis hijos, criando, sin tener un oficio de dónde poder ella ingresar un peso al día a su hogar; no había eso.



Cuando se soltó eso de la guerra en Guatemala, nosotros éramos chicos; creo que yo tenía como tres años más o menos, y como vivíamos en frontera con México, pues ahí casi no estuvo muy fuerte lo de la guerra; no vivimos eso. Bueno, al menos yo no me acuerdo de nada. Cuando mis papás decidieron quedarse a vivir definitivamente en México, yo estaba muy pequeña y casi no me acuerdo. Pero ya del refugio para acá, sí ya me acuerdo, porque entonces ya fui creciendo. Vivíamos ahí posando con la gente, donde nos daban posada.

En el 82 fue cuando definitivamente ya nos quedamos a vivir; ya para no regresar, ni siquiera para pasear, porque, que yo sepa, mi papá no quiso volver ni siquiera a ver sus cositas que había dejado allá. Regresó con mi mamá cuando fue lo del retorno, pero no se hallaron. Yo tenía cinco años cuando ya nos quedamos a vivir aquí en Comalapa definitivamente. Me acuerdo de que un señor que se llamaba Antonio tenía sus ranchos cafetaleros por Pacayalito, y ese fue nuestro primer hogar por un año o por dos años tal vez. Nos fuimos a vivir allá, cuidando su rancho, su cosecha y todo y, después, como al año, entonces ya se vino más gente.

Cada mes, cada día había más gente que venía a México. Entonces las autoridades mexicanas empezaron a hacer un registro para ver cuánta gente había, dónde estaban. Y, entonces, alguien nos localizó y nos dijo: “vámonos a vivir allá, a Nuevo México, en un ejido que está pasando Comalapa; ahí vamos a hacer un campo de refugiados”. Entonces, nos decían “ahí les van a apoyar”. Y como tenía muchos hermanitos, pues, tenía hermanos que estaban chiquitos, decían: “llévense a sus niños; allá les van a apoyar con comida, les van a poner maestros, para que sus niños puedan entrar a la escuela”. Y así fue como en el 85, creo, que nos vinimos a Nuevo México. Ahí juntaron a varias familias e hicieron un campamento de refugiados.

Yo entré en el kínder de cinco o seis años, más o menos. Como mi papá venía mucho por este lado, la gente le decía: “meta a su niña ahí a la escuela”. Como tardaban quince días ahí trabajando con una familia, llegaban unas maestras y le decían: “meta a su niña a la escuela; yo la llevo”. Y yo me acuerdo de que yo estaba pequeñita, sin papeles, nada más de oyente, y yo iba al kínder. Tuve como una o dos maestras. Tuve esa suerte de que mis papás me metieran a la



escuela. Mis hermanas también ya habían entrado, pero iban, salían, se venían, así; no estaban para terminar el año. Igual me pasó eso, nunca terminé el año.

Ya cuando llegamos al campo de refugiados, ya más tarde, entonces, nos quedamos a vivir ahí, en un grupo de cuarenta o cincuenta familias; todos amontonados en un solo lugar. Entonces ya fue cuando el gobierno formó la Comar, que es la Comisión Mexicana de Ayuda al Refugiado, y empezaron a tomarnos datos, a darles papeles a los señores ya mayores para que pudieran transitar, como quien dice, tener una estancia legal en México. Entonces, desde ese año empezamos a vivir con mis papás en el campamento de refugiados.

El primer campamento de refugiados fue ese, en Nuevo México, donde unos señores nos rentaban un terreno y todos los papás tenían que ir a trabajarle al dueño de ese terreno como pago de la posada. No era un terreno del gobierno, era un terreno de un particular. El dueño les daba, por ejemplo, un cuadro grande, y nos daban, así pegadas, unas casitas chiquitas, y ya el gobierno nos empezó a dar láminas de cartón; los papás les ponían palitos y *nylon* alrededor, y ahí vivíamos todos amontonaditos en el campamento. Al principio no había letrinas; cada quien se iba al monte, a campo abierto. Yo ni conocía las letrinas. Nada más buscábamos que hubiera un pocito de agua, y todos acarreaban el agua con cubetas, con galones, con lo que se podía.

Yo en ese tiempo, pues no tenía uso de razón; nada más veía que pasaba todo eso. En esa época estaba todo el montoncito de gente huyendo de la guerra, y vivíamos en extrema pobreza. Lo que no nos faltó fue la comida porque llegó de la Comar, del Acnur, de la ONU. Empezaban a llegar camiones de ayuda; llegaban camiones con maíz, aceite, frutas, papa, de todo, que luego repartían a las familias y de eso vivíamos.

Crecimos por el apoyo de las Naciones Unidas. Lo que no teníamos era ropa. No teníamos casa; vivíamos en un jacalito. Creo que ya ni de esas casitas hay. A veces eran de caña de milpa. Si alguien se paraba fuera, veía todo lo que había adentro; así, alrededor, estaban las camitas, sin luz, y todos ahí amontonaditos. Y los papás, para buscar la leña y todo, se iban a trabajar con los señores en los ejidos, y ellos ya les daban la leña. Y, los que podían, empezaron ya a rentar terrenitos, a sembrar maíz, y a querer salir adelante.



En Nuevo México, nos pusieron maestros de la misma gente refugiada guatemalteca. Con el paso de los años, a los dos o tres años, que ya vivíamos ahí amontonaditos, nos pusieron un maestro, pero no nos permitían entrar a las escuelas federales mexicanas porque carecíamos de documentos, no teníamos papeles. Yo fui creciendo. A mí siempre me gustó la escuela, pero como no podíamos ir nos enseñaba una persona que era nombrada por la Comar con autorización del Acnur, el Alto Comisariado de las Naciones Unidas.

Ellos le daban un apoyo económico al maestro, a un instructor comunitario que nos enseñaba lo básico, a leer, a escribir, y esa misma Comisión nos dotaba de lápices, cuadernos, libros, y también la Iglesia católica que tuvo mucho que ver en el apoyo. Ellos venían e igual nos daban alimentación y también ellos se preocuparon por la educación. La parroquia de San Cristóbal nos mandaba personas; venían unas señoras güeritas que decían que eran de Jalisco y venían y nos enseñaban cosas.

Ese campamento duró como cuatro años y, los papás tenían que ir a trabajarle gratis al señor que nos daba prestado ese terreno para vivir. Entonces el señor decía: “hoy toca ir a trabajar conmigo”. Se iban cuarenta señores, mano de obra, a trabajarle gratis solo por la posada. Entonces el señor empezó a sembrar terreno; los señores le sembraban, le cosechaban y él tenía ventaja. Entonces el ejido decía: “no, es que se está haciendo rico por esos; lo están haciendo rico; que se vayan, ya no los queremos”. El ejido tiene sus acuerdos internos. Entonces nos corrieron de ahí, de Nuevo México.

Los padres empezaron a buscar otro lugar para poder ir a vivir, y entonces fueron a Candelaria Nueva Libertad. Allí había un propietario que tenía mucho terreno que dijo: “aquí les doy un cuadro, vénganse a vivir aquí”. Por eso, de Nuevo México emigramos¹ a Candelaria Nueva Libertad, a un rancho por ahí metidito, ya lejos de los ejidos. Allá nos fuimos a vivir otra temporada, como otros cinco años. Mientras, nosotros íbamos creciendo, y el apoyo de la Comar y del Acnur continuaba.

¹ Hace referencia a los cambios de lugar, de campamentos, pero dentro de la misma demarcación.



Las autoridades empezaron a tomar lista, empezaron a levantar un censo, quiénes eran, de dónde venían, de cuántas personas estaba integrada cada familia. En mi casa, éramos cinco hijos y mis papás, siete. Mis hermanos mayores ya habían hecho su vida en Guatemala y en diferentes lugares, cada quien con su familia; unos se fueron a Quintana Roo, a Campeche, a los campamentos; otros por acá, pero por diferente rumbo. Cada quien buscó dónde ir. Cuando fue eso del retorno se regresaron a Guatemala, pero nuestra historia individual es muy diferente.

Más tarde, las autoridades ya empezaron a registrar a los señores, les empezaron a dar documentos, y creo que entre nuestra gente se empezaron a formar organizaciones, empezaron a pedirle ayuda al gobierno para que nos nacionalizara. En Guatemala seguía la guerra y había unas “comisiones permanentes”, que les llamaban, intentando dialogar con el gobierno, para que hubiera paz y la gente pudiera regresar. Para entonces ya lo que es la Comar empezó a darnos clases formales, empezaron a validar los grados; nada más hasta sexto grado. A mí me hubiera gustado estudiar en una escuela federal, pero no nos era permitido por no tener papeles. Y así pasó mucho tiempo, viviendo en el jacalito, todos amontonaditos.

En Candelaria Nueva Libertad, nos visitaban licenciados, doctores que nos empezaron a dar atención médica, pláticas a los papás, porque yo en ese tiempo era una cría; pláticas de planificación familiar, de salud, creo que se formaron instituciones que empezaron a trabajar con refugiados para capacitarlos, para que tuvieran algún trabajo, que las mujeres aprendieran a hacer algo; les empezaron a enseñar a tejer, a hacer velas, les enseñaron muchas cosas.

Entonces, se dieron más oportunidades para la gente, pero, como la educación no la tenía la gente, la situación se siguió reproduciendo; seguían teniendo muchos hijos; algunos crecían, se casaban, y seguían aumentando. Y así era la vida. Nadie se ponía a pensar, como ahora: “¿Qué va a ser de mi hijo? ¿En dónde lo voy a dejar? ¿Cuánto le voy a heredar? ¿Dónde va a estudiar?”, sino que simplemente se casaban chamaquitas, de 12, 13 años, y ya resultaban embarazadas. También, había mucha violencia, mucha borrachera porque a la gente le faltaba mucha educación.



Esa fue nuestra vida en los campamentos. Parte de mi vida crecí en Guadalupe Grijalva, que fue como el cuarto o el quinto campamento. Emigrábamos de acá para allá, pero siempre aquí, en el estado de Chiapas. Había gente en el estado de Campeche y de Quintana Roo. Y ya el gobierno, o no sé quién, nos empezó a dar pláticas de que en Chiapas no había tierras, y que ya no se podía vivir, y nos decían: “si no quieren regresar a su país, váyanse a Campeche o a Quintana Roo”. Había mucha presión para que toda la gente refugiada de Guatemala que vivía en Chiapas se fuera a Campeche o a Quintana Roo; hasta les pagaron viajes para que fueran a ver cómo era el lugar allá, pero como ya estábamos hallados aquí, nos pusimos tercicos y nadie se quiso mover del estado de Chiapas.

Mi papá fue una de las personas que fue a Campeche, y dijo: “si me gusta, si me agrada, me voy para allá”. Nos ofrecían hasta un incentivo, un dinero; decían: “si se van a Campeche o a Quintana Roo, se les va a donar un solar; les vamos a apoyar con materiales para que hagan su casa”. Y dependiendo de cuántos integrantes tenía la familia, les daban una cantidad de dinero por cada niño para que se fuesen a hacer su vida allá. Aquí nosotros no tuvimos solar; no nos dieron, no nos apoyaron. En cambio, en Quintana Roo, sí les dieron. La Comar tenía mucha gente: psicólogos, licenciados, que nos visitaban y nos daban esas pláticas: “piénsenlo, allá van a vivir mejor”, pero estábamos tan hallados, y tan enamorados de esta tierra, que ni porque nos ofrecieron solares ni dinero nos fuimos; y nos quedamos aquí.

En 1990, ya los campamentos se empezaron a dispersar; el apoyo continuaba, aunque un poquito menos, y la gente ya fue creciendo. Había gente más inteligente que dijo: “no, yo me voy a Tuxtla; no, yo me voy para allá”, más al centro de la república, y dejaron todo esto tirado, el apoyo y el campamento, y se fueron a hacer sus vidas y a algunos les fue bien. Otros dijeron: “no, yo me voy para Estados Unidos; yo no voy a vivir así toda mi vida, y a Guatemala yo no regreso más”.

Mi papá era una de las personas que decían: “no, yo a Guatemala no regreso; mientras no haya paz yo no vuelvo”. Ni a pasear iba ni a visitar; quedó tan decepcionado de su tierra, que ni siquiera a eso iba. Ya ni siquiera para ir a ver qué quedó de Guatemala. Y nosotros, como éramos chicos, crecimos acá.



Nosotros hicimos de esta tierra nuestra casa, al menos yo, que tenía tres años cuando me traían para allá y para acá. Así fui creciendo en los campamentos.

Entramos a refugio en 1982, ya registrados como refugiados con la autoridad. Del 82, al 89, 90, 91, 92, todavía existían los campamentos, nada más que la gente ya se las arreglaba para pedir posada; nomás le daba un aviso a la Comar “¿sabes qué?, ahora vivimos acá”, y el apoyo seguía llegando, mes con mes. Nos daban arroz, maíz, jabón, aceite; todo nos lo regalaban. Ese apoyo venía de las Naciones Unidas, no era el gobierno mexicano, porque en Comitán había una oficina del Acnur, había una oficina de Comar.

Entonces venían doctoras, enfermeras, psicólogas, nos daban pláticas, venían personas extranjeras que trabajaban en Comitán y juntaban a las mujeres y les decían: “señoras, prepárense, la vida no es así, la vida es *así*. Vean sus hijos ustedes, porque a veces los hombres por ser machistas quieren tener un montón de hijos, pero si ustedes no quieren, son dueñas de su cuerpo, decidan cuántos hijos tener”. Entonces la educación también iba cambiando.

Ya para esa fecha, en el 89, en el 90 en adelante, ya el gobierno mexicano empezó a reconocer a los niños nacidos en los campamentos, les empezó a dar actas de nacimiento como ciudadanos mexicanos. Los niños que habían nacido antes no quedaban asentados. Desde que nos registraron como personas refugiadas, los que nacieron a partir de ahí ya contaban con registro. Entonces la Iglesia de la Diócesis de San Cristóbal tuvo también mucho que ver. Entonces existía ya un registro, una fe de bautismo, eran bautizados por la Iglesia católica. Ya los papás decidían si querían meter a su hijo a una escuela mexicana; entonces ya se podía. Y los que nacimos allá, en Guatemala, no. Nosotros no contábamos con esos papeles, aunque ya llevábamos varios años viviendo acá, del 82 al 90.

Nosotros no contábamos con papeles legales, pero sí con un carnet, una credencial de inmigrante que nos empezó a dar la Comar con Migración. En los años ochenta solo era un cartón que nos daban, que decía “Refugiados en México” y venían los nombres, donde aparecía una foto familiar, para ver quiénes estaban legalizados en México; era un cartón donde se ponía la mamá con sus tres o cuatro hijos menores en una foto reconocida por Migración. La prórroga era mensual. Para eso, se nombraron representantes en las comunidades;



cada campamento tenía su representante que tenía un control de cuántos integrantes había y era el encargado de llevar el paquete de tarjetones por familia, mensualmente, a Ciudad Cuauhtémoc² para renovar.

A través de la Comar, del Acnur y Migración se estuvieron haciendo todos esos trámites por varios años. Era duro y era cansado. Así, casi diez años con ese cartón. Pero, muchos jóvenes iban creciendo y querían ir a trabajar a Tijuana. Empezaron a pedirle al gobierno, a través de las comisiones, apoyo y documentos. Ya los empezaron a deslindar; a los que teníamos ya 12, 13 años nos fueron dando un cartón personal para que pudiéramos salir y no nos agarraran ni nos deportaran, pero era un cartón, no era un FM2.

El FM2 fue más tarde. Ese sí ya fue individual y cada año se sellaba. Con el FM2, ya nos comenzaron a reconocer legalmente. Después del cartoncito que nos lo quitaron en 1993, creo, ya en el 94 nos dieron una credencial verde, y después una rojita; la rojita era como con más derechos, como para poder llegar tal vez a Tijuana. El cartón verde era solo para aquí, para ir a Comalapa y que no lo agarraran a uno, era como visitante, digamos, local. Con la credencial rojita, ya podíamos ir a Comitán. En 1996, el gobierno ya nos había reconocido. Ya teníamos el FM2.

En ese tiempo, en el 94, 95, 96, se formaron organizaciones de refugiados; se solicitaba al gobierno que nos diera documentos, que nos nacionalizara. Había muchas organizaciones de refugiados. En Comitán estaban las oficinas de una que se llamaba Mamá Maquín, y había otra, Ixmucamé, que era de aquí de la Costa, porque hubo refugiados por todos lados. Y las Mamá Maquín venían y decían: “¿no quieres trabajar con nosotros? Vámonos, preparémonos”. Yo estuve en Comitán varios años trabajando con ellas; íbamos a las comunidades.

Mientras, en Guatemala, seguían las negociaciones con el gobierno; la comunidad internacional que quería que se firmara la paz y la gente mayor que quería el retorno. En el 96, se firmó la paz en Guatemala. Por esos años, había organizaciones en los campamentos y también había gente que venía a decirnos que luchásemos por nuestro país. Obviamente las guerrillas seguían en su

² En Ciudad Cuauhtémoc se ubica un punto de internación formal a México y oficinas del Instituto Nacional de Migración. En esta oficina se llevan a cabo trámites migratorios.



lucha en Guatemala, echando guerra, y a veces perdían. Nosotros aquí nomás escuchábamos las noticias, y nos decían “si se logra firmar la paz empiezan los retornos y todos nos vamos para Guatemala, pero van a tener la oportunidad de elegir a qué lugar de Guatemala quieren llegar, así que váyanlo pensando”.

No sé si el gobierno mexicano o el extranjero compraban terrenos en Guatemala, grandes extensiones; y ya a las familias que se iban de aquí para allá les dividían el terreno de acuerdo a la cantidad de hijos; les daban dos, tres hectáreas y un dinero para que se fueran para Guatemala. “Ya firmaron la paz, Guatemala es libre. Ya pueden regresar. Empiecen a buscar sus lugares en Guatemala”.

A diario se hacían reuniones y decían: “ahí hay un terreno en venta, en el departamento de Escuintla, en Guatemala; en el departamento de Petén, en el departamento de no sé qué hay un terreno bueno y bonito”. Tenía la oportunidad el refugiado de elegir el lugar en dónde quería vivir en Guatemala. Veían un lugar y, si les gustaba, lo solicitaban al gobierno, o no sé a dónde; les compraban el terreno, se ponía la fecha, se alistaban todos, venían camiones del gobierno mexicano a llevarlos y los entregaban en La Mesilla, y de ahí para adentro todos. Todos con hijos nacidos en México que nada que ver con Guatemala, y se los llevaron para allá.

En ese tiempo, ya llevaba doce años viviendo en México, y decíamos: “ya nosotros prácticamente crecimos aquí”. Para el 94, 95, 96, 97 yo ya era una adolescente. En 1994, yo me casé; estaba muy joven y no pensaba bien las cosas. Todavía era refugiada; todavía contaba con mi carnet de cartón. En Bella Vista del Norte, asentamos nuestra casita de palito. Había un terrenito allá, que era una ampliación y estábamos posando con un señor que tenía su terreno allá; nos prestaba, nos daba posada. Mi esposo era muy trabajador; sembraba maíz, frijol, pero no teníamos terreno dónde vivir. Sin embargo, así nos casamos y tuvimos nuestros primeros hijos.

Cuando se firmó la paz, mi esposo y yo apenas teníamos nuestra primera hija. Y decíamos: “¿qué hacemos?”. Nos daban terreno. Mis papás obviamente nacieron en Guatemala y era su país. Ellos querían regresar porque amaban su país, y dijeron: “¡nos vamos!”. Y los papás de mi esposo dijeron: “también, nosotros nos vamos, pero nos vamos a buscar un terreno bueno, para trabajar y tener algo nuestro, porque aquí estamos posando. Este no es nuestro país; aquí no tenemos terreno, solo rentamos”.



Mi esposo decía “¡vámonos a Guatemala!”. Y yo le dije “no, yo no me quiero ir”. “¿Y dónde te vas a quedar?”, me decía mi marido; “no sé”, le decía; “si eso va a incluir que tú y yo nos separemos, yo me quedo”, me dijo. Eso fue algo bueno que tuvo mi marido, porque en el caso de muchas mujeres, el marido tomaba la decisión en los campamentos. En Comitán, en la oficina de Acnur había una psicóloga, se llamaba Cristina, que apoyaba mucho a las mujeres, y nos orientaba. Yo le decía a mi esposo, “dice Cristina que, si nuestro marido nos quiere llevar a la fuerza, no. Ustedes también tienen derechos; reclamen sus derechos; si se quieren quedar a vivir aquí, o qué quieren, decídanlo”.

Como era tanto mi amor por este lugar, yo no lo quería dejar. Yo hasta en mis sueños soñaba que iba a Guatemala, que ya había cruzado la frontera, y eran lágrimas y dolor. Y le decía yo a mi marido: “no me voy, no me voy y no me voy. Le voy a pedir apoyo a Cristina a que me ayude”. “¿Y dónde te vas a quedar?”. “No lo sé”, le dije yo a él. “No lo sé, pero de que me quedo, me quedo”. Entonces vivíamos en Bella Vista del Norte, rentando, prestando un pedacito de terreno con ellos. De ese lugar se fueron mis papás para Guatemala, se fueron al retorno; mis hermanas, las mayores, se regresaron a su país. Mis papás fueron, pero no aguantaron, no se hallaron y se tuvieron que regresar.

Muchos jóvenes que iban de 10, 12, 14 años no se hallaron allá. Y ellos eran mexicanos por nacionalidad, tenían su acta de nacimiento. Mi hermano se fue a Guatemala, pero se regresó. Como yo me había quedado a vivir aquí, en ese campamentito, se regresó ahí. Me dijo “oye, hermana, ¿me echas la mano? Me voy a ir a meter a la escuela”. “Está bien, hermanito, vente”, le dije. Se vino mi hermano el más chico; se metió a la escuela en Guadalupe Grijalva, con su acta de nacimiento, y se inscribió. Pero, mi hermano, el que tenía 14 años, ya era como más abierto, y él ya no tenía deseos de estudiar. Después de ir a Guatemala en 1996, él se regresó y dijo: “Yo no me voy a quedar aquí; voy a estar unos días aquí contigo, pero yo ya me voy para Estados Unidos”. Se subió en una guajolotera³ y cruzó a Estados Unidos de 14 años, a saber cómo le hizo. Ya después se regresó.

³ Hace referencia a un tipo de camioneta o camión de pasajeros con tarifa económica.



Mi mamá quedó en Guatemala, obviamente, solita, con mi papá. Mi otro hermano igual se vino, porque ellos ya habían crecido aquí, y otros nacieron aquí. Aún con guerra, aún con pobreza, la gente seguía embarazándose y teniendo hijos. Todos se vinieron, por eso no le quedó a mi mamá más que venirse a México de nuevo, pero ya sin el permiso de inmigrante, porque ya lo había perdido; se vino sin papeles. Yo me quedé, con mi credencial, registrada obviamente como refugiada, como Inmigrante Asimilado.

Mi hija ya había nacido acá y la Comar traía una brigada, y venía a tomar datos de quienes ya nacieron y ellos les tramitaban el acta y se la venían a dejar, a través del Registro Civil; era un acuerdo entre Migración y el Registro Civil, y era un trámite masivo que hacían. Pero, cuando nació nuestra primera hija, mi esposo y yo dijimos: “ah, pues no vamos a esperar a esas personas; vámonos a Comalapa a asentarla”. Y nos fuimos con nuestra credencial de Inmigrante Asimilado, con la constancia de la partera, y como gracias a Dios éramos personas buenas y trabajadoras, fuimos al ejido de Bella Vista del Norte y le pedimos al comisariado: “extiéndanos, por favor, una constancia para asentar a nuestra hija”. Y, bueno, nos firmó y selló un papel donde constaba que sí, que ahí vivíamos y que ahí había nacido la niña. Asentamos a nuestra primera hija en el municipio y ya nosotros hicimos los trámites, porque ya podíamos, con esa credencial de Inmigrante Asimilado.

Las autoridades nos tenían muy vigilados; no podías estar fuera mucho tiempo. También, nos decían que no nos podíamos meter en organizaciones, ni con la guerrilla en Guatemala. Y nos explicaron: “esta credencial de Inmigrante Asimilado tiene una validez de cinco años, pero con una prórroga cada año; después de los cinco años, si ustedes se portan bien, si no se meten a organizaciones, no esto, no lo otro, van a tener derecho a solicitar su Carta de Naturalización y nacionalizarse para que puedan comprar terreno”. Porque no podíamos comprar terreno; aunque tuvieras dinero no se podía; mucha gente se fue a Tuxtla y lo hizo, pero se cambió de identidad, creo, consiguió papeles mexicanos y ya pudieron comprar. O tal vez rentar y ya después poder comprar.

Mi esposo dijo: “yo ya no puedo vivir así. ¿Sabes qué? Me voy a ir. No sé, pero ¿qué piensas? Yo me voy a arriesgar y me voy a Estados Unidos”. “Ah, bueno”.



Él era muy trabajador. Los apoyos de la Comar seguían llegando, ya muy poco, pero llegaban. Había créditos para la gente; llegaba el apoyo del maíz, el frijol y todo, y me dijo mi esposo: “te quedas un tiempo acá y yo me voy”. Y se fue. En el 96, 97 se fue la primera vez a Estados Unidos con esa credencial de Migración; le luchó, pero llegó a Estados Unidos con esa credencial. Ya para ese entonces fue ahorrando su dinerito para poder comprar su propiedad. Decía “nomás me den mis papeles y compro mi terreno; nomás estoy esperando mis papeles”. Se iba a trabajar a Estados Unidos; iba y venía.

Por esos años, también empezaron a formarse organizaciones de gente que luchaba con el gobierno, pidiéndole, exigiéndole a gritos que nos reconociera como naturalizados y decían “sí”. Después viene una noticia y nos dicen los de la Comar: “miren, señores, se les va a autorizar la Carta de Naturalización y la va a pagar el gobierno por ustedes”, porque se pagaba para obtener ese documento, “pero nada más a la gente más joven. La gente mayor que decidió quedarse en México, que se espere, porque son gente mayor, no tanto lo necesitan. Se les va a dar prioridad a la gente joven, a los que están teniendo hijos, para que trabajen y para que se mantengan, porque después de que eso suceda se les va a retirar el apoyo; las oficinas de Comar y Acnur van a desaparecer y rásquense con sus propias uñas; ahí si quieren quedar cacareando ustedes lo ven”. Así nos dijeron.

Ya mucha gente del estado de Chiapas ya se había ido para Guatemala. Para ese entonces, cada dos o tres meses se escuchaba que había no sé cuántos campamentos en el estado de Chiapas, y que miles de personas en el estado de Chiapas se estaban retornando a su país. Todos se iban, y nosotros no nos queríamos ir. De repente venían las autoridades mexicanas y pasaban lista: “¿dónde está fulano de tal?”. “No, pues salió a trabajar y viene en un mes”, les decía yo. “Miren, necesitamos que renueven esto ya, necesitamos estos documentos”. Y así nos traían para allá y para acá, pero valía la pena, porque eso era el trámite para poder obtener la Carta de Naturalización.

Entonces, yo le dije a mi esposo, que estaba en Estados Unidos: “¿sabes qué? Vente porque necesitan tu huella, tu firma y tu foto para la Carta”, y desde allá él se vino. Entonces, él vino, firmó los papeles, y le dijeron las autoridades, que ya lo conocían: “no te muevas; ya vienen los papeles; aguántate, espérate, y no se



metan en organizaciones”. Y ya algunos, desesperados se metieron en organizaciones para exigir, y les recomendaban las autoridades de la Comar “no hagan eso, esperen con calma, es un trámite”. Y le decía yo a mi esposo “esperemos”.

Él y yo fuimos una de las personas incluidas en el primer paquete de naturalizados, ahí venían nuestros documentos. Eso fue en el 2000 cuando nos los entregaron, pero nos traían así desde el 96 hasta el 2000, fueron cinco años de espera, de lucha, que nos llamaban allá, que nos llamaban acá, que firmen aquí, firmen acá, cada mes, cada dos meses, con tal de obtener el papel. Fue una lucha de cinco años, después del cartoncito que teníamos.

Ese año ya nos dijeron “ahí está su Carta de Naturalización. De aquí para adelante ya son mexicanos, rásquense con sus propias uñas, no se metan en organizaciones, no peleen terrenos porque esa ley de las tierras ya no está, porque ya todo está repartido; trabajen, demuestren que son seres humanos que valen la pena, para que el gobierno no se arrepienta de haberlos nacionalizado”. Nos dieron una charla, una terapiada desde antes; fue una prueba desde antes, para ver si no había algún problema, y ya fue que nos dieron nuestra carta de naturalización.

Al otro día le digo al licenciado: “¿ya puedo sacar mi credencial de elector?”. “Sí, sí. Ya puede”, dijo. “Mañana me voy”. Y nos fuimos a Motozintla; ahí estaba el licenciado en ese tiempo. Sacamos nuestra carta de naturalización, sacamos nuestra credencial de elector, y dice mi esposo: “ahora sí puedo comprar mi terreno en dónde vivir”. Hasta ese año posábamos con esta gente de Bella Vista del Norte; con ellos rentábamos un pedacito, unos metritos que nos daban para poner nuestra casita y poder vivir ahí. Entonces, mi esposo empezó a platicar con el señor, el dueño de este lugarcito donde vivimos ahora y, en ese mismo año 2000 compró este terreno, con los ahorros que había hecho cuando fue a Estados Unidos. Ya con su credencial de elector, ya pudo firmar, ya pudo comprar y ya empezamos a construir esta casa.

Y, entonces, ya nos mudamos para acá, en marzo del 2000. Hace dieciocho años exactamente que vivo aquí, en este lugar. Hace dieciocho años dejé de posar. Desde el momento en que me dieron mi credencial de elector cambió mi vida; cuando mi marido se fue a Estados Unidos y me mandaba dinero yo iba



al banco, sacaba mi credencial de elector, igual que todos, y ya me atendían. No que con aquel carnet me ponían peros; ahí empecé a usar mi credencial de elector, y de ahí para acá todo me llovía.

En el 2000 pasaron los encuestadores de Prospera. Mi casita no era tan grande como ahora; era un cuartito nada más. Obviamente no tenía luz, y me hicieron la encuesta. Yo empecé a criar pollo; eso me gustaba y tenía bastantes. Mi marido sembraba maíz, compró pues su terreno. Él era muy trabajador. Y que ¡salgo beneficiada en el 2001, en el programa de Prospera! Y, de ahí para acá, pues nuestra vida ya cambió totalmente. Y ya nos pusimos a trabajar como debe de ser.

Tuvimos cuatro hijos. La primera tiene 23 años, que es la que nació allá en el campamento, cuando todavía era yo refugiada; ahí nació mi hija, en el 95. La segunda es niña, igual, y tiene 22 años, porque la tuve al año. Después tuve un hijo varón; él tiene 20 años ahorita, y luego la niña que tengo acá, que tiene 16 años. Mi hija, la mayor, estudia en la universidad en Saltillo, Coahuila, en la Narro. Ella lleva la carrera de Economía. Cuando era yo adolescente, pasaba yo mucho por esa carretera por Comalapa cuando vivíamos en Nuevo México, y pasaba por el CETIS y no sabe cuánto deseaba estar yo ahí. Y les decía a mis hijos: “como yo no pude, ahora van a estudiar ustedes”. Y todos mis hijos estudiaron en el CETIS. La niña que tengo conmigo está cursando el tercer semestre para entrar ahorita; ahí pura carrera técnica. Ahí está lo de Contabilidad, Programación, Química, Informática, y ahí el joven elige lo que quiera.

Mi hija mayor salió egresada de esa escuela; luego se metió a Conafe porque lo vimos un poco difícil para sostenerla en la universidad. Ella trabajó dos años de instructora comunitaria en Conafe y se fue a la universidad a Saltillo, Coahuila. A poquito estuvo de entrar a la Escuela normal de Matumactzá, pero dijimos “no, mejor no”. Entonces presentó examen para la de Chapingo, pero no lo pasó; le dijeron que un puntito le había faltado; lo presentó para la Narro, lo pasó y se fue para la Narro. Allá está mi hija; terminó su octavo semestre y ahorita inicia su tesis. Está luchando también por una beca para su maestría, allá mismo en la Narro. Yo le digo a mi hija “si Dios quiere voy a poder decir que tengo una licenciada; licenciada en Economía y Agronegocios”.



Mi otra hija no quiso estudiar, pero terminó el bachillerato en el CETIS y yo le dije “hija, estudia”, pero no quiso. Y creo que no mucho le gustaba el estudio. Ella se puso terca y se casó. Y ahorita vive en Nueva Libertad; allá, en Candelaria. Tiene un niño. Ahora ya se arrepiente, porque nosotros le dimos la oportunidad de que se preparara, pero no quiso. “Bueno”, le digo, “aprende algo, un oficio o algo con qué sostenerte”. Su niño tiene tres años. Se casó joven y se embarazó luego.

Mi hijo también terminó el Bachillerato Tecnológico ahí en el CETIS; nada más que a él de por sí no le gustó la escuela, y él decía que estuvo ahí porque nosotros queríamos que estudiara. Y de ahí sí lo terminó; apenas este año que pasó se graduó, recibió su certificado y le dijimos: “si no te quieres ir lejos, te vamos a apoyar y métete al Tecnológico”, porque también como es varón a veces se inquietan, se van más a los vicios. Lo pensó y dijo: “no, mejor voy a terminar la universidad abierta”. Y en esas está ahorita. Ahorita anda trabajando con el papá, que trata de tenerlo lo más ocupado posible y así trabajan.

Mi esposo trabaja en lo que le salga; trabaja en la madera: corta madera, postes, tablas; tiene su negocio de renta de madera, y siembra maíz, frijol; él le entra a todo. Ahorita hace siete años que no se va a Estados Unidos, que vive aquí, que ya no ha ido para nada para allá porque él tiene un trabajo estable. Aquí sí está legalizado, tiene su credencial de elector, todo en regla, su licencia de manejo, todo, pero allá no. Mi esposo compró su camioneta y trabaja todos los días, él y mi hijo trabajan ahorita. Él tiene su negocio aquí en la casa. Pero lo llaman del municipio de Bella Vista, de Chicomuselo, de Comalapa, que a veces hacen obras grandes, construyen escuelas: “no, que necesito madera para el colado”. Lo llaman y se va. Tiene sus proveedores de Comitán, y él renta y vende madera, y tiene sus tarjetitas de presentación y todo.

Más o menos yo aprendí bien a leer y a escribir, y estuve trabajando en mi comunidad como instructora comunitaria; les enseñaba yo a los niñitos. Yo tenía 14 años, 15 años. No teníamos papeles, pero nos pusieron maestros. Una no podía certificar sus estudios por la situación legal. Ahí nada más trabajé medio año. Teníamos un apoyo económico que daba la Comar y la Iglesia católica; yo recibía ese apoyo, pero el machismo era muy grande. Había mucha discriminación hacia la mujer. ¿Qué decían algunos señores? “No, pues ella ¿qué les va



a enseñar?”. Y un señor que se creía el *mandamás*, creo que se llamaba Sergio, quería ser el maestrillo de la comunidad, y él quería recibir el dinero. Entonces me hizo un montón de calumnias y decía “¿qué les va a enseñar esa a nuestros hijos?”, y me quitaron de ese cargo.

Justo por esos días llegaron las de Mamá Maquín. “¿Y tú qué has hecho?”, me dicen. “No, fíjense que ya no voy a seguir de instructora, me quitaron de un día para otro, y el señor se quedó supuestamente con mi puesto”. Y me dijeron “no te quedes, ¡vámonos a Comitán!”. Entonces, ese mismo día que me quitaron de ahí en una reunión, me fui a Comitán; fue como a los diez días de iniciar el mes. Me hicieron un favor. Yo tenía 14 años cuando ellas llegaron a mi comunidad, allí, en Bella Vista del Norte, y me decían: “no te cases luego, estudia, prepárate primero; vente con nosotras, ven a conocer más”. Entonces me fui con ellas a Comitán. Era mi primer trabajo. Yo tenía 15 años.

Cuando yo iba a Comitán tenía que pasar por Migración a pedir una autorización para poder viajar y que no me bajaran en Chamic,⁴ y les decía que trabajaba ahí con las de Mamá Maquín y en otra oficina, el CIAM, y les daba el nombre de la jefa.

En ese trabajo, visitábamos las comunidades, en apoyo a la mujer, porque de eso se trataba. Y ahí nos llevaban para acá y para allá; nos capacitaban para poder alfabetizar a las mujeres, dar clases de alfabetización. Entonces ellas nos apoyaban, y yo ya estaba un poquito más despierta que las otras mujeres, pues conocí mucha gente refugiada en Margaritas. Ahí íbamos por dentro de las comunidades y nos daban transporte.

Conviví con mucha gente española; incluso con Cristina de la Acnur. Su categoría era muy alta, y ella decía: “señoras, tienen derecho. ¿No te quieres ir a Guatemala? No te vayas. Si tu marido te quiere llevar a la fuerza y vas aún en La Mesilla, pero no has cruzado la frontera, de ahí te traigo y te vengo a dejar, del lugar donde yo te levante”. Obviamente al cruzar les quitaban los papeles mexicanos y ya se iban para Guatemala.

⁴ Punto de verificación migratoria, después de ingresar por el puerto fronterizo de Ciudad Cuahtémoc, Frontera Comalapa, Chiapas.



En Comitán estuve más del año, hasta que me casé. Después de haberme casado, incluso ya con mi hija, yo todavía trabajé, pero ya se me hacía muy difícil, muy pesado. Mi esposo aquí de campesino, y yo allá, pues no pudimos. Entonces tuve que renunciar y quedarme de ama de casa. Desde el 94, año en el que me casé, hasta hoy que sigo siendo ama de casa, nada más que ahora también me dedico a otras cosas.

A partir del 2000, cuando recibimos los documentos y mi esposo ya compró aquí y ya hizo nuestra casita, yo seguía cosechando maíz con él, mantenía pollos, pero a mí me llamaba la atención esto de la costura, me gustaba. Aun cuando yo tenía mis hijitas chiquitas, la primera y la segunda, yo costuraba a mano; les hacía yo sus batitas, shorts y todo a mano. Y arreglaba una que otra ropa de la gente a mano. Y entonces dijo mi esposo: “Cómprate tu máquina”. “Ay, no; no la voy a poder usar”, le decía yo. “Cómpratela”.

En el 2002, que ya habíamos hecho la casa y habíamos comprado el terreno, mi esposo me dice: “me voy a ir a Estados Unidos otra vez”. Entonces se fue, y yo me quedé aquí sola pues. Mi esposo me mandaba dinero y me decía: “cómprate tu máquina, para que practiques”. Entonces, en el 2002 compré una mi maquinita de pedal y, como pasaban muchos predicadores, decían: “¡ah, pero usted es costurera!”. “No, yo no puedo costurar, nada más hago una que otra ropita”. “No, le voy a traer mi falda y me la va a hacer”. “Bueno”. Así empecé. Luego venía otra y me decía: “¿sabes costurar?”. “No”, le decía yo, “yo nada más lo mío”. “No”, dice, “tú le hiciste su falda a Fulana de Tal y mira qué bonita está. Hazme una”. Así fui empezando.

Y luego, cuando llegamos acá a vivir con nuestros hijos chiquitos, pues Tres Maravillas nos quedaba muy lejos para ir a la escuela y, por eso, solicitamos la escuela del Conafe. Entonces, llegó una escuela comunitaria acá y todos los niñitos llegaban ahí. Yo les hacía sus escoltas, sus trajecitos y ahí empecé, en el 2002, 2004, 2005. En el 2007 compré ya mi máquina industrial. Llegó un curso de la Misión cultural a Tres Maravillas, de gobierno, gratis. Yo ya sabía, ya le trabajaba yo a la gente, pero me gustaba. Así que, con poquito, hasta hoy día, me ha ayudado mucho, como apoyarle a mi hija a poder ir a la universidad, a ayudar a mi esposo. Así, de la nada nos hemos hecho de nuestras cosas, porque estábamos posando, éramos refugiaditos, y con nuestro documento de cartoncito con una foto, así vivíamos.



Lo de la costura fue por etapas; con el tiempo fue cambiando. En el 2014, 2015 me habla una primera escuela para una graduación; me daba miedo aceptar. “¡Ay, yo no voy a poder!”, le decía a mi marido. Y me decían: “no, si usted le hizo los vestidos a Fulana de Tal y le quedaron bien, así queremos que lo haga”. Ya me fui metiendo a tratos más grandes, y de ahí para acá ya agarro las escuelas enteras en las clausuras. Ahorita me acaban de hablar de la Secundaria del Estado que quieren que haga los pantalones; pero nada más acepté la mitad, que son treinta metros de tela, y ya voy a empezar.

Yo digo que soy costurera, y la gente me dice: “la modista”. Yo le digo a mi hija: “las modistas son las que diseñan. Yo lo que no tengo es capacidad para inventar, pero sí tengo una gran habilidad para copiar; veo un vestido y se lo hago idéntico”. Y mis clientas, no es por presumir, pero son puras maestras, licenciadas y enfermeras, pues llevo cosiendo prácticamente desde el 2000 para acá.

Mi esposo me dice: “cómprate tu máquina para poner el logotipo; ponte tu taller más grande”. Y mi hija, como estudia Economía, me dice: “mami, debería contratar a unas sus costureras y ya usted trabajar menos”. Tal vez es la desidia por lo que yo no he podido, pero siento que podría contratar a mis costureras, y ponerme yo a cortar y poner mi taller grande, pero no he podido o no he querido. No sé, tal vez estoy pensando si saco un crédito; estas máquinas son industriales y me las compré yo con mi propio dinero de lo que salía del mismo trabajo. Y me dice mi esposo: “te es fácil tu trabajo porque tú eres tu propio dueño, tú eres dueña de tu tiempo, tú eres tu propio jefe”. Y sí, si me da hambre, pues me voy a mi cocina; no tengo un patrón que me exija. Nos ha ido bien, gracias a Dios.

Mucha gente que salió de Guatemala no ha hecho nada de su vida, y están ahí, y yo digo: ¿cómo han podido sobrevivir así? Yo no puedo estar sin trabajar; y eso que no tuve la oportunidad de estudiar. Como no estudié, le digo a mi hija la más chiquita: “a ver, bájame este video por internet”, y entonces así me voy actualizando un poquito. Yo no estudié ni corte ni confección; yo aprendí sola, con la práctica; me las ingenié sola. No sé, también tal vez mi necesidad de tener todo esto, pues cuando yo era niña veía una costurera y ¡cómo deseaba yo ser costurera! Mis padres eran tan pobres que no podían comprarme una máquina de coser, si no tal vez desde joven hubiera empezado.



A veces mi esposo me dice: “oye, ¿cómo hubiera sido nuestra vida si yo te hubiera conocido ya costurera y tú a mí ya trabajando?”. Porque nos conocimos cuando éramos muy jóvenes, y todavía refugiados, sin un lugar donde vivir. Ahora yo a mis hijos les platico y les digo que se preparen, “porque no te quiero igual que yo, titular de un programa”.

No me arrepiento de haberme quedado a vivir en Chiapas. En todo el tiempo que llevo viviendo acá, yo no he sentido en ningún momento discriminación por parte de las personas mexicanas, porque he conocido a personas de alta categoría que han venido conmigo; tengo una clienta que es de Guanajuato, una señora empresaria, y me dice: “vengo para que me haga un trabajito, pero ¿qué cree?, lo quiero ahorita porque viajo mañana. Hágame mis pantalones”. “Bueno”. Corto y, me dice: “le admiro”. “¿Por qué?”, le digo; “por la seguridad con la que corta la tela, me va a dejar bien mi pantalón... Y ¿cuánto me va a cobrar?”, me dijo. “Ah, cuarenta pesos”, le digo, porque era algo sencillo para mí, y me contestó: “¿cree que le voy a pagar cuarenta pesos? Le voy a pagar cien pesos, porque es un trabajo”.

Así que cuando esa clienta viene, yo dejo lo que tengo y le atiendo a ella, le doy prioridad, porque me conviene. Entonces viene y me dice: “hazme esto. Mi empresa es de carrocería” y dice “te fueras a mi tierra, a Guanajuato; allí podrías trabajar”. Yo la conocí porque tiene familia en Comalapa, y yo tengo mis clientas en Comalapa y me dicen: “ay, fíjate que quiero algo así sencillo”, y les hago trabajos. Entonces, cuando viene una que otra personita así muy sencilla y viene a ponerme sus peros, antes sí las escuchaba, pero ahora ya no, porque he conocido a gente con más categoría que me trata bien y que valora y sabe reconocer mi trabajo.

Entonces, yo he conocido a gente de otros estados que vienen aquí conmigo, y desde antes porque salí y tuve la oportunidad de ir a un curso en la Unesco en Guatemala, cuando estaba con las de Comitán, e intenté estudiar computación. Ahí estuve dos meses, pero como ya andaba con mi marido, pues ya no se pudo porque ya tenía yo a la niña. Y ahorita yo siento que sí tengo mi derecho; gracias a Dios tengo un esposo muy trabajador, que me comprende, que me ha respetado. Yo ahora soy vocal de Prospera y recibo cursos, y también eso me ayuda a desenvolverme un poquito mejor.



Mis papás eran mames, pero yo no aprendí a hablar mam. Cuando vivíamos en el primer campamento pues estábamos revueltos con gente que igual no hablaba idiomas. Entonces, ahí, como yo entré a la escuela, al kínder, me relacioné con gente que no hablaba el idioma. Por eso no aprendí. Nunca hemos usado traje de corte. Mi mamá tampoco; desde que yo tengo uso de razón ya no lo usaba. No extrañábamos las comidas de Guatemala, porque la comida más tradicional eran los tamales. Generalmente, como es fronterizo, siento que es lo mismo; el Día de Muertos, por ejemplo, lo mismo que hacíamos allá lo hacíamos acá; los tamales, que son muy tradicionales en Chiapas, igual se hacían allá.

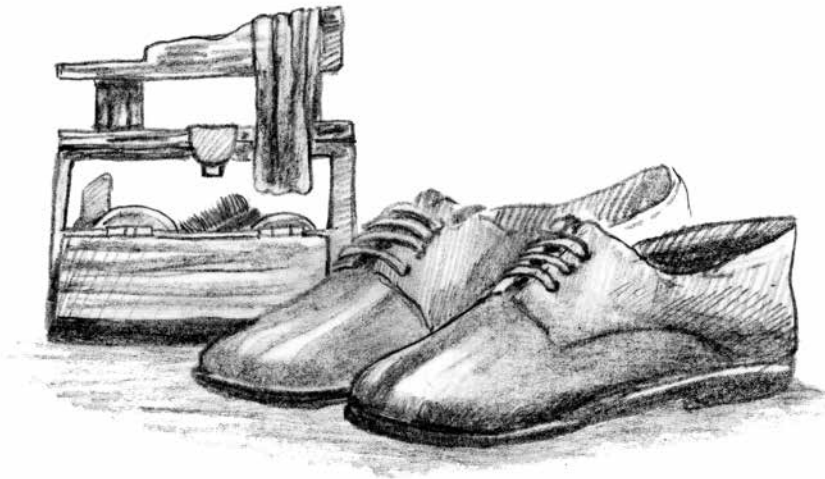
Yo aquí conozco a mucha gente y puedo contar con ellos. Yo no voy a visitar a la familia allá en Guatemala. Algunos de mis hermanos que se fueron para allá, viven en Fray Bartolomé de Las Casas, que está lejísimos. Y de los que están acá fueron a Estados Unidos y se regresaron; ahora viven acá. Todos compraron terreno; una mi hermana vive allá, otra vive en La Sabinada, dos de ellos viven acá. Uno se fue para Quintana Roo. Otros se fueron para Guatemala y viven en Petén, que está lejísimos. A veces ellos vienen a visitar, más a mi mamá. Mi papá ya falleció.

De muchas cosas ya no me acuerdo, pero mi historia es diferente, porque yo desde joven he tenido ese deseo de superarme y creo que es lo que nos ha ayudado aquí con mi esposo. Comida ahorita no nos falta; no nos sobra dinero, pero no pasamos grandes necesidades, pero hay gente que se quedó a vivir y conserva mucho su pobreza, por lo mismo; hasta mucha gente mexicana que veo que no tiene ni para comer. Y yo digo: “¿Cómo es posible?”. Mientras nosotros vendemos el maíz y el frijol, yo tengo a mis vecinos mexicanos que pasan mucha pobreza. Y digo “¿por qué?”.

Yo me considero más de aquí, porque de allá, para empezar, no tengo ya mis papeles de allá. Yo nací allá y me asentaron allá, pero llevo desde el 82 acá, treinta y seis años.

Entrevista realizada por Martha Luz Rojas Wiesner e Iris Hernández Puon en el municipio de Frontera Comalapa, Chiapas, el 13 de julio de 2018.

Carlos



Nació y creció en Huehuetenango. Es un joven de 23 años. Cuando tenía 14 o 15 años salió de su comunidad para trabajar en una finca cafetalera en México, como recuerda también lo hacía su papá. Después de algunos años, un amigo le recomendó que fuera a Comalapa a buscar trabajo y, desde entonces, ahí se ha mantenido. Trabaja ahora como bolero o lustrador de zapatos. Envía la mayor parte de sus ingresos a su mamá. Cada tres o cuatro meses, regresa a Guatemala para visitar a su familia y, ahora, a su novia.



Yo nací en una aldea cerca de Huehuetenango, en 1996. Todos nosotros hablamos la lengua mam. Tengo un hermano y dos hermanas. Yo soy el segundo. Tengo 23 años. El mayor tiene como 26 años. La menor tiene 14. Mis papás se dejaron cuando tenía yo 12 años. Mi papá se fue porque consiguió otra su mujer y nosotros nos quedamos con mi mamá. Entonces, vivimos con mis abuelos, en su terreno, pero mi abuelo le otorgó dos cuerdas de terreno a mi mamá y ya nos pasamos a vivir, y ahí estuvimos.

Antes de que se fuera, mi papá trabajaba de agricultor y sembraba milpa, cosechaba lo que es frijol y todo, cuando era tiempo de lluvia; y cuando era tiempo de verano, salía a trabajar, o se iba a otras partes, o bien se venía a trabajar a la parte de Chiapas. Yo sí recuerdo cuando él venía a trabajar a Chiapas; él venía a trabajar igual en el campo, a limpiar café o en cualquier trabajo de lo que hacen los campesinos, de cargar leña o de otros trabajos. Él venía solo y nosotros nos quedábamos con mi mamá.

Mi mamá nada más estaba en la casa, y hacía cualquier trabajito, pero económico, no en el campo; como era ama de casa pues nada más nos cuidaba. Terminando de hacer el desayuno y ya cuando habíamos desayunado todos, se iba a lavar o a hacer algo; miraba su oficio ahí y así pasaban los días. Ya cuando se dejaron mis papás, pues mi mamá es la que se responsabilizó de nosotros. Ella ahí negociaba, o sea, más bien compraba pollos y los vendía otra vez. Así nos fue manteniendo. Ahí crecí. Nada más estudié cuarto de primaria. La escuela ya no me gustó y me salí a trabajar.

Cuando me salí a trabajar, me vine aquí en la parte de Chiapas. Me fui a trabajar en el campo, con un tío de unos 30 años, que tenía por parte de mi mamá, por aquí rumbo al municipio de Bella Vista. Yo tenía como 14 o 15 años. Pasaba con mi tío, pasábamos bien, vía legal. Solo con lo que es el documento que nos pertenece allá, solo eso es lo que traíamos. Veníamos por temporadas, por dos o tres meses, o un mes, depende del trabajo.

Lo que hacía con mi tío es que íbamos a limpiar cafetal y luego, cuando terminaba ese trabajo, a echar la fertilizada y, terminando eso, a veces el patrón nos daba trabajo de cargar leña y así pasaban los días. Ahí mismo, con nuestro patrón, nos quedábamos a dormir. Él tenía un rancho para los trabajadores.



Cuando era temporada de corte de café entraban como entre cinco y seis trabajadores, pero cuando era trabajo de temporada de limpia, así como ahorita, como dos o tres trabajadores. Era un rancho pequeño, una colonia. A veces llegaba más gente, pero ya eran de Guatemala, de otro lugar o de otras aldeas u otros municipios; yo ni les preguntaba.

Me pagaban como a un trabajador adulto, porque me pagaban a mí. Bueno, mi tío ganaba veinte pesos más. A él le pagaban setenta pesos y a mí me daban cincuenta pesos en ese tiempo. Nos daban por día el trabajo, depende lo que podía yo hacer y él también, por día, de las siete de la mañana a las tres de la tarde. Y nos daban tiempo para comer, depende de lo que ocupáramos, unos veinte minutos o una hora, como solo nosotros dos andábamos en el trabajo.

A los tres años de llegar a trabajar allí, me aumentaron un poquito. Ya después, cuando ya fue el último tiempo que fui, ya me estaban pagando a ochenta pesos. Nosotros siempre llegábamos con el mismo patrón. Ahí estuvimos. Más adelante, ya estuve yo en mi casa y luego me vine para acá para Comalapa. Con este patrón estuvimos como tres años. Ya tenía yo como 18 años, e iba y venía yo.

Me vine acá para Comalapa, porque tenía un *cuate*, un amigo, que me dijo que era fácil el trabajo aquí, o que aquí era un trabajo seguro, y que no costaba mucho como en el campo, por eso me vine. Ya son cuatro años que estoy acá. Con él me vine, y con él me quedaba yo a rentar; nada más me iba yo a trabajar en una venta de verduras, de vendedor, en el mercado. El dueño era de San Cristóbal. Allí me daban ochenta pesos; lo mismo que me pagaba el otro patrón. Y pues en la venta de verduras, mi trabajo era económico, y en el campo un poco más pesado.

Vivía en un cuarto con mi amigo y pagábamos quinientos pesos de renta, entre los dos. Ahí no podíamos cocinar; comprábamos la comida hecha. A veces, si queremos comer económicamente para ahorrar, compramos un cuarto de pollo entre dos, y un refresco entre dos, y la tortilla, depende cuánto come uno. El desayuno igual. Ya luego me salí de rentar y me fui con otros amigos, y ya con ese amigo ya no; ya él vive aparte.

Donde estoy ahorita estamos pagando seiscientos pesos por el cuarto. Solo somos dos; solo con otro amigo que es guatemalteco. Nada más camino diez



minutos del centro aquí para llegar a mi trabajo. Es un lugar seguro. El cuarto está en el segundo piso, tiene agua, luz y todo; hasta nos dieron una cama, entre los dos; también baño incluido con el cuarto.

Ahí en la venta de verduras no estuve mucho tiempo; bueno, estuve como dos años. De ahí, me pasé a ser bolero y ahí sigo ahorita, porque, la verdad me aburrí en el trabajo en donde estaba y, por eso, me salí y entré de bolero. Tenía amigos que estaban trabajando ahí.

De parte de los boleros, yo no he tenido problemas. Hay un grupo que está enfrente de la Presidencia Municipal que son del sindicato; hace mucho tiempo, no nos llevábamos bien con ellos, pero ya luego nos llevábamos y nos agregamos con ellos. Cualquiera junta que se hacía, íbamos y, entonces, ahí sí ya no; más que todo la cosa se arregló normalmente. Nos agregamos y nunca nos han dicho nada que, por ser guatemaltecos, ni que nosotros tuviéramos menos derechos que ellos o algo así. Nada más que como no nos agregábamos con ellos, entonces por eso a veces nos decían palabras pues más bien atrás, pero ya luego nos agregamos con ellos. Tenemos nuestra credencial y permiso del municipio. Somos como veintidós por todos. Como estamos agregados no hay quien nos pueda mover.

A veces, si hay clientes, se hace de doscientos, ciento cincuenta pesos y, si no hay, así como en esta temporada que está bajo, a veces nos vamos con cien, con ochenta, hasta con cincuenta pesos, y así pasa el tiempo. A la semana, a veces me saco mis cuatrocientos o quinientos pesos, o hasta más. Pero depende, va dependiendo de cómo va la movida. Aquí nos apoyamos todos. Yo vengo a trabajar a las seis y, a veces, me voy a las cuatro; me voy a las tres, o me voy hasta las seis o seis y media de la tarde. Los domingos o los lunes más que todo, me voy a la una de la tarde, y descanso. Todos los días trabajando es pesado.

La verdad, no hay dónde más, pues. Si hubiera una posibilidad, si hubiera clientes o movida todos los días, también se hace dinero. Pero como no hay, pues entonces lo que saco, lo que gano, lo mando para mi mamá y, si me queda algo, otros mis quinientos u otros mis mil pesos, eso es lo que yo ahorro para comprarme mi ropa o algo así. Me compré un celular, pero es de allá. Ahorita nada más compré un ventilador, una estufa, un cilindro y solo eso; televisor no tenemos, nada más un equipo de sonido, un estéreo.



En Guatemala está mi mamá, y mis hermanos. Mi hermana, la que sigue después de mí, ya está casada; la otra está de sexto grado. Mi mamá trabaja, negocia un poco, vende pollos. Mi hermano trabajaba aquí antes, pero ahora ya no. Él está en la capital de Guatemala y trabaja en una tienda de abarrotes. Él está casado y tiene un hijo. Los dos le mandamos dinero a mi mamá. Yo siempre le mando cada mes, unos sus ochocientos, sus mil pesos. Lo mando con un mi amigo nomás. A veces él se va cada mes o cada veinte días; o en cualquier tiempo en que él se va, le mando el dinero.

Siempre voy a Guatemala cada tres o cuatro meses a visitar a mi mamá y a mis abuelos. Me estoy diez días o dos semanas. De aquí para allá, me lleva cuatro horas nomás, más que todo en camión. Ya de regreso, vengo en las tardes. A veces llego a las cinco, seis de la tarde aquí por Ciudad Cuauhtémoc. Una vez me bajaron de la combi, pero me regresaron a La Mesilla, para la frontera. En esa ocasión me pidieron un permiso. “Bueno, la verdad no tengo”, les dije. Me detuvieron como cuatro horas y me regresaron otra vez. Eso tiene como unos siete u ocho meses. Me informaron que podía sacar una tarjeta; me decían que no tenía costo, pero que se tardaba un mes o dos meses; que se iba a tardar. Nada más se iba a tramitar, y luego en un mes o dos meses se iba a recoger. La verdad no lo saqué, porque fui una vez, como en menos de tres meses, pero estaba llena la fila; quería que yo me llegara luego, para que así me podían atender. Pero no fui luego. Y dicen que ahí llega la gente a la fila a las tres, cuatro de la mañana; llegué antes de las ocho, pero ya no se podía.

Aquí en Comalapa, la verdad, a mí no me gusta salir. Solo los lunes voy con mis amigos al río de aquí adelantito del barrio de Cuernavaca; a veces van a jugar. Es bonito; es un río natural. Van puros amigos, me llevan ellos. Ellos son mexicanos, son de aquí; caminan como cinco cuadras de aquí y viven cerca. Somos casi de la misma edad. Hay unos que nos llevan de dos años; hay unos a los que yo les llevo de dos, de un año. Nos llevamos bien. También, voy a la iglesia, soy católico, pero a veces cada quince días, o cuando me da tiempo. Aquí, lo que más a veces siempre voy es a la comida china, solo eso. Ya en restaurant casi no he entrado.



Con los amigos a veces hablo mam, pero con los que me conocen bien, si es del mismo pueblo ahí cercano a donde yo vivo; pero si son de Guatemala y no los conozco ni tampoco ellos, yo les hablo y ellos me hablan en español, en castellano. En mi casa sí hablamos puro mam, puro dialecto; con mi novia igual, dialecto.

Yo tengo mi novia. Ella es de Guatemala; está allá, en la misma aldea donde está mi mamá. Tiene como ocho meses que somos novios. Ella tiene 19 años y está en último año de secundaria. Yo ya le platicué a ella que yo la quiero de verdad y para siempre, pero a veces ella se pone celosa y a veces a mí no me gusta así. Entonces, por eso estamos así de novios todavía. Estoy viendo cómo se porta y si sigue con su comportamiento así pues para mí que no me conviene; es muy celosa. Cuando llego, a veces me pongo a platicar con mis amigos, o tal vez hay unas amigas que me hablan, pero ella piensa mal.

A mi papá casi no lo veo. Él vive aparte, pues. A veces cuando lo encuentro, le hablo y todo; pero cuando lo encuentro, si no, no. No tenemos mucha relación. Mi mamá se quedó sola. Ella tiene un terreno allá en Guatemala, y yo podría también ir a vivir allí. En Guatemala puedo conseguir trabajo, pero tengo ganas todavía de estar aquí. Ya cuando me aburra, entonces un día me iré para allá. Aquí, como ya llevo un poco de tiempo, cuando vengo me siento igual que cuando estoy en mi casa, tranquilo, que tengo mis amigos que ya me conocen, y me hablan y yo les hablo, y así. Tampoco siento que aquí me traten mal por ser de Guatemala, no, me siento tranquilo, no extraño mi casa ni la comida. Ahí comemos lo que es pasta, arroz, frijol, o algo de hierba o, depende; a veces compramos carne y así pasa la semana.

En México, bueno, no puedo tener así ni un derecho. Por ejemplo, si quiero, o necesitara algo, un préstamo, como allá, pues no puedo, porque aquí, teniendo un documento o algo de credencial de elector, o todo lo que es documentos de identificación, entonces sí puedo tener cualquier derecho, o por cualquier cosa ahí tengo mis papeles. Pero como no tengo. Bueno, no me preocupo mucho por cualquier cosa, porque aquí trabajo bien, me va bien. Y no necesito tener más derechos por cualquier cosa. Cuando a veces me enfermo, pero no de una enfermedad grave, pues, compro mi medicina, mis pastillas y, con eso, así me pasa.



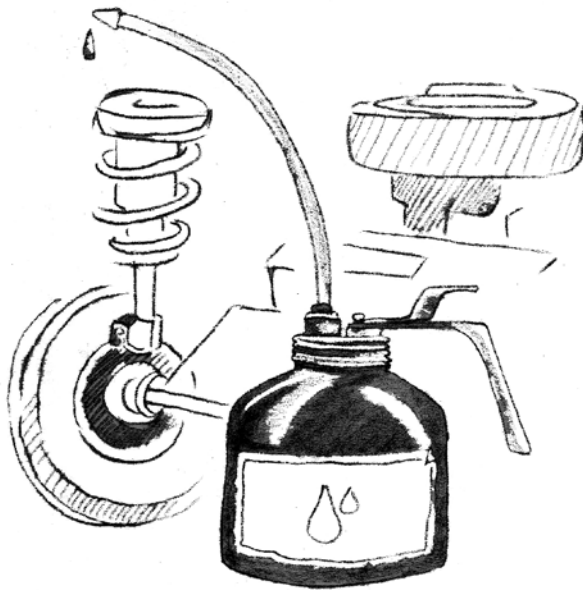
Acá siempre me da pena por la Migra, porque a veces cuando paso está el retén. Tengo unos amigos que me han invitado para Estados Unidos. Ellos van para allá, pero son de San Cristóbal. La verdad, como yo les digo “yo no puedo pasar para allá; ustedes sí porque son de acá, y yo no. Si por cualquier pregunta me baja la Migra, mi boleto y mi dinero que había gastado ahí, por gusto lo voy a perder; no me decido”, les digo. “Ah bueno”, dicen.

Si decidiera yo quedarme aquí, me quedaría por una casa o por una vivienda que tuviera yo una posibilidad de comprar. Entonces, yo ya me puedo decidir si me quedo o no, teniendo eso; no me importa que sea en un barrio. Si tuviera una posibilidad, entonces me animaría yo, pero la verdad no he pensado, no he planeado todavía. Pensar en el futuro todavía no he pensado. Aquí como trabajo y me va un poco bien, pues así sigo.

La verdad, tengo más amigos allá que acá; aquí en México es para trabajar. Ya luego, después del tiempo, si seguimos con vida, pues ya ahí ya veré qué futuro voy a hacer. Más que todo no me siento triste, hasta ahora estoy tranquilo.

Entrevista realizada por Laura Velasco Ortiz y Martha Luz Rojas Wiesner en el municipio de Frontera Comalapa, Chiapas, el 25 de julio de 2018.

Teresa



Originaria de Ciudad de Guatemala, desde hace diez años reside en Comalapa. A pesar de haber tenido una vida familiar marcadamente violenta y con experiencias difíciles en sus relaciones de pareja, ha encontrado cierta estabilidad gracias al trabajo que realiza junto con su actual esposo, como engrasadora de carros.



Yo nací en julio de 1981; soy de la ciudad capital de Guatemala, de la Zona 5. Somos cinco hermanos. Yo soy la cuarta. El mayor tiene como 45 años más o menos y el menor 24. Mis hermanas se casaron, resultaron embarazadas y se fueron con el esposo, por la misma causa de que no pudimos terminar el estudio por las circunstancias de que tomaban mucho mis papás. Mi papá era afilador de cuchillos y mi mamá ama de casa.

Yo me crié con mi abuelita. El problema que tuve yo es que mi mamá tomaba mucho y mis papás se separaron. Luego, por causa de una violación que tuve a los 10 años, me internaron en un hogar, allá en Guatemala. Fue mi tercer hermano, mi hermano carnal. Ya era una rutina, porque ya con tanta droga y que él tomaba mucho, ya nos tocaba a nosotras como mujeres, a todas las hermanas. Yo pedí ayuda en la escuela donde yo asistía, y mis maestros llamaron al Ministerio del Niño, y ya me llevaron y estuve más o menos como ocho meses internada en el hogar; era un hogar solo para niñas.

Como a los 11 años más o menos, mi abuelita me reclamó y ya me quedé yo allí con ella, ya me quedé yo por el poder de mi abuelita. Yo trabajaba con mi abuelita, limpiando casas. En ese tiempo le pagaban cuarenta o treinta quetzales a mi abuelita, y ya ella me daba diez quetzales por ayudarle. Yo trabajaba y estudiaba a la vez, pero fui a la escuela solo hasta sexto grado.

Ya después, comencé a trabajar en un almacén de ropa y me casé a los 15 años, allá en San Marcos. Y pues de ahí, ya tengo a mis hijos. Tengo tres hijos; uno tiene 20, otro 18 y el otro 15. Me casé con uno de San Marcos, pero igual me separé porque me trataba muy mal, me pegaba; tomaba demasiado. Estuve como unos cinco años más o menos casada. Mientras estuve casada ya no seguí trabajando. Él trabajó en Seguridad y luego se fue de taxista. De taxista, igual, tomaba mucho, mujereaba. Ya decidí separarme.

Logré tener una mi ventecita, sacarla fuera de mi casa donde yo vivía, pero igual, desde que murieron mis papás mi vida fue diferente; luego murió mi abuelita y ya busqué yo mi camino para acá. A los niños los dejé con mis hermanas. El más grande se crió más que todo con la abuelita, con mi exsuegra. Ya solo me quedaron la niña de 18 y el varón de 15. Se quedaron con mis hermanas y ya empecé yo a trabajar acá, en Comalapa, y ya les empecé



a enviar yo dinero para que se sostuvieran. Yo traía un ahorro, vendí todas mis cosas.

Tiene como unos diez años aproximadamente que salí yo por primera vez de Ciudad de Guatemala. Cuando me vine para acá tenía yo unos 28 o 27 años. Me vine para acá con el propósito de irme a los Estados Unidos, pero ya no me fui, ya me quedé aquí. Me vine a Comalapa con unas amigas que me trajeron y mi intención era prosperar, irme para adelante, porque la vida allá en Guatemala está muy dura, hay mucha delincuencia. Entonces conocí a una persona aquí y ya me quedé acá, pero igual, tuve problemas por ser guatemalteca, y me discriminaron y me quedé sola.

Cuando vine crucé por la línea, por La Mesilla, pasando normalmente. Yo venía con unas amigas. Ellas ya conocían acá y ellas se metieron a trabajar en lo que es esa tablazón, donde están las mujeres de vida. Y, pues, ya les dije que yo no iba a trabajar de eso, que yo no había salido de mi casa para venir a vender mi cuerpo. Hay muchas mujeres guatemaltecas que vienen a trabajar en los bares; hay hondureñas, hay salvadoreñas, hay guatemaltecas ahí en ese lugar; eso es lo que se escucha decir, pues. De esas amigas ya no supe más.

Yo aquí di con unos señores que eran cristianos y me llevaron para Motozintla. Ya con ellos viví, pero ya la vida era muy diferente porque tenía que hacer el aseo de su casa; más que todo ganarme la vida, pero no me daban dinero, no me pagaban un salario. Ahí fue donde conocí yo a un señor, mayor que yo, de unos 47 años, y me trajo para Comalapa y ya viví yo con él. Esta familia me buscó a este señor; ellos mismos me buscaron marido. Yo me fui con él porque me ofreció techo y todo, y yo dije: “pues voy a agarrar una vida buena; tal vez va a ser buen esposo” y yo pues me acoplé a eso. Él era mexicano y era albañil.

Nos vinimos a Comalapa y él tenía casa propia; estaba solo, no tenía hijos. Pero igual, tenía mal carácter y me separé. Al principio era diferente porque yo le propuse ir a traer a mis hijos, y él me lo aceptó. Él pagó todo para ir a traer a mis hijos; los fui a traer, aquí los tuve conmigo. Y ya, pues le salió el mal carácter porque ya no son hijos de él y trataba mal a mis hijos; los regañaba y les pegaba. Como empezamos a ir a la iglesia cristiana, dije: “va a cambiar”. Pero de tanto, ya era mucho, y me separé de él. Llevaba cuatro años con él.



El tiempo que yo estuve con él empecé yo a ir a la iglesia. Yo no trabajaba; torteaba, pero era solo ama de casa. Mis hijos me ayudaban; mi hija me ayudaba a poner maíz, luego se iban al molino o hacíamos aseo en la casa. Igual, mi hijo. Los dos hijos, ahí conmigo. No trabajaban ni estudiaban, por los papeles. Ahora, pues ellos no están conmigo. Él se fue a Estados Unidos. Mi hija está aquí en México, está casada con un mexicano, pero ella está viviendo en Nogales con la suegra y ya no nos visitamos nada. Ahorita no sé nada de ella. Mi hijo pequeño se fue para Guatemala con mis hermanas, porque se quería ir a estudiar; él tiene ahorita 16 años. Ya me quedé yo solita. Yo ya no tuve más hijos porque me operé; desde que tuve mis hijos, que los tuve con cesáreas, me operé. Por los mismos maltratos que me daban, ya no quise tener bebés.

Desde que me separé del otro señor, porque ya no quise yo nada con él, conocí a esta persona con la que vivo ahora. Me dedicaba a ama de casa, igual, porque él trabajaba; pero yo le dije que ya no quería estar en mi casa, que yo quería aprender a trabajar. Y así como lo conocí, me llevó a lugares, departamentos de Guatemala que yo no conocía, a trabajar en el engrasado de carros. Él me enseñó. A él lo conocí en el estacionamiento, aquí donde estoy trabajando ahora.

Ahorita no hemos viajado, no hemos salido porque tenemos mucha gente que nos aprecia acá, y aquí estamos; tenemos mucha gente que nos conoce y ya nos busca para engrasar. El servicio, lo que es el engrase, nosotros recomendamos hacerlo cada tres meses; depende cómo hagan el trabajo. Por ejemplo, si su carro es un Tsuru, un carrito cerrado, lleva lo que es la grasa de la tracción delantera; a las camionetas le engrasamos lo que son rótulas, terminales, varilla de dirección y las crucetas. Ya cuando es un carrito cerrado solo lleva la grasa en lo que son las terminales, rótulas y espirales. Tenemos el precio de ochenta pesos. Ya si es gente que es clientela, ya hasta cincuenta pesos nos dan.

Cuando hay trabajo, a veces hacemos hasta cuatro o cinco engrases en el día; cuando no hay, a veces uno o dos, que sale solo para la tortillita; a veces nada, porque así es nuestro trabajo. Nosotros salimos a ofrecer. Cada carro que entra al estacionamiento, ya nosotros vamos y le decimos a la gente, le ofrecemos el engrase. A veces hay trabajo, a veces no hay, y a veces no venimos a trabajar porque nos tomamos unas cervecitas y ya amanecemos crudos y ya



no venimos al otro día. Aquí vengo a trabajar de las diez de la mañana hasta las siete de la noche; regularmente toda la semana. En este trabajo llevo más o menos dos años y medio. Yo me siento bien con mi trabajo, porque gracias a Dios lo sé desempeñar. Aquí yo soy la única mujer engrasadora; me dicen “güera”.

Ahorita aquí solo estamos mi esposo y yo, aunque ahorita él está en Honduras. Pero a veces vienen unos de Guatemala, y nos juntamos aquí, en Comalapa, a veces hasta catorce o quince personas, y ya luchamos nosotros con esas personas. Ahorita no estamos saliendo a otros departamentos porque, como está lloviendo mucho allá en Guatemala, el agua no deja trabajar, y en Comalapa pues no muy llueve tanto. Entonces, aunque sea para la tortillita, los frijolitos, pues ya ahí ya va saliendo. Cuando termine la época de lluvias podemos ir a un departamento allá, pero el problema es que no solo nosotros somos engrasadores, sino que somos varios; por eso ya no viajamos mucho para allá. Ya nos quedamos mejor en Comalapa.

Ahorita, pues ya tengo como diez años viviendo aquí en Comalapa. Pagamos seiscientos pesos al mes donde vivimos. Me gustaría tener un terreno o una casa, pero para todo se necesita dinero. Ya no quiero yo estar rentando; es cara, por el agua, porque es muy escasa el agua aquí en Comalapa y hay que estar comprando la pipa de agua. Se colabora con cuarenta pesos cuando no hay agua, pero a veces uno no tiene los cuarenta pesos, y sin agua no se puede vivir.

Con esta pareja con la que estoy ahora también ha habido problemas. Pero yo creo que es por lo mismo, porque desde que murieron mis papás y me pasó todo lo que me pasó, pues agarré el vicio desde que me separé, y sí tomo un poquito más seguido, y yo creo que tal vez por eso es que ha habido discusiones con él. Los dos tomamos y, entonces, donde toman los dos de la pareja, pues ya se falta uno al respeto; ya no está uno consciente. Yo nunca he buscado apoyo para esto porque me gustaría mejor irme lejos e irme a trabajar; tal vez porque aquí me estoy quemando demasiado con mi trabajo, porque me tiro debajo del carro a engrasar.

Yo ya no quise seguir a Estados Unidos. El viaje a Estados Unidos fue mi propósito, pero nos dijeron que agarraban a los migrantes en el camino y, con todo lo que se oía, todo lo que les hacían, ya me dio miedo y ya no quise ir. Mi intención es quedarme en México, porque regresar a mi país, pues ya no quiero;



allá hay mucha delincuencia; usted no puede estar así, como se está aquí, con su dinerito, su teléfono así, porque se lo pasan trayendo, o lo matan a uno por un celular. Entonces, ya no quiero estar yo allá. Pienso quedarme aquí.

Sí me gustaría ir a otra parte;irme con mi esposo e irnos a trabajar, porque somos gente de trabajo, y sí nos gustaría que nos dieran oportunidad de darnos papeles, como a gente trabajadora, no que ahora aquí hay tanta delincuencia, porque están viniendo muchos hondureños, salvadoreños, y no quiero que nos vayan a perjudicar; por uno todos pagamos. Con tanta delincuencia que está viniendo aquí a Chiapas, a ver si no nos perjudica igual; también somos migrantes.

Yo hasta la fecha no tengo papeles. Cuando mis hijos estaban aquí no fui a ver eso, porque tanto pretexto que le ponen a uno, que ya necesitan una cosa, que ya necesitan otra; por ejemplo, que el DPI, el acta de mis hijos, el DPI de mi exesposo, aunque yo con él no tengo ninguna relación porque mis hijos están reconocidos solo con mi apellido. Entonces, yo no quería saber nada de él, por eso la verdad es que no quise, no hice ningún trámite ni nada. Traté la forma de ir a la oficina, porque sí me averiguaron todos los datos y todo, pero nunca hice por ir pues; ya desistí, aunque hay veces me piden los papeles.

La verdad, no es lo mismo, sin papeles, porque quisiera uno ir a algún lado, ir a trabajar a otro lugar, y no se puede por los documentos. Cuando agarran a los migrantes y lo van a regresar a uno a su país, ese es el temor de uno, porque ir a sufrir otra vez allá con tanta delincuencia, sin trabajo, y ahora ya piden lo que son estudios mínimos, carrera y todo. Sí me gustaría tener mis papeles, que me den la oportunidad de tener todos los derechos que tiene un mexicano, el tener un buen trabajo y otros. Porque aquí no me pueden dar ningún préstamo porque debes tener papel mexicano; si uno es un *chapín* no le van a dar ninguna prioridad.

Gracias a Dios, aquí en Comalapa, se maneja mucho lo que son las organizaciones. Entonces, mientras tú no estás haciendo nada malo, y te conocen como a una persona trabajadora y decente, pues no tienes ningún problema. Nosotros no estamos con ninguna organización, pero ya nos conocen y no hemos tenido problema en ese sentido. Sí conocemos a varias organizaciones aquí; son amistades de nosotros y no se meten con nosotros porque no estamos haciendo nada; no le robamos a la gente, no les faltamos el respeto y ya nos conoce mucha



gente acá. Gracias a Dios, tampoco hemos tenido problemas con Migración, porque también nos conocen, nos saludan, nos saludamos decentemente, no hay problemas de ese tipo.

Yo he sentido discriminación por ser de Guatemala. De por sí, hay gente que nos dicen: “¿por qué no se van para su tierra?”. Es lo normal que le dicen a uno solo porque uno no es mexicano. Como mujer tal vez no es tanto la discriminación porque aquí tengo mucha gente que me aprecia bastante. Lo que me dicen es que no tome mucho, que si no, me van a meter en un albergue. Pero ahorita sí no he tenido ningún problema en ese sentido.

Aquí, gracias a Dios, hasta ahora no me he enfermado, porque si uno no tiene seguro y se enferma y tiene que ir al hospital, pues tiene que pagar. Y eso sí le perjudica a uno bastante. Una vez nomás fui al hospital, una vez que me dio mareo, pero tuve que pagar ochenta pesos porque me pusieron una inyección, porque luego te dicen: “no hay medicamentos”. Cuando me enfermo de gripa o del estómago compro pastillas en la farmacia de similares o en la tienda.

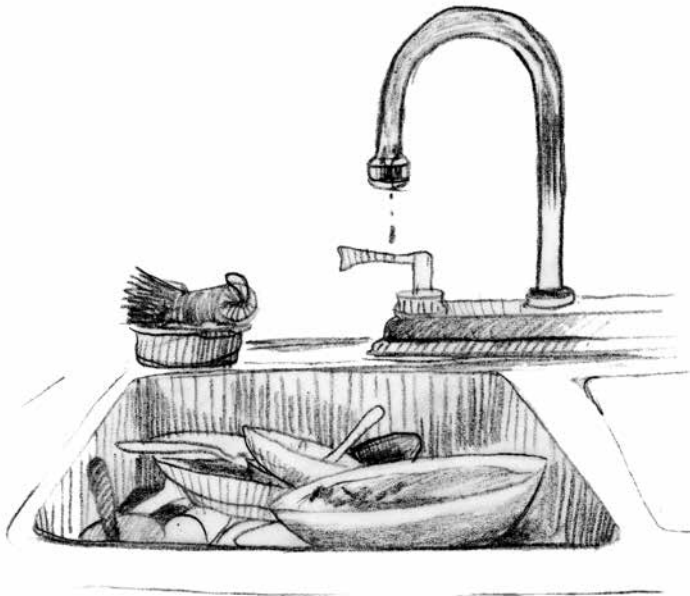
Tengo más amigos aquí, mexicanos, porque allá, en Guatemala, usted llega y no le dan ni un vaso de agua; si usted tiene para su comida, come, y si no, nunca le van a dar. En cambio, aquí hay mucha gente que, si usted le pide un plato de comida o un vaso de agua, se lo dan con gusto. Aquí sí he encontrado mucho apoyo, la verdad. Le tienden a uno más a mano, más que allá. Tiene uno más, a veces, con otra gente que con su propia familia. Ya perdí comunicación con ellos, ya ni con mi hijo pequeño. Sí me afecta, porque estar una solita, pues sí. Incluso fue mi cumpleaños el lunes y no recibí nada de ellos. Mi esposo mi cervecita me dio.

Yo no soy ni cristiana, ni católica, pero sí creo en Dios; me gusta oír la música cristiana, leo mi Biblia. Aunque en ciertos momentos en que llego a estar triste o nostálgica me dan ganas hasta de morirme; me pongo a llorar o busco a alguien para desahogarme, contarle mis problemas y todo porque a veces uno necesita de alguien. Pero, gracias a Dios, aquí tengo un trabajo de ser engrasadora y tengo pareja. Los dos somos guatemaltecos, rentamos aquí y esa es nuestra vida.

Entrevista realizada por Laura Velasco Ortiz y Mariana Ruiz Gómez en el municipio de Frontera Comalapa, Chiapas, el 26 de julio de 2018.

Soconusco

Brenda



Nacida en Malacatán, San Marcos, Guatemala, vino a México a trabajar por primera vez a los 12 años. Desde entonces, ha venido al Soconusco a trabajar por temporadas, como trabajadora del hogar, pepenadora y actualmente ayudante de restaurante. Ahora tiene 25 años, cuatro hijos, y está embarazada, a punto de regresar a Guatemala por problemas de salud asociados a su embarazo.



Yo crecí aquí en una aldea por la parte de Malacatán. Yo y mis hermanos somos siete. Sí estudié, pero solo saqué tercero de primaria. Yo me casé a los 15 años, y estuve como siete años junto con mi marido, pero ahora ya nos separamos. Con él tengo dos niñas; una está con su papá y la otra está con mi mamá, que ella lo cuida. De hecho, ahorita yo vengo a trabajar porque hace rato que él no envía algo para mi hija; ahorita estoy enviando cuatrocientos quetzales mensuales. Como uno tiene esa necesidad de estar saliendo, de mandarle algo a la familia, o de darle a los hijos.

A los 14 me embaracé, tuve una niña, la que ya tiene 10 años, pero eso no fue en mi matrimonio, sino que fue en el noviazgo y pues ella está con mi mamá también. Cuando yo me junté con mi esposo, yo regalé a mi niña con mi mamá, porque ella me dijo: “déjame la niña”, me dijo, “no es bueno que la lleves a otra casa; hay hombres que son malos”. Y la dejé con ella, tenía un año y la dejé ahí. Pues ahorita, ahí están las dos niñas. La de ocho años ahorita está estudiando, la metí a la escuela, pero la de diez no, porque no tengo papel de ella. Como yo era menor de edad no la pude registrar y no la he registrado todavía.

Tuve una vida con mi familia digamos que un poco triste, porque ellos me dejaron como cuidando mi propia casa, porque ellos tenían que salir para sobrevivir, porque allá en Guatemala casi no hay trabajo; venían aquí por Viva México a sembrar maíz, frijol, y a los ocho años me dejaron sola en mi casa. No pude terminar mis estudios, porque ellos no estaban conmigo. Ellos me mandaban dinero y todo para estar en mi casa, pero ellos salían mucho. Mis hermanos se iban con mi familia, se iban todos. Yo navidades pasaba sola en mi casa, y a veces me ponía a llorar, porque mi vida no era como convivir en una familia; no tuve oportunidad de una vida normal, que ahí tienes a tu familia. Tenía ocho años y tenía que valerme por mí misma. Y pues ya cuando ellos llegaron ya, a vivir de una vez, empecé a salir porque ya estaba acostumbrada a estar sola; me adapté, y así pude salir a buscar trabajo.

Entonces, yo a los 12 años empecé a salir de mi casa, de Guatemala, a buscar trabajo. El primer trabajo que tuve fue en Tapachula, era de limpieza de una casa. Fui sola; de mi casa salí y pues tenía que preguntar hasta llegar allá. A veces me perdía porque no me quedaba mucho tiempo en los lugares. Al salir una vez de la casa donde trabajaba, yo me perdí porque no se me quedó el lugar



donde iba a regresar, y yo no me fijé en qué combi era donde iba yo a volver a regresar, y ya no encontré. Lo bueno es que bajaron unos de allá de Guatemala, y ahí me pude ir a mi casa, a Guatemala otra vez. Y sin nada, porque no había cobrado; tenía tres semanas. “Bueno”, dije yo, “ni modos; me perdí”.

Dejé todas mis cosas ahí y dice mi papá cuando llegué: “eso te pasa”, dice, “por estar saliendo; nadie te está mandando; estás bien acá en la casa”, me dice. “Ahí te vas otra vez a perder”. “Bueno”, le digo, “pues ni modos, así es en la vida, uno tiene que vivirla, pues”. Y me volví a salir. Volví a buscar otro trabajo y ahí tardé como seis meses; luego me iba, volví a bajar y a buscar otro trabajo y así. Casi siempre he salido a buscar trabajo, pero pues casi yo no he durado porque no en todas las partes te tratan bien.

Cuando yo me junté con mi marido, allá en Guatemala, yo salía a ayudarlo a él. Él trabajaba en el campo en Guatemala, pero allá pagan muy barato; hay veces que veníamos a trabajar a Viva México, en el basurero municipal, recolectábamos plástico y todo eso y lo vendíamos. Yo siempre venía con él porque estaba acostumbrada a estar saliendo, y le dije: “Vamos a trabajar allá, se gana un poco más”. Y es como un trabajo propio, ahí empiezas a recolectar, pues, plástico o algo que sirva para vender, y así. Pero sacábamos muy poco; de ciento cincuenta diarios. Pues es un basurero libre, ahí puede entrar cualquier persona que tiene necesidades o quiere trabajar ahí. Hay muchos niños en el basurero. Cuando llega la Migra se salen corriendo.

Allá en Guatemala, el trabajo es muy duro; tienes que cargar unos costales de cal o de abono y todo eso para tirar al café. Es muy costoso para nosotros estar cargando, porque cómo pesa un bulto. Acá es nada más la limpieza y todo eso, pero no tiene uno que cargar; en cambio en una finca tienes que cargar para tirar al café, o *cajetearlo* o así. Casi hemos trabajado más ahí en Guatemala en el campo, en fincas, pero también a veces hemos trabajado acá en una finca, llenando bolsas, haciendo almácigos. Ahí pagaban como cincuenta centavos por una bolsa. Y yo en ese tiempo ya tenía a mi bebé. Como es un poco costoso el trabajo, no sacábamos tanto; como de cincuenta, cien o ciento cincuenta pesos por las bolsas. Y, como a veces yo me iba a dar de comer a mi bebé, ya cuando regreso pues ya estoy muy atrasada.



Siempre voy a Tapachula; en el parque, ahí consigo trabajo limpiando casas, y ellos también ya saben que allá siempre van y buscan muchachas y así. Al principio sí te tratan bien; con el tiempo pues ya te tratan mal. Mi horario de trabajo en las casas era de cuatro de la mañana para las siete u ocho de la noche. Si te ven sentado, aunque ya esté limpio pues te vuelven a hacer lo mismo. Por esos motivos es que yo no tardé mucho. Un día allá donde trabajaba nos dijeron que las de Guatemala roban mucho; en esta casa ellos siempre me dejaban dinero para ver, para comprobar, pero yo nunca agarraba algo que no es mío. Nada más ganaba como mil doscientos al mes. Y si te enfermas, no te creen, como decía una patrona: “eso lo dicen para estar *huevoneando*. Si quieres ve a tu casa”; en lugar de apoyarnos nos sacaban del trabajo. Yo he tenido problemas de enfermedades y todo, pero los he superado así, sola, pues. Los patrones en las casas no hacían caso, como que si para ellos era pura mentira.

Una vez que yo trabajé en una casa en Tapachula, no me iban a pagar; tenía como tres meses. Yo le dije: “ya me quiero ir a mi casa”. “Ah, si te vas no te pago”, me dijo. Y no me quería pagar; ella no quiso que yo me fuera para mi casa. Luego me pagó, pero ya tuve que estar ahí pues rogándole a ella hasta que me pagó, y me fui a mi casa. De ahí, estuve otro tiempo en mi casa, volví a bajar, a Tapachula.

Luego trabajaba acá por Plaza Cristal, en una taquería. El año pasado, ahí estuve trabajando; hacía las tortillas, de once de la mañana a once de la noche; ganaba novecientos pesos la semana, de lunes a sábado. Antes nada más ganaba mil doscientos (pesos) al mes, y era más trabajo. Ahí en la taquería, me quedaba yo ahí con ellos. Yo me adapté a ese trabajo por lo mismo que me trataban un poco bien ahí, y más uno va por cuánto va a ganar, y yo ahí ganaba bien. Pero me salí de ahí el 3 de junio, porque mi niña estaba cumpliendo diez años y tuve que ganar para celebrar su cumpleaños; le hice un cumpleaños y ya no volví a este trabajo.

Cuando volví a Tapachula después, volví allá al mismo lugar, pero mis patrones estaban durmiendo; era muy temprano, porque como yo no tengo credencial de elector para el paso, tengo que pasar al río temprano por Talismán para llegar a Tapachula, para que no me agarre ahí la Migra y todo. Pues, ya como a las siete me fui allá, pero ellos estaban durmiendo. Pero ya no regresé porque llegaron estos patrones, los de acá donde trabajo ahora, y nos dijeron: “queremos



dos muchachas que nos trabajen”. Y nosotros luego le preguntamos de qué se trataba el trabajo. Dijo ella que nada más una que ayude a hacer tortilla y la otra ayudando en la cocina a lavar trastes o sirviendo algo. De ahí nos vinimos para acá, para Cacahoatán, a este restaurante. Mi otra amiga es de Guatemala, de Tajumulco, pero ella apenas se fue hace unas dos semanas. Se fue porque ella también tiene un hijo y estaba triste por el niño y se fue.

Bueno, ahorita estamos trabajando acá, pero uno no va por el descambio; ahorita cambias cien pesos y nada más te dan cuarenta quetzales, pero acá no hay descanso, todo el día es trabajo. De lunes a domingo todo el día; digamos que eso es lo que casi no conviene, porque yo he trabajado de lunes a sábado en otros lados, pero he ganado de novecientos o mil pesos la semana. Y aquí están pagando cien pesos el día. Si trabajas los días de lunes a domingo, setecientos pesos la semana. Acá el horario es de ocho a ocho o a siete, depende cuándo cierran también; a veces viene gente, a veces no, pero acá tenemos que estar al pendiente limpiando y todo. Ahorita estamos quedando acá en el restaurante; nos dieron un cuarto donde quedarnos, estamos quedando con un sobrino acá. Acá nos dan de comer.

Hace dos años, yo me junté con uno de acá, de México, de acá de este lado. Entonces, tuve un esposo de acá, de México, y pues en su familia no me aceptaron; me dijeron que era *chapín*, que era esto... Digamos que me discriminaban por todo eso. Ya no aguanté estar ahí; me faltó como días para cumplir un año; me fui de ahí como el mes de octubre, de ahí de la casa de mi marido. Yo sufrí dos abortos; digamos que tuve un legrado en mayo y luego el segundo fue en julio; casi uno al mismo tiempo, casi las dos. Con el primero, me fui a Guatemala porque acá no te dan servicio. Me fui a Guatemala por Montañita, ahí cruzando la frontera. Ahí me atendieron. Ahí me fui a hacer el legrado; salí y me volví.

Él trabaja en el basurero, entonces yo venía a apoyarle y me pegó infección y todo, y me volví a sangrar y sangraba casi siempre, pero yo no sabía si volví a embarazarme. Entonces, tenía ese sangrado y todo y le volví a comentar a él: “fíjate”, le digo, “que no se me está parando el sangrado”, y me llevó con otro doctor de ahí, acá por Obregón, un doctor privado. Él pagó para hacerme el legrado; él pagó cinco mil pesos, y era ese el coraje de la familia de él. Y ya no



estuve mucho tiempo ahí, como dos meses más y me fui a mi casa, porque ellos me dijeron a mí que yo me causaba el aborto, pero no era así. Decían que “¿para qué mi hermano quiere una mujer que va a estar siempre así, que solo lo va a endeudar y todo?”. Y como él nunca me defendió de su familia, ese fue el motivo donde me salí y me fui para Guatemala. Ya de ahí ahorita ya tenía como un año que me pasó eso. Él ya nunca me buscó. De ahí he salido siempre a trabajar.

Tengo un novio allá en Viva México, pero no sabía nada de lo que me estaba pasando; yo me enfermaba de náuseas, mareos y todo eso y no tenía idea por qué, porque nunca me pasó así con mis hijos. Pero ahora ya cuando vine acá me hice una prueba y me salió el resultado que estoy embarazada. De ahí pues ahorita por el momento ya me siento un poco mejor. Ya tengo cuatro meses de embarazo; ahorita no he hablado con él, no he tenido esa oportunidad de ir allá. Entonces, yo a veces estoy pensando ir a decírselo, pero como que en mí misma digo: “pues podría él decirme: ‘no te voy a responder’”. Ese es el miedo que yo tengo para ir a buscarlo.

Ahorita he ido a hacerme un ultrasonido, porque cuando bajé de Guatemala hace dos semanas, regresé mala, por el carro y todo porque ahí el camino está feo, y ahora cuando el carro bajaba y todo, bajé acá con un gran dolor que empecé a sudar, y le dije acá a los patrones: “no me siento bien; estoy así y así”, le digo, “tengo un dolor de vientre que no aguanto”. Mi patrón me llevó de aquí como a las siete de la noche a una clínica, creo que está en Cacaohatán. Ahí me recetaron unas pastillas y con eso se me calmó el dolor. Y ahora me fui a hacer el ultrasonido, me dice el doctor: “por lo pronto”, dijo, “te debes cuidar, tener reposo”, pero yo le dije: “yo ando trabajando; no puedo dejar el trabajo, menos ahora como estoy”, le digo. Pero me dicen que mi placenta está muy baja y que tengo un coágulo de sangre adentro y me dijo que fuera a un médico. Sí, me mandó con alguien, pero no he ido, porque de ahí me fui a mi casa, me llevé el ultrasonido y ahí lo tengo en Guatemala. Yo ahora nada más ando pensando en sacar estas tres semanas de trabajo acá y de ahí irme a Guatemala, para estar ahí con mis niñas.

Yo tenía mis permisos para pasar acá, pero cuando yo era menor de edad mi papá vino conmigo y tuve ese permiso, pero el permiso venció, me lo quitaron ahí en Talismán. Y como venía muy maltratado, me lo tacharon y me



lo quitaron ahí, y ahorita no he podido sacarla. Veo cuando paso que hay mucha gente, como está en una fila y todo eso; es muy costoso estar sacando el permiso, por eso no he sacado ese permiso de paso. No cobran, pero donde gastas es en la foto, fotocopias y todo eso, y el tiempo de espera.

Mi papá vino acá en Unión Juárez, porque allá también dan, pero ahí le mandaron en una oficina a pagar no sé cuánto, iban a venir a pagar acá parece, acá en Cacahoatán, pero ellos ya no pudieron sacar el permiso porque le hicieron muchas preguntas, que para qué lo querían; pero nosotros le dijimos: “nosotros lo queremos porque casi pasamos de este lado para ir a trabajar en cualquier trabajo, porque no tenemos un trabajo fijo; siempre pasamos y así”, y ya no le dieron el permiso a él. Ahí la pregunta que te hacen: “para qué lo quieres”, y “cuánto dinero utilizas para pasar de este lado”. Porque a veces uno les dice: “porque acá está un poco más bajo las cosas y venimos a comprar acá”, pero casi siempre por esos motivos es que no nos dan el permiso, porque hay muchas preguntas. Le dices para qué y a veces no te creen. Porque con esa credencial de permiso a veces van para allá, para Estados Unidos, y entonces es por eso que no nos dan el permiso. Pero son raras las casas que te preguntan sobre tus papeles; sí tenemos trabajo.

Ya para el futuro, pues no sé qué hacer, porque ya tenía pensado ir a trabajar al otro lado, para Estados Unidos, pero por como estoy pasando, no sé. Pero luego me metían miedo que es muy peligroso, o te puedes morir en el camino. De ahí, pues ya no; de ese miedo ya no me voy porque pues tal vez ellos tienen razón; me puedo morir en el camino, o me puede pasar algo, o no llego. Sí, me entró muchas cosas así en la mente y, de ahí, no he ido para allá, pero acá en Guatemala o acá en México casi no hay tantas oportunidades.

Entrevista realizada por Ailsa Winton y Cristina Robledo Cossío en el municipio de Cacahoatán, Chiapas, el 27 de febrero de 2019.

Juan Antonio



Originario de Retalhuleu en Guatemala, ha vivido en México desde el año 1997 cuando tenía 15 años. Los últimos once años ha vivido en Tapachula con su esposa mexicana. Desde chico se ha dedicado a la carpintería, aunque le ha costado trabajo salir de una situación de vida precaria, la que se agrava por ser sujeto de una serie de injusticias a manos de distintas autoridades y personas en México.



Yo soy de San Sebastián Retalhuleu. Tengo 36 años, y donde más tiempo he vivido en México es aquí en Tapachula, con mi señora y mis dos niños, casi once años. Mi esposa es de aquí; también los niños. Ahorita, ella es ama de casa y vende frutas, cenas, en las tardes aquí en la casa.

El pueblo donde nací es un pueblo indígena, la mayoría era gente indígena. Allá hablan el k'iche'. Mi papá era indígena, pero yo lo hablo muy poquito, casi palabras; como me juntaba con los amigos de allá, unas palabras, pero ya casi no. Casi no lo hablo con mis hijos. El más grande de mis hijos conoce ahí, la pequeña ya no se recuerda porque fue muy pequeña, pero sí los llevé; cuando estaba mi papá los llevaba. Ahora nada más platico con la familia por celular, con primos, tías, mis hermanos, mis hermanas.

Yo dejé de estudiar; nomás estudié tercero de primaria. Desde muy pequeño empecé a ir a un taller de carpintería, porque mi papá era carpintero, pero él no estaba ahí, él estaba en Estados Unidos. Así fue como vine ya a meterme como carpintero, ahí mismo con los señores, y ya cuando mi papá vino, ahí también.

Cuando vine por primera vez a México, aparte de que falleció mi mamá, nos venimos con un primo, supuestamente rumbo para Estados Unidos. Pero, en ese entonces, estaba muy feo por el tren, sí asaltaban mucho, mataban mucho; nomás hice como dos intentos. Llegamos aquí por Veracruz y Chahuites, Oaxaca, pero nos detuvieron. La Migración en el tren perseguía mucho, incluso en Tapachula, no podía andar uno casi; ni en el centro ni en ningún lado, ¡te agarraban! Aquí por las vías del mercadito, en Tapachula, íbamos a comer, y estaba un carro de Migración de tres toneladas y ¡para arriba!

En esos intentos, no fuimos con guía; nada más a los que nos toparon en el camino. Fue por el primo, y como teníamos familia allá arriba, en Estados Unidos —pero que nunca nos apoyaban—, decidimos irnos por nuestra propia voluntad. Decíamos, a lo mejor estando ahí en la frontera sí echan la mano, si no pues la brincamos solos. Nos fuimos por nuestra decisión, no era por necesidad, porque trabajaba mi papá, nos daba de comer y todo. Teníamos casa propia allá, en Guatemala; mi papá tenía trabajo casi todo el tiempo. Pero estaba yo, desde muy pequeño, con la noción de conocer.



Como a los 15 años, después de hacer los dos intentos para irme para adelante, incluso dos meses antes de Navidad, decidí venirme otra vez para México, pero ya contratado para irme a trabajar aquí por Jaltenango,¹ que queda por Tuxtla. Ahí fui a trabajar dos meses a una finca a limpiar parcelas. Lo que quería era ir a ganar dinero para tener para diciembre. Supe del trabajo por otro muchacho del pueblo que había venido a trabajar contratado. Pues, ahí nos pagaban treinta y cinco pesos por dos cuerdas de terreno, limpiar todo el cafetal. Daban comida y lugar donde vivir. Yo siento que no estaba muy bien pagado, pero como ya me habían confirmado un contrato; igual, yo quise regresarme diez días, ya no quise seguir trabajando en ese lugar, pero me dijeron que si me regresaba no me iban a pagar, que se iban a quedar con mis papeles ahí y que tenía que terminar el contrato de dos meses. Y sí, tuvimos que terminar; el 23 de diciembre terminé.

Me regreso y vuelvo a lo mismo otra vez. Me vine directamente a un taller; igual, a un señor le hice unos trabajitos de unas puertas, unas divisiones. Fueron mis primeros trabajos que hice. Pensé meterme a la Marina, allá en Guatemala, pero estaba yo todavía menor de edad. Entonces, ya de ahí me dijo el señor que por qué no me iba a trabajar al ejido La Libertad. “¿Allá con quién?”, pregunté. “Pues allá está Humberto,” dice, “un señor en el pueblo que tiene taller de carpintería y me dijo que quería un carpintero”. Y ya me vine para La Libertad. Allá yo ganaba quinientos pesos semanales, pero no trabajamos en La Libertad; me llevó a trabajar a otro ejido, a una casa ahí, pero no me gustó el trabajo, porque cuando muy llegué a trabajar, ahí dejaban una escopeta y una escuadra en los bancos de carpintería. Nada más trabajé como un mes, en lo que agarraba dinero.

Busqué otro trabajo en otro taller de carpintería y gracias a Dios encontré un muchacho muy buena gente, él también era de Guatemala; incluso me dijo que fuera a su cuarto de él, que ahí cuando empezara a trabajar lo ayudara con la renta y así lo hice. Duré como tres años en el taller, ahí fue cuando agarré más experiencia.

¹ Se refiere al municipio Ángel Albino Corzo, ubicado en la región Frailesca, más conocido por Jaltenango.



Yo venía solo a México. Me vine de allá como en el 97, a los 15 años. Regresaba casi cada cuatro, cinco, seis meses a visitar, pero ya de ahí ya no. Ya desde que agarré a mi mujer, pues ya no fui para allá, sino mandaba a traer a mi papá que viniera para acá. Incluso vino varias ocasiones, pero ya de ahí que falleció, igual yo ya no bajo para allá tampoco. Uno de mis hermanos estaba allá en Guatemala y uno vive aquí en Tapachula. Pero doy gracias a Dios, porque ya estoy acá, aquí no estoy mal.

Viví en el ejido La Libertad, en Ciudad Hidalgo, en Metapa y también en Arriaga, Chiapas. También, en Iguala, Guerrero. Y por acá arriba en los altos, en los ranchos: Galeras, Las Palmas, por El Retiro, en Tuzantán, rumbo a la zona cafetalera, cuando había trabajo de carpintería y, si no, pues a la pisca² de café, también. Aquí en Tapachula he hecho trabajo de albañilería, podas de árboles, hasta barrer patio, ¡lo que sea! Como no había trabajo de carpintería, a veces a barrer, a lo que fuera. Donde he ido a trabajar me dan confianza, me dejan trabajando en su casa, salen, me tratan con respeto.

Fui a Iguala por un carpintero que conocí ahí en Metapa de Domínguez, que quería un trabajador allá. Los de Migración me bajaban en el camino, pero respondía a todo lo que me preguntaban y no me dijeron nada; llegué hasta allá y trabajé como por dos años, hasta que me vine, y ya no regresé otra vez. Eso fue como hace unos once años atrás.

Yo trabajo en la carpintería, como ebanista, tallar madera; hacemos esculturas de coco, todo tipo. Me enseñó un muchacho; de hecho, yo sabía tallar madera, y él me enseñó a usar los cuchillos, porque se usaban otras herramientas para tallar coco. En ese tiempo me junté con unos artesanos de aquí de Tapachula, porque supuestamente íbamos a poner un taller para dar clases, pero no funcionó; nunca les interesó más que todo.

Ahorita, pues ya no podemos vender en el centro, porque ya no nos dieron permiso. Vendíamos en el Parque Central, ahí íbamos a vender las artesanías, pero desde que entró el Chacón³ nos sacaron. Igual le pedimos apoyo al

² De "pisca", del nahuatl "pixcar": cosechar maíz, o recolectar frutos con las manos directamente de las plantas.

³ Presidente municipal de Tapachula, 2012-2015.



presidente Neftalí del Toro,⁴ nada más nos mentía igual. Le pedimos apoyo de que queríamos vender allá, pero nunca nos apoyaron, nada más que nos iban a hablar por teléfono para ir a vender. Pero igual ya no me gustó a mí, porque nos marcaron para ir a vender cuando venían barcos,⁵ para que vean bonito el parque; pero solo marcan cuando les interesa. Ya decidí yo definitivamente ya no vender en el parque.

La otra vez andaba con este grupo de la artesanía, pero el presidente que supuestamente teníamos como representante, a la hora que pedían apoyo y se venían los apoyos, a él era al que le daban su *mochada* y el apoyo no vino, ya quedaba el apoyo ahí en Casa de la Cultura. El único apoyo que nos daban era esto de cuando venía un barco. Pero, como le digo a los amigos, un apoyo debe ser permanente. Si nos van a dejar vender, que nos dejen vender, aunque sea ahí en el parqucecito que está pegado a la iglesia, pero nunca.

Enfrente del malecón, ahí dejan vender, pero quieren sus cien, ciento cincuenta pesos, que uno les pague, y a veces no se vende, porque yo he ido a vender. Pasan los inspectores y dice “ay, mira ¡esta bolsita me gusta!”, unas bolsitas de tortugas que se hacen. “Te gusta? Si te gusta, ¡págamela!”, le digo, “y llévatela”; “no”, dice, “la dejo vender, pero me la llevo”, “no”, le digo. Quieren que uno les pague y a veces no saben, no son cosas del otro lado, uno mismo las fabrica. Si fueran piezas de que yo aquí vendí veinte y aquí a la vuelta voy y me compro treinta, pero no, lo tiene que fabricar uno, te lleva un tiempo; entonces no, no se puede. Nunca les quisimos pagar y ya no nos dejaron vender.

Lo más difícil de venir a México es establecerse, y conocer personas que paguen, porque en muchos talleres, ahí quedaba el dinero; ya no pagaban; así pasaba con bastantes talleres. Lo más grande fue en Guerrero, allá me dejó vendido el carpintero; ya no me pagó. Ahí me dejó en una obra donde estábamos trabajando, y cuando yo llegué ya no estaba la herramienta, ya se había venido para acá a Chiapas, y me había dejado a mi allá; quedó debiéndome como cuatro

⁴ Presidente municipal de Tapachula, 2015-2018.

⁵ Se refiere a los cruceros turísticos que llegan a Puerto Madero, como parte de las actividades de fomento turístico del Ayuntamiento de Tapachula. Uno de los recorridos turísticos que se ofrece a los pasajeros es la visita al centro de la ciudad de Tapachula.



mil pesos. Ahí fue donde yo ya, igual, tuve que buscarle en otros talleres. Es encontrar un trabajo y una persona que de verdad sea de fiar, que le pague a uno más que todo, porque trabajo donde quiera hay bastante. A veces te duele estar en la obra y si saben que uno es de Guatemala ya no te quieren pagar; o si uno se pone “no, que mi dinero” y quiere uno exigir, pues te dice la gente “¿qué exiges si no eres de aquí? Aquí a quitar el trabajo vienes”. Me ha tocado esto aquí en Tapachula y aquí por Ciudad Hidalgo.

También me ha pasado cuando me junté con mi señora, en dos ocasiones, por eso dije ya no voy a ir a trabajar a Tapachula, a los talleres, cuando muy nos juntamos, dije ya no. “¿Y ahora qué?”, me dice mi esposa; “le vamos a buscar”, le dije, y ya me puse yo a hacer leña en el rancho para vender, buscábamos cosas ahí, hojas para tamales, cosas que se encuentran ahí en los terrenos que ya la gente no lo corta. No a robar, porque a veces, así como nosotros vivíamos aquí arribita de Malpaso, todo para arriba hay mucho terreno federal que a veces hay arbolitos de limón, ya ve que el río⁶ genera caxcamote que por la humedad se da mucho. Entonces salíamos a buscar eso. Hoja blanca igual se da mucho en la orilla del río, también se da mucho en la vera del río para los tamales, y eso íbamos a juntar para venir a vender aquí al Mercado San Juan. Ahí nos madrugábamos, a las cuatro de la mañana para vender ahí.

Ya de ahí fue cuando yo empecé yo también a ahorrar y ahorrar, para empezar a comprar máquinas. Primero compramos el motor, que todavía está ahí en la sierra; fue lo primero que compramos; ya de ahí el mandril ya con el banquito ese; ya empecé yo a ofrecer trabajos de carpintería. Me hice mi serrucho, armé mi escuadrita, y así empezamos; así gracias a Dios, se me ha ido dando paso a paso, paso a paso. Es de “no quitar el dedo del margen”, más que todo.

Sueldo fijo no tiene uno en lo que es la carpintería, a veces vienen trabajos por hacer nuevos, a veces vienen reparaciones o a veces no hay. Temprano nos levantamos a barrer, a darle de comer a los pollos; como a las nueve de la mañana me pongo a trabajar en la carpintería, y termino como a las cinco o seis, depende cómo esté uno de trabajo. Los pollos se venden, cuando preguntan los vendemos,

⁶ Se refiere al río Coatán y a la comunidad Malpaso en el municipio de Tapachula.



y más por los huevitos para el consumo. En vez de estar comprando huevos, mejor le compro maíz a los pollos, comen ellas y luego las ponemos a que se echen, así como ahorita tengo como cuarenta pollitos de las gallinas, ¡ya están bien bonitas! A veces las vendemos chicas, depende de la situación; cuando hay dinero, pues las seguimos manteniendo y ya, cuando vemos que no hay, ¡órale! se van. Así como ahorita, no tiene mucho, tenía una marranita allá por un corral, pero ya empezó hacer perjuicio, y pues mejor la horneamos y vendimos la carne.

Este espacio, cuando lo pedí, yo lo pedí rentado, pero no me lo quisieron rentar porque no tenía luz, no tenía drenaje, estaba inhabitable, entonces me lo prestaron, pero me dice “mira, te lo voy a prestar, pero yo no quiero problemas el día que te pida el patio”, “no, no tenga problema”, le digo, “así como usted me está dando el patio, y así como se lo estoy recibiendo, yo de buena fe el día que usted me lo pida, así se lo voy a dar”. Pero en ese mismo momento fue cuando me dijo: “¿cuánto pagabas de renta donde estabas?”. “Yo pagaba setecientos pesos”, le dije; “mira, pásate, arregla bien, haz tu casita, mete tu luz, tu agua, ya cuando estés ya bien centrado ahí me avisas,” me dijo, “y me vas dando setecientos pesos mensuales por el terreno”, me dijo.

Fue como al año que ya le dije, que ya hice mi pozo, ya hice fosa, ya tenemos luz, ya le puedo pagar yo setecientos pesos mensuales. Fue cuando él me dijo que no, que lo quería en junto, y le dije que no, que en junto no puedo, porque no lo tengo, “déjeme ver si ahorramos” le dije, “deme un tiempo para ver cuánto le puedo juntar”; pero todavía no había trabajo de la carpintería, más era de ir a podar árboles, fumigar —tenía mi bomba de fumigar para fumigar las casas—, le buscaba, pero nada más salía para los gastos, para la escuela, la comida, luz; entonces no podía yo ahorrar, sino hasta ahora que ya empezó a caer un poquito más de trabajo en la carpintería.

No tiene mucho que el señor vino y dijo que lo iba a vender a una señora, pero le dije que no era justo que fuera a vender por otro lado, porque yo ya le había trabajado casi cinco años a este terreno; no había ningún árbol, todos los que están aquí yo los sembré. Entonces le digo, “yo hice pozo, le hice fosa, entonces no es justo, me lo tiene que vender a mí”; pero me dijo que quería el dinero en junto, que quería cincuenta mil pesos, y le dije que en junto no se los podía dar, y así quedó.



Ya después vino con su mujer, y ya la señora fue la que dijo que por qué no me lo vendía a mí en pagos; le dijo: “pues el muchacho le trabajó al patio, entonces sería malo que se lo vendiera a otra persona”; y en eso andamos, con el licenciado Lorenzo también, porque quería una carta de compraventa para que la firme el señor. Me dijo él también que va a bajar para que vayamos con la presidenta de la Colonia, pero primeramente Dios todo esté bien.

Igual, al dueño le dije que yo ya tuve un problema así, allá en el rancho, cuando muy llegué. Mi hijito estaba muy pequeño, dos años tenía mi niño, igual tenía un dinero, igual de carpintería y vino un muchacho, supuestamente mi amigo y me dijo: “mira, yo tengo cuatro terrenos allá, te los voy a vender; dame cinco mil cada uno”. Creo ya le había dado como quince mil pesos, pero en eso tuvimos un problema ahí. El muchacho andaba mal.

Veinte días teníamos de haber vivido ahí, cuando a ese muchacho lo fue a traer la Marina, los militares, y de ahí me trajeron a mí también, con él. Y fueron a revisar mi casa; supuestamente teníamos ahí sesenta gentes instruyéndolas, que eran zapatistas. Les digo yo: “no, aquí no hay nada”, y ya fueron a la casa del muchacho, y le hallaron matas de marihuana, le hallaron botes de marihuana, como seis matas y armas —rifles de diábolos, más que nada para la cacería— y se lo trajeron. A mí no me achacaron, no me trataron mal los agentes. Me dijeron que nomás me traían para investigar si yo no había trabajado con el gobierno en Guatemala, si no había sido militar o algo así; al muchacho le cobraron como sesenta y cinco mil pesos por salir.

Entonces, fue ahí cuando empezamos mal con el patio. Pero en eso, mi esposa estaba embarazada y en ese tiempo iba a nacer mi nena; nos venimos para Tapachula aquí con una tía mientras nacía la bebé en el hospital y todo, y cuando llego a la casa allá ya se habían robado todo: láminas, unas tortugas porque teníamos animalitos, tenía veinte gallinas, se llevaron mis gallinas, la madera de la casa, casi la mayoría. Dejamos a un muchacho cuidando, pero incluso creo que también estaba ahí mismo; entonces decidí ir a desarmar la casita, y ya que desarmó la casita le pido permiso a un vecino para dejar las cosas ahí, y de ahí fueron a sacar la madera y todo.

Quedé *desvoluntado*, pero dije yo voy a seguir yendo a ver el terreno, lo voy a enmallar. Y seguí cortando café, íbamos a trabajar, y un día que llegué, todas



las matas de café tiradas, no había nada, y un palo de rambután que había sembrado, de naranja, frutas que yo había sembrado en una cuerda, no había nada. Me dio coraje y le dije yo al vecino, “¡oiga vecino! ¿Quién vino a tirar todo eso?”. “El que te vendió”, me dijo, “ya vendió otra vez, ya otro dueño vino”. Mejor me regresé y le dije a mi mujer “yo no voy a ir a pelear, ¡ahí que quede ya! Vamos a chambear, mejor, para salir adelante”. Y ya, ahí quedó el terreno, ya nunca fuimos, ya ni hablé al muchacho, ahí quedó perdido el trabajo y el dinero que se había dado. Y aparte lo que sentí es que gasté más en hacer mi casa, componer el terreno, comprar madera, lámina; incluso hasta Guatemala tuve que ir a traer mi lámina porque estaba más barata allá. Ya fue poco lo que rescaté.

Y ya fue por esa decisión que nos venimos. Desde ese entonces estamos aquí en Tapachula. Venimos a rentar aquí a la 5 de Febrero; ahí rentamos un cuartito; de ahí nos fuimos a Laureles, de Laureles a otra calle, y de esa calle hasta otra calle, y hasta ahí. Sí, hemos rentado como unas cuatro casas, hasta aquí que hemos tardado ahorita, y que ya no nos pensamos mover. Pero sí, todo este problema, le platicué al señor igual, cuando me dio el patio prestado.

Entonces, ya fue cuando yo conocí al licenciado Lorenzo. Fue por el motivo del papel del terreno, para que él me orientara sobre cómo se podía hacer. Lo conocí por el Facebook más que todo, que a veces publicaba cosas que apoya a migrantes, y ya me había comentado otro muchacho que lo había apoyado a él. Entonces ya lo busqué yo en el Facebook, y ya fue que yo le platicué. Primero, le había comentado yo de la artesanía, para que me apoyara para vender en el centro, pero luego me cayó trabajo en la carpintería y ya no pude estar yendo allá a vender, y ya no le dije nada a él, sino ya cuando lo del patio.

Ya llego yo con él, le platico lo del patio, y me dice, “¿pero estás regularizado aquí en Tapachula?”. “¡No!”, le dije; “entonces primero, regularízate; arregla tus papeles, porque te van a servir”, y ya fue que dejamos eso por un lado, y ya empecé yo a ir a las citas a Migración, y no tardé, gracias a Dios como en un mes me dieron mi credencial. Sin ayuda, hubiera tardado más; sí, yo siento que hubiera tardado más porque sí había muchos que tardaban mucho; incluso el licenciado Lorenzo ahorita está peleando que no le quieren dar la credencial a unos muchachos. Tal vez se me facilitó por el niño, porque uno está aquí estable en la ciudad, se me hizo más fácil.



No tiene mucho, poco más de un mes, que me apoyó el licenciado Lorenzo en regularizarme. Ya tengo una credencial permanente que me dieron; nunca había tramitado nada. Mis hijos sí están registrados, y pues se me hizo raro porque para esto me recibieron mis papeles de Guatemala, me recibieron una cédula que tenía yo, mi primer cedula que siempre he conservado incluso ahí la tengo. Porque otras ocasiones me pedían que estuviera yo aquí legal en el país para tener algún trámite legal, pero no, en esa me recibieron la cédula, querían una identificación con foto y con ella lo pude hacer. Para sacar la tarjeta permanente, con el apoyo de don Lorenzo fue gratuito, nomás ahí en Migración sí me cobraron alguna multa, por haber ingresado al país, y luego era tres multas, pero de parte del cónsul y del DIF me quitaron dos multas, solo pagué una.

No le he preguntado al licenciado si con esta credencial puedo comprar ya terreno aquí, pero yo creo que no. Porque mi hermano anda viendo eso, porque él ya tiene cinco años; anda viendo eso por lo mismo que no puede hacer una cuenta de banco. Ya intentó él, pero no puede; entonces por eso fue con el licenciado, y de hecho él ya sabía más o menos qué requisitos pedían, pero él quería un apoyo para que los trámites fueran un poquito más rápidos. Entonces, ya le dijo el licenciado que tiene que sacar una licencia de conducir, para que ya le den su credencial de elector.⁷ Teniendo regularización, dice que a los tres años ya puede uno sacar su credencial, pero cobran como ocho mil pesos.

Antes los de Migración nada más lo miraban a uno con su mochilita, y para arriba a los carros; y luego lo tenían a uno hasta dos, tres días a veces, y si llevaba uno dinero para comer, comía y si no, pues no había. No es como ahora, por eso le digo a mi señora que en Migración ahorita, pues todos los que van para allá, yo siento que están mejor que en sus casas, con clima en el salón, almuerzan, cenan, les dan jabón, desodorante, shampoo. Todo tienen. Ahí trabaja un primo de mi señora, en aseo de ahí de Migración, y eso dice. Antes no, ahí los tenían en una celdita a todos encerrados, ahí en un mismo baño hacían todos.

No sé por qué he tenido tantos problemas con las autoridades aquí. Una vez vinieron unos agentes, no sé si eran estatales, desconozco qué eran,

⁷ La información no es correcta, pero es parte de la que circula.



pero entraron acá a la casa. Entraron y me preguntaron si yo era *jonter*. No sé si era una persona, porque me dijeron *jonter*, alias *El Tigre*. Le dije: “yo desconozco quién sea”; “¿pero lo conoces?”; “no”, le dije; “dime dónde vive”; “no lo conozco”. “¡Llévenselo!”, dijo, “ahorita va a hablar allá”; y dije yo “¡chin! que me van a pegar allá!”. Pero no, gracias a Dios no me pegaron. Ya me llevaron, se llevaron mis loros. Aquí estaban mis hijitos y gritaban. Y ya fue que hablamos con el licenciado para que me apoyara inmediatamente. Y lo bueno es que yo ya estaba regularizado.

Ahí fue donde nos dirigimos a Derechos Humanos, porque habían entrado a la casa sin ninguna orden. Así fue que el licenciado Lorenzo mandó a mi señora a la oficina estatal de Derechos Humanos; ella fue a levantar una denuncia. Y ya fue que llegó la señorita de Derechos Humanos. A la hora que yo di mi declaración de cómo sucedieron los hechos, ella estaba ahí escuchando toda la declaración.

Ya cuando me van a tomar mi declaración, pues ya dicen que yo andaba con tres personas más; lo publicaron en el periódico y me pusieron con otros hombres. Eso no me gustó; luego me ponen otra cosa. A esos tres muchachos los agarraron allá arriba, y cuando voy a que me van a tomar mi declaración, ya me leen el parte de que yo iba con ellos caminando a las siete de la mañana; Dije: “si yo en mi casa estaba durmiendo a las siete de la mañana; es más, nos levantamos tarde porque ese día no fueron los niños a la escuela”, si no, pues hubiéramos estado más despiertos cuando hubieran venido, pero yo les digo: “no, yo no andaba en la calle”.

Yo les dije: “si gustan no importa que me detengan más, yo mando a traer personas que vieron que de mi casa me estaban yendo a traer a esas horas, y que lo único que están sacando de mi casa son mis animalitos, que yo sé que no es ningún delito tenerlos, si no los tengo en comercio; es más aquí andaban sueltos en los árboles, no estaban ni encerrados”. Entonces, le digo yo: “estaban trabajando los albañiles a esa hora; estaba trabajando un tío de mi señora”. Entonces dije: “yo mando a traer gente, que saben que yo en mi casa estaba; no andaba yo en la calle, así como dicen”, porque ahí ya me pusieron a mí que yo andaba una bolsa con treinta y cuatro *carrujos* de marihuana; le digo: “no, yo no”, y les vuelvo a decir que “de mi casa me sacaron”.



Y ya llega el señor del MP⁸ y llama a la licenciada y se salen así tantito para afuera, y ya de ahí me va a decir el señor: “mira, los muchachos que están ahí están implicados en muchos delitos”; “pues yo no los conozco”, le digo, “es más, yo no sé ni por qué estoy aquí para empezar”, le digo; “pero mira”, me dice, “échanos la mano, ayúdanos y te vamos ayudar”, me dice; “¿y en qué forma te puedo ayudar yo?”, dije; “mira ahorita tú dices que nos vas a ayudar y ahorita en quince minutos le digo yo a la licenciada, y te deja ir”, pero que retiráramos la demanda de Derechos Humanos. Y le pide chance la licenciada de Derechos Humanos a él, que vayamos a platicar aparte, y ya la licenciada me llevó a su oficina de él, y me dijo “si quieres seguimos eso, está en ti, y en tu señora”.

Pero la verdad es que, a mí, la licenciada me dijo que le dijera a don Lorenzo que yo había accedido a quitar la demanda, pero yo lo hice más que todo porque me dijo el del MP que la quitara y que me iban a ayudar, para que no se hiciera más grande. Y la licenciada me dice, “don Lorenzo te puede ayudar, pero a la vez él va a hacer un gran borlote. Eso te puede ayudar o te puede perjudicar; ya te has dado cuenta cómo trabaja él”, me dice; “entonces yo no quiero que él vaya a decir que yo no quise hacer mi trabajo y, si te pregunta, le dices que tú te desististe”, me dice. Y, pues, yo tampoco quiero tener problemas con la autoridad.

Yo me he dado cuenta cómo trabaja la autoridad aquí. El otro día aquí estaba trabajando un albañil en una casita que está por allá, estaba haciendo un pozo e hizo una mufa para la luz, igual, ya tenía unos problemas con algunos policías, ya había demandado a los policías y después apareció por aquí en el malecón muerto, lo habían golpeado y, según los policías, ya hasta lo habían levantado. Entonces, ya le dije a mi mujer que si ya me iban a dejar salir, que me dejen salir y hay que retirar la denuncia; se lo dije a la licenciada de Derechos Humanos, que no quería que me pasara lo mismo, que me estuvieran vigilando en la calle o me agarraran, me llevaran y después amanecer muerto o bien golpeado. “Entonces, mejor, ahí la dejemos”, le dije. “Ya los animalitos, ya se los llevaron, no van a aparecer y ya ahí quedó”.

⁸ Ministerio Público.



Nada más retiramos la demanda y me dejaron salir en quince minutos, al otro día después de que me llevaron. Estuve como unas treinta horas. Y todavía me dijo “mira, le vamos a decir que sí, que ya firmastes, pero yo no traigo el papel para que lo firmes aquí; vamos a decir que ya firmastes, y llegas el lunes a la oficina, y ahí lo platicamos bien”. Entonces, supuestamente ahí con el señor quedó que ya había firmado, y ya me dejaron salir.

Ya tiene como mes y medio de eso; mi puerta todavía está quebrada, la de allá enfrente; no la he podido reparar, no he tenido tiempo. Venían uniformados, pero en patrulla no, en carro particular sin placas, sin ningún logotipo; incluso a la hora que tiran esta puerta, ya estaban adentro y tiran la otra y le digo, “¿para qué tiran la otra sí ya están adentro? ¡Me hubieran tocado la puerta! ¡Me hubieran hablado, yo les abro!”. Pero no hicieron eso, nomás entraron y ¡pum!, ¡pum! a patadas las puertas. Pero ya no quise seguir con la demanda por lo mismo, no quiero tener más problemas más adelante; ¡tan bien que estamos aquí trabajando! Gracias a Dios ya pasó, pero sí estuvo un poquito pesado.

Las autoridades, ante todo, deberían ser más exactas en hacer su trabajo, no perjudicar a uno, no ponerle falsos a la persona; si lo agarraron a uno como lo agarraron, así lo deberían presentar a uno. Si lo agarran a uno con algo, pues está bien, pero pobre la gente que agarran. Dice el licenciado Lorenzo que hay mucha gente ahí en el reclusorio sin haber hecho nada.

En eso, yo he tenido mala suerte. En una ocasión, un 15 de septiembre hicieron redadas por la misma situación del desfile y agarraban al que encontraban. De México venía el *grupo acero antipandillas* y andaban levantando parejo pues, no al que es pandillero. Y yo había ido a hacer un trabajo aquí por la colonia El Confeti. Fui a ver un trabajo al que un señor me recomendó; él incluso me llevó. Y vamos caminando y, a la hora que salimos de la casa, una camioneta se cruza, me levantan a mí nada más, me suben y me llevan. Caminando íbamos en la calle; al señor no se lo llevaron, él después se presentó como testigo.

Me llevaron directamente al reclusorio, no me llevaron a ningún lado así de setenta y dos horas, directamente a reclusorio. Allá igual, cuando ya aparezco, aparezco que yo llevaba un cuchillo, y me pusieron pandillerismo y portación de un arma blanca, y pues yo no llevaba nada... Entonces le dije yo a la señorita



que no era justo que anduvieran agarrando gente nada más así por entregar trabajo, o no sé por qué... Ya le dije: “es injusto que me estén cobrando siete mil quinientos pesos por algo que yo no he hecho. Y en Dios queda”. Todavía le dije a la señorita: “igual paga el que mata la vaca que el que jala la pata, porque usted está colaborando y usted sabe que esto está mal, y ¿de dónde voy yo a traer siete mil quinientos? No es justo”. Ya fue que ella dijo: “voy a ir a hablar con el juez”, y ya fue que hicieron que bajaron la multa a dos mil quinientos pesos. Pero, no es justo; a mí eso me tiene con pena. Un poquito fea la situación con la autoridad, no deben de hacer eso, ante todo.

Honestamente, como de pequeño me salí de la casa, no tengo esa facilidad de decirle a mi hermano “mira, me está pasando esto, o el otro”. Entonces, más que todo tratamos la manera de solucionarlo nosotros mismos con mi señora. Nomás a veces un señor que me da trabajo de carpintería es con quien a veces ocupo dinero; llego con él, me lo presta sin dejarle empeñado nada. A él llego y le digo: “mira necesito esto”, incluso ahí a su casa llego a barrer su losa, a chaporrear⁹ la orilla de su casa, a lavarle unas tarras; como él vende pescado, le lavo las tarras de pescado. Él ya sabía que cuando yo llegaba por allá era porque no había trabajo y ocupaba yo dinero. Y a veces me decía: “no, hijo, pues todo ya está limpio” y me regalaba mi dinero a veces, “ten”, dice, “para que te alivianes”, y me regalaba doscientos pesos.

Él es el único al que yo le tengo confianza; incluso la otra vez me prestó un dinero, fueron como dos mil quinientos pesos, y yo tardé en pagárselos porque no había trabajo, sino que un día me encargó una cama *king size*; me da el anticipo para la madera, se la hago y se la voy a dejar, pero a la hora que se la voy a dejar, incluso dos mil quinientos pesos quedaban restantes, me dice “aquí está tu dinero”; “¡no!”, le digo, “si le debo a usted; dos mil quinientos pesos le debo, y ahí con eso lo pago”; “no, no, no”, dice, “agarra tu dinero, eso ya pasó, no hay problema”, y ya no me cobró el dinero. Incluso hasta a veces me hace llorar. Me dice “cuando necesites algo, o si están enfermos tus hijos, ven para acá, pierde la pena,” dice.

⁹ De “chaporrear” y se usa con el mismo significado de “chapear”: limpiar terreno con machete.



Nosotros, bueno mi niño tiene Seguro Popular, pero más que todo no lo ocupamos porque nos da lo mismo que ir a la Similares,¹⁰ porque, para empezar, en el Seguro hay que irse como a las tres, cuatro, cinco de la mañana para agarrar una buena ficha, y hay que pagar la ficha de treinta pesos, aunque tenga Seguro Popular. Entonces, vamos a la Similares y es más rápido; ahí son veinticinco pesos la consulta, rápido su medicina, y no hay que madrugar mucho. Bueno, y yo gracias a Dios nunca me he enfermado, nunca he ido a un hospital o una clínica.

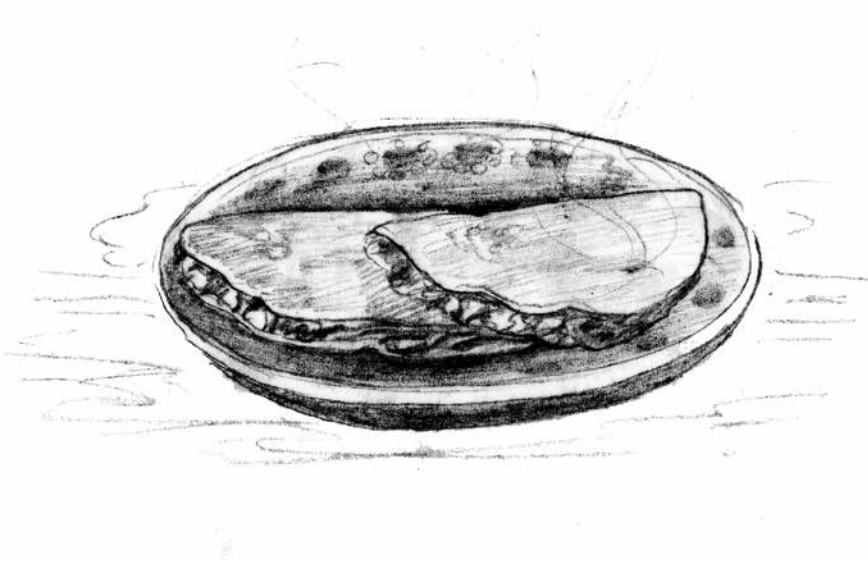
Ahorita, mi primo estaba que si le echaba yo la mano para venirse para acá, si le daba yo dónde estar, comida, en lo que él encontraba trabajo; pues le digo: “no sé cómo veas”, le digo, “porque yo lo único que puedo hacer por ti es decirle al señor que me ha apoyado mucho; él tiene pescadería. Ahí lo que dan son mil doscientos pesos a la semana, igual ahí te van a dar comida y si quieres dónde vivir, porque el señor les da comida, donde vivir, y pues te quedan mil doscientos pesos libres”, le digo, y “para acá, para la situación que es de aquí en Tapachula, mil doscientos pesos son buenísimos”, le digo, “pero no sé cómo estés tú allá en Guatemala”. Y no, me dice “haciendo cálculos, son como seiscientos quetzales”, dice, “y lo veo muy poco”. “Entonces mejor quédate allá, porque aquí es lo que vas a venir a ganar, y si te vas de ayudante de albañil vas a ganar menos, son como novecientos semanales”, le dije.

Lo difícil acá es no tener quién lo apoye a uno acá, venirse nada más así con los ojos vendados está duro; dormir en la calle o andar buscando una iglesia para dormir, así en un corredor, aunque sea; porque eso nos tocaba antes, en la vía de tren, sí. Dormimos en las calles, bastantes veces. De Guatemala, extraño mi a casa, a mi papá y a mi mamá, pero como ya no están, ya está más tranquila la conciencia.

Entrevista realizada por Cristina Robledo Cossío en el municipio de Tapachula, Chiapas, el 12 de junio de 2018.

¹⁰ Farmacias de medicamentos genéricos que ofrecen consultas médicas gratuitas o de bajo costo.

Iris



Nació en el departamento de San Marcos, Guatemala. Cuando falleció su primer esposo, empezó a venir a México a vender mercancía; iba y venía. Luego, empezó a vender comida. Se casó de nuevo, con un mexicano; al principio vivieron en San Marcos, Guatemala, pero después de diez años, ella trajo a sus hijos a México, donde actualmente viven. Sin embargo, su trabajo todavía depende de la frontera.



Nací en una aldea cerca de Malacatán, en San Marcos. Tengo 61 años. Fuimos nueve hermanos. Mi mamá en ese entonces tenía un negocio, ese negocio lo manejaba ella. Mi papá era agricultor, pero mi mamá, en ese tiempo el negocio estaba, tal vez se puede decir, bien; se dedicaba a vender abarrotes y nos daba, no tal vez los lujos, pero sí lo necesario para estudiar. Mi madre trabajaba mucho, también mi papá. Mi mamá enfermó de tanto trabajar; ella vomitó sangre y falleció. Nosotros nos quedamos chicos, yo me quedé a la edad de 10 años; ya no estudié y mi papá ya no me dio estudio, ni a mí, ni a mis hermanos.

Empezamos a crecer. A la edad de 15 años me fui de la casa, porque la otra persona que trabajaba con mi madre se quedó a vivir con mi papá y fue una vida dura. Ya mi papá no nos dedicó tiempo a nosotros, y pues cada quien agarró su rumbo y se fue. Mis hermanos se fueron a la ciudad capital de Guatemala; también yo me fui, a trabajar. Después regresé a cuidar a mis hermanos, a trabajar. Nosotros ya estábamos más grandecitos, y pues ya trabajábamos. Yo seguí el negocio de mi mamá.

Después nació mi hijo. En este tiempo yo ya había *fracasado*. Tuve tres hijos y mi primer esposo falleció. Pero yo seguía luchando para mis hermanos y venía a vender acá a México; gracias a Dios que siempre me ha bendecido. Nos fuimos de la casa, fuimos a rentar ahí a Malacatán. Renté una casa como de diez cuartos, tomé uno para mí y mi familia y los demás cuartos los daba a rentar y de ahí sobrevivía, pero no era lo suficiente. Entonces, empecé a venir a México a vender cosas; traía chanclas, traía discos en limpio, traía cualquier cosita de allá y los domingos me dedicaba a vender comida.

Entonces, tenía mis cuartos de renta en Malacatán, tenía mi venta de comida los domingos y entre semana pues me venía a vender a México, y cuando yo cobraba la renta, ese dinero me servía para comprar mi venta, para vender aquí en México. El dinero que yo ganaba acá en pesos no lo cambiaba en quetzales, sino que llevaba mercancía de acá para Guatemala; gracias a Dios salía adelante.

Cuando entré a México, mi hijo más grandecito tenía como unos ocho años tal vez o menos, y mi niña venía casi de cinco años y mi nene más chica, venía bebé. Tenía yo como 32 años. Cuando venía a vender, pues ya conocí a mi esposo aquí. Siempre, gracias a Dios, me iba bien allá en Guatemala; pero ahora sí que



mis hijos, los primeros, ya estaban más grandes y ya no podía darles de todo, ya empecé a trabajar. Ya después mi esposo se fue a vivir a Guatemala; vivió diez años allá con nosotros.

Mi esposo es mexicano. Cuando yo lo conocí, él trabajaba en un hospital; él empezó a trabajar para el Seguro Social¹ a la edad de 24 años y empezó a vivir conmigo a los 25 años, y pues fue una vida bien linda, maravillosa porque cuando yo lo conocí, pues ahora sí que, como cualquier pareja, ¿no? Es uno feliz y todo. Pero tampoco olvidé a mi familia; yo siempre trabajaba, iba y venía. Cuando me conoció me dice: “¿es usted soltera, viuda o casada?”; le dije: “fui casada”, y le digo, “y tengo a mis hijos, ¿cuál es tu propósito hacia mi persona?”, le dije, y pues, que empezó a decirme que me quería y todo. Por él conocí Puerto Madero, me invitaba. Yo le dije que, si en verdad me quería, pues que hiciéramos una nueva vida, porque yo ya no quería tener otra pareja, y me dijo que sí.

Cuando ya estábamos con nuestros tres hijos, nos casamos en el 2005, somos casados gracias a Dios. Nos casamos acá, mis padrinos fueron los del DIF en las bodas colectivas. Esto fue en 2005. Los que nacieron acá pues ya son mis hijos con él, son tres. Allá en Guatemala se quedó mi hija que es maestra, ella da clases en una escuela, y mi hijo el mayor que estudió para contador y está en Estados Unidos, y pues la otra niña murió; entonces allá ya nada más me quedo con ellos dos. Mis hijos que están acá ya son mayores de edad, mi hijo el más grande sacó la licenciatura en psicología y ya es casado, apenas se casó; y la niña que tiene 21 años va a entrar a cuarto semestre de medicina, y mi hijo más chico acaba de cumplir los 18 y entró a estudiar la licenciatura de enfermería.

Ya cuando mi esposo vivió en Guatemala, en ese tiempo a él le quitaron el trabajo porque siempre toma, y pues yo estuve con el mismo negocio; he trabajado y sigo trabajando. Entonces, en ese tiempo yo le dije a él: “pues hay que orar mucho” —yo siempre voy a una iglesia— “y confiemos en Dios que de nuevo te devuelvan el trabajo, y pórtate bien”, le digo. Entonces, en todo ese tiempo mi esposo no trabajó y yo trabajaba, ahora sí que también para él, y para mis hijos. Entonces, cuando él —a Dios gracias, yo oraba mucho— una vez que vino para

¹ Se refiere al Instituto Mexicano del Seguro Social, o IMSS.



acá me dijo: “fíjate que estoy luchando para entrar otra vez al trabajo y yo sé que Dios me va a oír”, me dijo. Siempre trabajaba aquí, pero por contratos, no un trabajo estable donde había quincenas, donde yo esperaba dinero de él. Entonces, yo lo poco que ganaba allá, pues lo compartía con mi familia y también para él; por eso, él ahora que tiene un trabajo, me duele lo que hace.

A él le devolvieron su trabajo, y pues él dijo: “vámonos para Tapachula”; “no”, le digo, “mejor ¿sabes qué? compra un patio”, le digo yo, “no importa cómo la casa esté, yo así me voy; lo que quiero es estar sola con mis hijos y contigo, no quiero vivir con nadie, con tus papás o algo”, porque ya sabía yo que su mamá de él nunca me quiso, ni me quiere; entonces no podíamos tener una vida estable así. Y pues llegamos, él hablo con mi suegra, que si nos daba permiso mientras encontrábamos donde vivir; ella dijo que sí, pero a los quince días nos corrió.

Para ese tiempo, yo un puestecito que tenía en Guatemala, lo vendí. Me dieron como doce mil quetzales, que estaba valorado aquí tal vez en unos veinte mil pesos y fuimos a buscar un patio. Cuando la señora supo que teníamos patio, nos corrió, y le digo yo: “¿ya viste? Por eso no me quería venir, y tan bien que estaba yo allá”; “pero no te preocupes”, dice, y nos salimos de la casa de su mamá. Empezamos una vida de cero; fue a comprar unos horcones de palo y compramos unas láminas usadas, me acuerdo a treinta y cinco pesos cada una, eran como diez láminas; con el dinero que yo traía compré las láminas, hicimos la casita y ahí vivimos. Pero, él seguía tomando, con mujeres, y yo seguía trabajando. Mis hijos estaban chicos.

Como mi esposo es mexicano, registró aquí en Tuxtla Chico a mis tres hijos; entonces ellos empezaron a tener una vida estable, y ya les sacó su acta de nacimiento a los tres y empezamos a vivir, pero él seguía con sus cosas. Yo le dije: “¿sabes qué? Ya que estás trabajando para el Seguro Social, ¿por qué no sacas una casa de Infonavit?”. Yo pensando a futuro, y pues me costó rogarle que lo hiciera, pero lo hizo. El mal que cometió es que no puso la casa para mí y para él, sino solo para él; yo no sabía sus pensamientos y tampoco pensé más adelante en eso.

Después, vendimos el patio y nos venimos para esta casa. Pero no sé qué vaya a pasar ahora, porque cuando mi esposo está tomado, él nos corre de la casa y dice: “¡la casa es mía! Váyanse ustedes”. Mi hija, la mayor, le dijo un día: “¿sabes qué



papá? solo danos tiempo a que yo me gradúe, y te quedas con tu casa; nosotros nos vamos”. ¡No! que empezó a quebrar los cristales de la ventana y quería falsear la puerta y quería pegarme, y nos escondimos, nosotros. Ahí nos dormimos, ¡en ese espacio! Pero ya en la madrugada, ya como que recapacité y me pidió perdón, pero ya no era lo mismo; a mí me impactó ese miedo. Pasamos una vida de miedo, de terror. Y yo pues, hasta la fecha no vivo segura por él. Ahora lo que yo estoy pensando es de que algún día venda la casa, y pues no sé para dónde nos iríamos.

Entonces, pues la ayuda que yo tengo es del gobierno de México, porque a mi hija le dan su beca y de ahí ella se sostiene. Ahora el que a mí me está afectando demasiado es que, como no tengo ningún trabajo estable ni tengo quincenas, tengo que buscarle para pagar la colegiatura de mi hijo, cuando mi esposo se hizo compromiso de pagarlo, mas no lo está haciendo. La otra vez que se fue de comisión, apenas el lunes, cobró su dinero el viernes. Si fuera un padre responsable dijera: “¿sabes qué? te dejo el dinero de la colegiatura, aunque sea, ¿no?”, pero no fue así. Entonces, dice que vino el domingo, yo estaba vendiendo allá en Guatemala, y vino borracho. No hizo escándalo, pero diciéndole a mi hijo que le fuera a comprar cervezas. Pero mi hijo no fue, porque ellos están acostumbrados que ellos no deben de comprar ese tipo de cosas. Entonces, ahora, pues anda de comisión y con su dinero ¿no? Y ya que viene, regresa con la amante, no se preocupa por sus hijos.

Seguí trabajando con mi venta que tengo, y lo poquito que vendo allá en Guatemala, sigo teniendo la misma vida como que si estuviera soltera, pero lo que a mí me preocupa es mi hijo que está estudiando en la particular, que cómo le voy a hacer; esa es mi mayor preocupación. Y si yo un día saliera afectada o golpeada por la amante de mi esposo o por él, no sé qué medidas pueda tomar el gobierno.

Para ir a vender allá, nosotros pensábamos rentar un local en la mera ciudad de Malacatán, pero está muy cara la renta, y como el quetzal está demasiado caro, pues no nos conviene; y por eso decidimos ya no vender en Malacatán, sino como en un ejido, donde no radica mucha gente. La primera vez vendimos como unos quinientos quetzales en el trayecto de dos días; es muy poco, pero algo es. Esta vez, ahora sí que nos fue mal; gracias a Dios sacamos lo invertido,



pero no tuvimos ganancias. Fuimos este fin de semana, mi hija y mi hijo, los tres trabajamos. Llevé de acá la parrilla, llevé mi comal, el cilindro de gas allá me lo prestó mi hija.

Donde estamos vendiendo allá es la casa de mi hermano, que me tiene prestado por decirlo así; pero no es nuestro y, pues no sé, cuando él ya no quiera, ya no vamos a vender, y lo que invertimos en gas y todo eso, no lo recuperamos. Todavía falta por sacar. Y esta vez mi marido llegó supuestamente a ayudarme, pero no era tipo ayuda, porque la amante lo corrió con machete y, por eso, llegó allá supuestamente a ayudar, pero no fue para ayudarnos sino fue por hablar conmigo, para regresar a la casa. Y pues le dimos la confianza como cualquiera; el error que cometí fue que lo puse a él de cobrador y pues se trajo todo el dinero y no nos lo dio, se lo llevó. Así que perdimos lo invertido y perdimos las ganancias, nos fue malísimo. Pero esta vez, yo de mi poco dinero que tenía hice las compras y pues gracias a Dios sacamos lo invertido de las compras, pero no ganamos nada tampoco. Entonces, ahora sí que venimos un poco con tristeza.

Ahí lo que vendo son quesadillas de res, de pollo y de queso. Invierto de siete de la noche para las diez, once de la noche, sábado y domingo en la noche, y pues vamos a dormir ahí con un familiar; de ahí comemos y de ahí otra vez a la venta, y ya el domingo si no terminamos lo poco que llevé, todavía nos quedamos el lunes. Y pues el tiempcito libre del día, me salgo a vender mis trastes ahí mismo en el lugar, me llevé un poco para allá para vender. Ya en la tardecita me pongo a hacer la comida que voy a vender, y ya salimos a vender como a las siete.

Ese negocio de *Tupper*, como mi hija tiene credencial, por medio de ella entré porque a mí no me dan este negocio, porque como yo no porto credencial de elector, nada más tengo la permanente. Y la permanente no me la reciben. La permanente me ha servido por ejemplo para trasladarme, ir y venir de Tapachula para Guatemala, y de Guatemala para acá: enseñó mi permanente y, con esa, paso bien. Y el programa de Prospera que nos dan acá cada dos meses, con esa credencial permanente recibo esa ayuda, por mis hijos mexicanos. Ellos vieron mi necesidad que yo tenía y pues ya pude realizar ese trámite. Pero cuando fui a la oficina del *Tupper* y quise inscribirme, no pude porque no



me recibieron mi permanente. Y como mi hija no tenía la edad grande para ayudarme, no se pudo; pero ahora que ya es mayor de edad, los pedidos salen a nombre de ella.

Los pedidos de *Tupper* son a cada quince días, y yo lo poco que saco lo llevo a Guatemala. Allá mi hija me ayuda hacer los pedidos y a ella le pagan a cada mes; y pues así me es un poco difícil, porque hay que dar el dinero y volver a pagar otra vez, porque todavía no he cobrado allá a los que les llevamos los *Tupper*. Entonces, lo poquito que ya tengo pues ya, y si no tengo pues presto y ya lo junto en un solo dinero, y hago mi pedido. Lo poquito que yo cobro lo invierto en mi comida, en mi casa, pago agua, pago luz, pago internet, la colegiatura de mi hijo, y pues no me alcanza; ahí voy viendo donde presto y ahí voy así viviendo.

Quise intentar tener un trabajo más estable, pero me dijeron que a mi edad que yo tenía, yo creo que ya no me recibían. Aunque sea para trabajar en casa, no pues ya a mi edad ya no me reciben. Entonces, yo veo la manera de cómo solvento mis gastos, cómo le voy a hacer y pues presionando al marido, pero veo que no hay entradas. Ya va para seis meses que no me da para la colegiatura, estoy pensando pagar un abogado y meter las constancias de estudios de mi hijo, primeramente Dios, que pase, para el pago de la colegiatura y ahí me quedaría solvente con la comida y mis gastos de la casa. Yo no sé qué vaya a pasar, porque el señor es muy violento y cuando sabe que me voy a meter o hacer algo me amenaza. Pero ya no le tengo miedo porque yo sé que Dios está conmigo, y yo sé que nada me va a pasar.

Cuando estaba chica, nada más saqué cuarto de primaria allá en Guatemala, pero aquí con el apoyo que me dan de Prospera, nos exigen que sigamos estudiando. Ya me obligaron dos veces a que yo llene un cuestionario con preguntas, pero no nos dan cómo podemos estudiar y cómo contestar las preguntas y entonces nada más nos dan el cuestionario, y nosotros tenemos que ver cómo. El cuestionario que nos dan viene desde primero hasta sexto de primaria. No nos enseñan; nada más nos dan el cuestionario y “mire cómo le hace”. En dos ocasiones no pasé el examen de primaria porque viene muy complicado. Pero pues gracias a Dios esta vez sí lo pasé, y me llamaron que fuera a recoger los resultados aquí a INEA. Ya pasé la primaria por decirlo así.



Para sacar la permanente fue muy difícil. En ese tiempo nos cobraban de entrada como mil quinientos pesos y pues los pagué y ya después otro trámite, o sea que en ese tiempo nos daban la F1, la F2, la F3,² y fue como pasaron más de tres años, y ahora me estoy enterando que dice que, si uno va, dicen que al mes ya se la dan. Hacia allá es como las instituciones también han trabajado, para que esas cosas se agilicen, para que sea menos difícil el acceso a un documento a los extranjeros.

A mí me ayudó la licenciada Lily y le agradezco mucho a ella, del Fray Matías de Córdova. Ella me apoyó mucho. No tiene mucho tiempo que la saqué, unos cinco años tal vez. Conocí a la señora Lily, es una muy buena persona, muy amable; también a ella le he contado mis penas, mi situación, incluso esta vez me dijo: “si usted sigue con los mismos problemas con el señor, pues nosotros la podemos apoyar con buscar un abogado”, dice, “y meter la pensión, para que usted ya deje de sufrir”, me dijo.

Entonces, ellos me han apoyado mucho; también el DIF me apoyó mucho con ser mis padrinos cuando me casé, pues hay muchas ayudas que he tenido de aquí de México. He querido sacar la credencial de México, lo he iniciado pero lo que me falta es el dinero. En ese entonces, cuando lo empecé a tramitar, me dijeron que me costaba de tres mil quinientos a cuatro mil pesos. Entonces, le dije que cuando yo reúna el dinero pues yo regreso, pues así se queda. Pero ¡ahorita dice que está valorado por ocho mil pesos! Para obtener la credencial de elector.

El trato hacia mí, aquí en México, ya cambió, porque al menos ya no hablo como Guatemala; ya pues gracias a Dios me adapté a como hablan los mexicanos y ya casi la mayoría no saben que soy de Guatemala. Tengo mucha amistad aquí en México y tengo gente que me aprecia mucho también, porque asisto a una iglesia y tengo a las personas que yo les enseño las cosas de Dios; me aprecian bastante, me invitan a comer, me regalan fruta, así. Me siento muy querida por varias personas y eso me motiva mucho. Ahora, el que sigo con un poco de desprecio es de mi esposo, cuando debe de ser diferente. Pero sí, cuando yo predico, o estudio, me ha dicho una hermana: “no pues”, dice “¡una *cachuca*³ nos está en-

² Quiso decir FM1, FM2 y FM3 (ver sección de Siglas, acrónimos y abreviaciones).

³ Término con connotación despectiva para referirse a persona nacida en Guatemala.

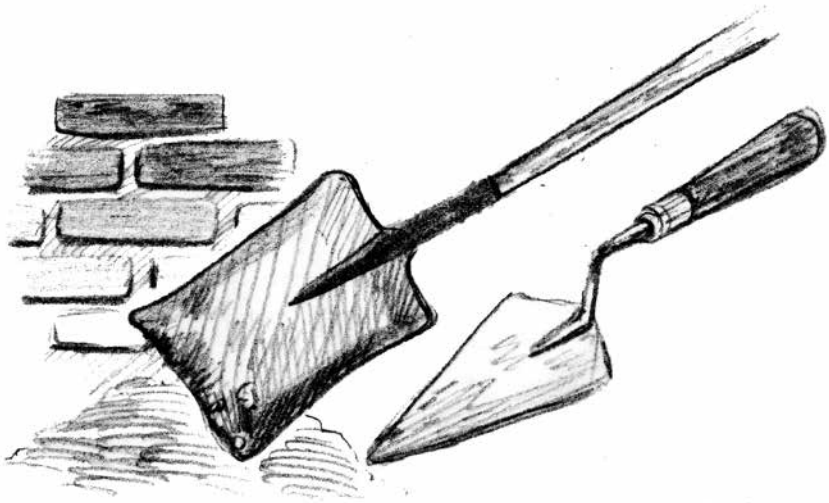


señando aquí, y nos quiere mandar!”. Hay este tipo de comentarios, y no *debiera*. La primera vez me puse triste y lloré, pero después dije “¡no! ¿Por qué voy a llorar por lo que me dicen? Al contrario, debo sentirme mejor porque estoy halagada”.

Lo más difícil de venir acá a México sería buscar un trabajo. Sin documentos sí cuesta, pero si uno acepta que te pagan un sueldo bajo, ya depende de uno. Yo nunca lo acepté, yo siempre puse un negocio donde yo ganara más de lo que me pagan en una casa. Porque el sueldo mínimo acá, ¡antes eran cincuenta pesos! Pues yo poniendo un negocio gano más, y no me conviene ganando así de poco sin documentos. Lo de mi tierra, casi no extraño. Lo que sí extraño es a mi familia, pero aquí está mi familia también.

Entrevista realizada por Cristina Robledo Cossío en el municipio de Tapachula, Chiapas, el 18 de junio de 2018.

David



Nació en Tajumulco, San Marcos, una zona cafetalera en Guatemala cercana a la frontera con México, donde trabajó desde muy temprana edad en los cafetales. La falta de un trabajo regular en Guatemala obligó a su familia a buscar trabajo en las fincas cafetaleras de Chiapas. Empezó a venir por cuenta propia a los 15 años y, durante seis o siete años, trabajó por temporadas en México, hasta que se quedó a vivir en Tapachula, cuando trajo a su esposa y a sus seis hijos. Desde entonces se dedica a la albañilería, ocupación con la que ha logrado salir adelante y echar raíces en México.



Yo soy nacido en Guatemala, soy del municipio Tajumulco, San Marcos, frontera casi con Unión Juárez. En Guatemala estudié casi dos años en la primaria, pero no me entregaron mi certificado de estudio. Desde la edad de 15 años me vine aquí a México y estuve trabajando en cualquier finca cafetalera. Yo estuve mucho tiempo aquí antes, pero yo me iba para mi casa con mi familia, con mi papá; llegaba y venía, y así. Pero después, me decidí venir, porque en Guatemala casi no hay trabajo, a veces había trabajos por unos dos, tres días, y después nos quedábamos sin trabajo y el sueldo muy bajo y, por eso, me vine aquí.

Estuve por allá en las fincas cafetaleras, en cualquier finca estuve trabajando. Iba cada dos, tres meses, después venía cada tres meses o hasta al año regresaba yo a mi tierra. Yo venía a veces por menos tiempo, pero no nos daban permiso para regresar a Guatemala, entonces yo no podía dejar a mis hijos mucho tiempo así y, por eso, es que yo venía a buscar así sin contrato.

Ahí donde crecí es un lugar también cafetalero, pero es muy poco terreno, un patio y algunos que tienen terrenos como una hectárea o algo así, y ahí es donde nos daban trabajo por unos días, y pues así nos la pasábamos. Muy dura la vida en Guatemala, pero gracias a Dios que aquí estoy en México, donde estoy prosperando. Casi estuve como unos seis, siete años en la finca cafetalera; después me vine aquí a trabajar a Tapachula. Cuando yo muy vine a Tapachula, yo buscaba aquí cómo trabajar; me decían que en el mero centro de Tapachula se gana buen dinero como albañil.

Y me trajo un amigo, y le daba vueltas y vueltas y no encontraba y, de repente, me dijo un señor: “pues, aunque esté duro, éntrele”, y le entré, y ya le agarré la onda. Empecé de ayudante de albañil, tal vez dos años y medio, algo así. Después de esos dos años y medio, ahora ya entrando de albañil, ahora sí yo me sentí que ya ganaba un sueldo grande y ya empecé a ahorrar y, con eso, empecé a ganar para comprar mis dos patios y, mientras, yo arreglé mis documentos aquí con mi permanente. Pero antes, empecé con puro de esa FM2, no sé cuántos años, creo que tres años me quede así renovando la FM2.

Pero antes de todo esto, para entrar nada más me aventaba por el río. A veces el río estaba grande, y pues tenía que pasar ahí nadando y al cruzar pues a veces nos agarraba Migración. Más pasaba por El Carmen, o a veces por Unión



Juárez, pero ya antes había Migración por ahí que era la finca San Jerónimo; había Migración ahí y nos agarraban, se metían a sacarnos. Pues, ya nos aventábamos otra vez por Unión Juárez, nos íbamos de vuelta para Guatemala. A mí, varias veces me agarró Migración y, entonces, pasábamos otra frontera, por Talismán. Igual, a veces, nos agarraban aquí en El Manguito, y otra vez para allá.

Antes, Migración no daba permiso, por eso nos aventábamos. Daba, pero solo por setenta y dos horas y tenía uno que regresar para allá en setenta y dos horas. Entonces, no podíamos sacar un permiso para el trabajo, no se podía. Ya más después ya hubo; entonces sí, hoy hay oportunidad de pasar aquí a México. Entonces, ahora ya cuando yo quiero ir a Guatemala, voy porque tengo familiares allá.

Ya con ese documento que tengo, pues ahora sí ya después empecé a entrar en la empresa de albañilería, porque ahí es donde me daban seguro y, por eso, ahora ya me siento bien. Mis hijos ya están grandes, ya trabajan también, ya les enseñé aprender de albañil. Tengo seis hijos en total, dos hembras y cuatro varones. Tres varones son albañiles y un ayudante. El más pequeño tiene 17 años y ya es albañil, muy inteligente, abusado el niño, todavía no tiene 18 años y ya es albañil; ya tiene su sueldo de mil ochocientos pesos y le va bien a mi hijo. Y gracias a Dios que yo me siento alegre, contento aquí en México. Ya para regresar a Guatemala, ya no quiero regresar porque tenía mi casa, pero la vendí, con eso compré aquí donde estoy viviendo. Todos mis hijos están viviendo en México, nacidos en Guatemala.

Vine solo a México. Ya después que yo logré pasar aquí, me traje a mi familia, a mi esposa, mis hijos. Aquí me salió bien todo; en Guatemala no, porque no hay o no había terreno para cultivar y aquí me siento mejor; hay trabajo, hay más movimiento aquí en México, en Chiapas. Por eso, mi familia viene a trabajar; de ahí se van, ellos no se quedan aquí; pero yo sí, ya me quedé, ya no quiero regresar. Todavía tengo terreno allá, tengo patios, pero de repente algún día se vende allá y, pues, ya se compra otro terreno aquí en México. En Chiapas, hay donde salir adelante, el que piensa salir adelante sale. Yo me siento bien aquí en México.

Cuando vine aquí yo no podía comprar terreno. Allá tenía una casa de material y ya dije: “ya no quiero vivir aquí, ya no; no tengo trabajo”. Me dijo un señor:



“te compro la casa”. Entonces, ya vendí la casa y me traje el dinero para comprar un patio y no pude. Entonces, fue que me metí con el licenciado para que mis hijos arreglaran sus actas de nacimiento, porque me dijo que si tienes hijos nacidos aquí sí puedes comprar, y a nombre de sus hijos va a salir. Por eso empecé a luchar con mis hijos para que pudieran sacar sus actas de nacimiento y, entonces, “ahora sí, vamos a comprar”, y así compré terreno a nombre de mi hijo acá.

Pero, lo bueno es que en ese entonces había oportunidad de arreglar las actas de nacimiento de los niños y, como yo trabajaba aquí, me presenté con el seguro del trabajo a lo que me pedían allá en Cacahoatán; me pedían los documentos que yo vivía aquí, que yo trabajaba aquí, “sí”, le dije, “y estoy trabajando”. Le presentaba mis papeles del seguro, solo eso. Tengo familiares que viven aquí que no tienen papeles, una sobrina que tengo y no pudo sacar su acta de nacimiento. Ahorita esto ya no se puede como antes, ya no se puede, entonces ahora no se puede estudiar.

Antes me trataban mal los albañiles; ya no, pero tenía que aguantar, porque así me dijo un señor: “tienes que aguantar porque aquí está duro”. Pero ¡cómo me trataban mal esos albañiles, porque no sabía hacer las mezclas! Pero ya agarrando la onda, ya de ahí como a los cuatro meses, aprendí a hacer mezcla y todo. Pero dos años y medio sufrí, y era poco el sueldo. Entraba a las siete de la mañana a cinco de la tarde, de lunes a sábado. El primero, me pagaba quince pesos diarios; después llegó a cuarenta y cinco y el último fue setenta pesos, como ayudante. Después de los setenta, me aventé ya de albañil. Entonces, me pagaban ciento veinte pesos; ese era el sueldo del albañil.

Después, ya decidí entrar a las empresas con papeles, con el seguro, todo. Ya de último, ahora ya cuando quiero, salgo de trabajar y, si no, me dedico en mi trabajo propio. Ahora tenemos mucho contacto con los maestros de obra, también mis hijos. Ahora sí que cuando estuve trabajando aquí donde están construyendo las instalaciones del Seguro, ahí nos estaban dando dos mil doscientos (pesos) la semana. Ahora como no hubo entrada, nos dieron descanso. Estamos descansando por una semana. Después, ya vamos a volver a entrar.

Cuando trabajé en esta obra, que trabajé por más de un mes, nos pidió los documentos, número del seguro, lo entregué. Pero, a los ocho días, yo quise



preguntar al ingeniero, le dije que si ya estaba dado de alta en el Seguro Social, y él no me respondió, no me dijo nada, “ahí vemos”, me dijo. Y no nos dieron. Treinta personas trabajaron ahí y solo a diez le dieron de alta, por un mes que trabajamos nosotros ahí en esta obra. Y no todos les dan trabajo a salvadoreños, hondureños, guatemaltecos; dijeron que no tenemos ningún papel y así trabajamos nosotros. Muchos están trabajando ahí pues, pero ahorita digo yo cuando *haiga* accidente, ¿qué? Hemos visto que se han caído; cuando nosotros entramos, uno se vino de hasta arriba; se lo llevaron y quién sabe si tiene seguro; pero ahí les dan trabajo a todos.

Trabajé en un fraccionamiento durante dos años con dos de mis hijos. Estuvimos trabajando durante dos años y no nos dieron el seguro también ahí; pero ¿qué pasó? Mi hijo, el más pequeño ya estaba trabajando de albañil, él entró a trabajar de los 16 años de albañil. Ese señor le dio chance. Le dije: “mire que sabe trabajar; que entre como albañil”; bueno, lo agarró rápido, pero el problema ahora que ya llevábamos casi dos años es que se vino de arriba y quedó casi muerto.

Entonces, me dijo el señor encargado: “no cuente nada; yo me hago cargo de usted”; me dijo que se hacía cargo de mi hijo; “bueno”, le dije; “no cuente nada, porque es menor de edad y si no me van a meter a la cárcel”, dijo; “está bien”, le digo, “y, entonces, yo me hago cargo de todo, le voy a dar sus seiscientos pesos cada semana de su gasto”, me dijo, “y para su despensa y no mencionar nada al patrón y a ti te voy a dar trabajo y a tu otro hijo, pero no cuenten nada”. “Está bien”, le dije, “si usted se va a hacer responsable de todo, está bien”. Mandó seiscientos cada semana; a las cuatro semanas dijo “ya está mejor tu hijo”, pero como se partió la cadera, a las cuatro semanas todavía estaba en el hospital.

Salió del hospital y lo trajimos aquí y dijo el señor: “que descanse ahí; usted véngase a trabajar”. Ya el señor a las cuatro semanas dijo: “ya está mejorando” y bajó cien pesos; nada más mandó quinientos cada semana. Le dije: “mire, usted prometió que le iba dar seiscientos pesos cada semana, ahora ¿por qué le está quitando cien pesos?”, le dije, “y ahora ¿quién va a cuidar a mi hijo?”. Y dice, “si quiere así, si no, mejor no”, me dijo, “lárguese de aquí del trabajo”, dijo. Y como es una empresa, nos corrió a los dos, por cien pesos que yo estaba reclamando que él lo quitó, que él prometió y que ya no quiso dar.



Entonces, por eso, yo llegué con la licenciada Lily¹ y le dije: “¿qué hago? me corrieron y a mi otro hijo; ahora nos quedamos sin trabajo, más el que está impedido”, le dije yo. Yo ya tenía como siete años de estar llegando ahí con esta licenciada, por lo de mi FM2. Por eso dije, mejor voy a ir a preguntar qué idea o qué información me va a dar. Me dijo que fuera a conseguir la dirección, nombre de la persona completo, y me dio una hoja para poder citar al señor para que se presentara ahí a la oficina de Fray Matías. Entonces, el señor no se presentó; mandó su abogado y, al llegar, yo me enfrenté con su abogado de él y me dijo: “vamos a arreglar aquí, ¿qué es lo que quieres?”, me dijo, “pues ¿sabe qué?”, le dije: “yo quiero que él siga dándole los seiscientos, y que él prometió que me iba a dar trabajo; ya estaba yo bien colocado en el trabajo y por reclamar esos cien pesos me corrió, y ¿ahora cómo le voy hacer?”, le dije yo. La licenciada de la oficina dijo “mejor ustedes van a arreglar con el mero que le dio trabajo, no va a ser con usted”, le dijo al licenciado.

Y ahí quedó, ya no solucionamos nada con el abogado, nos quedamos así. Mandaron otro citatorio al señor para que se presentara, pero ¡qué listo fue!, porque yo ahí estaba, cuando él vino a ofrecer un dinero a mi hijo aquí; no sé cuánto dinero le dejó, pero no fue mucho, quizás como quinientos pesos, y que ya no lo demandara, y ya fue que me dijo mi hijo que “no, que ya no quiero problema”, dijo. Ahí es donde ya no hubo nada, pero sí le dijo el señor “te voy a dar quinientos a la semana”, y sí dio, durante los ocho meses que quedó tirado mi hijo. Ya se levantó, hasta ya está trabajando otra vez, pero ya en otra construcción.

Yo ya tengo mi tarjeta permanente. Conforme el trabajo, yo no podía entrar en la construcción donde pedían seguro, número de afiliación; no podía entrar porque me pedían esos documentos y con los papeles de Guatemala no podía. Entonces, por eso empecé. Me fui pues ahí con la licenciada y ella me echó la mano. Ya no me acuerdo cómo fue que llegué ahí. De repente me dijeron que había unos de derechos humanos, y me acerqué ahí con ellos. Sí logré hacer todos mis documentos.

¹ Trabajadora del Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova.



Puse una denuncia ante el Grupo Beta, cuando una vez me fui a Guatemala y llevé mi hija conmigo; ella tenía como edad de ocho años. Yo me acuerdo de que fui a una clínica porque ahí es gratis, no es como aquí. Entonces, ya cuando regresé tenía mi FM2, cuando yo pasé me dice Migración ahí en la aduana de Talismán, me dijo “¿este documento cuánto te costó?”, pues yo le dije la verdad, como no era permanente, era FM2, le dije yo: “es gratis”, le dije, “porque solo los gastos de los trámites pagué”, “no, este lo compraste”, me dijo; “no”, le dije; “este no es tuyo, no es original, es falso”, dijo; “¿cómo va a ser falso?”, le dije yo; “¡a poco te opones conmigo!”, dijo; “no” le dije yo. Y que me agarra de la mano y me encierra; ahí hay una cárcel en Talismán, y mi hija quedó afuera; ella tenía ocho años de edad. Me encerró por media hora desde las seis de la mañana; a las seis y media me sacó. Y como fue un día lunes, y yo a las seis de la mañana dije yo “alcanzo a trabajar”, pues ya no trabajé; perdí el trabajo. Ellos llevaron mi documento para checar no sé qué y, sí, salió que no era falsa. Me sacaron de ahí y mi hija estaba llorando.

Y le conté a un señor de ahí “me metieron a la cárcel porque yo le dije que no era falso mi documento y solo por eso”; “vaya a denunciar”, me dijo, “pero ¿cómo? ¿Dónde?”, “con el Grupo Beta, a Migración; allá está el cerrito”, me dijo; “bueno, pues ya ahorita por hoy perdí mi trabajo”, le dije. Me fui a poner una denuncia y ellos me la tomaron. “Y ahora qué se va a hacer? ¿Quieres que te pague tu día de trabajo?”, “Híjole”, le digo, “pero ahora necesito ir otra vez con el patrón, a ver si me va a dar trabajo mañana”. Y, pues, por eso ya no los demandé, solo lo puso en el periódico, no sé cómo le hicieron el Grupo Beta.

Hubo un señor, bien conocido por la colonia 5 de Febrero, que es un encargado de obra, de construcción. De repente empecé a trabajar yo con ese señor, y a las dos semanas casi, le dije a mi hijo Jaime: “vamos a trabajar con ese señor, vas a entrar como ayudante de albañil”; “sí voy a ir”, dijo, “¿y cuánto va a pagar?”; “ciento cincuenta, ya hablé con el señor”, le dije. Y entramos a trabajar; a mi hijo le faltaban como cuatro, cinco meses para los 18 años. A los quince días, dijo el señor que iba a pagar; va pagando el señor, y como mi hijo se ve bajito, se ve niño, pero ya tenía 17 años y dijo: “se merece sus cincuenta pesos diarios”; “no, ¡pero usted prometió ciento cincuenta!”, y dijo: “si quieres,



si no, no”. Pues yo me opuse con el señor “¡págale a él! si él hizo el trabajo”, le dije, “hizo la revoltura y el cemento y todo, hizo el trabajo bien”; “si quieres y si no, lárguese”, dijo el señor, “si no se van ahorita, van a salir por la buena o por la mala”, dijo. Pero dije: “yo me voy con Derechos Humanos o a ver dónde voy”.

Estaba cerrado el Centro de Derechos Humanos, pero ahí abajito había uno de esa Comisión Nacional de Derechos Humanos y llegando ahí entré y me dijeron: “no, el señor va a pagar” y, además, le dije: “nos amenazó; el señor es muy agresivo”. Ya vino también el Grupo Beta y el de la Comisión Nacional de Derechos Humanos y otros policías municipales, tres grupos vinieron y al llegar ahí donde estaba él: “¿ustedes quiénes son? ¿Qué vienen hacer? ¡Váyansen!”; dijo. Los corrió, al Grupo Beta; regresaron otra vez y ahí sí lo mandaron a citar, a presentarse allá en la Unidad Administrativa. Igual hizo, se opuso con la licenciada: “mire, si usted es muy agresivo”, mencionó la licenciada, ¡que lo iba a meter en el Cereso! Entonces, dijo: “mejor no quiero problemas. Aquí le voy a dar ciento cincuenta el día”. Y dijo la licenciada: “entonces, si va a pagar, páguele ahora”. Eran las diez de la mañana, esperé hasta las cuatro de la tarde.

Otro mi hijo se metió a trabajar con ese mismo señor, pero él no sé si se opuso con el encargado y, pues, que le va golpeando. Lo golpeo, a mi hijo. Él ya sabía lo que había pasado con mi otro hijo, pero no sé por qué se metió a trabajar con ese señor. Llevé a mi hijo al Similar; allá lo curó el doctor. Fui a demandar a este señor, ahí mismo; no sé cómo le hizo con unos licenciados que están ahí, vi que le dio un dinero a mi hijo, y ahí cerró el caso, ya no hubo nada de demanda. Pero dice que mi hijo le pidió su pago y no quería pagar. Según dicen que los centroamericanos, los guatemaltecos como nosotros, mis paisanos que son humildes, ellos se dejan. Si les dicen: “mira, ten tu pago”, lo reciben; pero los mexicanos, estos sí no se dejan, ellos no reciben lo que les dan, sino lo que promete el encargado. Y, por eso, él tiene ahora muchos centroamericanos trabajando, guatemaltecos tiene, pero, así como trabajan, sí les da poquito, y lo reciben, o si no a golpes salen los trabajadores con este señor.

Mi hijo el grande no pudo entrar a la escuela, porque ya de grande le saqué su acta de nacimiento. Ya los demás, estudiaron. Sacaron la primaria nada más porque no hubo becas para ellos, todavía no. Y pues ya trabajan. Con sus actas



de nacimiento de Guatemala entraron mis dos muchachas en la escuela, pero el director de la escuela dijo que sacáramos el acta de nacimiento de aquí de México, si no, no va a poder seguir estudiando. Entonces, por eso, es que empecé yo a movilizarme.

Yo hablo mam. No quise enseñarles a mis hijos porque, como yo le dije a ellos: “si les enseño, van a aprender hablar en dialecto y no van a aprender hablar el español”, les dije. Sí, se puede hablar en español y en dialecto, pero, así como yo hablo en español, a veces se me enreda, de repente le hablo en dialecto. Pero yo, con mi finada esposa, le decía “no hables con los niños en dialecto, hálbales en español, yo no quiero que ellos aprendan como yo”, le dije. Es que allá donde yo vivía antes, casi todos se hacían como mudos, ahí no había maestro, había escuela, pero en la casa todos en dialecto, todos. Y, cuando yo salí de ese lugar, es un lugar donde no había carretera, no había carros, no había televisión, no había luz, no había nada. Entonces, ahí no había nada, por eso no hablaban, ¿dónde aprendía, pues?

Como vivíamos en una montaña, terracería, puras mulas, machos que le dicen ahí, entonces para salir a la ciudad está lejos. Ahí caminabas, casi para las cuatro de la mañana salía uno; para hacer plaza en la ciudad, tiene que caminar como seis, siete horas. Ahora que ya hay luz, hay todo, pues; ahora veo más diferente, ahora donde era montaña ya es una ciudad, ya hay casas de tres niveles. Ahora ya hay mujeres, muchachas con pantalón; ya se visten bien. Ya hablan en español, ya casi están perdiendo el dialecto por lo mismo, porque ya los niños que crecen ya no le entienden. Al entrar a la ciudad, le hablan y ¡nada más se quedan mudos!

Aquí, este lugarcito es de puro vecinos de Guatemala, son paisanos todos, y pues aquí todos nos llevamos bien. Aquí mismo donde yo vivía antes, ya hay como ocho, nueve casas que son de Guatemala. Esta casa es de mis hijos. Ya me fui, se lo dejé a ellos, pero siempre vengo. Estoy viviendo en un Cantón, ahí arriba por la zona cafetalera. Ahora estoy en unión libre con una mujer que es mexicana. Ahí estoy viviendo ahora, en el cafetal; compré terreno ahí, son tres hectáreas de cafetal. Cuando no tengo trabajo, me dedico ahorita a andar chaporreando, estar limpiando el cafetal. Me alegro de vivir ahí; hay frutos,



guineos, papaya; pero ya cuando me sale trabajo, lo dejo así. Apenas estamos levantando una misión evangélica en el rancho donde estoy viviendo ahorita; ya toda mi familia aquí llega a la iglesia.

Ahorita ya solo cuando hay un problema, voy con el Centro de Derechos Humanos, pero me dicen los del Cantón: “no, aquí lo arreglamos”. Mi mujer tuvo un problema ahí con un señor que también es salvadoreño, que nos prohibió, primerito, que tuviéramos unos perros en el terreno de ahí y, luego, se molestaba porque los pollos que tenía mi esposa entraban a su terreno; entonces, salía el señor a machetear los pollos; a ella la amenazó tres veces, la amenazó con el machete, llegó ahí en la puerta a darle y nada más se escondió adentro. Ya le puse una demanda ahí en el Cantón. Y este señor juez no nos atiende, ya lleva tres veces que llega y que tal día vamos a solucionar; mañana va a ser el último, por eso llegué con la licenciada para ver qué se puede hacer. Ahora mañana jueves vamos a ir a solucionar y si no soluciona, ya, ahora ya me voy a ir por ahí en la fiscalía del migrante. Ya no voy a esperar porque ya lleva más de un mes eso.

Allá en Guatemala tengo a mis hermanos. Nos vemos cada que hay chance, como cada medio año. Vienen o voy para allá yo. Para mí lo más difícil es cuando alguien de guatemaltecos muere aquí. No hay como para enterrarlos; muchos se mueren y ¿qué es lo que hacen? Consiguen un costal de ese color rojo y lo meten ahí y alrededor le meten no sé qué y lo cargan para el río para cruzarlo para Guatemala, eso es lo duro. Varios de mis paisanos han llegado y eso es lo único difícil. Falleció su hijo de mi hermano aquí en la colonia 5 de Febrero; estaba trabajando con un patrón de ahí; falleció el niño y dimos parte con el patrón; dijo el patrón: “no cuenten nada, lo que van a hacer ustedes, llévenlo a Guatemala, llévenlo a su tierra, aquí no”.

Y mi hermano tenía un patrón trabajando de un rancho ganadero, y dice “si quieres, entiérralo en el potrero” ¡Ay, eso sí que estaba duro! Pero, nosotros no sabíamos nada, que si era un delito o no, pero dice: “¿saben qué? Si no lo quieren enterrar, llévenlo a Guatemala”, y el señor ¿qué hizo? ¡Nada más llegó con una veladora! ¡Una nada más! Nosotros no sabíamos nada de cómo ir a poner una demanda, ahora que me estoy dando cuenta, el patrón debió haber dado un dinero, tan siquiera unos cien pesos para el taxi y llevarlo, pero nada, solo una veladora.



Lo llevamos, pero no se dieron cuenta nada. La mujer del otro mi hermano lo llevó cargado como enfermo, pero los pies bien tiesos; subió en el taxi, no se dio cuenta el chofer y como nosotros lo estábamos cubriendo ahí para que se subiera en un taxi hasta Talismán; llegando a Talismán se miraba los pies bien tiesos. No se dio cuenta la autoridad, lo bueno, y ya cruzando del otro lado, ahí sí ya no hubo problema y ya la gente se dio cuenta, “¡ese está muerto!”, ya llegando a la casa, ya así.

Donde están muriendo mucho es ahí en el basurero, mucha gente pobre que vive ahí, que buscan latas, plástico para juntar y vender para sobrevivir porque no hay, no tienen trabajo. Ahí viven en el basurero, y para comer lo levantan de ahí de basurero. Otro mi hermano estuvo un tiempo ahí en el basurero; dice que levantan sandía, levantan piña y ahí mismo comen y, entonces, ahora ahí viene la enfermedad y mueren ahí por comer basura. Si el que muere es pequeño, pues ahí lo dejan revuelto en el basurero, pero si es hombre grande, entonces si lo meten en un costal y no sé qué le meten alrededor y pagan un taxi para Guatemala, y eso es lo que pasa. Ya llegó uno de Guatemala en un costal, lo conozco y también conocí un señor como de 40 años de edad, nacido de allá mismo donde yo vivía ¡Eso es lo duro!

A otra persona de Guatemala que quiera venir a México, yo le diría que trabajara. Por cualquier cosa siempre arreglar sus documentos para poder vivir aquí en México sin problema con Migración o autoridades, porque si va a estar sin nada, es lo duro, porque si la autoridad o Migración los agarra, los mete en la cárcel y, si por el miedo a veces salen corriendo, dicen que Migración los golpea y cuando uno ya los demanda, ellos se lavan las manos. Yo creo que aquí hay más oportunidades de trabajo, aquí en Tapachula; más adelante por México, también se gana más, pero es más peligroso por la delincuencia.

Ahora no extraño a Guatemala. Antes cuando hubo guerra, en el tiempo que estaba de presidente Lucas hubo matanza, mucha gente murió por la guerra y otros se vinieron para acá y otros se quedaron. Ahorita, ya está más tranquilo; lo único de allá es que no hay ayuda del gobierno como aquí en México, no hay ayuda del gobierno, para los ancianos, para la viuda, no hay. Ancianos de 90 años no tienen para comer, a veces solo por hambre mueren. Ahora sí hay muchos que se arriesgan para llegar a Estados Unidos para mantener a su familia.



Me siento bien aquí y ya no quiero moverme más a otro lado. Yo me siento más seguro aquí en México, y como me siento más seguro, pues ya no me voy a mover para otro lado. Ahora sí que como estoy en el Cantón donde vivo, colaborando ahí, y como ya tengo los documentos de aquí, que el día cuando yo muera, que las autoridades del Cantón colaboren conmigo para que ahí me entierren, en el Cantón. Eso es lo único, ¡que no quiero que me metan en un costal para que me lleven para Guatemala!

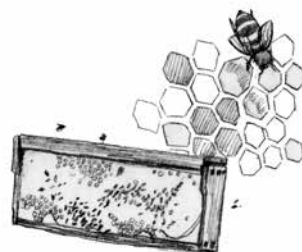
Entrevista realizada por Cristina Robledo Cossío en el municipio de Tapachula, Chiapas, el 16 de julio de 2018.

Viñetas transfronterizas



Ernesto, Champotón

Soy originario de Guatemala. Estoy aquí en México porque salimos por motivo de lo que nos pasó allá, en Guatemala, y pues tuvimos que salir, y gracias al gobierno mexicano que estaba en ese momento de la guerra, pues nos recibieron. Así, nos empezaron a movilizar y todo, y ya después nos dieron un lugarcito; vinimos más acá a Campeche porque estábamos en Chiapas. Habíamos llegado primeramente a Ocosingo; por allí llegamos y nos trajeron. Nos venimos para acá después de dos años y medio. Pero, habíamos estado antes en otro campamento de refugiados, en el municipio de Carrillo Puerto, en Quintana Roo; duramos cinco años allí.



Entonces, allá las comisiones¹ nos decían, nos preguntaban muchas cosas, y nos decían: “¿qué quieren?”. Y contestábamos que “nosotros queremos terrenos”, porque era bueno que nos daban qué comer, pero, nos daban unas cosas que no nos gustaban, nos daban una masa que le dicen la Maseca,² no, no es Maseca, es Minsa. Y el sabor no nos convencía, la Maseca es dura cuando se enfría.

También nos preguntaron si queríamos irnos para Kesté, en Campeche, que lo pensáramos bien y los que quieren ir para su país, allá para Guatemala, pues que no vayan a Kesté. Y pues nos decidimos de venir para acá a Campeche. No quisimos regresar a Guatemala porque íbamos a caer de nuevo en el mismo conflicto, porque fue muy duro la cosa allá, mucha gente se murió; en otros poblados mataron. Yo tenía como cinco años cuando el Ejército empezó a molestar a la gente.

¹ Acnur (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados) y Comar (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados).

² Tanto Minsa como Maseca son dos marcas de producción de harina de maíz nixtamalizado (procedimiento antiguo para la cocción de maíz con agua y cal; se prepara para la elaboración de tortillas y otros productos alimenticios como tamales y atoles).

Nosotros en el Ixcán, apenas teníamos como cinco años ahí. Habíamos venido de otra tierra para vivir ahí en ese terreno, un terreno muy fértil que no necesita abono; sembramos y da la cosecha. Pero en 1982, nos sacaron de nuestros lugares. Éramos muy jóvenes. Ahora tengo 73 años. Y entonces ya después de eso, me dije yo con ella, mi esposa, ya en Kesté: “pues vamos a arreglar un poquito la casa, ya que nos dejaron vivir aquí”.

Esta casa es de la miel, con lo de las abejas compramos para hacerla, pero quedó abierta de arriba y entra mucho polvo, no me gusta. Desde que llegué, me dediqué a las abejas, fue aquí donde nos enseñamos; en Guatemala no era así. Cuando nos trajeron las Comisiones, entonces se hizo como una sociedad; pero todo el poblado, todo, todo, trabajamos cincuenta cajas,³ se dividieron en módulo 1, 2 y 3, esos fueron las que llegaron. Entonces estuvimos asociados un tiempo, pero, vimos que no caminaba la sociedad. Hay que exprimir la miel, pero hay que llevarla a vender; entonces cuando ya llegaba el dinero nos tocaba una fichita a cada uno y, el demás dinero, ¡quién sabe!

Entonces, así empezaron la gente, pues, que no; hasta que finalmente se dividieron a las abejas aquí por grupo. Fue que yo les dije a mis hijos: “¿saben qué, hijos? no vamos a perder esa oportunidad; tenemos que dedicarnos”. Y así nos dedicamos y casi ya iban a terminar con las cajas de abejas, pero mi hijo las levantó; y yo, como juntaba poquito mi dinero del maíz y chigua, de lo que se siembra, con eso. Y ya otro muchacho pues me estaba ofreciendo: “¡cómprame abeja, lo voy a vender; yo me voy para el otro lado!”. Y en ese tiempo estaba barato, y sí, logré con cinco mil pesos que tenía yo juntado; con eso compré veinte cajas.

Mis hijos y mis nietos de estudios, que ya ganaron sus prepas,⁴ es su carrera, es su gusto. De mis dos hijos, uno nada más se dedica a las abejas y, el otro, se salió porque le pican las abejas, ya se quitó; un nieto también hace miel. Parece que ya tenemos como treinta años dedicándonos a esto de la miel. Cuando llegamos a Kesté, mucha gente estaba metida en esto. Y creo que fueron los de la Comar o Acnur, no estamos al tanto quién trajo ese proyecto de las cajas

³ Cajas es el nombre común de las colmenas que están hechas de madera con rejillas para las abejas.

⁴ Una abreviación de preparatoria.

de abejas. Luego vinieron los terrenos para sistema de riego, y así estamos los tres, mis dos hijos y yo. Empezamos a sembrar maíz, y la chigua es temporal; en veces da y en veces no.

Para la miel recibimos apoyos para cuidar las cajas de cera y compramos nuestras propias herramientas: cajas, extractor, bancos, ya al puro coste de uno. Y vendemos a la acopiadora, cada quien lo hace, y llevan la producción a Campeche. Y vendemos a como ponen el precio. En el 2017 nos pagaron a treinta o treinta y cinco pesos el kilo. Aquí en el pueblo se junta la miel en quince, veinte tambores para allá, según la gente que entrega. Yo solito tengo cajas nomás, no tengo mucho, no he aumentado. El trabajo es mucho, yo voy a chapear⁵ al monte de la abeja. Y se da la miel nada más en abril, y mayo ya termina. Y ese es mi trabajo.

Entrevista realizada por Martha García Ortega en el municipio de Champotón, Campeche, el 16 de agosto de 2018.

⁵ Chapear es el acto de limpiar la hierba de un terreno “a machete”, pero en algunas zonas también se usa para aludir a la limpieza con “líquido” (herbicida). En el campo cercano a las abejas se evita el uso de agroquímicos.

Magda, Champotón

Yo nací en Guatemala en 1977. Cuando llegamos a Kesté, estas tierras eran puras sabanas; había mucho nance, armadillos y hasta venados. Toda la gente estuvo trabajando con hachas y picos. Había que vivir la vida, aquí todo estaba muy jodido; no como ahorita que ya está muy bien. A los cinco años, en 1982, salimos de Guatemala por La Mesilla; estuvimos tres años en Chiapas. Entramos por Las Delicias y fuimos a La Trinitaria y a La Gloria. Allí no había mucho espacio, nos dijeron que había que ir a Campeche; unos se fueron a Campeche, otros a Quintana Roo. Nosotros no llegamos directamente a aquí, a Kesté, porque aún no se habían comprado estas tierras, estaban en negociación.



Después cuando hubo la paz en Guatemala, que intervino la ONU, hubo retorno, así le llamaban; uno decidía si te quedabas o regresabas. Mis suegros se regresaron a Guatemala; muchas personas regresaron y después cuando vieron que el pueblo estaba creciendo, quisieron volver.

Cuando era chica empecé en el campo. Nosotros cosechábamos y vendíamos yuca. Mi papá tenía su pequeña tiendita, pero la situación estaba jodida porque nadie tenía dinero, ahorita ya muchos tienen dinero y negocios. Yo siempre he trabajado mi tierra. Empecé a trabajar en el campo a los 13 años, después de que murió mi mamá.

En ese momento me escapé en busca de marido. Logramos hacer nuestra casita y le echábamos ganas al campo. No he trabajado en otras cosas más que en mi tierra y la venta de la cosecha. Luego, me puse a preguntar a los comisarios ejidales de Hool y al de Sihochac sobre terrenos y me ofrecieron diecisiete y media hectáreas. Allí tengo mis abejas, y siembro chigua en un terreno que está reforestado por toda la orilla de la carretera. Ese terreno va hasta Arellano y está reforestada toda la orilla de la carretera con árboles de ramón.

Como con cualquier trabajo, no falta quien te envidie; me destrozaron la cosecha, me robaron, me arrancaron más de cien matas de limón, envenenaron las abejas. Pero no me he dado por vencida, sigo luchando. La judicial del Ministerio Público dijo que no puedo hacer nada porque las tierras son terrenos nacionales. ¡No, si he pasado tanta injusticia! Ahorita ya sé mis derechos, ya no me van a hacer como al principio, pero ya pasaron tantas cosas. Ahorita tengo como seis y media hectáreas de chigua que está bien bonito, hoy me voy a mi terreno. Gracias a Dios tengo pollos en una casita pequeñita con techito.

Hay gente que trabajaba conmigo. Bueno, hay un señor que se queda en el terreno; era un borrachito de la calle, creo hasta lo rescaté. Le pago lo que trabaja, no diario, de vez en cuando. Además, a veces le mando de comer; no le puedo mandar diario, pero el prende su fuego. Cuando es tiempo de trabajo siempre hay dos o tres personas trabajando conmigo. Hasta eso es una gran ayuda no solo para mí, también para mi gente, porque se imagina si yo no sembrara chigua, ¿a dónde va a trabajar la gente que siempre trabaja conmigo? No son puros hombres, son también mujeres, niños que trabajan sábado y domingo. Para sacar la miel, trabajan de cuatro a cinco gentes conmigo cada fin de semana.

Tenemos corte de caña y cuando no hay caña, hay chigua, se dedican a la siembra de todo. El problema es que no hay mucha tierra. Aunque algunos han comprado tierras, otros que también se pusieron las pilas y, como yo, tienen bastante tierra. Hay muchos terrenos nacionales que no han solucionado su situación, lo que nos dicen en la Sedatu es que no hay resolución de México.

Aquí todo se vende. Si usted sabe cocinar se pone a vender. Hasta hace cinco, seis años me dediqué a hacer tres veces a la semana tamales. Ahorita cuando ven que vengo con hoja de plátano, la gente me pregunta si voy a hacer tamales de bola: “¡sí! Dame seis, dame diez”, pero eso sí, no te los van a comprar a veinte pesos, lo más a lo que te van a comprar es a doce pesos. Pero, una comida bien preparada ya no sale porque está caro todo.

Todo es negocio, aquí todo es negocio. Ahí está la gente que vende su cacahuatito, su sal y su limón, se lo compran en un vasito a cinco pesos. Todo aquí se vende y por eso la gente se levanta. Yo he sido capaz de llevar mi negocio y

pagar a la gente que chambea conmigo, pero hay veces que casi me quedo sin comer por pagarles porque no es fácil.

En cuestión de negocios hasta hoy, la que la lleva de ganar es la tienda de doña Marcia. Esa señora empezó de poquito, compran directo hasta las bodegas, o yo no sé; todas las cosas son más baratas aquí que en Súper Che! ¡Eso está muy bien! Hace como cinco o seis años puse mi tiendita bien surtida, pero compraba mis productos con ella. Mi papá que siempre ha sido negociante toda su vida iba a Campeche para hacer sus compras; tiene gente conocida, y eso que apenas habla el español. Ahorita, él se surte con la señora porque está más barato que en Campeche.

También hay tiendas de ropa, no sé de dónde traen ropa barata, dan más barato y dicen que sí les va muy bien. De eso me entero por mi hija, pero en otras tiendas está más caro. La señora vende más; vende zapatos de marca, todo hay, aquí todo hay. Además, están las tiendas de abarrotes de material. Cuando yo hice mi casa hace veinticinco años, traíamos el material desde Sihochac, había que pagar flete; ahorita no; empezaron a vender aquí y, pues, es una gran ayuda, hasta dan crédito, pero no a la gente mala paga.

Los que salen a trabajar van más para chalán de albañil o para albañil en la ciudad. Pero ya no muchos se van. El que se fue a trabajar a la ciudad, es el papá de mis hijos. Ya nos separamos porque él siguió trabajando fuera. De por sí era albañil y como entiende bien todo, ya está como arquitecto. Ahorita construyó la escuela privada Garden en Ciudad del Carmen. Además, construyó también una secundaria y una primaria, porque lo sabe hacer. Aunque no tuvo estudios, no llegó ni a la primaria, pero sí lo hace, y mi muchacho que estudia la prepa, allí está. Está estudiando, le echa ganas, ya va a la abeja, ya tiene su propio apiario, ha aprendido a hacer reinas⁶. Es que aquí la gente le busca y, bueno, yo en mi casa con mi familia.

Dicen que las abejas quieren que la gente sea muy tranquila, creo que es una creencia; pero, viviéndolo creo que sí es cierto. Nosotros teníamos más de cien cajas de abejas, pero desde que descubrí que mi marido me engañaba, él tuvo un hijo con otra persona, empezamos a guerrear; ese año solo sacamos como veinte litros de miel. Yo creo que sí es cierto, no sé qué tanto, pero sí es, ya lo viví.

⁶ Atraer abejas reinas de la miel.

El año pasado fui a hablar cuando vino el gobernador en Sihochac; que me meto y pedí que nos diera chance comprar miel, porque mi hijo estaba asociado con un primo, pero el primo le sonsacaba y le dijo: “vamos a hablar personalmente”, y le dieron chance a mi hijo de comprar miel para la mielera de Champotón. Le fue bien, y a mí también porque ya me trajo fructosa para la abeja; buscarle, porque aquí tienes que buscarle. La miel que nos traen es de Santo Domingo Kesté y de toda el área aquí; traen los tambores, la bajan, pesan y después lo vuelven a cargar, y se lo llevan a la mielera. Aquí tenemos tres centros de acopio para la miel: dos en Champotón y uno de un señor de allá.

Yo hablo el dialecto q'anjob'al. Aquí hablan también mam, chuj, hay como siete idiomas, pero el más común es el q'anjob'al. Yo tengo mi traje típico. De hecho, nos invitó el gobierno de Campeche para representar el estado en un evento.

Entrevista realizada por Martha García Ortega en el municipio de Champotón, Campeche, el 16 de agosto de 2018.

Cecilia, Champotón

Tengo 26 años. Nací en Kesté, pero mis padres son de Guatemala. Yo estudié hasta tercero de secundaria porque preferimos ir a trabajar y ya no ir a estudiar. Cuando mis papás vinieron desde Guatemala, parece que tiene 26, 28 años, algo así, que salieron. Cuando llegaron mis papás a México, mis hermanas Adriana y Maribel ya estaban. Rosario, yo, el varón y Antonia fuimos los que nacimos ya aquí en México. Mi mamá dice que ella se juntó a los 12 años; creo a los 13 tuvo a Adriana, a los 14 a Maribel y así.



Mis papás me dijeron que cuando llegaron al campamento aquí en Kesté estaba lleno de monte y no había luz; el agua se tenía que acarrear; todo era buscarlo. A veces entraba la pipa; quién sabe de dónde venía la pipa, pero entraba a dejarles agua. De eso sí me acuerdo, estábamos chiquititos, íbamos con nuestro trastecito a buscar agua, aunque un poco, pero cargábamos agua; ya ellos como tenían más fuerza, eran más grandes los galoncitos. La pipa no entraba hasta acá, era hasta por allá en la entrada nada más; toda la gente a rescatar su agua, porque si no, no tomabas y no te bañabas. Ya cuando venía la lluvia, aprovechaban ellos a juntar agua; a veces ni entraba la pipa. Cuando no había agua aprovechaban el tiempo de lluvia y se iban lejos y ahí acarreaban su ropa; en la montaña había arroyo grande y ahí se ponían a lavar su ropa y de pasada se bañaban. De eso sí me acuerdo, porque iba la gente, la fila en la carretera. Antes no se veía carro y moto, solo triciclo y bicicleta. Estaba muy chiquita, pero sí me acuerdo, no me olvido.

En ese tiempo todo esto era árboles, no había centro de salud aquí. Cuando veníamos había que cruzar todo eso, de ahí donde está el centro de salud, y todo esto eran solo árboles. Lo que hacíamos primero era pasar a jugar y después llegamos al jardín de niños y como todo estaba cubierto, no entrábamos a la hora. Todo aquí era puro árbol hasta que construyeron. Ahí había muchas matas

de *pich*,⁷ había como seis. Allá hay uno todavía en el jardín de niños; hay una que da su flor roja, no sé cómo se llame, pero se veía bonito ahí, y otros árboles que daba como un tipo machete, y otro como unas maderas largas, y es en ése donde nos gustaba jugar.

Empecé a trabajar a los 15 años. Salí a trabajar en Ciudad del Carmen y en Campeche. Hacía limpieza nada más. En Ciudad del Carmen duré seis meses nada más, y acá en Campeche un mes, nada más trabajé dos años; pero, me iba, pongamos dos meses con una señora, y vi que no tratan bien, y me regresé.

Para enterarme que había trabajo, les fui a preguntar a unas muchachas que conocí, y me dijeron: “sí, cuando ya alguien quiera yo te aviso”. Y le di el número de teléfono; como no era tanto los celulares antes, ahí el teléfono de mi tía, ese le di, y ahí me marcaron y fui a ver quién era. Y es donde me dijeron que sí necesitaban a una muchacha. Pero tú tenías que venir a ver el precio, y así me fui, pues ya estando allí me quedé.

Me pagaban mil quinientos, pero quincenal. Lo que hacía era barrer, trapear, sacudir, lavar la ropa. Hacer comida no, planchar tampoco; me sentía pequeña, tal cosa no lo puedo hacer, cocinar y planchar no puedo. Y sí, “no importa, la limpieza, lavas la ropa, lo demás a ver qué hacemos”. Ellos se planchaban solos. Era una familia: dos niños, la suegra, la pareja.

Me trataban bien, pero después cuando me dijeron que me iban a seguir pagando lo mismo, iban aumentar dos cuartos más, le dije que no estaba bien, porque no era poco y es donde les dije que, si no me aumentaban el sueldo, yo ya no iba a seguir. Solo iba cerrar los dos meses y ya. Ahí duré los seis meses, pero ya cuando yo le dije del pago, me dijo “cuando ya tengas más de cuatro meses te vamos a aumentar el sueldo. Si no duras ni dos o tres meses ¿cómo quieres que te aumente el sueldo?”. Y es donde empecé a ver que, pasó dos, tres, cuatro, cinco meses, y nada; y ahí le dije: “ya son seis meses y veo que no me aumentan el sueldo, sigue lo mismo”.

⁷ Se denomina *pich* (*Enterolobium cyclocarpum*) al árbol de la familia leguminosa de gran porte y amplia distribución en México, cuyos frutos son alimento de ganado; y su madera es muy apreciada por el mercado nacional.

Pero lo que utilizaba, eso sí, ellos me lo daban todo: shampoo, Colgate, crema, desodorante, toalla, todo; ellos me lo daban y decían ellos: “comes aquí, no te prohibimos nada; todo comes, todo lo que haya en el refri debes de comer” y así quedó. Bueno pasó dos, tres meses, gasto mucho en esas cosas, dije, pero ella era la que me preguntaba: “¿tienes esto?”, ya le decía que me quedaba poco.

Cuando íbamos al súper, ya empezaba a comprar para los cuartos. Y es donde dije: “hasta aquí”. Ya vi que empezaba a llegar el material para que empiecen a construir los cuartos y dije: “no, si van a empezar a hacer los cuartos y ni siquiera me han aumentado el sueldo, si en eso estamos...”. Así de los seis meses pasaron quince días y nada; un día de esos agarré mis cosas, y me dice: “¿sí vas a regresar?”; “sí voy a regresar”, le dije; “no, porque te llevas todas tus cosas”, dice; “sí, porque las voy a cambiar, voy a agarrar unas y voy a dejar otras”; “¡ay! ¡ojalá que regreses!”, y el papá me dijo: “mi hijita, tú tienes que regresar porque eres la única persona que puedes hacer el favor de hacerme dos huevitos”. Solo le cocinaba a él, simple comiditas que la otra chica que estaba no le podía hacer, huevos estrellados. No es gran cosa, se lo preparaba y se lo daba. Desde ahí, el señor decía: “¿cómo te vas a ir! tú tienes que estar aquí”; “¿cómo voy a hacer, si no me van a aumentar?”, le decía; “mira, ¡toma! Te doy mil pesos, pero regresa”, volvía a decir. “Gracias por los mil pesos”. Pero ya no volví a regresar, porque cuántos meses habían pasado y no veía el cambio, y mi sueldo seguía lo mismo. Pero yo era de guardar, venir y entregar todo.

Después, me quedé acá, pasaron como tres meses, y dije: “ya me aburrió acá”, y dije: “voy a buscar trabajo”. Se acostumbraba uno que a los quince días tienes un dinero, y aquí *sentadota*, ¿quién te va a dar? Bueno ni modo, tienes que ir; pues, me volví a ir. Ya es a donde fui con la señora aquí en Campeche; era de cuidar una viejita, barrerle y a veces trapear su casa. Ahí duré nada más tres meses porque: uno, era la comida, porque aquí mi mamá cocina de otra forma la comida, y allá era diferente, y como era una viejita todo era casi sin sal, y así nada más agarraba de yogurt una cosita, con eso pasaba; después dije: “no, yo no voy a aguantar”.

Y la viejita, como es viejita, quiere todo como si fuera un bebé, grita por esto, grita por lo otro. Ahí me pagaban setecientos pesos a la semana. Pero con la viejita, yo lo veía como que el trabajo no era mucho; la casa era pequeña, era un

cuartito, la cocinita y un pequeño espacio para sentarse; es como que estuviera yo en mi casa, voy a lavar dos platos, el mío y el de ella, dos vasitos, y es todo. Y la ropa era diario, lavo la ropa rapidito y ya, y no cocinaba, porque llegaban a dejar la comida; a tal hora ya estaba la comida. Los días sábados, en la noche, se iban a pasear y llevaban a la viejita a la casa. Nada más duré tres meses allí; cuando regresé de ahí ya no salí. Ahí en la casa me quedé, teniendo casi los 17 años. Me junté y tuve marido.

Para visitar a mi familia, juntaba mi dinerito; primero al mes, que ya tenía algo; pero empecé a ir cada semana y, pues no resultaba porque traía una miseria por el pasaje, luego regresaba al pueblo cada quince días, pero tampoco salía, así que dije: “ya me aburrí” y ya no regresé a trabajar.

Mis papás me decían: “si quieres trabajar, trabaja, si no, no pasa nada”. Yo sí veía que sí ayudaba ese dinero y decía: “voy a ir otra vez”. Pasaba un mes y yo ya estaba otra vez ahí, y a veces me decían: “¿no estás cansada?”. Y decía “no”, como no era mucho el quehacer con la viejita. Pero, en otra casa, sí; donde trabajé en Ciudad del Carmen, ahí sí era pesado, era de dos pisos. Y estaba más lejos, el viaje era lo más cansado, no me gustaba.

Una compañera dijo que se iba a *quitar*, porque no le gustaba la manera en que la miraba el señor, porque se veía muy obsesivo; se quedaba mirándola y, siendo muchacha, no le gustaba. Le decíamos que le dijera a su patrona; pero de ahí nunca supe. Y era la forma también en la que se vestía; yo decía: “si no quieres que te molesten, vístete normal”, y como eran muchachas alocadas, a ellas no les importaba; si iban a ganar para algo, iban y se divertían; decían: “¡vamos!”, y yo decía que no y no. Ellas empezaban a tomar, y así no me gustó, *me quité* de ellas.

Más fue eso, porque no me gustó su forma; ya empezaron a ser un poco más loquitas y es lo que no me gustó a mí. Ellas sí salían; empezaba la tarde y salían, se iban a los bares, se iban a donde ellos querían ir a pasear, querían que yo fuera con ellas y les decía que no porque la señora habló con mi mamá, y ellos muy bien le dijeron que yo no tenía salida a ningún lado. Y, así, yo iba a ir con ellos y tenía que estar donde iban a estar. A mí no me gustaba salir tampoco. Solo una de las chicas se quedó allá, se casó con un señor, algo así.

Aquí no trabajé, solo en estos días que mi hermana me da algo de trabajo. Acá trabajo, tanto no hay. Pero por estos chamacos, pues uno entró al kínder, luego a la primaria, ya no puedo salir a ningún lado. Siempre he querido trabajar donde yo me acomode bien por esos chamacos. Pero todo es de irse y ¿a dónde van a quedar esos niños?

Aquí en el colegio hubo oportunidad de trabajar, pero en ese tiempo yo estaba embarazada, tenía ocho meses, solo me faltaba un mes para que yo me aliviara, y era el mes donde estaban metiendo papeles y veía que se iban, y ¿cómo hacerle yo? Y sí, las que fueron, quedaron trabajando ahí. Era limpieza, limpiar todo ahí en el colegio y siguen hasta ahorita, y yo siempre dije: “¡uy! ¿Por qué estaba embarazada?”.

Las que salen a trabajar, se cansan porque ya lo he visto varias veces que se van gorditas y regresan flaquitas, o se van flaquitas y regresan gorditas, así varía; o a veces ya ni regresan se quedan allá. Pero, las cosas se compusieron un poco porque antes te pagaban una miseria, y ahorita ya no. Ahora uno ya decide: “si quiero, voy a trabajar ahí, pero págame tanto porque es a lo que yo voy, a trabajar, es lo que voy a hacer”. Si está grande la casa o esta pequeña, todo dependiendo del tamaño de la casa; ya no es como antes, es diferente. Tú nada más limpias, lavas y de pasadita cuidas a los niños, dos o tres horas nada más; pero que te digan: “vas a lavar, vas a planchar, vas a cocinar, vas a cuidar niño, todo”, pues tú vas a decir: “esto es lo que voy a cobrar”. Y hay partes donde sí te llevan de niñera y te dicen: “con qué me barras es suficiente”, “con que me laves los trastes es todo”. Y en otra casa no, limpieza y los niños. Y, peor, si ya se están agarrando y tú aquí con la escoba, ¡Dios mío! ¿Cómo? Y luego la comida. Porque llegan y quieren algo y te muerden, y tú te quedas con eso de que ¿qué hago? Tenías que dar queja hasta que lleguen ellos.

Entrevista realizada por Martha García Ortega en el municipio de Champotón, Chiapas, el 17 de agosto de 2018.

Fátima, Campeche

El año en que nací casi no se me queda, pero tengo 64 años. Nací en el municipio de Esquipulas Palo Gordo, San Marcos, Guatemala. De ahí me llevaron mis papás a un lugar que se llama Nuevo Progreso, Guatemala. Ahí vivimos con mis papás. Compraron un terreno. Ahí me crié, me llevaron como de dos meses. Ahí tuve la oportunidad de estudiar. Pero se me complicó, porque era muy lejos la escuela.

Luego mi mamá se enfermaba mucho y yo era su única hija. Tenía que hacerle el trabajo a mi mamá y no aprendí.

Ahí en Nuevo Progreso me casé con mi esposo, y ya casada mi esposo me trajo a Petén. Ahí estuvimos como quince años, luego fue lo de la guerra y empezamos a salir de nuestro país. Nos venimos para México, nos cruzamos a un lugar que se llama Benemérito de las Américas, en Chiapas, que es la frontera. Ahí cruzamos y estuvimos dos años en el mismo ejido. Estábamos en el terreno de un señor que nos prestó casa, y luego nos dijeron que nos traían para aquí, para Campeche, porque el Ejército guatemalteco se cruzaba a México porque quería matar a la gente que estaba ahí refugiada. Entonces, dijeron que no convenía que estuviéramos ahí. Gracias a Dios tuvieron una comunicación con Naciones Unidas y nos trajeron a Quetzal-Edzná. Ahí vivimos un largo tiempo y ya de ahí nos trajeron a Laureles.

En Benemérito solo estábamos en el campamento, no había trabajo. En Quetzal, pues estaba en común todo. Mi esposo trabajaba en un taller de carpintería, pero era común. Los que trabajan en el cultivo eran aparte. Hicieron talleres para que trabajara la gente, pero no ganaban, solo era para trabajar. Lo que se hacía, lo vendían los de la Comar, y nunca se supo qué se hacía con ese dinero. La comida, Naciones Unidas nos la daba; todo lo que necesitábamos, pero no ganaban ni un peso.



En Quetzal nos dieron un solar a cada quien. Pues, yo digo que era propiedad, porque a cada quien le dieron su casa y su solar, y pues nadie podía pelearle el lugar a uno. Pero, luego, como no había agua, era muy costoso vivir allí. En eso salió que iban a repartir tierras aquí en Laureles. Ya le dije a mi esposo que se viniera y agarrara un solar aquí para que ya descansáramos del agua, porque era muy difícil. Entonces, él se vino primero, agarró un solar, hizo la casa y cuando estaba ya hecha nos venimos a vivir acá. Naciones Unidas fue quien pagó todos esos gastos, nos hicieron una casa de lámina de cartón, pero con piso de cemento, nos apoyaron con eso. Ellos nada más dieron todo el material y los hombres trabajaron. A veces se ayudaban, para terminar una y luego la otra.

Ya en Laureles, cada quien tuvo que trabajar, sembrar su milpa. Nos dieron una parcela de dos hectáreas. Mi esposo y el mayor de mis hijos aprendieron la carpintería. Casi todos son carpinteros, albañiles. Yo tengo siete hijos, seis nacidos en Guatemala y uno en México, en Benemérito. Mis hijos nada más llegaron a primaria, porque en ese tiempo no había secundaria. Mis hijos, pues, unos son carpinteros, albañiles, pero como todos están casados, cada quien ve por su bien, y yo trabajo para mi diario. Ahora yo soy viuda y tengo a mi niña, mi nieta; solo somos las dos. Mi esposo falleció; el 1 de agosto cumplió tres años. Mi hijo también, el 16 de enero murió. Mi hijo, el papá de la niña, trabaja en un rancho y me ayuda con algo, pero yo hago comida para vender. Gracias a Dios, ahorita nos dieron el Seguro Popular, y también el apoyo de Prospera.

Cuando salimos de Guatemala ni un papel de identificación trajimos. Estuvimos huyendo del Ejército. Nuestros documentos los quemaron y nos quedamos sin documentos y ya cuando llegamos a mexicano no teníamos nada.

En ese tiempo nos dieron solar, pero solo para trabajar. Como nos regresamos a Guatemala no nos habían dado el título. Lo dieron en el tiempo que regresamos a Guatemala. Allí estuvimos como diez años antes de volver de nuevo a México. Nos regresamos porque mi esposo, decía que quería estar más en Guatemala que casi no le gustaba vivir aquí en México. Y nosotros le decíamos que no porque ya nos habíamos acostumbrado. Además, teníamos un poco de miedo, por lo que había pasado, pero al final decidimos acompañarlo y nos fuimos. Estando allá no nos gustó. Bueno, ahí nos dieron parcela y un

solar a cada uno de mis hijos, y una casita ya hecha. Le dieron solar y parcela a mis cuatro hijos porque ya eran mayores de edad, aunque no estaban casados.

Pero cuando nuestros tres hijos que se quedaron aquí vieron que no estábamos bien donde estábamos, me dijeron que mejor nos regresáramos. Ellos ya estaban casados. Yo le dije a mi hijo que no porque ya me daba pena; pero él me dijo que ellos nos iban a mantener y, al final, me convencieron. Mi esposo no mucho quería regresar, pero el lugar donde estábamos quedaba muy lejos para ir a trabajar. Eso era en Nuevo Amanecer, en Libertad, Petén. Ahí se dedicaban a sembrar milpa. Antes de la guerra, mi esposo también se dedicaba a la agricultura.

Todos nos venimos. La parcela se quedó. Nos salimos como escondidos. Todo lo dejamos ahí. Ya no recuerdo en qué año fue eso, pero tendrá como 16 años de eso. Nosotros nos venimos por nuestra cuenta, porque a nuestros hijos no les gusto estar allá. Nos regresamos a Laureles, pero ya no regresamos al solar y a la parcela que nos habían dado porque cuando nos fuimos se la dejó mi esposo a uno de mis hijos. Ya cuando nosotros regresamos ellos compraron una y nos dieron para vivir.

Mis hijos se naturalizaron. Los cuatro que fueron con nosotros, cuando regresaron sacaron sus papeles. Nosotros ya no, ni mi hijo mayor. Actualmente, tengo la FM2, de residente permanente. Nosotros sí queremos naturalizarnos, porque si tenemos los papeles naturalizados es una ventaja más para nosotros porque en cualquier necesidad o problema, ahí tenemos un documento que nos respalda. Con el que tenemos, Migración nos dice que es un documento importante, pero cuando vamos a una oficina no le dan validez, por ejemplo, como para comprar un terreno.

Hemos luchado mucho para la naturalización. Ya gastamos bastante para lograr esos documentos, pero no lo hemos podido lograr. La CDI ha ayudado a mucha gente, pero a nosotros no ha podido, porque nos piden acta de nacimiento y hay que ir a Guatemala. Tiene que ser personal. Vino una cuñada que vive en Tapachula y dice que ahí las dan, en la frontera; que ellos la hacen y tiene uno que ir a recogerla a un lugar que se llama Puerto de Ocos. Y ya le dan a uno su pasaporte, ahí en Ciudad Hidalgo, que es la frontera. Parece que sale un poco

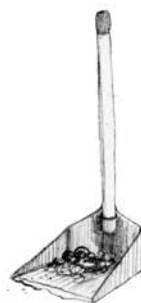
más económico. Tiene uno que llevar seis mil pesos, para hacer sus trámites. Nos hace falta tener ese dinero para poder ir a ese lugar. Sería muy bueno, si hay algún apoyo para la naturalización.

A Guatemala ya no regresamos a vivir. A pasear sí he ido. Allá tengo hermanos, y tenía a mi mamá, pero ya se murió. Ellos vivían en San Marcos y nosotros en Petén. En San Marcos, no había tantos problemas; por eso, ellos no tuvieron que salir huyendo.

Entrevista realizada por Oscar Alfredo López Chan y Guadalupe Gallegos Pampillón en Los Laureles, municipio de Campeche, Campeche, el 19 de agosto de 2018.

Clemencia, Campeche

Yo nací en el Arbolito, en el Departamento de Petén, Guatemala. Tengo 42 años. Me trajeron mis papás, por un conflicto armado en Guatemala, por la guerra, por eso nos venimos. Ellos nos trajeron, con mis hermanos; también mis tíos y mis abuelos. Nosotros, de Guatemala nos quedamos a vivir un tiempo en Benemérito de las Américas, Chiapas, y ya de Benemérito fue que nos mandaron para acá. No estuvimos mucho tiempo allí, como un año. Creo que tenía de cuatro a cinco años cuando eso. Estaba yo muy chica todavía. A Campeche vine cuando tenía como cinco o seis años.



Soy viuda. Me casé a los 18 años, aquí en México. Tengo cuatro hijos. Yo tenía 20 años cuando nació mi hija. Todos nacieron aquí en Campeche. La mayor tiene 22 años y terminó su secundaria, ya está casada. Luego, mi hijo de 20 años, que también terminó la secundaria y trabaja en Cancún. Luego, mi hijo que tiene 18 años y que también estudió hasta tercero de secundaria y está buscando empleo. El último tiene otro papá; él tiene ocho años y acaba de entrar a tercero de primaria.

Nosotros fuimos ocho hermanos en total, pero una falleció, así que somos siete. Yo soy la segunda de siete hermanos. Cuando era niña, la situación económica en la casa era insuficiente, no había empleos. Mi papá era agricultor, mi mamá era ama de casa. Por eso, comencé a trabajar a los 11 años. Era niñera en Campeche, en la Ciudad de Campeche. Una amiga de aquí del pueblo me consiguió el trabajo, pero, la verdad fue muy difícil para mí, porque nunca me había separado de mi familia, era muy pequeña y estaba triste por ellos. Me la pasaba llorando por ellos, quería regresar, pero la necesidad era tan grande que tenía que trabajar a esa edad. Dejé de estudiar. Ya de adulto pude terminar mi primaria y mi secundaria.

Yo estudié hasta tercero de secundaria, aquí en Campeche. Me pidieron mi acta de nacimiento y mi CURP. Tengo certificado de primaria y secundaria. Ya seguir estudiando, ya no, a mi edad ya no. Yo no tuve dificultad para entrar a la escuela; como yo tenía mi documento de residente. Yo soy migrante con residencia permanente. Tengo mi acta de nacimiento de Guatemala y pasaporte. Tengo mi CURP de México. Mi credencial de residencia es como mi credencial de México, yo puedo hacer cualquier trámite en bancos, préstamos, pero menos votar.

He trabajado en Ciudad del Carmen, en Mérida y donde vivo en Campeche, de niñera y de empleada doméstica. Ahora, soy empleada doméstica, en Campeche. Yo trabajo en diferentes casas, una por día, de martes a sábado, de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Me pagan doscientos veinte o doscientos cincuenta pesos por día, depende. Tengo seguro social. No tengo apoyos. Mis patronos me han dicho que cualquier cosa que necesite les diga, pero gracias a Dios no he necesitado. Yo me sé administrar, por eso me alcanza lo que me pagan, porque yo solo mantengo a dos de mis hijos; el otro trabaja y mi otra hija ya está casada. Por ahorita mi hijo no me ayuda, porque está pagando renta. Cuando no pagaba renta sí me apoyaba, no mucho, pero algo.

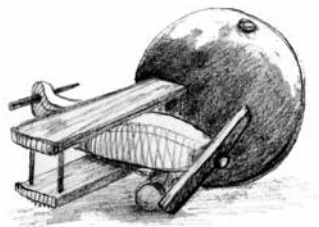
Mis papás se regresaron a Guatemala. Con mi hermana nos estamos organizando para mandarles quinientos pesos a la quincena. Poco, pero les mandamos.

Yo no hablo lengua indígena, puro español. Yo nunca digo que soy de Guatemala, no me gusta porque he escuchado que hay gente que se expresa feo de otros por ser extranjeros. Cuando me preguntan de dónde soy, yo respondo que, de aquí de Campeche, no que soy de Guatemala, porque luego empiezan las humillaciones y mejor evitarlo. Gracias a Dios hasta el momento de realizar algún trámite no me ha tocado que me digan algo. Cuando, por ejemplo, voy a hacer un préstamo, solo me preguntan por mi apellido, porque no es común por aquí, y yo les digo que es extranjero. Pero no, no he recibido un mal trato.

Entrevista realizada por Luis Francisco Pérez Sánchez y Luis Antonio Pérez Camargo en Quetzal-Edzná, municipio de Campeche, Campeche, el 8 de agosto de 2018.

Margarita, Campeche

Yo tengo 21 años. Nací en Dolores, Departamento de Petén. Eso es una zona rural. Yo salí muy pequeña de Dolores. Tenía dos o tres años. Me fui a vivir a La Libertad, Petén, Guatemala. En mi familia no se habla ninguna lengua indígena, pero en la comunidad si se habla el cakchiquel.



Cuando éramos niñas, más o menos teníamos lo necesario. Mi casa es de material y la cocina es de madera. Mi papá trabaja como vigilante en una asociación en Guatemala. Mi mamá no trabaja, se dedica a las labores del hogar. Mis papás son separados; mi mamá tiene otra pareja. En el lugar en que vivo con mi mamá, ahora hay problemas de inseguridad y violencia por delincuencia.

Estudí hasta la secundaria en Guatemala. Aquí en México no he intentado estudiar, pero mi hermana sí, ella estudia su prepa abierta. Ella también es de Guatemala y también viene a trabajar a México por temporadas. El tiempo que ella ha estado aquí en México ha sido de tres años. Nosotros somos cuatro hermanas. Todas somos mujeres, de 26, 24, 21 y 19 años. Yo soy la tercera. Estoy soltera y no tengo hijos.

Desde pequeña vengo con mi familia a México, a visitar a mis abuelos;⁸ cada año venía con mi papá y con mi mamá. Mis abuelos viven en México desde hace tiempo y cuentan con carta de naturalización. Mi abuela tiene 91 años y mi abuelo 80 años. Ellos nacieron en Guatemala, pero son naturalizados mexicanos.

Aquí empecé a trabajar a los 16 y a partir de ese tiempo cada año vengo a trabajar por temporadas a México. Inicié a trabajar en Campeche, México, cuidando una niña. En Guatemala no he trabajado. Aquí me consiguió el trabajo una amiga. Hasta ahora, me he sentido bien en esos trabajos. Me han pagado y me han tratado bien. En aquel entonces, cuando tenía 16 años, me pagaban novecientos a mil pesos a la semana.

⁸ En Quetzal-Edzná, municipio de Campeche, Campeche.

En Guatemala, no pude seguir estudiando y, por eso, decidí venir a trabajar a Campeche. En México, solo he trabajado aquí en Campeche, cuidando niños. Es lo que he encontrado y sí me gusta lo que hago. Cuando me decido regresar a Guatemala dejo el trabajo en el que estoy y cuando regreso pues busco otro trabajo. No he tenido contratos, pero sí he recibido aguinaldo y vacaciones. Tampoco he tenido seguro social.

Trabajo de lunes a viernes, y sábados al mediodía. Me quedo a dormir en la casa donde trabajo, y descanso sábado en la tarde y domingo. En estos momentos, no estoy trabajando. Estoy cuidando a mi sobrina.

En mi último trabajo, me pagaban mil quinientos pesos semanales. Para mi sola, sí me alcanza, pero también, de vez en cuando, apoyo a mis abuelos y apoyo a mis papás que están ahí en Guatemala. A mis papás les mandaba de mil quinientos a dos mil pesos mensuales. Pero el año pasado, mi hermana quedó embarazada; es madre soltera y me vine apoyarla, cuidando su niña.

Yo nunca he tenido problemas para venir de Guatemala a México, no he tenido la necesidad de preguntar. No tengo documentos de migración. Yo tengo el DPI, que es el documento que expiden en Guatemala y ese lo cargo siempre.

En el tiempo que llevo viniendo, no he recibido ningún tipo de discriminación. No he recibido ningún maltrato porque no hago trámites aquí en México. Y yo siempre digo que soy de Guatemala.

Entrevista realizada por Luis Francisco Pérez Sánchez y Luis Antonio Pérez Camargo en el municipio de Campeche, Campeche, el 19 de agosto de 2018.

Eleazar, Campeche

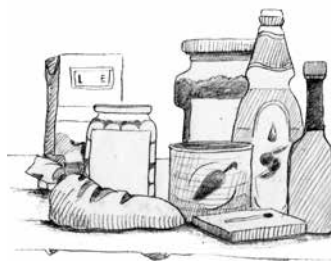
Yo nací en el municipio de Cabañas, Departamento de Zacapa en el año 1949. Tengo 68 años. Llegué a México hace treinta y cinco años. Vivo en La Libertad, Campeche.

Yo me casé aquí en México. Tengo cinco varones y tres mujeres. Mis hijos ya son independientes. Estudiaron hasta la preparatoria y alguno la secundaria; siempre por las necesidades no alcanzamos a darles lo mejor. Ahora hay más apoyos aquí en México, se están dando algunas becas y por ahí van luchando hasta que logran terminar. Yo terminé preparatoria, allá en Guatemala, pero no tengo papel. No tuvimos tiempo de sacar los documentos. Fue una cosa así de sorpresa. No pude seguir estudiando, por algunas responsabilidades laborales.

Tengo cuatro hermanos y tres hermanas. Dos viven allá en los Laureles, los otros ya murieron por los problemas de la guerra civil en Guatemala. Cuando salí de Guatemala, mis padres habían muerto, mis hermanos, y mi esposa, hijos.

La situación económica en Guatemala, o Centroamérica, siempre ha sido muy raquítica. No porque no haya dinero en Guatemala, sino porque los salarios de la clase proletaria, del obrero, poca importancia se le da. Y, precisamente, por todo, como producto de eso, se dan las desigualdades y algunas discriminaciones que se dan. Y a través de todo eso es donde el pueblo se inconformó. En el movimiento que se hizo, el pueblo se alzó en armas contra el gobierno, un gobierno discriminador. En Guatemala, no hay igualdad de derechos.

También, en México no hay igualdad de derecho. Aquí no se respeta, créame. Eso es una equivocación, aquí no hay respeto. Si hablamos de *los mayitas* ¿cuándo se ha visto que ocupen un cargo de alto nivel? No se ve, y eso es desigualdad de derechos. Aunque lo pueda desempeñar no se lo dan; aunque sea una persona preparada no se lo dan. Le dan más o menos ahí unos carguitos leves con un sueldo raquítico que no le alcanza para sobrevivir cuando otros gozan de grandes privilegios económicos.



Desde que llegamos aquí, nosotros nos dedicamos a la agricultura. Tenía 36 años. Las condiciones en ese tiempo eran difíciles. Comar depende de la Secretaría de Gobierno; ellos estuvieron aquí; hasta Migración estuvo por aquí con nosotros. Estábamos en una zona restringida, luego ya intervino Naciones Unidas, la iglesia católica y un montón de cosas por el estilo, pero no teníamos libertad de decir me voy a Campeche, me voy a Cancún, no éramos libres. Estábamos supuestamente bajo un control, por eso restringido, y éramos una cierta cantidad. De ahí, se tomaron ciertas decisiones, se hicieron ciertos acuerdos, los tratados de paz. Hubo una decisión determinada: bien quedarse en México voluntariamente, o bien irse a Guatemala voluntariamente; había las dos libertades y, además, por tener hijos mexicanos.

Yo, de por sí siempre me daba cuenta de los reglamentos de la ley en México, en donde por nacimiento, si tiene uno hijos nacidos en México, logra uno un cobijamiento, una hospitalidad a través de los que son nacidos aquí en México hasta que estos niños o niñas supuestamente digan: “me voy con ustedes para Guatemala”, por ser niños de padres guatemaltecos; pero ya ellos gozan de esas dos nacionalidades, bien irse o bien quedarse.

Yo de por sí no anhelé o anhelo regresar a Guatemala, aunque Guatemala es muy bonito, muy rico, Guatemala es rico; el dinero entonces valía mucho. El quetzal valía un centavo más que el dólar y ahorita no vale ni la mitad de lo que vale el dólar. En Guatemala, el rico es rico y el pobre sigue pobre, la explotación de las tierras queda en manos de los que pueden, de los que son ricos. A veces, había casos en el que el gobierno le presionaba a familias, a pueblos, a campesinos a talar las montañas, a veces hasta empastar y sembrar plataneras o frutales; cuando menos pensábamos es que llegaba un coronel, un general, con los documentos que decían que él era el dueño de las caballerías de tierra ya empastadas, ya con todo, y desalojaban a esas familias, y estos tenían que volver a empezar de cero, a ubicar a algún lugar y volvía a suceder lo mismo.

Producto de todo eso es que el pueblo se cansó y se formó eso del levantamiento en armas contra el gobierno; un gobierno muy dictatorial, represivo. No es el primer país, también El Salvador, Nicaragua, que sufrió mucho también.

Varios países del mundo, como los países europeos, diario son matazones de gente y refugio, por ejemplo, para Libia. Entonces, ahí hay mucho refugiado que se pasan a otros países buscando apoyo, y así nos pasó a nosotros.

Comar tardó quizá como unos ocho años, aproximadamente, y ahí pues las tierras las mecanizó la secretaría de Comar y ya nos repartieron las tierras correspondientes y equitativamente, pero muy poca; nos tocó de a media hectárea de mecanizado y uno de pedregales. Ellos nos habilitaban semillas y nos habilitaban el fertilizante.

Ya cuando se independizó Comar y nos quedamos voluntariamente, ya nos habilitaron documentos, en los que nos tomó en cuenta el gobierno como mexicanos, como ciudadanos, menos para poder desempeñar un cargo público en México porque estamos con una cierta parte de que venimos con una descendencia centroamericana. Para desempeñar un cargo público tiene que ser cien por ciento mexicano, como nuestros hijos, que aquí ya hay licenciados e ingenieros, aquí en La libertad, nacidos aquí. Ya tenemos cerca de los treinta y cinco años de vivir aquí, ya hay profesionales. Ellos sí pueden desempeñar un cargo público.

Yo soy naturalizado. Tengo carta de naturalización y la credencial de elector. Acta de nacimiento, no. Esa se quedó, nada más porque uno sabe la fecha en que nació. En México la que nos sirve como acta de nacimiento, es la carta de naturalización. Hasta el momento, en los treinta y cinco años que tengo de estar aquí, no nos han pedido actas de nacimiento, basta con la credencial, la CURP y el documento de la carta de naturalización. Ya todo eso que supuestamente antes éramos centroamericanos ahorita ya somos mexicanos. No ha habido la necesidad de sacar documentos de Guatemala, si tuviéramos la necesidad quizá ya hubiéramos ido a sacarlos. Pero como ya no somos centroamericanos, rotundamente ya somos mexicanos reconocidos cien por ciento, pues no hay necesidad de documentos guatemaltecos.

Aquí no hemos recibido maltrato. Nuestros derechos humanos han sido igual como cualquier mexicano. A las mujeres les dan su apoyo de Oportunidades, a nosotros nos comenzaron apoyando con el Procampo, ahora tenemos el pequeño apoyo de los 65 años y así por el estilo. Al verlo, pues, no tenemos

un desconocimiento al nivel nacional o gubernamental, es equitativo como cualesquiera que son cien por ciento mexicanos.

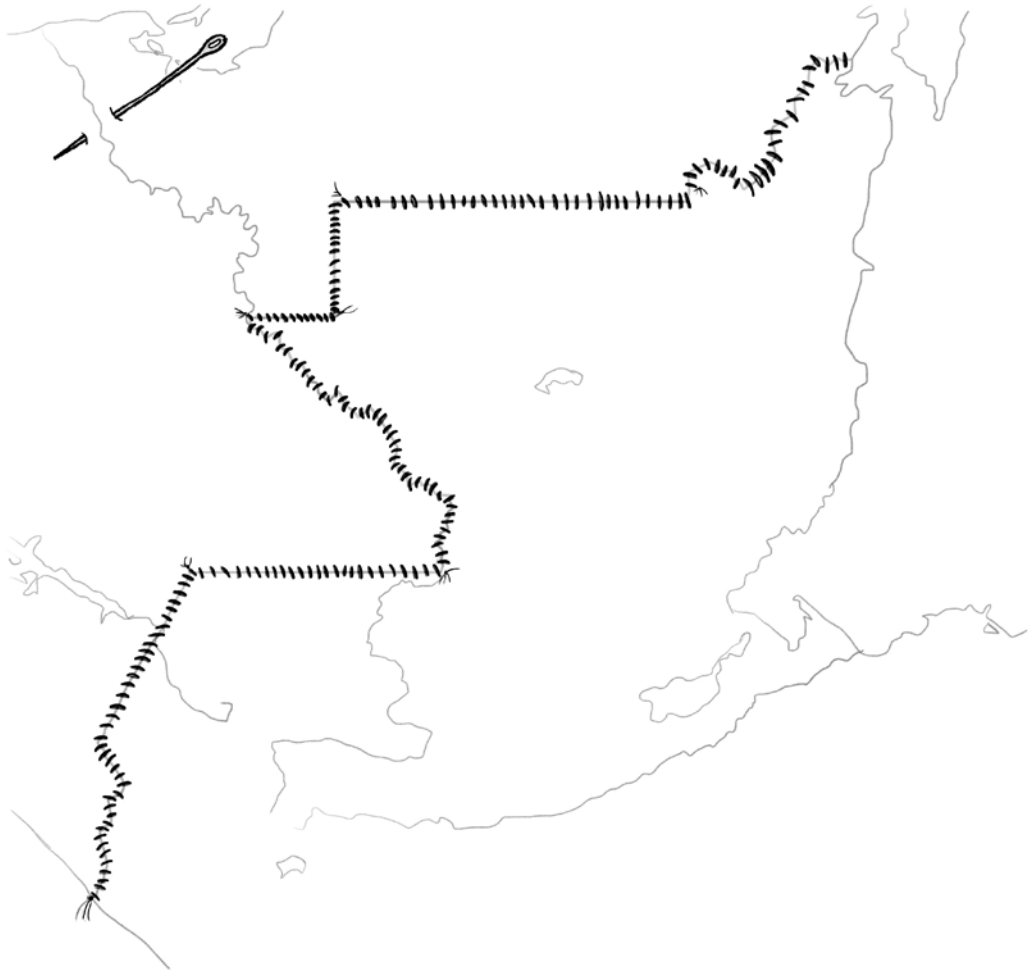
Solo una vez he ido a Guatemala. No he vuelto. Tengo familia en la capital. A veces vienen de visita. Vinieron una vez o dos. Ellos sacan un permiso, ahorita allá en El Ceibo, anteriormente era por allá por Frontera Corozal. Ahí sacan el permiso con Migración. Siempre les habilitan un permiso depende si lo requieren para un mes o si quieren más tiempo, hasta por seis meses.

Se pueden hacer grandes libros de historia. Han querido venir a hacer preguntas, pero más esenciales al ver cuánto nosotros sufrimos, más los niños, enfermedades, cruzando ríos, cruzando montañas, durmiendo como animal en la selva, con moscos y culebras, y un montón de cosas. La vida de nosotros tiene una historia tremenda, y precisamente por eso la Iglesia Católica se compadeció de nosotros, ahí en San Cristóbal de Las Casas. Nos apoyó mucho cuando la gente estuvo en Benemérito de las Américas, frontera con Guatemala.

Una historia grande. Los niños enfermos, los adultos enfermos, aguantando hambre en la montaña y el Ejército atrás de nosotros. Allá, cuando la gente tomó una decisión de salir fue porque hubo una ley del gobierno guatemalteco que se llamaba “tierra arrasada”. Entraba por tierra y aire los aviones bombardeando las comunidades, como decir Pich hoy es una comunidad, mañana ya era un desierto bombardeado y terminado por completo. Tierra arrasada es que se llevan animales, se llevan todo parejo. Sacaban a la gente así a los campos de fútbol en fila y una maquinaria haciendo un zanjeo y los agarraban rociados...; chiquito y grande, mujeres en estado de embarazo, y todo; una historia que *duele*...

Entrevista realizada por Luis Francisco Pérez Sánchez y Luis Antonio Pérez Camargo en el municipio de Campeche, Campeche, el 8 de agosto de 2018.

Epílogo



Más allá de la descripción de eventos, los relatos que acabamos de leer, también nos hacen pensar en el origen y en el contexto de la experiencia personal. En específico, nos invitan a poner el trabajo en su contexto tanto estructural (lo social, cultural, político y económico) como personal (lo material, corporal y emocional), en los espacios donde estas dimensiones convergen, por ejemplo:

¿Qué significa trabajar la tierra en un país ajeno, no solo en términos de salario y derechos laborales, sino también respecto al patrimonio, al apego al lugar, y a la propia identidad?

¿Cómo es vivir, trabajar y morir en la incertidumbre?

¿Qué implica mantener a una familia por medio del trabajo transfronterizo?

Vivir a través de la frontera, en un sentido tanto literal como figurativo, es un acto de supervivencia y de superación, lleno de riesgos, posibilidades y negociaciones. Las historias relatadas brevemente en este libro han aludido a esta compleja navegación; a los contornos de las fronteras vividas.

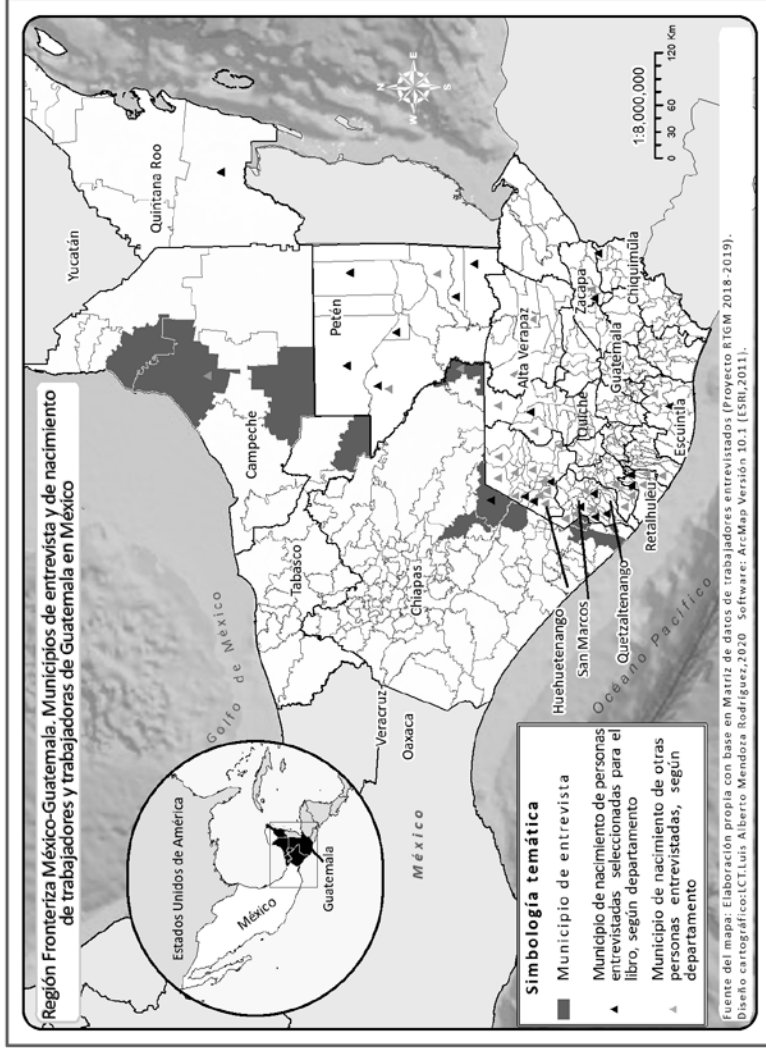
Siglas, acrónimos y abreviaciones

Acnur	Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados
CDI	Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México
CNDH	Comisión Nacional de Derechos Humanos, México
Cereso	Centro de Readaptación Social, centros penitenciarios en los estados, México
CETIS	Centro de Estudios Tecnológicos, Industriales y Servicios, México
CIAM	Centro de Investigación y Acción de la Mujer Latinoamericana, México
Comar	Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados
Conafe	Consejo Nacional de Fomento Educativo, México
CURP	Clave Única de Registro de Población: registro numérico de ciudadanos mexicanos y personas residentes en el país
Derechos Humanos	Oficina de la Comisión Estatal de Derechos Humanos, México
DIF	Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, México
DPI	Documento Personal de Identificación, que se expide como documento oficial de identidad en Guatemala a personas mayores de 18 años
Fiscalía de migrantes	Fiscalía especializada en delitos cometidos en contra de inmigrantes, en Tapachula, México
FM1	Formato del INM para trámite de ingreso a México

FM2	Formato o Forma Migratoria No. 2 que autorizaba residencia permanente en México. A partir de 2011, Tarjeta de Residente Permanente o TRP
FM3	Formato o Forma Migratoria No. 3 que autorizaba residencia temporal en México. A partir de 2011, Tarjeta de Residente Temporal o TRT
Fray Matías/ Fray Matías de Córdoba	Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdoba, en Tapachula, México
Grupo Beta	Grupo Beta de Protección a Migrantes, adscrito al INM, México
INEA	Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, México
Infonavit	Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores, México
INM	Instituto Nacional de Migración, México
Minugua	Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala, que operó oficialmente de enero de 1997 a diciembre de 2004
PAC	Patrullas de Autodefensa Civil, grupos paramilitares formados a partir de 1981 durante el conflicto armado en Guatemala, que fungieron como servicio militar civil en apoyo a la contrainsurgencia
Pase local	Se usa coloquialmente para referirse a la Tarjeta de visitante regional o TVR, expedida por el INM en México, antes Forma Migratoria de Visitante Local o FMVL. La denominación proviene del nombre que se daba al pase local, una ficha de papel en la que solo se estampaba un sello de la oficina de migración guatemalteca en la frontera con México, para ser presentado a la autoridad migratoria mexicana en el puerto de internación

Procampo	Programa de Apoyos Directos al Campo, México
Prospera	Programa social del gobierno mexicano enfocado a la reducción de la pobreza mediante apoyos a la alimentación, salud y educación
Sedatu	Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano, México
Seguro Popular	Parte del Sistema Nacional de Salud en México, creado en 2003 con el propósito de brindar acceso a servicios de salud a personas que no tienen seguridad social
TTF	Tarjeta de visitante trabajador fronterizo, expedida por el INM en México, a partir de 2011. Antes FMTF (de 2008 a 2011) y FMVA (1997-2008)
TVR	Tarjeta de Visitante Regional en México, a partir de 2011
TRT	Tarjeta de Residente Temporal en México, a partir de 2011
TRP	Tarjeta de Residente Permanente en México, a partir de 2011
Unesco	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Mapa de ubicación de municipios



Directorio del subproyecto

Proyecto

Región Transfronteriza México- Guatemala. Dimensión regional y bases para su desarrollo integral

Subproyecto

Movilidades transfronterizas e inserción laboral de población guatemalteca en México

Equipo de investigación

El Colegio de la Frontera Sur

Ailsa Winton

Iván Porraz Gómez

Cristina Isela Robledo Cossio

Martha García Ortega

Martha Luz Rojas Wiesner

Miguel Ángel Díaz Perera

Universidad de Campeche

Luis Francisco Pérez

Oscar López Chan

Investigadoras asociadas

Iris Idalia Hernández Puon

Rosalba Jasso Vargas

El Colegio de la Frontera Norte

Laura Velasco Ortiz

Agradecimientos

A trabajadoras y trabajadores de Guatemala y a informantes en municipios de Chiapas, Tabasco y Campeche, México, a quienes entrevistamos para este proyecto.

A las personas asistentes de investigación, por su apoyo en la realización de entrevistas y transcripción de audios: Adriana Rebeca García Ovando, Alaidde María Díaz Nieto, Alicia Amparo Pech, Anaí Argüello Pastrana, Beatriz Álvarez Fernández, Erika Vianey Carpio, Francisco Damián de León Salvador, Guadalupe de los Ángeles Gallegos Pampillón, Iris Idalia Hernández Puon, Luis Antonio Pérez Camargo, Lucero del Carmen Paniagua Barrios, Mariana Ruíz Gómez, Noemí Monserrat Díaz de León Argüello, Raúl Gómez Sántiz y Rusbel Gutiérrez González. A Luis Alberto Mendoza Rodríguez, por la elaboración del mapa de ubicación de lugares.

Acerca de los autores

Ailsa Winton

Doctora en Geografía por la Universidad de Londres (Reino Unido). Investigadora titular de El Colegio de la Frontera Sur, unidad Tapachula desde 2012, integrante del Grupo Académico de Estudios de Migración y Procesos Transfronterizos, departamento de Sociedad y Cultura. Líneas de investigación: Geografías de la desigualdad y de la marginación en Centroamérica y México; Procesos de movilidad y violencia en contextos fronterizos. Correo electrónico: awinton@ecosur.mx y ailsawinton@hotmail.com.

Iván Francisco Porraz Gómez

Doctor en Ciencias sociales y humanísticas por el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Investigador de El Colegio de la Frontera Sur, unidad Tapachula, integrante del Grupo de Estudios de Migración y Procesos Transfronterizos, departamento de Sociedad y Cultura. Líneas de investigación: Estudios de migración y movilidad, Estado, jóvenes y violencias en el sur de México y Centroamérica. Correo electrónico: iporraz@ecosur.mx.

Luis Francisco Pérez Sánchez

Doctor en Educación por el Instituto Humanista de Estudios Superiores de Campeche (IHES). Profesor Investigador de Tiempo Completo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche. Líneas de investigación: descentralización y desarrollo regional; migración, gobernanza, educación y desarrollo sustentable. Correo electrónico: lufperez@uacam.mx.

Martha García Ortega

Doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de la Frontera Norte. Investigadora de El Colegio de la Frontera Sur, unidad Chetumal, integrante del Grupo de Estudios de Migración y Procesos Transfronterizos, departamento de Sociedad y Cultura. Líneas de investigación: Movilidad laboral, comunidades inmigrantes, fronteras, identidades, trabajadores-as agrícolas, regiones agroindustriales azucareras. Correo electrónico: mgarciao@ecosur.mx.

Martha Luz Rojas Wiesner

Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Investigadora Titular de El Colegio de la Frontera Sur, unidad San Cristóbal de Las Casas, integrante del Grupo Académico de Estudios de Género, departamento de Sociedad y Cultura. Líneas de investigación: Movilidades fronterizas y transfronterizas, con énfasis en la participación de mujeres; Vulnerabilidades y exclusión social de migrantes en contextos fronterizos. Correo electrónico: mrojas@ecosur.mx.

Miguel Ángel Díaz Perera

Doctor en Historia por El Colegio de Michoacán. Investigador Titular de El Colegio de la Frontera Sur, unidad Villahermosa, integrante del Grupo Académico de Procesos culturales y construcción social de alternativas, departamento de Sociedad y Cultura. Líneas de investigación: Historia ambiental y Geografía histórica de la frontera sur de México. Correo electrónico institucional: mdiaz@ecosur.mx.

Oscar López Chan

Doctor en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable por El Colegio de la Frontera Sur. Actualmente es Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de Campeche. Líneas de investigación: Federalismo, descentralización y gobiernos locales; Procesos relacionados con el desarrollo regional; Migración y gobernanza local. Correo electrónico: oscarlopezchan@yahoo.com.mx.

Contornos:
historias de vida y trabajo entre Guatemala y México
se terminó de imprimir el 10 de noviembre de 2020.

Impresión y encuadernación
Offset Rebosán S. A. de C. V.
Acueducto No. 115, Col. Huipulco.
Alcaldía Tlalpan. C. P. 14370, Ciudad de México

Edición realizada a cargo del
Centro de Investigación en Ciencias de Información Geoespacial.

Corrección de estilo, diseño, formación,
revisión de pruebas y cuidado de la edición
Doble Acento S. A. de C. V.
www.dobleacento.com.mx

El tiraje consta de 500 ejemplares.

A partir de un estudio sobre movi­lidades transfronterizas e inserción laboral de personas de origen guatemalteco en los tres estados de México que colindan con Guatemala: Chiapas, Tabasco y Campeche, llevado a cabo entre 2018 y 2019, este libro tiene la finalidad de mostrar la diversidad y complejidad de las condiciones de vida, de movilidad y de trabajo, narradas por 14 mujeres y 11 hombres de este origen, desde su evocación, no solo por el valor histórico de documentar sus experiencias, también para identificar las situaciones de exclusión social, desigualdad y discriminación, y señalar las repercusiones que estas últimas tienen en sus vidas.

Los relatos son un llamado a la necesidad de conocer y reconocer que la presencia de personas nacidas en otros países y que viven o trabajan en México no es homogénea, no es un dato o un agregado, y que hay que acercarse a esos diferentes espacios y a sus historias de vida para superar estereotipos sociales y generalidades académicas. Aunque el número de personas de origen guatemalteco viviendo en México es muy bajo, su presencia, así como la de trabajadoras y trabajadores que van y vienen, o que viven por temporadas en este país, se inscribe tanto en la historia como en la cotidianidad de este territorio fronterizo en toda su complejidad.

Se trata de un libro de divulgación que se ha estructurado tomando en cuenta la presencia de personas de origen guatemalteco en siete zonas o subregiones de México fronterizas con Guatemala: Soconusco, Sierra Mariscal y Meseta Comiteca-Tojolabal, en Chiapas; franja Tenosique-Balancán, en Tabasco; y los municipios de Campeche, Champotón y franja Candelaria-Calakmul, en Campeche. Esperamos que quien lea estos relatos pueda imaginar cómo se tejen y destejen los límites y demarcaciones que se imponen a quienes viven en estos territorios entre México y Guatemala.

